

卷一
序
目
錄

CCIÓN



GONZALEZ



ESTUDIOS
FILOSÓFICOS



1

AC75

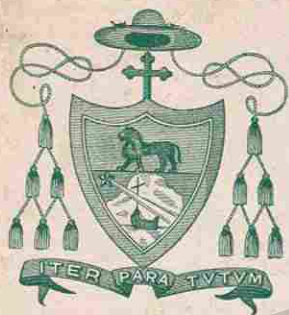
G65

V.1

c.1



009697



1080014265

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



ESTUDIOS

RELIGIOSOS, FILOSÓFICOS, CIENTÍFICOS

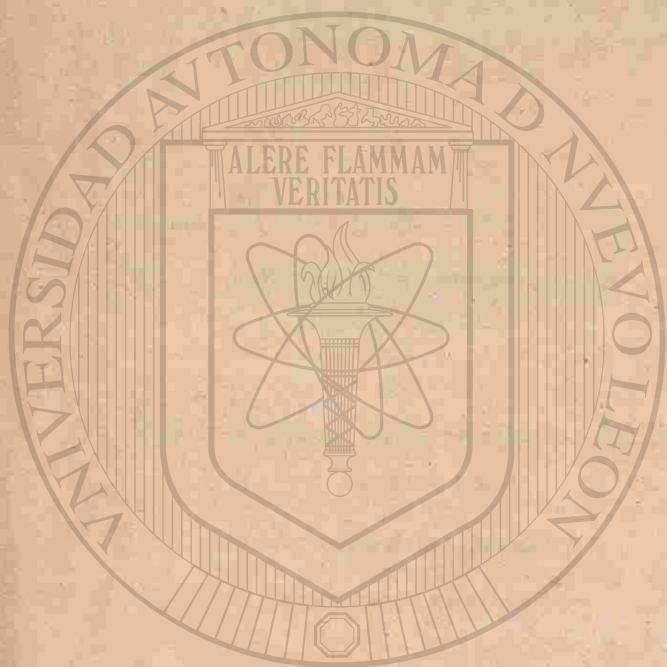
Y SOCIALES.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESTUDIOS

RELIGIOSOS, FILOSÓFICOS, CIENTÍFICOS Y SOCIALES.

POR EL

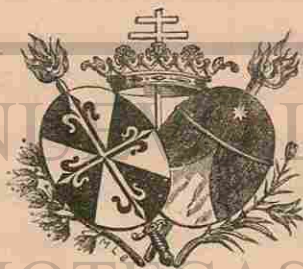
P. F. ZEFERINO GONZALEZ, *veozg*

DEL SACRADO ORDEN DE PREDICADORES. *Gonzalez y de los Tenorio*

«Rigans montes de superioribus suis; de fructu operum tuorum satiabitur terra.»
(VER. 44. Ps. CIII.)

TOMO PRIMERO.

LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.
LA INMORTALIDAD DEL ALMA Y SUS DESTINOS.
EL POSITIVISMO MATERIALISTA.



CON LICENCIAS.



MADRID: 1875.

IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ, Cava-Baja, 49.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
VALDE Y TELLES

46152

AC75
G65
v.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

COLECCIONAR los diferentes trabajos de un autor dispersos por revistas y folletos, agruparlos elevándolos á la categoría de libro, sustrayéndolos así al comun olvido y ruina á que por su propia naturaleza se hallan condenadas aquellas publicaciones, es en la época que alcanzamos universal uso y costumbre en la república de las letras. Acrecentar con ellos el pedestal científico y literario del escritor, el fin que se proponen y que sin duda alcanzan esas recopilaciones de Estudios la mayor parte inconexos y faltos de toda trabazon y enlace que no sea el nombre, casi siempre ilustre, que los ampara y autoriza.

Si á la misma costumbre no es ciertamente al mismo fin, al que obedece esta publicacion en que la

009697

personalidad del autor desaparece casi por completo ante la magnitud del problema que tacita, pero no por eso menos cumplidamente plantea. Problema que es la unidad que abarca y que contiene la diversa variedad de estos Estudios unidos con lazo estrecho de singular concierto y armonía.

¿Qué problema y qué lazo son estos?

Procuraremos señalarlos.

Hay en la Historia de la ciencia un nombre que ejerce imperioso dominio en las inteligencias y despierta no menos estremados sentimientos en los corazones. Escrito con caracteres de luz en el libro de la sabiduría, mudó en vivísima claridad las tinieblas que rodeaban la inteligencia humana, grabado con caracteres de fuego en la conciencia del humano linaje, depuró y aquilató el oro de la verdad, desprendiéndole de toda mezcla y alianza con el error. A su influjo descubrieron sus arcanos los cielos y la tierra, y se descorrió ante su Poder el misterioso velo del santuario. Pronunciáronle con amor y veneración los sabios, y ó le usurparon, ó temieron al escucharle los sofistas. Inscribiéronle las Universidades en el catálogo de sus glorias, se lo disputaron las escuelas, y pugnaron por cobijarse á su amparo los sistemas. Los

siglos le tributaron su homenaje, ó su injuria; ninguno le consideró digno de su indiferencia. El mundo le tegió una corona con las alabanzas del cielo y con los dicterios del averno, y la Iglesia, no menos atenta al verdadero saber que á las virtudes, le inscribió entre los nombres de sus doctores y de sus santos, y le sublimó á sus altares como sol resplandeciente que iluminase los caminos de la verdad, y como luminoso faro en medio de la noche de la vida para los que vagan extraviados en las tinieblas.

Tal es el nombre de Tomás de Aquino.

Dispersas y aventadas hasta las cenizas de la civilización al bramido feroz del huracán de la barbarie, el entendimiento humano, obediente á la ley de su angélica naturaleza, labraba penosamente el derruido templo del saber merced á los preciosos fragmentos que como reliquias se conservaron en el fondo de aquellos sombríos monasterios, arcaes del arte y de la ciencia en aquel triste y asolador diluvio. Pero en aquella trabajosa restauración en que á la débil luz de la lámpara del santuario se trazaban los primeros lineamientos del molde en que mas tarde habia de forjarse la civilización europea, ponian á veces alvosa mano los sofistas, hasta el punto de colocar en

el ara del templo de la verdad el ídolo del error para adorarlo, y el mundo, ansioso de algo que adorar intelectualmente, algo que no fuera hierro y fuego, dejándose llevar de la belleza aparente del sofisma por los caminos de la argucia, adoraba los ídolos de Eri-gena, de Berenger, de Roscelin, y de Abelardo, de Gilberto de Porrée, de Amaury de Chartres, y de David de Dinant, porque encubría y adornaba su fealdad la esplendente vestidura de la ciencia, y aunque Lanfranco, San Anselmo y San Bernardo, Guillermo de Champeaux, Hugo y Ricardo de San Victor, Alberto Magno, Alejandro de Hales y Enrique de Gante, arrojaron en pedazos los ídolos de las aras, los ídolos se renovaban, y las oleadas de la idolatría filosófica se sucedían por los dominios de la ciencia cerrando el camino de la verdad á las escuelas, como se sucedían las ondas del mar Rojo sobre las arenas del desierto cerrando al pueblo escogido del Señor el camino de la tierra que manaba leche y miel.

Entonces apareció Tomás de Aquino, y elevando la vara mágica de su saber, mandó que se retirasen las aguas, condujo á través del lecho mismo del error á la cristiandad errante, y levantó al otro lado un monumento imperecedero de verdad. Síntesis suprema de la

tradición científica, unificada por el genio, á él contribuyeron Aristóteles y Platon con sus verdades, arrancando así estos nombres gloriosos, para siempre, de las enseñanzas de los impíos y sofistas. Los Padres y doctores de la Iglesia allí depositaron su saber, allegando en uno los tesoros amontonados en la diversa faz de sus meditaciones, y á la vez que la ciencia de Clemente y de Orígenes, de San Justino y de San Buenaventura, despojada de los errores griegos, bárbaros y arábigos, se levantaba sobre inmutables fundamentos con nunca soñada grandeza, la ciencia en cuyas profundidades misteriosas se complacía la poderosa inteligencia de San Agustín, la ciencia cuyas apagadas cenizas removieron con insegura mano Casiodoro, Boecio, Tajon, Beda, San Leandro, San Isidoro y San Gregorio Magno, la ciencia que cultivada por San Anselmo empezaba á dar señales de resurrección y de vida en las «Sentencias» de Pedro Lombardo, brilló con esplendentes fulgores desde la cúspide de ese templo de la verdad que se llamó la «Suma Teológica.»

Y como precioso producto de estas ciencias, cuyos unidos resplandores y claridades se asemejan por su luz al «*lumen gloriæ*» que ilumina con lumbre celestial el espíritu de los Bienaventurados, como fragante

flor brotada de las entrelazadas ramas de estos dos árboles de la ciencia y de la vida, colocó en la cima de este monumento la cruz, ese foco de luz que abrasa y que ilumina, esa misteriosa flor de los místicos aromas, que siendo el libro de sabiduría en que Tomás hallaba sus inspiraciones divinas y las asombrosas y sublimes intuiciones de la gracia en los celestiales transportes de sus arrobamientos y de sus éxtasis, era al mismo tiempo como la meta espiritual de su ardiente anhelo y de sus vehementes ansias, como el codiciado término de su amor.

Y así, sobre los muros de bronce de la razón y de la fé levantados contra las sutilezas de la herejía, contra el racionalismo de la filosofía griega y el panteísmo de la filosofía árabe, sobre aquella soberbia reconstrucción del palacio de la ciencia filosófica, sobre aquel templo augusto edificado á la ciencia teológica, sobre los inmutables fundamentos de la razón humana y de la razón divina, en la cumbre de ese altísimo monumento de verdad, elevó como aérea cúpula un santuario al misticismo cristiano, cuya ley suprema es el amor de Dios; y aquel misticismo que arrebató á las inconmensurables alturas del tercer cielo al apóstol de las gentes; que alentaba con sobrenaturales ánimos

á los santos y á los mártires forzándoles á prorumpir en himnos de triunfo en medio de los mas atroces suplicios; aquel misticismo que con celeste magia transformaba en mansiones de gloria las derruidas cisternas, los sepulcros abandonados, y los añosos troncos carcomidos, en que moraban los solitarios del desierto; aquel misticismo que sin abrigar las frias y desconsoladoras conclusiones de la palingenesia y los horrendos sacrilegios de la teurgia, como el falso misticismo de los ecléticos alejandrinos, desembarazaba insensiblemente al hombre de las cadenas de la materia para ceñirle las alas del espíritu; aquel misticismo que rebosaba en el corazón gigante de san Bernardo, haciéndole preferir á los tumultos de las cortes, á las disputas de las escuelas, y hasta á el estruendo de las armas de los heróicos cruzados, los «bosques de hayas» en los que libremente se entregaba á la contemplación de Dios; aquel misticismo que encendiendo el ánimo del serafín de Asís en las voraces llamas del divino incendio, le obligaba á esclamar ébrio y delirante de placer «basta, Señor, basta;» aquel misticismo cuya espiritual escala para subir desde la bajeza de las criaturas hasta la alteza del Creador, nos trazó por medio de aquellas seis iluminaciones el doctor se-

ráfico san Buenaventura, el amigo de Tomás; aquel misticismo que sumió mas tarde en las inefables dulzuras de los mas ardientes deliquios al corazón amante de Teresa traspasado por la saeta del divino amor, á Fray Luis de Granada y á san Juan de la Cruz, y á toda la gloriosa série de místicos y ascéticos españoles, no menos sublimes que ante la religion ante la literatura; aquel misticismo, en fin, cuyas sublimes leyes parecen escritas por la mano de un ángel en ese código del desprendimiento humano en la «Imitación de Cristo;» recibió sancion y coronacion altísima en el profundo genio de Santo Tomás, que penetrando en el misterio de las Sagradas Escrituras, complaciéndose en los melancólicos threnos de Jeremías y en las tristes lamentaciones de Job, interpretando los Salmos de David, desentrañando desde el lecho de muerte la velada significacion del místico Cantar de los Cantares, y entonando el oficio del Santísimo Sacramento, como expansiones de su espíritu anegado en el amor de Dios, hizo de este amor como el principio, el medio y el fin de todas sus obras, cuando postrado ante aquel crucifijo á cuyos piés estudiaba, como en el venero de la verdad, y recibiendo la aprobacion de sus palabras, escitado á pedir el premio de ellas, solo

pidió, como solo digno de calmar las ansias de su espíritu, al mismo Dios.

Tal fué la obra de Santo Tomás de Aquino.

Brotó en medio de la oscuridad y fué la luz. Nombróse en medio de la anarquía de las escuelas y estableció el imperio de la verdad. Habló, y sus palabras resonaron hasta los confines de la tierra. Enseñó, y la cristiandad se hizo su discípulo. Escribió, y las generaciones meditan y comentan hace seiscientos años sus escritos. Su nombre es como el sol, centro de un sistema; los mas poderosos astros de la ciencia proyectaron órbitas mas ó menos grandes, pero siempre giraron en torno de él, siempre gravitaron hácia Tomás, so pena de perderse en el vacío y precipitarse en los abismos con espantosa caída y triste ruina.

Pero llegó un dia en que las nubes de la soberbia se amontonaron densas sobre la tierra. Velóse el sol de la filosofía, y la razon ciega equivocó la luz radiante del rey de los astros con un fuego fátuo errante en el espacio, y se hizo cartesiana.

A los fosfóricos destellos de esta luz opaca vagó desorientada la razon humana por el desierto del error, siendo cada paso un tropiezo, y cada tropiezo una caída, hasta dar desfallecida y trastornada en la sima de

la negacion de su propio origen y grandeza. ¡Triste arribo para tan soberbia partida, tras de tan penosa jornada!

El método, la idea de sustancia, la teoría de las esencias, la del supuesto humano, la ideología, todo en Descartes inició la catástrofe filosófica, tras de la filosófica la social que se llevó á cabo. El método, erigiendo en ley la duda lógica y ontológica, engendró los escépticos y los idealistas; Hume y Berkeley hallaron en él la razon de sus negaciones. La idea de sustancia abrió ancha puerta al panteísmo, siempre alerta; Espinosa se le confiesa agradecido. La teoría de las esencias negando su inmutabilidad eterna, destruyó el fundamento de la moral; Hobbes y Bentham encontraron en ella las premisas de su utilitarismo práctico y teórico. La destruccion del supuesto humano sembró el gérmen del sensualismo vergonzoso y del materialismo degradante y de los falsos espiritualismos; Loke, Condillac, Reid y Hamilton, mutilarán al hombre, y Mallebranche y Leibnitz motivarán en ella sus errores ocasionalistas y armónicos. La ideología, al cabo suma, compendio y síntesis de estos errores, justificará desde el idealismo transcendental, hasta el positivismo materialista, Kant y Hegel, como

Comte y Littré, no necesitan mas premisas para deducir, con una lógica que no sea cartesiana, sus desconsoladoras consecuencias.

El árbol ha dado sus frutos, frutos de muerte y de maldicion sin duda. Rotos los procedimientos de la razon y los moldes de la verdad, conculcadas sus primarias leyes y socavados sus fundamentales cimientos, destrozados los diques del sofisma, la corriente racionalista arrolló ya aquellos incompletos y vacilantes espiritualismos que pretendieron detener su curso, y desbordándose por los campos de todas las ciencias, arrastrándolas con sus aguas, á todas las precipitó en el profundo mar de la negacion metafísica, que es á la vez la negacion social, como, por desgracia, bien al presente vemos.

¿Qué hacer en semejante situacion? ¿á quién volver los ojos en tan tristes y críticos momentos? En vano cerrando por un instante el libro de la historia, buscamos con avidez el nuevo Sócrates que confunda á los modernos Gorgias. Sócrates no parece, y Descartes no sirve, y Büchner, Moleschot, Vog, Mill y Taine imperan en la ciencia, y si las grandes construcciones lógicas, si los grandes organismos científicos dejan sus formas abstractas mas allá del Rhin, en la opuesta ori-

lla encuentran el genio de la propaganda que los lamina, los dora, los reparte en estudios políticos, artísticos, literarios, científicos y sociales, envenenando así todos los miembros de este cuerpo agonizante que se llama civilización moderna, y preparando el imperio político de Cluseret, Pyat, Karl-Marx y demás compañeros, no mártires, sino verdugos, engendros de esa filosofía, criados á los pechos de esa literatura é idealizados por ese arte, que toman sus principios, su inspiración y su nùmen, allá, entre las brumas del «yo» de Fichte, de la «idea» de Hegel y de la «fuerza» de Büchner, y que, sin duda, nos preparan el desenlace de este complicado drama, merced á algun golpe de efecto en que los problemas filosóficos, políticos y sociales, se aclaren y se fundan á la roja claridad y al sofocante calor del incendio; y como hemos esterminado los antiguos monges, y derruido los antiguos monasterios, no sabemos dónde, pasado el diluvio, encontrarán nuestros hijos las reliquias, si es que reliquias quedan de una civilización que no tuvo necesidad de que los bárbaros bajaran de las selvas y de los hielos del Norte para destruirla, porque ella puso todo su empeño y su cuidado en amamantarlos, en formarlos y en desarrollarlos en su propio seno.

No hay remedio, retroceder cuando el camino por que se marcha no conduce adelante, no es retroceder, es avanzar, y puesto que conocemos el punto en que nos estraviamos, volvamos á él para emprender la buena via con ánimo sereno y decidido. Que los escarmientos presentes nos sirvan de enseñanzas para lo venidero y no nos sobrecoja la tardanza, que ya con gran verdad dijo el Poeta ,

«Que aquel que viene la vía derecha,
non viene tarde, por tarde que venga.»

Pero ya estamos oyendo esclamar: ¿Qué se pretende? ¿Qué se intenta? ¿Anular de un golpe todo el movimiento filosófico moderno? ¿Morir cartesianos para resucitar en plena escolástica? ¿Renovar las cavilaciones, distingos, sutilezas y cuestiones inútiles de los ergotistas? ¿Condenar toda esa asombrosa serie de descubrimientos que honran nuestro siglo? ¿Retroceder á los vergonzosos tiempos del «*Trivium*» y del «*Quadrivium*,» de la «alquimia» y de la «astrología judiciaria»? ¿Restaurar el «*ipse dixit*» pitagórico y «*jurare in verba magistri*,» restableciendo la dictadura de Aristóteles? Y quién sabe cuántas cosas mas dirán los que teniendo

el entendimiento por lujo y la meditacion por flaqueza encargan el cuidado de discurrir á la imaginacion y el de argüir á la memoria. Imaginacion y memoria acaloradas y enriquecidas con descripciones de novela y declamaciones de enciclopedia, no deslustradas por el polvo de los vetustos pergaminos, ni enflaquecidas por el trabajo en las vigilijs.

Empero, amigos de la verdad, hemos de contestar á los que tales exclamaciones hicieron, de antemano y no seguramente con cavilaciones y sutilezas, sino con afirmaciones categóricas.

No pretendemos anular el movimiento filosófico moderno, porque no es de filósofos pretender imposibles. Porque el movimiento filosófico moderno, aunque vicioso en su origen, y funesto en sus resultados principales, ha sido causa, ocasional las mas veces, eficiente algunas, de particulares progresos en las ciencias. No pretendemos anular, sino modificar y corregir el movimiento filosófico moderno.

No pretendemos resucitar en plena escolástica, porque no pretendemos morir, y no pretendemos renovar las sutilezas, cavilaciones y cuestiones inútiles á que en sus épocas de decadencia se entregó la escolástica, por mas que sí pretendamos que no eran tan

inútiles muchas de esas cuestiones cuya utilidad é importancia ha puesto de relieve la filosofía contemporánea, y que no eran sutilezas y cavilaciones, muchas de las que una crítica superficial cuando menos, ha condenado como tales.

No pretendemos condenar los grandes descubrimientos que honran este siglo, entre otras razones, porque no los creemos debidos al origen vicioso del movimiento filosófico moderno, y además, y téngase presente, porque vemos en ellos otras tantas confirmaciones de nuestros principios fundamentales.

Y no pretendemos retroceder á los tiempos del «*Trivium*» y del «*Quadrivium*,» de la «alquimia» y de la «astrologia judiciaria,» porque afortunadamente el fuego de la novísima barbarie que ha consumido bibliotecas y museos, no ha destruido todavía la ciencia que la civilizacion cristiana levantó sobre los principios filosóficos, y sobre los hechos que aquellos filósofos, astrólogos y alquimistas observaron en sus respectivas tareas y ocupaciones, forzándonos á que perdida toda regla y todo conocimiento, busquemos en los trabajos quiméricos de la ignorancia, los primeros materiales con que construir los cimientos de un nuevo templo del saber.

En cuanto á la dictadura de Aristóteles, que ni embarazó el libre vuelo de Santo Tomás, ni puso coto á los arranques de independencia de Melchor Cano, ni enfrenó la insurrección de Campanella; inútil además de pernicioso sería restaurarla. Aristóteles hoy al lado de Kant, Hegel y Krause, solo sería un dictador mas y no vale la pena de resucitarle.

Por lo demás, sino pretendemos restaurar la escolástica completa, sino la escolástica libre de los errores peripatéticos, arábigos y escolares, la escolástica de Santo Tomás, ampliándola con los legítimos desarrollos que nuevos descubrimientos, poderosas análisis y mas exactas observaciones, hacen posibles hoy en día ¿qué tienen que alegar los declamadores de oficio contra la escolástica?

Las aberraciones filosóficas posteriores han hecho la apología de su método y de sus conclusiones, estableciendo el absurdo apenas se apartaron de ella. Las ciencias sacras decayeron en cuanto rechazaron su apoyo. Las exactas y naturales perdieron, las unas su evidencia, las otras su carácter científico con los principios que consagraba la escolástica, y se redujeron á vanas confirmaciones del proceso lógico de la «idea,» y á hipótesis y á agrupaciones empíricas de hechos con-

tingentes. ¿Qué se hizo de la evidencia de la demostración matemática, ante los tres momentos de la dialéctica hegeliana? Los que olvidándose de Rogerio Bacon, Gerberto, Vicente de Beauvais y Alberto Magno, clamaban contra la física escolástica, porque establecía nociones especulativas superiores, de antemano, ¿qué dicen ahora ante la filosofía de la naturaleza de Schelling, las leyes del espíritu objetivadas de Hegel, y los juicios sintéticos *à priori*? Los que acusaban á la escolástica de anular la razón, haciendo de la filosofía la sierva de la teología, porque asentaba la grandeza de la razón humana en su dependencia, y participación de la razón divina, ¿por qué callan ahora ante la impotencia vergonzosa de la razón pura proclamada por Kant, el «santon» del racionalismo contemporáneo? Inútil preguntar, absorbidos en la contemplación de las ininteligibles elucubraciones de Krause, solo apartan la vista de aquellos geroglíficos del pensamiento, para acusar en jerga bárbara á la escolástica de oscura, y de falta de elegancia á su lenguaje.

Ante esta pasiva resistencia, ante el anacronismo de llamar cuestiones inútiles á las que, si como la de los «universales,» pudieron parecerlo en épocas anteriores, hoy ante el transcendentalismo y la filosofía de lo

absoluto, son cuestiones vitales por su importancia y transcendencia. Ante las calificaciones de abstracta, de estéril y de bárbara gratuitamente afirmadas, aunque onerosamente refutadas, es inútil la demostración especulativa, hacen precisa la demostración tangible y práctica.

Cuenta la tradición, que presentándose de improviso en el jardín de Academo el célebre Diógenes, dijo dirigiéndose á Platon: «Niego el movimiento,» y conociendo sin duda el sábio lo inútil de la demostración racional ante el Cínico, levantándose, echóse á andar, respondiendo: «Creo á mis ojos y no á tus palabras.» Imitemos, pues, á Platon, azotemos con los hechos el rostro de los sofistas erguidos ante las razones, y demostremos á las generaciones contemporáneas, no solo que la filosofía escolástica puede informar «Estudios religiosos, científicos y sociales,» no solo que no seca las fuentes de la imaginación y del sentimiento, sino que solo informadas estas ciencias por los salvadores principios de la filosofía Tomista, conducen á la humanidad segura y prontamente á la verdad por entre los escollos y las sirtes del error que por todas partes la rodean, que solo en el manantial purísimo de la verdad se beben las poéticas inspiracio-

nes de la belleza, y que el filósofo que tras larga y fatigosa jornada á través de cuestiones árduas y espinosas, de problemas vastos y profundos, auxiliado de la meditación y del estudio á que tan apaciblemente convidan la paz del santuario, la soledad del claustro y el retiro de la celda, llega en alas de la razón fortificada por la oración y confortada por la gracia, á sobreponer la elevada cumbre de aquella sublime ciencia, desde la que se descubren las causas de las cosas, si puede con serena y penetrante mirada registrar los senos de la naturaleza, escudriñar las interioridades del hombre é indagar la esencia misma de Dios, llegando con los ojos de su inteligencia hasta las gradas de su trono; puede, con menor esfuerzo, recorrer el horizonte de la historia, estudiar la ley fundamental de la marcha de la humanidad sobre la tierra, señalar las reglas propias de su diverso desarrollo en relación con la riqueza, averiguar los poderosos cuanto secretos resortes de la maravillosa máquina de los orbes, y entonar, por último, cánticos sublimes de alabanza á Dios, creador del universo, y hendir los aires con himnos ardientes de gratitud al mismo Dios, que encendió en el entendimiento del hombre esa centella divina que brilla con llama de inextinguible fulgor en la frente del genio.

Esta y no otra es la causa de estos «Estudios.» Escritos en épocas distintas y con diversos motivos, eran como demostraciones aisladas y parciales de esta tesis. Reunidos en un solo volumen bajo el lazo de unidad de la filosofía que los informa, son la mas completa refutación de las acusaciones conocidas, y la mas absoluta confirmacion de la urgencia y necesidad de la solución Tomista para el problema filosófico.

Si la mas imperiosa y terminante consigna no cerrara el camino á nuestra pluma, tosca y pesada como es, volaria con vuelo fácil en pos de sólidos comprobantes á través del análisis de estos «Estudios.» Pero enfrenada de antemano tiene que resignarse á señalar sucinta, ligeramente, y como de pasada, el punto en que cada «Estudio» se relaciona con el lazo general que venimos señalando desde el comienzo de este prólogo.

Varios son los «Estudios» que componen el presente libro, distinto el método y el estilo, en que se desenvuelven, como distintas las publicaciones que los dieron á luz, y para cuyas páginas fueron escritos. Palpitantes de actualidad, como arrancados por la necesidad á la pluma, todos vieron la luz en el momento mas recio del combate, y dicho se está que como pro-

yectiles de guerra fueron encaminados á herir en el corazon de las mas contrarias escuelas que luchaban sobre las mas controvertidas y transcendentales cuestiones, como los mas importantes puntos estratégicos y los mas reñidos campos de batalla. Esto no obstante, el dogmatismo lógico, la esposicion clara y la refutación razonada, hacen de ellos obras de doctrina mas que de lucha, cuyo interés no menoscaba el triunfo ó la derrota, y hé aquí por qué se consideraron dignos de pasar del elemento transitorio de la revista y del folleto al permanente del libro, lugar propio de trabajos de índole seria y de científica naturaleza.

La filosofía de la Historia, la inmortalidad y finalidad del alma humana, el problema filosófico-social, la ciencia económica, constituyen el índice de los estudios filosóficos y sociales, y el catálogo de esas debatidas cuestiones, asunto de casi todas las polémicas y tema obligado de la mayor parte de las discusiones en las revistas y academias de nuestros días; el espantoso fenómeno de los temblores de tierra, azote de la asiática ciudad de Manila y de nuestro archipiélago filipino, es el tema del concienzudo cuanto curioso estudio científico, cuya oportunidad confirman triste-

mente los escombros y ruinas aun no del todo desaparecidos de las pasadas catástrofes; y los apuntamientos acerca de una biblioteca de teólogos españoles, necesidad teológica y literaria, por todo amante de la patria y de la Religión sentida, la demostración del dogma de la infalibilidad cuya declaración constituye el suceso de mayor trascendencia en el orden religioso de la edad contemporánea, y el objeto de la más ardiente y apasionada controversia entre eruditos canonistas y teólogos, habida en este siglo, forman con la apología del saber y de la santidad de Santo Tomás de Aquino, el de los Estudios Religiosos; si bien esta distinción no es del todo perfecta, pues solo atiende al elemento que principalmente en cada uno de ellos domina, que dicho se está que en todos resplandece la luz de la verdad católica, que todos filosóficamente se desarrollan, que todos el progreso y la perfección social procuran, y todos por igual manera se encaminan á la mayor honra y gloria de Dios sobre la tierra.

El Estudio acerca de la « filosofía de la historia, » tan preconizada cuanto desconocida ciencia, es un estudio verdaderamente necesario ante los diferentes trabajos del racionalismo contemporáneo. En él se

asientan los inmutables fundamentos y los dos elementos permanentes de la ley histórica, tales como allá en el siglo IV de nuestra era fueron señalados en aquella mística « ciudad de Dios » por aquel monstruo de la inteligencia que se llama Agustín, por el ilustre Obispo de Hipona, restaurados en su integridad, un tanto menoscabada por insignes ingenios en su parte humana, y del todo desfigurados por algunos sabios en su parte divina. En él se citan, emplazan, juzgan y condenan los diversos y trascendentales errores introducidos por los distintos pensadores de las diferentes escuelas filosóficas, que se ocuparon en señalar las leyes de esta, impropriamente por Vico, denominada « Ciencia nueva, » y en él reducida á su propia esfera, justos límites y naturales condiciones se demuestra su posibilidad, se reivindica su acción, se señalan sus amplios y legítimos desarrollos y aplicaciones, poseyéndose, por último, de ella en nombre de la revelación y trazando desde las alturas de los dogmas que como la caída, la redención y el destino humano, tan estrecha relación tienen con la historia, líneas de luz que marcan en lo pasado y que señalan en lo porvenir el plan divino en la historia, que brota al contacto de los principios con los hechos como el resultado de las

acciones de la libertad humana, determinadas por la accion suprema de la Providencia divina.

Quizá los que se forjaron allá entre las ilusiones de su mente la idea de una ley única y eterna, cuya fórmula conocida *a priori* nos diera de antemano la vision profética de la Historia, no quedarán satisfechos con la ciencia tal como aquí se determina; pero el pensador profundo, acostumbrado á desenmarañar el hilo de los sucesos en la intrincada madeja histórica, recogerá seguramente con utilidad y con placer estas sencillas leyes cuyo conocimiento y aplicacion así facilitan la investigacion de las verdaderas causas y efectos de la Historia.

El estudio de la «inmortalidad del alma y de sus destinos,» refutacion de una teoria krauso-espiritista, demuestra, despues de asentar la naturaleza imperecedera del alma, su libertad propia y las penas y premios consiguientes á esta libertad, como en el fondo de esa filosofia tan calumniada existian ya há largos siglos no solo proposiciones completas, sino completas y acabadas refutaciones de los errores y absurdos que ahora son capa de novedad, encubren lo decrepito de su constitucion, siendo en el fondo cadáveres exhumados del panteon de la historia de la filosofia.

Respecto al «positivismo materialista,» exposicion

exacta de los errores que con este nombre se califican, de las causas que los produjeron, de las conclusiones que encierran, es aunque por su naturaleza, filosófico, un estudio social, si se atiende á lo inmediato de la aplicacion que de las negaciones en la ciencia á las negaciones en la sociedad hace esta escuela. Pero si bien con una mano señala el verdadero gérmen de esta enfermedad social cuanto filosófica, indica sin vacilacion el remedio pronto y seguro filosófico y social con la otra. No mas vacilaciones, no mas escaramuzas con armas de corto alcance y débil temple. Contra este comun enemigo de la razon y de la fé, de la libertad y de la justicia, de Dios y del hombre, son menester armas á toda prueba que ni se doblen ni se rompan; y estas armas, como prácticamente demuestra el mismo estudio, no pueden ser otras que las armas de la filosofia cristiana por escelencia, de la filosofia de Santo Tomás, mas ó menos desarrollada.

La «economía política y el cristianismo,» artículos de revista en que brevemente se trazan los verdaderos caracteres de la economía política, indagando su origen, algo mas antiguo de lo que pretenden sus modernos discípulos, sus conclusiones esenciales, sus extravíos y errores en los diferentes sistemas que la divi-

dieron, lo necesario de su armonía con la religion, so pena de conducir á la degradacion y á la miseria, á la par que refutacion de los principales errores en que incidentalmente incurrieron las escuelas, pueden considerarse como una página mas en esa obra de economía cristiana llevada á cabo por los sabios profesores de Lobaina y por los ilustres predicadores de Nuestra Señora de Paris en sus célebres cuanto magnificas conferencias.

Los «temblores de tierra,» trabajo en el que la observacion, combinada con los principios cosmológicos de la escolástica, pugna por encontrar las causas de esta tremenda plaga, pendiente siempre sobre la cabeza de los moradores de nuestras posesiones en Asia, es la mas fehaciente prueba, no solo de que no embarazan al método experimental las nociones superiores fundamentales de la fisica escolástica, sino que, antes por el contrario, sirvenle como de norma y de guia para no estraviarse y perderse en los delirios de los mas extravagantes sistemas. Las elevadas consideraciones de la filosofía y de la religion cristiana que realzan esta observacion y estos principios, señalando á través de las causas segundas aquella primera causa que incesantemente crea en cuanto incesantemente

conserva, es como el grito de alerta al espiritualismo, aletargado entre la «fuerza» y la «materia,» á la vez que bálsamo de consuelo y de esperanza para los hijos de aquel hermoso pais, expuestos siempre á ver desaparecer sus mas importantes ciudades en uno de esos cataclismos que la ciencia registra con el nombre de terremotos, y que no por ser debidos á causas naturales dependen menos de la suprema voluntad de Aquel que con su mano poderosa rige y gobierna el universo.

Los apuntamientos acerca de una «biblioteca de teólogos españoles» viene á ser como un llamamiento á las fuerzas inteligentes vivas de nuestro pais, miserablemente consumidas en intestinas discordias, para que ante el recuerdo de aquellos ilustres y piadosos varones (en su mayor parte Escolásticos), honra de la España católica, olvidando rencillas, restauren nuestras glorias, poniendo así de relieve cómo nuestra política grandeza coincidió con nuestra grandeza religiosa, como el efecto con la causa, induciendo por indirecta manera á buscar entre el polvo de nuestros archivos algo de aquel germen de vida que nos hizo tan admirados y temidos en los mejores dias de la monarquía española.

El estudio acerca del dogma de la «infallibilidad,» escrito en aquellos solemnes momentos en que el im-

prudente y amargo celo de los unos, era ocasion y motivo para las vacilaciones ó necias declamaciones de los otros, dando así lugar al extravío de algunos, es la demostracion mas racional y evidente de este dogma augusto, tan desfigurado por los que pretenden combatirlo sin conocerlo. ¡Arma suprema! conque Dios ha armado el brazo de la Iglesia con prevision divina momentos antes de consumarse por completo esa obra de iniquidad que constituye al presente la opresion, la rapiña y la persecucion violenta de la Iglesia.

Pero si oportuno apareció este estudio en relacion al dogma que defendia, si oportunamente tambien apareció vindicando nombres ilustres, glorias de la religion y de la patria ante los apasionados cuanto imprudentes ataques de una crítica estraña, en que la osadia corria parejas con la ignorancia, mas oportunamente demostró sin duda la imperiosa necesidad para la misma teologia de volver necesitada y amorosa los ojos á aquellas abandonadas fuentes de la teologia escolástica que informada por la escolástica filosofia defendia con harto mayor lustre y gloria y esplicaba con mas grandeza y profundidad los altísimos dogmas de nuestra religion sacrosanta.

La sublime figura de Santo Tomás, evocada del

fondo de la tumba para defender con su fallo el dogma declarado por el concilio Vaticano, es como el primer vagido que tras largos años de sepulcral silencio dá á la vida de la ciencia en España la órden española de Santo Domingo de Guzman, heredera de la gloria que conquistaron Melchor Cano y los Sotos en la augusta asamblea de Trento y anhelante de que el «*Sol de la iglesia*» ilumine siempre con los esplendentes fulgores de su luz las supremas decisiones de los concilios generales de la Esposa de Cristo.

Un discurso científico á la vez que una oracion religiosa, cierra y corona este edificio literario con hermoso coronamiento y remate. Demostrar que la contemplacion altísima de las verdades de la fé, que el estudio de los problemas de la filosofia y el análisis de las cuestiones de moral, no agotan, antes bien acrecen los manantiales fecundos donde toma su fuerza y su vigor la fantasia, que la filosofia escolástica al reducir á sus justos límites á la imaginacion, esa perpétua enemiga del filósofo «la loca de la casa» cuyo predominio sobre el entendimiento viene siendo la causa de la mayor parte de las aberraciones filosóficas; no apaga por eso sus luminosos destellos, antes ilumina y colora con sus cambiantes las verdades abstractas que con-

tiene, es el determinante motivo de insertar aquí esta, que no por el nombre piadoso que la califica, deja de ser una producción científica. Además, su contenido confirma teóricamente esto que prácticamente prueba; pues al tratar de sondear el elevado espíritu del ángel de las escuelas halla y distintamente señala al lado de aquel entendimiento, que como atrevidamente indica «era una revelación» un corazón tierno y sublime encendido en la llama del amor de Dios, que le obliga á dar rienda suelta al sentimiento para prorumpir en himnos de alabanza al sacramento del amor. Y por último, este discurso, colocado al final de este libro, forma como el resumen y compendio de todos los «Estudios» terminados con un síntesis, por decirlo así, que es un tributo de admiración espresado en un cántico de entusiasmo, al águila caudal de la filosofía escolástica, al ángel de las escuelas, á Santo Tomás de Aquino.

Hemos terminado nuestra tarea; hemos procurado esponer con la mayor claridad y precisión que nuestros escasos medios y nuestras débiles fuerzas nos permiten, la necesidad de este libro, el problema fundamental que tácitamente entraña, y que cumplidamente resuelve; hemos intentado dar una sucinta idea

de la índole de cada «Estudio» limitándonos á señalar como de pasada el punto en que se enlazan como flores de una guirnalda tejida para coronar las sienes de la estatua de la verdad, que son los brazos de la cruz.

De su mérito intrínseco, ni de sus cualidades literarias nada nos es lícito decir. La crítica imparcial y severa someterá al detenido exámen de su tribunal inapelable, estos «Estudios,» y los aplausos que como fallo decreta, pasarán en su mayor parte por encima del nombre de su autor para ensalzar la escuela, la tendencia y el espíritu que los informa; las censuras que formen parte de este fallo, constituirán seguramente la porción del filósofo ávido, no de vanagloria y complacencia, sino de fundamentos de humildad y de las ilustradas correcciones de la ciencia. No olviden, por lo tanto los que juzguen, y no como circunstancia atenuante de las faltas, sino como agravante de su mérito, si lo hallaren, que la filosofía que los inspira y los produce, es hoy la única filosofía que reivindica los fueros del verdadero espiritualismo en Europa, ante la deserción y derrota de los mentidos espiritualismos empíricos, eclécticos y panteístas, por las feroces huestes del positivismo y del materialismo

ateos, sensualistas y demagógicos que se presentan amenazando con un solo y mismo golpe, á la religion y á la filosofía, á la fé y á la razon, al órden y á la libertad. Que no olviden que esta filosofía no es una filosofía muerta, exhumada de entre las pardas ruinas de los derruidos claustros de los olvidados monasterios, cuyos actuales movimientos son los últimos estremecimientos del cadáver en cuyas venas se apaga la última centella de vida, conservada entre las cenizas de la tumba, al soplo del ambiente que respira la civilizacion moderna; sino una filosofía viva, exuberante de sávia, rica de juventud y de vigor, que vive con su propia vida en Italia, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra y Alemania, la filosofía de San Severino y de Prisco, de Taparelli, y de Liberatore, de Lupus, Roux Labergne, Laforet y Fredault, de Ward y Newman, de Kleutgen, Steininger y Jugman; la misma filosofía que entre penumbras cartesianas, ontológicas y tradicionalistas iluminó las inteligencias de Balmes, Rosmini y de Raulica, que lució con todo su esplendor en los concilios, y que si asombró al mundo en las fórmulas abstractas de la «Suma» le arrebató con los inspirados acentos del amante de Beatriz en la «Divina Comedia.»

Y si como esperamos no lo olvidan, que ayuden con su fallo á esta gran reconstruccion científica á que asistimos.

¡Oh! sin duda asistimos á una gran reconstruccion científica. Las aguas muertas del pestilente racionalismo, despues de haber agostado la frescura de nuestras campiñas, se descomponen en meffiticos vapores que emponzoñan las auras de nuestros valles, y allá, en las elevadas cimas del pensamiento, blanquea la nieve de nuestra filosofía, blanca como el hábito de Tomás. El sol de la verdad la esmalta y acaricia con sus rayos de luz, y manan arroyos de pura y cristalina corriente que reverdecen las colinas. Al pié de las colinas tiéndense en azulados lagos, cuyas ondas dán copioso caudal á los torrentes, y los torrentes arrastran las aguas estancadas del racionalismo, y purificarán las brisas que se bañan en sus espumas y cristales, y los rios se extenderán en ondulantes cintas de plata, y brotarán flores á su paso, y se convertirán en vergeles los yermos asolados.

No de otro modo los inmutables principios de la ciencia encarnacion de la verdad, pasarán de la filosofía á la moral, y á la política, y fecundarán las ciencias para que la literatura florezca, y abra su broche el

arte, plegado ante el soplo materialista del racionalismo práctico contemporáneo.

¡Obra de redención y de vida! que los que disfruten de este verdadero renacimiento, que nuestra razón, ó tal vez nuestra fantasía nos presenta en lontananza, renacimiento algo mas fecundo que el occidental que se llevó á cabo, y que el oriental que se pretende, recuerden con religioso entusiasmo á los primeros obreros de esta fábrica, que recuerden que en esta como en las pasadas restauraciones, rompieron los primeros la marcha por la penosa senda del trabajo, las órdenes religiosas, esas milicias espirituales del bien y de la verdad, que acorazadas contra el orgullo, la relajación, y la avaricia, con el hábito humilde, penitente y pobre, atravesaron los desiertos, traspasaron los torrentes y se internaron en las selvas del mal como há luengos siglos hicieron las primeras con los de la salvaje naturaleza, y que levantaron puentes y construyeron calzadas para salvar y enfrenar el curso del error como antes salvaron y enfrenaron el curso de las aguas, y que roturaron y desmontaron los campos de la ciencia despues de las invasiones del sofisma, como desmontaron y roturaron los campos de Europa despues de la invasion de la barbarie. Que

si aquellas llevaron á cabo esta obra de civilización con la Cruz y el arado, estas emprenden esta otra con la misma Cruz y con la pluma, cuyos surcos en el papel cuando se siembra en ellos la semilla de la verdad, son harto mas fecundos que los trazados en la tierra, en frutos de bendición y de vida.

Y recuerden tambien que en esta faena intelectual descúbrense al lado de los hábitos negros de una moderna institucion que cuenta sus sábios por sus hijos, el hábito blanco y pardo de aquellas antiguas órdenes que preservaron al mundo de irremediable cataclismo en el siglo de Inocencio III, y por lo que hace al presente libro, recuerden por último, que si la filosofía que le informa es la filosofía de Santo Tomás, el filósofo que la desarrolla vistió el hábito blanco tambien, que vistió Santo Tomás de Aquino, como hijos ambos de la inclita órden del ilustre español Santo Domingo de Guzman.

Alejandro Tidal y Mou. ®

Día de San Anselmo, 21 de Abril de 1873.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA.

QUE los estudios históricos han recibido notable desarrollo y perfeccion en estos últimos tiempos, cosa es que no puede ponerse en duda por ninguna persona medianamente ilustrada. Sería preciso hallarse bajo la influencia de preocupaciones absolutamente injustificadas para negar la existencia de un verdadero progreso con respecto á esta clase de estudios: monografías, historias de sucesos particulares, historias de reinados determinados, historias de naciones y revoluciones antiguas y modernas, todo ha sido sometido á investigaciones tan profundas como concienzudas y á una crítica severa, aunque en ocasiones intencionada y no siempre imparcial. Y la crítica moderna no se ha contentado con someter á sus investigaciones y á su juicio hechos, personas y revoluciones pertenecientes á épocas rela-

tivamente próximas á nosotros; dirigiendo su mirada escrutadora sobre aquellos grandes imperios de la antigüedad, cuyas vicisitudes y cuya verdad histórica se hallan veladas á nuestros ojos por la distancia de los siglos, por la escasez de documentos y hasta por su aproximacion y afinidad con los tiempos llamados fabulosos, ha penetrado en la necrópolis, por decirlo así, de aquellos imperios gigantescos cuya memoria ha llegado hasta nosotros cual eco lejano de su caída al precipitarse unos sobre otros con espantable rapidez y estruendo. Su origen, su elevacion, sus vicisitudes, su constitucion social y política, sus transformaciones sucesivas, así como la razon y causas determinantes de las mismas yacian en la oscuridad y en la duda, hasta que la crítica moderna ha conseguido y procura cada dia mas levantar el velo que cubria esa parte de la historia de la humanidad, merced á la investigacion y descubrimiento de manuscritos, documentos é inscripciones consideradas no sin razon como verdaderos enigmas, y que solo la paciencia y sagacidad perseverantes de los sábios y críticos de los últimos tiempos han llegado á descifrar. Los ingleses Jones (1), Colebrooke (2), Willkins y Hodgson (3), y

- (1) Asiatic researches.
- (2) Essays of the Religion and Philosophie of the Hindous.
- (3) Illustrations of the literatur and religion of the Budhists.

Max Müller (1); los franceses Burnouf (2), Chezy, Pauthier (3) y Lenormant (4); los alemanes Lassen (5), Frank, los dos Schelegel, Weber (6) y Max Dunccker (7), han descubierto á nuestra vista tesoros ignorados de la historia política y literaria de la India, al mismo tiempo que Klaproth (8) y Smith ilustraban con sus trabajos las costumbres, instituciones y literatura de los diferentes pueblos del Asia central. Champollion (9), Rosellini (10), Wilkinson (11), Lepsius (12), Brugsch (13), De Rougé (14), Mariette (15) y otros sábios obligan al Egipto á entregar la clave de sus misteriosos geroglíficos, mientras que Rask, Burnouf, Curtius (16), Pichet (17) y Berg-

- (1) A History of ancient sanscrit literatur.
- (2) Introduction á l'histoire du boudhisme indien.
- (3) Les livres sacrés de l'Orient.
- (4) Histoire ancienne de l'Orient.
- (5) Indische Alterthums-Kunde.
- (6) Akademische Vorselungen Ueber Indische Litteraturgeschichte.
- (7) Geschichte der Arier.
- (8) Assia polyglota.
- (9) L'Egypte sous les Pharaons; Lettres d'Egypte.
- (10) Monumenti de l'Egitto é della Nubia.
- (11) Manners and customs of ancient Egiptiens.
- (12) Briefe aus Aegypten und Aetiopen.
- (13) Histoire d'Egypte.
- (14) Mémoires sur les monuments des six premières dynasties.
- (15) Abregé de l'histoire d'Egypte.
- (16) Der Yoner vor der Yonischer Wanderung.
- (17) Les origines indo-européennes.

mann (1) penetran en las profundidades de la historia de aquellas vastas monarquías de los Medos y Persas, enlazadas con las instituciones y literatura de Zoroastro. Biot y Remusat (2) nos introducen en la historia de la China, á la vez que el ya citado Burnouf, con Movers (3), Levy (4), De Vogué (5), Lenormant (6) y otros sábios filólogos y críticos nos suministran fundadas esperanzas de penetrar en la historia de los pueblos de raza fenicia, á la luz de la interpretacion de la escritura cuneiforme.

Por lo demás este progreso de los estudios históricos, es muy natural y no debe sorprendernos, toda vez que se trata de ciencias basadas en la observacion y discusion de hechos y fenómenos concretos, determinados y sensibles de su naturaleza, y es una verdad incontestable, que si en alguna materia es admisible el progreso indefinido, es precisa y principalmente en las ciencias que se refieren á esa clase de hechos y fenómenos. Esto sin contar que la difusion y facilidad relativa de conocimientos, los progresos de la

(1) Les peuples primitifs de la race de Japhet.

(2) Memoire sur Lao-tseu; Melanges posthumes.

(3) Untersuchungen Ueber die Religion und die Gottheiten der Phänizier; Das phänizische Alterthums.

(4) Phänizische studien; Phänizische Werterbuch.

(5) Souvenirs d'une excursion en Fénicie.

(6) La legende de Cadmus et les établissement phéniciens en Grèce; Essai sur la propagation de l'alphabet phénicien dans l'ancien monde.

civilizacion, principalmente en lo que se refiere al dominio del hombre sobre la materia, y los medios tan poderosos como fáciles de investigacion que se hallan hoy al alcance del hombre estudioso, merced á los progresos de la industria y del comercio, multiplican las fuerzas del hombre con respecto á esta clase de estudios colocándole en una situacion desembarazada, cuyas ventajas solo pudieran apreciar debidamente los que en épocas anteriores encontraban dificultades múltiples y casi insuperables para ejecutar lo que hoy puede hacer toda clase de personas. Puede decirse que la velocidad y fuerza, y por consiguiente la facilidad de los descubrimientos en materia de historia, se halla en razon directa de los progresos de la civilizacion en su parte material é industrial.

Empero el progreso y descubrimiento de los estudios históricos en los tiempos modernos, no se refiere solo á los hechos que constituyen el fondo y como el dominio propio de la historia: refiérese tambien al modo, ó si se quiere, á lo que pudiéramos llamar la *forma* de la historia. Echando una ojeada sobre las historias antiguas, obsérvase que en su mayor parte se hallan reducidas á una narracion mas ó menos veraz y crítica, mas ó menos elocuente y metódica de hechos mas ó menos importantes y ruidosos, mas ó menos conexos, pero dejando siempre un gran vacío en el fondo. Consiste este vacío en que el historiador fijando la atencion casi esclusivamente en los hechos

estrepitosos y en las vicisitudes y trasformaciones sensibles y aparentes que constituyen, por decirlo así, la parte externa y accidental de la historia, olvida casi completamente su parte interna y esencial, la cual exige el conocimiento de las leyes, instituciones, costumbres públicas y domésticas, religion, gobierno, industria, comercio, literatura, artes, ciencias, carácter con todos los demás accidentes é instituciones indispensables para el conocimiento completo de un pueblo, de una nacion, de una sociedad y corporacion, é indispensables tambien para reconocer la marcha progresiva ó retrógrada de las mismas, á la vez que las causas de sus vicisitudes y trasformaciones. Si recorremos las historias de Thucidides, Tácito y de otros clásicos de la antigüedad lo mismo que si hojearnos las crónicas de la edad media, hallaremos sí con frecuencia reflexiones morales y politicas mas ó menos acertadas y profundas sobre los sucesos que refieren, pero nos será imposible formar idea cabal y adecuada del estado de la sociedad á que se refieren, ni del origen y causas determinantes de las trasformaciones y vicisitudes de que nos dan cuenta. En una palabra: la historia en los tiempos modernos además de completarse se ha hecho filosófica. Se ha completado, porque ha descendido y desciende á la descripcion de los varios elementos que constituyen y revelan el estado social de un pueblo y su grado de civilization. Se ha hecho filosófica, porque penetrando en

el fondo y en las entrañas de un pueblo ó de una sociedad, busca y halla en sus relaciones internas y externas, en sus costumbres públicas y domésticas, leyes, religion, organizacion de las clases sociales y en los demás variados elementos del organismo social y político, la causá de los acontecimientos principales y de las trasformaciones y vicisitudes históricas, sin olvidar ni menospreciar por eso la influencia de los hombres que desempeñaron un papel importante en esas vicisitudes y acontecimientos, bien que reduciéndola á limites justos y razonables.

Decimos esto, porque si es cierto que no es conforme á los principios de la ciencia atribuir los sucesos trascendentales de un pueblo y sus grandes revoluciones á la influencia personal de un hombre, siquiera éste aparezca rodeado de la brillante aureola del legislador ó del conquistador, no es menos cierto que la misma ciencia nos enseña á conceder legítima importancia á la influencia de esa clase de hombres en los sucesos y revoluciones de los pueblos ó sociedades sujetas á su accion. La verdad es que si los historiadores antiguos concedian en general demasiada importancia á la influencia de determinados hombres, muchos de los modernos suelen dejarse llevar al esceso contrario, tendiendo á rebajar y disminuir demasiado la influencia personal del hombre: el verdadero criterio histórico debe evitar estos dos extremos como igualmente viciosos.

I.

El doble progreso relativo á los estudios históricos, que acabamos de indicar, debía dar origen y lo dió en efecto á un tercer progreso no menos importante que los dos primeros: progreso consistente en la generalización sistemática y científica de la historia de la humanidad, y es lo que se apellida generalmente *Filosofía de la historia*. Porque en efecto, desde el momento en que el hombre despues de penetrar en las entrañas de los grandes imperios antiguos á la luz de los descubrimientos é investigaciones de la crítica moderna, observa que aquellos imperios nacen, se levantan, se desarrollan, se desmoronan, caen y se suceden unos á otros, siguiendo en estos diversos movimientos de ascension y decadencia leyes mas ó menos constantes y similares, y sobre todo convergiendo á fines y resultados providenciales: desde el momento en que el hombre se ha acostumbrado á buscar en las entrañas de las sociedades y en su múltiple organismo interno las verdaderas y principales causas de las transformaciones y vicisitudes de las mismas: desde el

momento, en fin, en que el hombre observa que los grandes imperios de la antigüedad, así como tambien la historia de los pueblos tanto antiguos como modernos parecen obedecer en su constitucion, duracion y trasformaciones á una ley mas ó menos manifiesta y constante que rige la marcha y los destinos del género humano, debía nacer espontáneamente la filosofía de la historia; porque la filosofía de la historia, segun dejamos indicado, no es otra cosa mas que la generalización de los elementos históricos, ó si se quiere, la síntesis del doble progreso realizado en los estudios históricos, segun queda dicho, y aplicado á la humanidad en su marcha general y compleja.

Téngase presente, sin embargo, que al afirmar que la filosofía de la historia general de la humanidad constituye un progreso en los estudios históricos, no es nuestro ánimo prejuzgar si esa filosofía de la historia reúne las condiciones necesarias y esenciales para constituir verdadera ciencia. Mas todavía: opinamos que no puede apellidarse *ciencia* con propiedad y rigor filosófico, sin que esto obste para que constituya un progreso verdadero, en el sentido que mas adelante expondremos.

La ciencia propiamente dicha, exige, además de un objeto determinado, principios ciertos, evidentes y conocidos de tal manera, que sean aplicables por la razon humana á conclusiones ó verdades que sean deducciones legítimas y evidentes de los mismos. ¿Reune

estas condiciones la filosofía de la historia general de la humanidad? De ninguna manera, en nuestra opinion. Concederemos de buen grado que á la filosofía de la historia puede señalársele un objeto propio, cual seria, por ejemplo, el determinar la causa ó razon general de los diferentes estados ó vicisitudes por los cuales ha pasado el género humano, los que atraviesa al presente y los que le esperan en el porvenir; pero ¿dónde están los principios ciertos que pueden guiarnos de una manera fija y evidente en la determinacion y aplicacion de esa causa general de las transformaciones y del movimiento tan vario de la humanidad? ¿Sabemos siquiera á punto fijo si esa causa es única ó múltiple? ¿Podemos determinar con seguridad los fines propios del nacimiento, elevacion y decadencia de los diferentes imperios y naciones, especialmente con relacion al movimiento general de la humanidad? ¿Poseemos algun criterio seguro que pueda conducirnos al conocimiento cierto de la ley que rige y gobierna el movimiento histórico de la gran familia humana, y sobre todo de la que regirá su porvenir y sus destinos futuros? Tenemos, sí, teorías mas ó menos notables, mas ó menos brillantes sobre la filosofía de la historia; pero esas teorías, segun tendremos ocasion de probar despues, son teorías que carecen de fundamentos racionales y filosóficos, son teorías formuladas *à priori* en relacion con algun sistema determinado de filosofía, y por lo mismo son teorías que en vez de presen-

tarse como la deducción lógica y como una generalizacion racional y sintética de los hechos históricos, solo pueden conservar las apariencias de teoría científica á costa de esos mismos hechos históricos, los cuales no pueden hallar cabida en el cuadro estrecho de esas teorías *à priori*, sino á condicion de ser violentados, mutilados y desfigurados en todos sentidos. Esto sin contar la contradiccion mútua y la oposicion radical que existe entre las teorías aludidas.

Para nosotros es indudable que si existe ó existir puede una filosofía de la historia, bien sea como ciencia propiamente dicha, bien sea como estudio congettural y probable, debe tomar por base la observacion exacta y concienzuda de los hechos; porque solo esta observacion exacta y concienzuda de los hechos y su generalizacion racional, puede llevarnos al conocimiento filosófico de la marcha general de la humanidad en sus relaciones con la accion de la Providencia divina y de la libertad humana. Pretender fijar *à priori* la ley histórica de la humanidad, es desconocer las condiciones y la naturaleza propia de los elementos esenciales y fundamentales de la filosofía de la historia. ®

Estos elementos son la Providencia divina y la libertad humana. Para todo hombre de mediana inteligencia ó que no se agite en el vacío del fatalismo, del ateismo ó del materialismo, es indudable que la marcha del género humano sobre la tierra se halla sujeta

por una parte á la presciencia y providencia de Dios, y por otra á la libertad del hombre. Si el destino y las acciones del individuo se hallan sometidas á la providencia del Creador, seria absurdo y hasta contradictorio el pensar que los destinos de la humanidad, su marcha y sus transformaciones, no entran en el plan general de la Providencia divina. Por otro lado, no es posible negar que el hombre es el agente propio y como la causa determinante é inmediata de los hechos históricos por medio de la libertad, de manera que pudiera decirse con razon que la historia universal del género humano no es mas que el efecto propio y una manifestacion compleja de la libertad humana. Sin negar que las circunstancias ó condiciones externas é internas, tales como la constitucion fisica, el clima, el organismo social, religioso y político, y sobre todo las ideas que dominan en tal época y en tal sociedad, pueden ejercer y ejercen una influencia mas ó menos notable y necesaria en las determinaciones de la voluntad del hombre, siempre resulta que esas determinaciones son originaria y esencialmente libres, y que los sucesos ó hechos que constituyen como el fondo y la trama de la historia son resultados y efectos de la voluntad libre del hombre.

Las reflexiones que dejamos consignadas nos conducen naturalmente á las siguientes importantes deducciones:

1.^a Toda vez que la historia general de la huma-

nidad puede y debe considerarse como la resultante de la doble accion de la Providencia divina y de la libertad humana que constituyen las causas fundamentales y los elementos esenciales de la misma, la filosofia de la historia no puede existir como ciencia, sino á condicion de poseer el conocimiento de la relacion que existe entre la primera y la segunda: solo el que posea la intuicion clara ó un conocimiento exacto de la relacion que existe entre la Providencia divina y la libertad humana, como causas principales y armónicas de los hechos históricos, tendrá en su mano la clave de la ley que preside al movimiento general de la humanidad, y poseerá por consiguiente la verdadera filosofia de la historia.

2.^a En el estado actual de los conocimientos humanos puede considerarse como imposible que la filosofia de la historia reuna las condiciones esenciales de la ciencia propiamente dicha, y es además muy dudoso que adquiriera en lo sucesivo dichas condiciones.

3.^a Los diferentes sistemas sobre la filosofia de la historia formulados hasta el día, carecen en su mayor parte de bases ó principios racionales, y se hallan en contradiccion con el método que corresponde á esta clase de estudios, y fuera de las condiciones propias de la filosofia de la historia, aun considerada esta como estudio congetural y de mera probabilidad.

Seria inútil detenerse en demostrar ó esclarecer la primera de estas tres proposiciones. Si la historia del

género humano es un efecto y una manifestación inmediata de la voluntad libre del hombre; si esta voluntad del hombre, lo mismo que las demás causas que constituyen el conjunto de la creación, se hallan sometidas y subordinadas á la presciencia de Dios y á la dirección de su providencia, es á todas luces evidente que conocer la presciencia y dirección de la providencia de Dios con relación á la voluntad del hombre, sería lo mismo que conocer la marcha sucesiva de la humanidad y la razón de sus transformaciones y de su movimiento múltiple y complejo, en su origen, en su medio y en su fin. Luego poseer este conocimiento, sería poseer la verdadera filosofía de la historia.

Pero ¿es posible al hombre llegar con sus propias fuerzas al conocimiento claro y seguro de esa relación entre la Providencia divina y la libertad humana, consideradas como elementos fundamentales y generadores del movimiento histórico de la humanidad? El conocimiento científico y completo de la relación entre dos extremos implica el conocimiento de estos: así, pues, para que el hombre conociera la relación entre la acción de la Providencia divina y la acción de la voluntad humana con respecto á la historia de la humanidad, sería preciso que pudiera penetrar no solo en el secreto de la voluntad libre del hombre, sino en el secreto de la voluntad infinita de Dios. ¿Y podrá nunca lisongearse el hombre de penetrar los se-

cretos juicios y los decretos inescrutables del Altísimo? ¿Le será dado siquiera penetrar con su mirada escrutadora en el fondo de la voluntad del hombre, ni prever las determinaciones futuras de esta voluntad? No hay para qué decir que proponer estas cuestiones equivale á resolverlas en sentido negativo; porque la razón, la experiencia y el sentido común proclaman de consuno la imposibilidad en que se halla el hombre de adquirir semejantes conocimientos en la actualidad, imposibilidad que será la misma en el porvenir, según todas las apariencias, toda vez que se halla basada en las condiciones mismas de la naturaleza humana y de la naturaleza divina.

Hay más todavía; esta imposibilidad de llegar á la posesión de esa clase de conocimientos, se halla en relación directa é inmediata con el problema formidable de la conciliación de la presciencia y la predestinación divina con la libertad humana, y la verdad es que para todo hombre que sabe pensar la solución de ese problema es y será en el porvenir probablemente un misterio impenetrable para la razón humana durante el estado de la vida presente.

No deberemos por eso imitar la conducta poco racional de los filósofos paganos, algunos de los cuales para salvar la libertad humana negaban la presciencia divina, al paso que otros negaban la primera y abrazaban el fatalismo para salvar la segunda. La razón y la ciencia, de acuerdo en esta parte con las doctrinas

del cristianismo, nos enseñan de consuno que no debemos ni podemos negar ni la existencia de la presciencia divina, ni la existencia de la libertad humana, por mas que no nos sea dado penetrar con claridad el misterio de su conciliacion: el lado oscuro de un problema nunca será motivo suficiente y racional para negar lo que es evidente á los ojos de la razon y de la esperiencia. Negar la presciencia divina, equivaldria á negar la existencia misma de Dios, porque como decia muy bien San Agustin, «Confesar que Dios existe, y negar que tiene presciencia de las cosas futuras, es manifiesta locura: *Confiteri Deum esse, et negare præscium futurorum, apertissima insania est.*»

No seria menos absurdo y contrario á la sana razon negar la existencia de la libertad humana, so pretexto de salvar la presciencia divina. La libertad humana es un hecho de conciencia íntima, superior por lo mismo á todo sofisma que pretenda desvirtuarla, y colocada muy por encima de todos los argumentos de una ciencia aparente. La dificultad y oscuridad que experimenta y experimentará siempre la razon humana para llegar á una concepcion clara relativamente á la conciliacion de estas dos cosas, no puede considerarse en buena lógica motivo filosófico para negar la existencia de ninguno de los dos términos del difícil problema. Infiérese de lo dicho que si es justo rechazar la opinion de los fatalistas antiguos y modernos que niegan la libertad humana, atestiguada invencible-

mente por la conciencia y el sentido comun, no es menos justo rechazar la doctrina de Ciceron cuando negaba la presciencia divina, y hacia á los hombres sacrilegos, pretendiendo hacerlos libres, segun la enérgica espresion de San Agustin: *dum vult facere liberos, facit sacrilegos.* Así, pues, por grande que sea la oscuridad que nuestra limitada inteligencia encuentra al querer penetrar los ocultos caminos que enlazan la presciencia y la predestinacion divina con la libertad humana; por grande que sea la dificultad de comprender la razon íntima y la marcha armónica de este doble principio de las acciones humanas, siempre deberemos decir con el ya citado San Agustin que no por eso habremos de considerarnos con derecho, ni menos obligados á negar ó la presciencia de Dios, ó la libertad del hombre, antes por el contrario, deberemos admitir la existencia indubitable de la una y de la otra en armonía con las enseñanzas de la razon natural y de la revelacion divina: *Quocirca, concluye el grande Obispo de Hipona, nullo modo cogimur, aut retenta præscientia Dei tollere voluntatis arbitrium, aut retento voluntatis arbitrio, Deum (quod nefas est) negare præscium futurorum: sed utrumque amplectimur; utrumque fideliter et veraciter confitemur; illud, ut bene credamus; hoc, ut bene vivamus.*

Si alguno creyere que nos hemos detenido demasiado en establecer verdades que pueden considerarse y son realmente incontestables y evidentes para todo

hombre de sana razon, le haremos observar: 1.º que no faltan aun en nuestros dias escritores y escuelas que se apartan de la verdad con respecto á la presciencia divina: 2.º que la existencia de la presciencia divina y la de la libertad humana en cuanto subordinada á la Providencia de Dios, deben considerarse, segun antes hemos indicado, como las condiciones esenciales de la posibilidad de la filosofia de la historia general de la humanidad: 3.º que la posibilidad y naturaleza de la filosofia de la historia se halla en relacion necesaria y directa con la posibilidad de llegar al conocimiento de la relacion que existe entre la Providencia divina y la libertad humana, como bases y agentes principales de esa historia general de la familia humana.

Y en efecto; la pretendida autonomia absoluta que la filosofia racionalista y panteista atribuye á la razon humana, lleva consigo como consecuencia lógica la negacion explícita ó implícita de la Providencia Divina como elemento generador de la historia de la humanidad: la voluntad depende de la razon como de una condicion necesaria y natural de sus acciones, y la naturaleza y propiedades de la libertad de un ser se halla en relacion necesaria con la naturaleza y propiedades de su inteligencia: luego la autonomia absoluta de la razon humana, lo mismo que su divinizacion panteista envuelve la autonomia absoluta y la divinizacion de la voluntad libre del hombre, y por lo

mismo conduce lógicamente á ciertos escritores y filósofos modernos á negar ó por lo menos á prescindir de la presciencia providente de Dios al tratarse de la filosofia de la historia. Luego no sin razon nos hemos detenido en establecer y aclarar esta verdad, por mas que la reconozcamos evidente por sí misma y la coloquemos entre las verdades de sentido comun.

Era además conveniente insistir y poner fuera de toda duda esa verdad, siquiera sencilla y evidente por sí misma, porque constituye el principio racional y la base necesaria de toda filosofia de la historia digna de este nombre. Quitad la presciencia y Providencia divina que dirige á fines determinados el movimiento de la humanidad así como tambien dirige las acciones del individuo, y tendreis una filosofia de la historia sin una de las condiciones esenciales de la ciencia que es la unidad; porque tendreis una filosofia de la historia sin unidad ni universalidad de causa, sin unidad ni universalidad de ley, sin unidad ni universalidad de fin ú objeto, es decir, que habreis hecho imposible la filosofia de la historia de la humanidad, tomada en el sentido que ahora nos ocupa. Quitad por otro lado la libertad humana, y habreis convertido la filosofia de la historia en la *fisica* de la historia ó hablando con mas propiedad en la historia del fatalismo humano.

Réstanos ahora demostrar y desenvolver la última de las tres proposiciones en que antes hemos conden-

sado nuestro pensamiento general sobre la posibilidad, condiciones de existencia y naturaleza de la filosofía de la historia. Hemos asentado en ella que los principales sistemas formulados hasta el día sobre la materia que nos ocupa, carecen de principios racionales y se hallan fuera del método y condiciones propias de la filosofía de la historia.

Para convencerse de esto, basta tener presente que no es dado á la inteligencia del hombre penetrar con sus propias fuerzas ni los decretos de la voluntad del Omnipotente que encierran la marcha providencial de la humanidad con relacion al pensamiento divino, ni tampoco conocer con certeza las determinaciones libres de la voluntad humana respecto de lo porvenir: y sin embargo ya hemos visto, que la Providencia Divina por un lado, ó sea el pensamiento y la voluntad de Dios con respecto á la humanidad, y por otro las determinaciones de la voluntad humana, constituyen los dos elementos principales y como los agentes fundamentales y generadores de la filosofía de la historia. Así, pues, el conocimiento de la ley histórica á que se halla sometido el género humano en su desenvolvimiento complejo, múltiple y sucesivo, depende y se halla en relacion con el conocimiento del enlace y conexión que existe entre la Providencia Divina y la libertad humana, consideradas como agentes fundamentales y principios generadores del movimiento histórico de la humanidad.

Dos consecuencias importantes se desprenden de esta doctrina. Es la primera, que la observación exacta y la comparación crítica de los hechos históricos, constituyen el único método racional y propio de la filosofía de la historia, porque es el único posible y que se halla en armonía con las condiciones propias de la misma en el estado actual de los conocimientos humanos. La razón es obvia por demás, después de lo que dejamos consignado. La ley histórica de la humanidad no es ni puede ser otra cosa sino la resultante de la Providencia Divina y de la libertad humana, á la vez que la expresión de sus relaciones como agentes ó principios fundamentales del movimiento de la humanidad con sus variadas fases y transformaciones: es así que el hombre no puede conocer *à priori* por sus propias fuerzas ni los secretos designios de la Providencia Divina, ni las determinaciones contingentes de la libertad humana, especialmente con respecto á lo porvenir, ni tampoco las íntimas y ocultas relaciones y armonías que existen entre la primera y la segunda; luego solo puede llegar al conocimiento de la ley histórica de la humanidad y á la posesión de una filosofía de la historia mas ó menos completa, mas ó menos científica, mas ó menos segura, por medio de la observación exacta y la comparación racional y crítica de los hechos históricos, los cuales por lo mismo que son el resultado y como el efecto adecuado de la acción de la Providencia Divina y de la libertad huma-

na, pueden considerarse como manifestaciones, vestigios y encarnaciones mas ó menos claras y aparentes de los designios providenciales en sus relaciones con la voluntad libre del hombre como agente inmediato de la historia.

La segunda consecuencia que se desprende de la doctrina indicada es, que debe ser mirado con desconfianza todo sistema de filosofía de la historia que se halle basado sobre concepciones de la razón pura, y no sobre la observación y la comparación de los hechos históricos; porque esta observación y comparación constituyen el único criterio racional para llegar al descubrimiento de la ley histórica entrañada en el movimiento complejo y universal del género humano sobre la tierra, y la condición necesaria de la posibilidad y existencia para el hombre de la filosofía de la historia. Pero téngase presente que esta observación de los hechos históricos no solo debe ser exacta, sino también completa y universal, ó en otros términos, debe abarcar todos los pueblos, todas las razas, todas las épocas y todas las principales transformaciones y vicisitudes de la humanidad desde su origen hasta su término ó consumación final sobre la tierra; y lo que es mas todavía, debe abarcar las principales manifestaciones históricas de la actividad humana, cuales son el arte, la industria, la religión, la política, la filosofía, la moral, las ciencias, las instituciones sociales. Y esto viene á confirmar lo que arriba dejamos

consignado sobre la imposibilidad, ó por lo menos, dificultad suma de que la filosofía de la historia en el estado actual de los conocimientos humanos reúna las condiciones esenciales y el organismo propio de una ciencia absoluta y rigurosamente tal.

En efecto, aun admitida la hipótesis, bien difícil por cierto de realizar á pesar de los progresos verificados en los estudios históricos, que existiese un hombre que poseyera el conocimiento exacto, completo y universal, en el sentido que acabamos de reseñar, de los hechos históricos desde el origen de la humanidad hasta nuestros días; suponiendo además á este hombre dotado de todas las cualidades para comparar, clasificar y generalizar todos esos hechos, analizándolos primero y fundiéndolos despues, por decirlo así, al calor de una síntesis poderosa y científica para deducir de ellos la ley general de la historia de la humanidad, esa deducción y esa ley no podrian salir de las condiciones de la probabilidad ó verosimilitud, ni entrar por consiguiente en el terreno de la certeza científica. Cualesquiera que fuesen las razones aducidas en apoyo de aquella deducción sintética del pasado de la humanidad, y de la ley histórica universal, siempre quedarían sujetas á la contraprueba experimental del porvenir de la humanidad, y nadie puede lisonjearse sin temeridad de que la marcha del género humano en el tiempo futuro, no desmentirá sus cálculos, ó se hallará en completa armonía con sus deducciones y

teorías basadas por una parte sobre trasformaciones parciales y movimientos determinados de la humanidad, y por otra sobre apreciaciones mas ó menos acertadas y filosóficas, pero siempre falibles de la razon humana.

Veamos ahora si los principales sistemas y teorías sobre la filosofía de la historia que han aparecido en la escena literaria, abonan y confirman nuestras ideas y apreciaciones sobre la materia; pero antes de entrar en este exámen bueno será resumir lo que dejamos dicho hasta ahora en las siguientes proposiciones:

1.^a Es innegable que en los tiempos modernos y principalmente de un siglo á esta parte se han realizado progresos incontestables en los estudios históricos.

2.^a Las ciencias históricas han recibido notables adelantos y desarrollo no solo en lo que constituye, por decirlo así, la parte material y el fondo de la historia, ó sea el conocimiento mas exacto y completo de los hechos ó sucesos históricos tanto antiguos como modernos, sino tambien en lo relativo á la crítica razonada, imparcial y filosófica de los mismos, lo cual constituye como la forma esencial de la historia, y una de las condiciones mas importantes para su perfeccion y progreso.

3.^a Este progreso relativo á la crítica razonada y á la forma de la historia es de la mayor importancia, por lo mismo que se refiere al conocimiento y exámen

de las condiciones internas de los pueblos y sociedades, las cuales aunque menos aparentes y sensibles para el observador superficial, constituyen sin embargo las causas mas enérgicas, mas universales y mas filosóficas de los sucesos, trasformaciones y vicisitudes que aparecen en la historia de los pueblos y naciones.

4.^a Este modo de tratar la historia, tomando en consideracion los elementos internos y orgánicos de la sociedad, como causas principales de las manifestaciones externas é históricas de un pueblo, pudiera apellidarse, no sin razon, la filosofía *particular ó aplicada* de la historia. Filosofía que constituye, á no dudarlo, el principal progreso de los estudios históricos en los tiempos modernos.

5.^a Sobre esta filosofía aplicada de la historia, existe ó á lo menos tiende á constituirse, lo que pudiéramos apellidar *filosofía pura ó general de la historia*, la cual tiene por objeto descubrir y determinar la ley general y única que preside al movimiento sucesivo, ó desarrollo de la humanidad.

6.^a Empero aun admitida la existencia de esa ley *única* en orden al desarrollo de la humanidad, bien puede afirmarse que la posibilidad de su conocimiento por parte del hombre, es dudosa y problemática respecto del porvenir; porque si bien al acercarse la colectividad humana al término de su mision y existencia sobre la tierra, podrá acaso el hombre alcanzar

un conocimiento *conjetural* mas ó menos probable de la ley histórica de la humanidad por medio de la observacion exacta y comparacion critico-filosófica de los hechos históricos realizados hasta entonces en el tiempo y en el espacio, es sin embargo muy dudoso, por no decir imposible, que aun en este caso, alcance un conocimiento seguro, evidente y rigurosamente científico, toda vez que esto exige y presupone el conocimiento de los decretos ó designios providenciales de Dios sobre la humanidad universal á su paso por el mundo terrestre que habitamos, y exige igualmente el conocimiento de sus relaciones y armonía con la libertad humana como causas principales y elementos generadores de la historia. Puede considerarse como imposible en la actualidad; porque á la imposibilidad de conocer *à priori* los designios ó decretos de la Providencia, se añade la de conocer las determinaciones libres futuras de la voluntad humana, así como la imposibilidad de conocer la marcha que seguirá la humanidad en el porvenir.

7.^a Las bases necesarias y naturales de la filosofía pura de la historia, son la presciencia ó Providencia Divina, y la libertad humana, porque son los dos agentes primarios y fundamentales de los sucesos ó fenómenos históricos, y deben considerarse como los elementos esenciales y generadores de las manifestaciones históricas de la humanidad.

8.^a El conocimiento evidente y científico de la fi-

losofía pura de la historia envuelve el conocimiento de la relacion y armonía entre la presciencia y Providencia de Dios, y la libertad del hombre; y como quiera que esa relacion armónica encierra un misterio que ha sido, es y probablemente permanecerá impenetrable á la razon humana abandonada á sus propias fuerzas, de aquí la imposibilidad moral ó suma dificultad de que la filosofía pura de la historia éntre en posesion de la certeza, evidencia y demás condiciones indispensables para la constitucion y organismo que corresponden á la ciencia propiamente dicha.

9.^a La oscuridad que rodea para nosotros la naturaleza de esta relacion entre la Providencia divina y la libertad humana, así como la consiguiente dificultad de resolver científicamente este problema, no es ni puede ser motivo ó razon suficiente para negar ni la existencia de la primera, ni la existencia de la segunda, puesto que se hallan justificadas evidentemente por la razon, la experiencia y el sentido comun.

10. El único método racional y en armonía con las condiciones propias de la filosofía pura de la historia, en el sentido y segun la manera que es posible, consiste en la observacion exacta y en la comparacion racional, completa y universal de los hechos históricos. En consecuencia, todo sistema sobre la filosofía de la historia formulado *à priori*, ó basado sobre concepciones de la razon pura, puede y debe ser considerado como erróneo, ilegítimo y opuesto á las con-

diciones científicas y de método que corresponden á la filosofía pura de la historia.

Echemos sino una rápida ojeada sobre las principales teorías relativas á la misma, y en ellas encontraremos una prueba convincente de esta verdad, á la vez que la confirmacion de las reflexiones y apreciaciones que dejamos consignadas sobre la filosofía de la historia.

Prescindiendo por ahora de Bossuet, de cuya filosofía de la historia, ó mejor dicho, de cuyo *Discurso sobre la historia universal* nos ocuparemos mas adelante, la primera obra de importancia filosófica y sistemática acerca de la filosofía de la historia que aparece en la escena literaria es la *Scienza Nuova* de Vico, cuya teoría sobre la filosofía de la historia expone y resume con bastante acierto su compatriota Salvador Costanzo en los siguientes términos: (1) «Vico, en su

(1) *Hist. Univ.*, t. II, cap. 4.º

obra inmortal titulada *Ciencia Nueva*, sienta como base de todo su sistema, que la filosofía de la historia se funda en las modificaciones progresivas de la mente humana y en su desenvolvimiento, que aplicado á sus principios históricos, no es mas que el de nuestra razon.

El hombre, dice este ilustre publicista, experimenta sensaciones fuertes antes de reflexionar; luego contempla mas detenidamente los objetos que le rodean, pero con mente perturbada; y por último, su razon se robustece, su imaginacion se amortigua y su reflexion triunfa. El hombre en su estado primitivo, abandonado á sus propios instintos, se halla bajo el imperio del mundo exterior, cuyos fenómenos extraordinarios que no comprende todavía, como los rayos, los temblores de tierra, los eclipses, los truenos, etc., le infunden pavor, le dán la primera idea vaga y confusa de la divinidad, y le arrancan de la barbarie.

Este periodo constituye la *época religiosa*, punto de partida de la humanidad: luego sucede otra en que el hombre constituido en sociedad dá mayor latitud á sus ideas y principio al *periodo heroico*, que se funda en la distincion de razas, esto es, nobles y plebeyos, que dán origen á una constitucion política viciosa, que sirve sin embargo de iniciativa lenta á la formacion de un estado social mas compacto que reúne á los que buscan un asilo en el seno de la familia. Esta época, que no es todavía definitiva, dá principio á una lucha;

pero los plebeyos que disputan la herencia de sus derechos naturales á los patricios, por último, los vencen: se funden paulatinamente las razas y se organiza un nuevo cuerpo político bajo la influencia de las ideas de justicia é igualdad. Esta es la tercera época, denominada por Vico *humana*...

El *periodo divino*, infancia de la humanidad, corresponde á los primeros esfuerzos oscuros, indeterminados y confusos de nuestra inteligencia, que en su primer desarrollo se confunde casi con el instinto y se queda absorta en los sentidos: el segundo, esto es, el *heróico*, á la edad en que triunfa la imaginación del hombre, que es la facultad mas atrevida y fuerte que se despierta en nosotros al salir de la infancia: y el tercero, ó *humano*, al hombre adulto, cuyas acciones son el fruto de una fuerza reflexiva que reúne la experiencia de los hechos.

Cada uno de estos tres periodos tiene una forma de gobierno propio y análoga al estado de desenvolvimiento progresivo de nuestra razón. En las naciones en que domina el *principio divino*, el gobierno es enteramente teocrático: en el *periodo heróico*, el poder reside en las manos de la aristocracia; y el *humano* está reunido en la persona del monarca que gobierna sin distinción de clases. Las lenguas, en su primera infancia, las encontramos geroglíficas y misteriosas, porque sirven para manifestar bajo formas sensibles los atributos divinos; las encontramos sim-

bólicas y poéticas posteriormente, porque están destinadas á celebrar las hazañas prodigiosas de los héroes bajo el velo de la alegoría, y últimamente toman una forma lógica y racional, porque son el producto de la reflexión inherente á la época humana.»

No se necesitan á la verdad grandes esfuerzos de reflexión y raciocinio, para reconocer que esta teoría de Vico carece de solidez científica y es absolutamente insostenible. Por de pronto flaquea por su base, al pretender dar razón de la génesis social y política de la humanidad, tomando por punto de partida el estado salvaje del hombre ó su embrutecimiento originario. Levantar el edificio de la filosofía de la historia sobre semejante hipótesis, es edificar en el aire; porque nadie ignora que la razón, la historia y la ciencia moderna rechazan hoy de consuno la ridícula y absurda teoría del salvagismo originario del hombre, siquiera esa teoría formara en el siglo pasado la gloria de Rousseau, y siquiera también veamos que en nuestros días se esfuerzan en renovar y restaurar la teoría del filósofo ginebrino y de sus contemporáneos los enciclopedistas, los adeptos y partidarios de los estudios prehistóricos, bien así como los modernos positivistas y darwinistas esfuérganse en restablecer, propagar y consolidar las doctrinas materialistas y ateas de los enciclopedistas aludidos. Sea esto dicho de paso, y sin que por eso pretendamos negar la utilidad y la importancia relativa de los estudios prehistóricos, siem-

pre que estos moviéndose dentro de las condiciones de la sobriedad científica, no traspasen los límites prefijados por las leyes inflexibles de una lógica severa é imparcial.

Por otra parte, la experiencia misma se encarga de demostrar la falsedad de esa hipótesis acariciada por la filosofía incrédula y materialista del siglo XVIII. Hemos visto en efecto, y vemos con frecuencia tribus salvajes que se civilizan de una manera mas ó menos rápida, mas ó menos perfecta bajo la influencia de la predicación evangélica y de las doctrinas esencialmente civilizadoras del cristianismo: hemos visto y vemos tambien en nuestros días tribus y naciones que al contacto de la civilización europea ó americana, que son en el fondo la civilización cristiana, suavizan sus costumbres, modifican sus ideas é instituciones, y se agitan y se conmueven, y marchan por el camino de la civilización, siquiera sea con lentitud; pero jamás hemos visto ni vemos que tribus ó naciones salvajes abandonadas á si mismas y privadas de todo contacto con naciones mas ó menos adelantadas y perfectas, pasen del estado de la barbarie al de la civilización. Suponer, pues, la barbarie primitiva en el hombre ó su salvagismo originario, equivale á negar la posibilidad y existencia de la civilización en la humanidad, y por consiguiente equivale á negar la existencia de lo que vemos con nuestros ojos y tocamos con nuestras manos.

La teoría de Vico adolece además de otro defecto ó vicio capital, cual es el suponer y afirmar que el origen de la religion en el hombre es la impresion de terror producida por grandes fenómenos de la naturaleza; error trascendental que bastaria por sí solo para juzgar severamente y rechazar la teoría del filósofo napolitano. Esto equivale por de pronto á negar la existencia de la revelacion sobrenatural y positiva hecha por Dios al primer hombre, así como tambien la existencia de las tradiciones religiosas derivadas de aquella revelacion primitiva y divina, tradiciones atestiguadas por la historia, la poesía y los monumentos de los pueblos mas antiguos, por mas que aparezcan en ellos desfiguradas con ficciones poéticas y envueltas en formas simbólicas y mas ó menos misteriosas. De manera que en esta parte la teoría de Vico se halla en abierta oposicion, no solamente con la enseñanza del cristianismo, sino tambien con hechos históricos incontestables y universalmente admitidos.

Y si esta afirmacion de Vico es inadmisibile bajo el punto de vista histórico, puede calificarse de absurda y errónea en el terreno filosófico y científico; porque la razon y la filosofía demuestran evidentemente que el conocimiento de Dios y las diferentes manifestaciones del sentimiento religioso tienen en el hombre bases mas sólidas, fundamentos mas racionales y raiz mas profunda que el terror producido por determinados fenómenos de la naturaleza. Mas todavia: señalar

ese terror como origen y causa única ó principal de la religion, equivale en último resultado á negar la existencia real y la verdad de toda religion; toda vez que la razon y la ciencia demuestran que los indicados fenómenos proceden en realidad de causas naturales, sin que sea necesario considerarlos como manifestaciones inmediatas, exclusivas y especiales de la divinidad. Luego la suposicion expresada de Vico, además de hallarse en contradiccion con la historia y con la ciencia que señalan otro origen y otras bases á las manifestaciones religiosas del hombre, conduce por una parte al naturalismo y por otra al ateismo ó negacion de toda religion positiva y racional.

Aun cuando la teoría del filósofo italiano no presentára mas errores é inconvenientes que los que acabamos de exponer, serían estos mas que suficientes para demostrar su falsedad y para que fuera rechazada como inexacta, errónea é inadmisibile. Pero la verdad es que la teoría de Vico, como todas las teorías sobre la filosofía de la historia formuladas *à priori*, se halla en abierta oposicion con los hechos históricos, los cuales se vé precisada á desfigurar completamente ó á prescindir de ellos, so pena de ver desaparecer su forma sistemática y sus apariencias científicas. En efecto; la teoría de Vico supone: 1.º que todos los pueblos ó naciones de importancia recorren necesariamente los tres períodos divino, heróico y humano, arriba indicados: 2.º que la forma de gobierno que

corresponde al período humano y por consiguiente la mas perfecta, es la monarquía pura ó absoluta: 3.º que cuando una nacion ha llegado al período humano ó perfecto en el orden político, se halla condenada á la anarquía y la disolucion social, ó en otros términos, á volver á la barbarie de donde saliera para comenzar de nuevo el mismo movimiento y recorrer los tres períodos indicados.

Ahora bien; ¿no es á todas luces evidente é incontestable que esas suposiciones ó afirmaciones no se hallan en armonía con los hechos históricos ni con los principios y apreciaciones de las ciencias políticas y morales? ¿Puede admitirse, sin negar la historia ó violentar su testimonio, que el imperio de China, por ejemplo, el del Japon ó el de Rusia, hayan recorrido las tres épocas mencionadas en la forma y condiciones que Vico supone? ¿Puede admitirse tampoco la afirmacion absoluta del filósofo italiano sobre la perfeccion de la monarquía pura como forma de gobierno, ó se halla en armonía esa afirmacion con los datos y enseñanza de la historia general de la humanidad? Finalmente, la historia desmiente tambien con no menor claridad y energía, la suposicion de que cuando un pueblo ha llegado á adquirir la perfeccion relativa en orden á su estado social y político, ó cuando ha entrado en posesion de la civilizacion, se halle condenado inevitablemente á la anarquía y disolucion social, ni menos á volver á la barbarie pri-

mitiva. Si la historia presenta algunos ejemplos mas ó menos relacionados con esta suposicion, tambien nos los presenta en abundancia y mas evidentes de pueblos que han recorrido y recorren la escuela de la civilizacion en el grado que Vico exige para la *época humana*, sin que hayan caido en la anarquía ó vuelto á la barbarie. La misma historia nos ofrece tambien multiplicados ejemplos de pueblos que conducidos al borde de la anarquía y disolucion, se levantaron de su postracion política y social, sin necesidad de volver á la barbarie, ni menos de ser regenerados por la conquista de pueblos estraños; porque es de saber que para Vico, la conquista es el medio único, natural y propio de regeneracion social y política para un pueblo, cuando éste se halla en estado de anarquía y postracion. Y sin embargo, España, para no buscar ejemplos mas patentes en otras naciones, no necesitó ser conquistada para levantarse de su postracion y abatimiento anárquico en tiempo de Enrique IV, habiendo bastado para su regeneracion un gobierno moral, ilustrado, firme y enérgico.

Añádase á esto que el afirmar que la conquista es el medio natural y propio de regeneracion para los pueblos, equivale en buenos términos á justificar la violacion del derecho natural y humano, equivale á sustituir la fuerza bruta y la violencia exterior al poder de la razon, á la energía, á la voluntad y á la fuerza moral del hombre como elementos principales

y generadores de la civilizacion. «Idea absurda, diremos con el ya citado Costanzo, no solo porque dá la preferencia á la fuerza bruta sobre la razon sino tambien porque ataca directamente al catolicismo, cuyos dogmas y doctrinas poseen un elemento civilizador indestructible que se regenera á sí mismo sin acudir á la violencia y á la fuerza de las armas. En efecto, las naciones idólatras las mas degradadas y hasta los salvajes nómadas y antropófagos de la América, se han regenerado en gran parte desde el momento en que abandonando sus supersticiones y sus ídolos, se han acogido al pendon de la Cruz.»

No entraremos en mas detalles sobre la teoria de Vico, lo cual no estaria en armonía con el objeto y condiciones de este trabajo destinado á la prensa periódica. Pero no dejaremos esta materia sin presentar una última observacion. Para nosotros el origen principal de los errores y apreciaciones inexactas de Vico, debe buscarse en el punto de vista exclusivo é incompleto en que se colocó. Leyendo su obra se nota á primera vista, que el filósofo italiano al escribirla y al formular su teoria, solo tenia presente ó tomaba en cuenta la historia griega y romana, prescindiendo casi por completo de los demás pueblos y naciones. De aquí sus afirmaciones y doctrinas sobre los tres períodos ó épocas, sobre las tres formas correlativas de gobierno, sobre la anarquía y disolucion de las naciones y su regeneracion por la conquista, sobre ese

círculo de hierro en que Vico encierra la humanidad, haciéndola pasar alternativa é indefinidamente de la barbarie á la civilizacion y de esta á aquella. Si la historia de la humanidad estuviera reducida á la historia de Grecia y Roma, la teoría que nos ocupa seria aceptable y podria decirse fundada, por lo menos en orden á algunas de sus principales afirmaciones. Empero como la historia de la humanidad encierra algo mas que la historia griega y romana, la concepcion de Vico sobre la filosofia de la historia, es una concepcion esencialmente incompleta y necesariamente exclusiva, y por lo mismo plagada de suposiciones gratuitas y de afirmaciones erróneas que se hallan en contradiccion manifiesta con la enseñanza de la ciencia y con el testimonio irrefragable de la historia humana.

Cincuenta años despues de Vico escribia Herder sus *Ideas sobre la filosofia de la historia*, y el filósofo aleman presentaba en esta obra una teoría que pudiera apellidarse en cierto modo la antítesis de la teoría del filósofo italiano. Mientras Vico considera la razon y por consiguiente la libertad del hombre como el agente único y exclusivo de la civilizacion humana y de sus manifestaciones, Herder concede por el contrario una influencia preponderante y excesiva al clima y demás condiciones físicas que rodean al hombre. Para el primero, el hombre es casi absolutamente independiente de la naturaleza exterior y de sus condi-

ciones: para el segundo, la naturaleza física y exterior lo es todo ó poco menos para el hombre, el cual recibe de aquella sus ideas, su organizacion social y política, y en general su movimiento y su civilizacion, que son diferentes segun la diferencia de localidades y condiciones de la naturaleza exterior.

Ni es este el único punto fundamental en que la teoría del filósofo aleman se encuentra en oposicion directa con la del filósofo italiano. Hemos visto que este condena á la humanidad á recorrer eternamente la periferia de un mismo espacio, encerrándola en ese círculo de hierro de los tres periodos históricos: Herder por el contrario, tomando por base la perfectibilidad indefinida del hombre supone y afirma que la humanidad marcha siempre hácia adelante y se perfecciona progresivamente segun todos los ramos y elementos que constituyen la civilizacion.

Sin necesidad de entrar en mas pormenores, bastan estas indicaciones para juzgar la teoría de Herder, que bien puede calificarse de inexacta y errónea por mas de un concepto. Por de pronto, la teoría del filósofo aleman, como todas las teorías formuladas *à priori* sobre esta materia, no se halla en armonía con los hechos históricos. ¿Cómo admitir en efecto, sin violentar la historia, que la humanidad toda, ni siquiera todas las naciones principales y de importan-

cia histórica, hayan marchado siempre y marchen en la actualidad por el camino del progreso y la civilización? ¿Qué progresos notables nos presenta la historia durante el curso de muchos siglos con respecto al populoso imperio de la China, y las naciones que habitan la India? Si se exceptúan algunos escasos adelantos relativos á la industria y comercio debidos al contacto con las naciones europeas, puede decirse con verdad, que esos pueblos y naciones, en religion, en política, en organizacion social, en ciencias, en artes, en filosofía, se encuentran con poca diferencia en el mismo estado que tenían hace cerca de dos mil años; hasta pudiera afirmarse, que han retrogradado en vez de progresar con respecto á algunos ramos ó elementos principales de la civilización. ¿Produce al presente el Indostan algo que se parezca á las vastas y admirables concepciones literarias y principalmente filosóficas de sus antiguos moradores?

Esto sin contar que, aun con respecto á las naciones europeas, en las cuales es mas aparente y real ese movimiento progresivo, merced á los principios esencialmente civilizadores y vivificantes del cristianismo que se hallan encarnados en las mismas, no sería tarea muy fácil el demostrar que se hallan bajo la ley del progreso en orden á todos los elementos fundamentales ó integrantes de la civilización entre los cuales deben enumerarse, sin duda alguna, el elemento moral y el artístico. Y bien; ¿puede demostrarse que

nuestra civilización actual se halla en estado de verdadero progreso respecto de épocas anteriores, bajo el punto de vista de las costumbres públicas y mas todavía de las privadas, así como tambien bajo el punto de vista de la escultura y pintura, principales manifestaciones del elemento artístico? Que las artes han progresado en extension y universalidad de aplicaciones, cosa es que no puede ponerse en duda; pero sí puede dudarse con sobrado fundamento que hayan ganado tambien en intensidad, por decirlo así, y en perfeccion, especialmente con respecto á algunas. ¿Hay muchas estatuas en nuestros tiempos que puedan ponerse al lado del *Moyses* de Miguel Angel ó de otras esculturas del siglo XVI? ¿Dónde están las pinturas de nuestro siglo que merezcan figurar al lado de las de Murillo, Rubens, Rafael y tantos otros insignes artistas de pasados siglos?

Empero la teoría de Herder adolece de otro vicio no menos transcendental que el que acabamos de consignar, puesto que se refiere á la base misma del sistema. Ya dejamos indicado, que lo que constituye el principio fundamental de la teoría de Herder sobre la filosofía de la historia, es la perfectibilidad indefinida ó ilimitada del hombre. Segun esto, la ley que preside y domina la historia de la humanidad, es la realización progresiva de esa perfectibilidad ilimitada que se supone en la humanidad. No tememos decir que esta concepción del filósofo alemán, tiene mas de

brillante y deslumbradora que de científica y sólida. Por de pronto, la perfectibilidad ilimitada del hombre es una hipótesis que ni la razón ni la experiencia abonan, mejor dicho, que se halla en contradicción con la naturaleza humana. Lo que es esencialmente finito y limitado, no puede recibir una perfección infinita é ilimitada; y la naturaleza humana, á pesar de su incontestable superioridad relativa y de su nobleza, no traspasa ni puede traspasar los límites de lo finito. Luego la perfectibilidad humana entrañada en la naturaleza y en las fuerzas naturales del hombre, por grande que se la suponga, es preciso que tenga un límite determinado.

Por otra parte, la razón, la experiencia y hasta la historia misma enseñan de consuno que las fuerzas morales é intelectuales del hombre, y por consiguiente la perfectibilidad sobre ellas basada, se hallan en relación necesaria con las condiciones físicas de su naturaleza. Esto sin contar que no hay razón para suponer que esa perfectibilidad haya de ser ilimitada é indefinida en un orden y no en los otros; antes por el contrario, la hipótesis del filósofo alemán exige naturalmente que dicha perfectibilidad sea no solo armónica sino completa, abarcando todos los órdenes de perfectibilidad que se observan en el hombre, toda vez que la civilización de la humanidad abarca también y encierra el desenvolvimiento universal de los varios elementos que son como partes integrantes de

la misma. Luego es inadmisibles y gratuita la hipótesis de la perfectibilidad indefinida é ilimitada del hombre, puesto que nos vemos precisados á reconocer su perfectibilidad limitada en el orden físico, á no ser que queramos decir con Condorcet que los hombres llegarán á descubrir con el tiempo el secreto de la inmortalidad, ó por lo menos, los medios de prolongar indefinidamente la vida.

Pero hay mas todavía: aun admitida la realidad de esa perfectibilidad indefinida, la teoría de Herder habia adelantado poco á los ojos de la sana razón. Afirmar que la ley histórica de la humanidad y de su civilización consiste en la marcha progresiva hácia la perfectibilidad indefinida, es reducir la filosofía de la historia á una idea vaga, á la vez que vacía de sentido filosófico. Para reconocer si la humanidad avanza ó retrocede, para reconocer si se aproxima ó se aleja de esa perfectibilidad indefinida, es absolutamente indispensable determinar el ideal que sirve de término y de objeto al movimiento de la humanidad, es necesario fijar y definir el tipo de esa perfectibilidad cuya aspiración constituye, segun la teoría que venimos examinando, el principio esencial y el elemento generador del movimiento histórico de la humanidad. Y sin embargo, ni el autor de esta teoría, ni los de otras análogas nos dicen en qué consiste esa perfectibilidad indefinida hácia la cual marcha la humanidad impulsada por una mano misteriosa y de una manera des-

conocida; nadie se ha tomado el trabajo de determinar y definir con precision el ideal ó tipo que constituye esa perfectibilidad ilimitada que se supone ser el término, el fin y el objeto del movimiento progresivo de la humanidad. Cuando se posee de antemano el tipo ó la idea concreta de la perfeccion de un sér, se concibe fácilmente el movimiento de este sér con relacion á ese tipo preconcebido de perfeccion; pero cuando falta ese tipo determinado, cuando falta la idea fija y exacta de la perfeccion posible de un sér, hablar de movimiento progresivo, hablar de perfeccionamiento sucesivo, hablar en fin de aproximacion y marcha hácia la perfectibilidad indefinida, es deslumbrar con términos sonoros pero vacíos de sentido científico; porque hablar de perfeccion ó perfectibilidad sin objeto determinado, sin término fijo, sin medida posible, es hablar de perfeccion y perfectibilidad ininteligibles.

Terminaremos estas breves reflexiones sobre la teoría de Herder llamando la atencion sobre dos cosas que pueden servir tambien para apreciar su valor científico: 1.ª la teoría del filósofo alemán puede calificarse de semimaterialista en atencion á la influencia preponderante que concede al clima y demás condiciones de la naturaleza física y externa sobre la marcha de la humanidad y el desenvolvimiento de los elementos principales de su civilizacion: 2.ª aunque, según dejamos consignado, la teoría de Herder se halla en abierta contradiccion sobre puntos principales con la

teoría de Vico, conviene sin embargo con esta en prescindir casi por completo de la accion de Dios en la marcha de la humanidad, tomando en consideracion únicamente la libertad del hombre y sus condiciones internas y externas. De aquí es que las dos teorías entrañan tendencias semiateístas y naturalistas, por cuanto si no rechazan expresamente, á lo menos prescinden en demasía del elemento divino en el gobierno del mundo y en la marcha histórica de la humanidad.

El moderno eclecticismo nos ofrece tambien su ensayo de teoría filosófico-histórica; y decimos *ensayo*, porque su doctrina sobre esta materia, mas bien que una teoría verdadera ó dotada de organismo científico, constituye un conjunto de afirmaciones mas ó menos inconexas y aisladas, referentes á la crítica histórica. Y esta falta de unidad científica y sistemática en la teoría ecléctica se hace mas visible por las diversas apreciaciones que se observan en los diferentes escritores pertenecientes á esta escuela filosófica, así como por la diversidad de puntos de vista en que se colocan. Como quiera que la naturaleza y condiciones de este trabajo no permiten entregarse á una exposicion detallada y completa de la teoría que nos ocupa, nos limitaremos á indicar sus ideas y afirmaciones mas capitales é importantes, consignadas en las obras de Cousin, principal representante de esta escuela, ideas y afirmaciones que pueden condensarse en las siguientes proposiciones:

1.^a Así como las ideas fundamentales del pensamiento y los elementos esenciales de la razón humana se reducen necesariamente á tres que son: la idea de *yo* y *no yo* ó sea de lo finito, la idea del infinito, y la idea de la relación entre lo finito y lo infinito; así también en la historia general de la humanidad deben reconocerse únicamente tres épocas en relación necesaria con las tres ideas indicadas, es decir, la época en que se desarrolla y domina la idea del infinito, la época en que se desenvuelve y domina la idea de lo finito, la época en que se manifiesta y prepondera la relación de lo finito con lo infinito. «El pensamiento se halla encadenado á las tres ideas que acabamos de señalar. No hay, pues, más que tres grandes épocas; no puede haber más ni menos que tres.» (1)

2.^a El orden de sucesión para estas tres épocas históricas es el mismo que corresponde á las tres ideas indicadas del pensamiento. De aquí es que la primera época histórica de la humanidad es necesariamente la que corresponde al desarrollo de la idea de lo infinito: la segunda, la que corresponde á la idea de lo finito; y la tercera, la que corresponde al conocimiento, reflejo de la relación de lo finito y lo infinito. «La primera época de la humanidad se halla necesariamente llena de la idea de lo infinito, de la idea de la unidad,

(1) *Introd. à l'Histoire de la Philosophie*, pág. 152, 4.^a edic.

de la idea de lo absoluto y de la eternidad. Esta es una época de inmovilidad para la raza humana...» (1). La humanidad comienza después á sentir la belleza de la vida y del mundo... Entonces se presenta el reinado de la persona humana, la época de lo finito: se concibe que esta época debe ser la segunda y no puede ser la primera. Cuando estas dos épocas hayan hecho su camino, vendrá una tercera, la cual no puede ser ni la dominación de lo finito ni la del infinito. La humanidad... llega á la concepción tardía de la relación de lo finito con lo infinito: de aquí una época que sin ser la primera ni la segunda, las concilia y las reúne.» (2) El oriente, la antigüedad (bajo cuyo nombre parece que intenta comprender á Grecia y Roma) y la era cristiana, constituyen para Cousin las tres épocas históricas.

3.^a Dios interviene en la historia por medio de su Providencia, pero de tal manera, que la historia de la humanidad es una manifestación necesaria y espontánea de la Providencia Divina, y se halla sujeta á leyes naturales é invariables, así como la naturaleza física es una manifestación espontánea y necesaria de la esencia divina, y se halla sujeta á leyes fijas é inmutables. Siendo, pues, la historia la manifestación de

(1) *Introd. à l'Histoire de la Philosophie*, pág. 155.

(2) *Ibid.*, pág. 156.

los designios de Dios sobre la humanidad, es preciso rechazar la existencia del mal en la historia humana, porque todo en ella es bien, puesto que todo ocupa el lugar que le corresponde y todo conduce al objeto ó fin marcado por el poder de Dios. «La historia es una geometría sublime y viviente... no solamente refleja todos los movimientos de la humanidad á través de los siglos, sino que así como la humanidad es el resumen del universo, el cual es una manifestacion de Dios, la historia en último análisis, no es otra cosa mas que el contragolpe, la expresion última de la accion divina... Porque Dios ó la Providencia está en la naturaleza, la naturaleza tiene sus leyes necesarias: y porque la Providencia está en la humanidad y en la historia, la humanidad y la historia tienen sus leyes necesarias... Así, pues, si la historia es el gobierno de Dios hecho visible, todo en ella ocupa su lugar; y si todo en la historia está en su lugar, todo en ella es bien, porque todo conduce al objeto señalado por una potencia bienhechora. De aquí el optimismo histórico que no es otra cosa que la idea misma de la civilizacion, etc.» (1)

4.^a Toda vez que la humanidad se halla sometida al optimismo histórico, todo se halla encadenado en su desenvolvimiento, todas sus transformaciones son

(1) *Introd. à l' Histoire de la Philosophie*, pág. 158 y 159.

necesarias é inevitables: un siglo nace siempre de otro siglo, y es tal cual exigen las condiciones del siglo precedente. Los grandes hombres son el producto espontáneo y fatal de su siglo y de las ideas y condiciones que los rodean. Las grandes batallas que han cambiado ó modificado notablemente los destinos de la humanidad siempre han sido favorables al desenvolvimiento y civilizacion del género humano, y esas batallas y las guerras que las determinan son siempre no solamente útiles á la humanidad y á la causa de la civilizacion, sino tambien justas y buenas (1).

Sin necesidad de descender á mas pormenores y detalles, ni de entrar en una discusion concienzuda y prolija que seria agena de la naturaleza y condiciones de este escrito, bastarán algunas breves observaciones para convencerse de la inexactitud de las ideas capitales que constituyen el fondo de la teoría de Cousin sobre la filosofía de la historia.

En efecto: esta teoría tiene por de pronto en contra de sí el ser una teoría formulada ó inventada *à priori*; una teoría basada esclusivamente sobre la concepcion ecléctica relativa al origen, naturaleza y desarrollo del conocimiento humano; una teoría, en fin,

(1) No aducimos los textos que contienen esta doctrina del jefe del moderno Eclecticismo, porque seria preciso extractar multiplicados pasajes. El que quiera convencerse de que tales son sus ideas, puede leer en la obra citada desde la pág. 161 hasta la pág. 201.

que sustituye el método psicológico al método experimental y de observación, que es el método natural y lógico de la filosofía de la historia, y que por esta causa se vé obligada á inferir violencia á los hechos en la necesidad de acomodarlos al pensamiento preconcebido, como sucede á todas las teorías formuladas *à priori*. De aquí la afirmación mas ó menos gratuita y aventurada de que la humanidad recorre y no puede recorrer mas que esas tres épocas históricas á que se la supone reducida.

Segun la teoría que nos ocupa, habremos de admitir que el Oriente, que representa el desarrollo de la idea de lo infinito, ha permanecido y permanece encadenado é inmóvil en la primera época; y lo que es mas, siguiendo los principios de esa teoría, debemos suponer que nunca saldrá de esa primera época; porque, segun la teoría de Cousin, el clima y las condiciones geográficas ejercen una influencia decisiva y absoluta en el desarrollo de las tres ideas fundamentales del pensamiento, y por consiguiente en la existencia de las tres épocas relacionadas con aquellas ideas. «Dado tal clima, nos dice (1), se sigue tal pueblo. De donde infiere que lugares diversos, representan ideas diversas, y que, por consiguiente, si queremos buscar en este vasto teatro del universo las tres grandes épo-

(1) *Obra citada*, pág. 173.

cas en que hemos dividido el desenvolvimiento de la humanidad, no podremos colocar en un mismo lugar y bajo el mismo clima estas tres épocas tan desemejantes. Hay tres épocas diferentes, luego debe haber tres teatros diferentes para estas tres épocas... La época de lo infinito tendrá, pues, por teatro un vasto continente cuyas partes serán compactas é indivisibles en cierta manera como la unidad.» Como se vé, esto equivale en buenos términos á condenar el Asia central, en donde Cousin coloca el teatro de la época correspondiente al desarrollo y dominio de la idea del infinito, á permanecer por siempre inmóvil en la primera época ó primer grado de desarrollo de la humanidad, haciendo imposible todo progreso, todo movimiento de civilización con respecto á los pueblos y naciones que la habitan. ¿Es esto racional? ¿es esto lógico? ¿es esto conforme á la experiencia histórica, ni menos á lo que nos enseña la ciencia en orden á la perfectibilidad del hombre y á la posibilidad de movimiento civilizador sin necesidad de trasportarse á otro clima ú otras regiones?

Esto sin contar tambien que esta idea peregrina del jefe del moderno eclecticismo se halla en contradicción con la enseñanza histórica. Segun él, la segunda época histórica, ó sea la que corresponde al desenvolvimiento de la idea de lo finito, se halla representada por la civilización griega y la romana. Habida razón de su doctrina en orden á la influencia y

relacion de los climas y condiciones geográficas sobre la manifestacion de las épocas históricas, el pais que sirve de teatro á la una no puede ser teatro á propósito para la manifestacion de la otra; y sin embargo, es una verdad histórica incontestable que la tercera época de Cousin, representada por la era cristiana, se ha manifestado y desarrollado en los mismos climas y paises en que se manifestaron y desarrollaron las civilizaciones griega y romana. Y aquí encontramos una prueba mas de lo que tantas veces hemos indicado en el decurso de este trabajo: toda teoría sobre la filosofía de la historia formulada *à priori*, no puede sostenerse ni conservar su apariencia científica y su forma sistemática, sino á condicion de violentar y desfigurar la historia de la humanidad: es preciso que los hechos históricos se dobleguen bajo la pluma de estos inventores de teorías *à priori*, como la yerba se dobla bajo los pies del que la pisa. En vez de deducir la filosofía de la historia ó sus leyes fundamentales de los hechos históricos, se pretende deducir estos de una idea preconcebida y de una teoría *à priori*.

La influencia preponderante y escesaiva que Cousin concede al clima y geografía con respecto al desarrollo y civilizacion de la humanidad, serian mas que suficientes para acusar su teoría de tendencias fatalistas; pero estas tendencias se hacen evidentes y se convierten en hecho incontestable, si se tienen en cuenta las ideas del mismo contenidas en las dos últimas propo-

siciones en que hemos condensado su doctrina sobre la filosofía de la historia. En efecto, decir que la historia de la humanidad se halla sujeta á leyes necesarias é invariables, que es la manifestacion espontánea y necesaria de la Providencia divina, y el término ó resultado de la accion de Dios, equivale, en los principios de Cousin, á afirmar que los hechos históricos y las trasformaciones de la humanidad, son manifestaciones necesarias, fatales é inevitables de la accion de Dios sobre el género humano. Porque en los principios de Cousin, el mundo y la humanidad son manifestaciones espontáneas y necesarias de la ciencia divina como causa absoluta; y por otra parte la creacion no es accion propiamente libre por parte de Dios, el cual no puede dejar de crear. En una palabra; el fatalismo histórico profesado con cierta vaguedad ó ambigüedad por Cousin, es una consecuencia lógica de sus principios panteistas, y especialmente de su doctrina sobre Dios, la creacion y el mundo.

La legitimidad de esta deduccion y la realidad de las tendencias fatalistas en la teoría que nos ocupa, se hace en cierta manera mas palpable y evidente en el optimismo histórico profesado abiertamente por su autor. Cuando no se deja lugar para el mal; cuando se supone que todo ocupa el lugar que le corresponde; cuando se afirma que todo es bien en la historia de la humanidad, es porque se supone que esa historia no es mas que una manifestacion necesaria de la divini-

dad, la cual excluye natural y necesariamente la idea del mal. Que si necesario fuera aducir mas pruebas para manifestar que la teoría histórica de Cousin entraña un pensamiento esencialmente fatalista, bastaria tener en cuenta sus ideas sobre los grandes hombres, producto necesario de las circunstancias é ideas de su siglo, y que «*tienen algo de fatal é irresistible,*» asi como sus afirmaciones en orden á las guerras y á las batallas consideradas por el jefe del eclecticismo, no solo como *inevitables* y benéficas, sino «*como justas* en el sentido mas estricto de la palabra,» porque en realidad «*el vencedor es mejor y mas moral que el vencido, y por lo mismo es vencedor.*» Esto equivale á identificar la moralidad con el suceso ó éxito de los actos humanos, y á reconocer que los hechos históricos de la humanidad participan de la justicia y moralidad por el solo hecho de existir: doctrina fatalista á la vez que inmoral, pero que, por otra parte, se halla en completa armonía con la que el mismo autor enseña cuando añade «*que en general todo es justo en el mundo; la dicha y la desgracia se hallan repartidas en él como deben estarlo.*»

Creemos de todo punto innecesario detenernos por mas tiempo en la refutación de una teoría que sobre ser completamente gratuita y hallarse en contradicción manifiesta con las enseñanzas mas elementales de la historia, como sucede con todas las teorías sobre esta materia formuladas *à priori*, se halla además sa-

turada de fatalismo y conduce á la moral del éxito y á la negación de la libertad humana. Unicamente nos permitiremos observar antes de concluir su crítica, que así como las teorías filosófico-históricas de Vico y de Herder encierran tendencias naturalistas y ateistas, porque prescinden de la influencia del elemento divino, ó cuando menos, no le conceden la importancia que le corresponde en la constitución y desarrollo de la historia de la humanidad, así, por el contrario, la teoría ecléctica encierra tendencias fatalistas y contrarias á los principios mismos de la moral pública y privada, porque exagera la influencia y la acción del elemento divino, en perjuicio y menoscabo de la libertad individual del hombre, la cual desaparece casi por completo bajo la acción universal, necesaria y absorbente de la Providencia divina: y no hay para qué añadir que la moralidad de los actos humanos, que constituyen la trama y el fondo de la historia, desaparece y queda reducida á la nada ó á meras apariencias, desde el momento que desaparece ó queda anulada la libertad individual del hombre. En resumen: la teoría ecléctica puede reducirse á lo siguiente: «*La humanidad como una de las manifestaciones necesarias y espontáneas de la esencia ó sustancia divina, se halla impulsada fatalmente á desarrollar sucesivamente en sí misma la idea del infinito, la idea de lo finito, y la relación de lo finito con lo infinito: la filosofía de la historia consiste en reconocer este triple desarrollo*

como la ley necesaria de la humanidad y de su historia.»

Aquí debíamos poner término al exámen y somera crítica que nos propusimos hacer de las principales teorías relativas á la filosofía de la historia, como contraprueba y confirmacion de nuestras ideas en la materia; y decimos que deberíamos poner término á este exámen crítico, porque las demás teorías filosófico-históricas, escepcion hecha de la hegeliana, de la cual nos ocuparemos mas adelante, no ofrecen especial importancia ó interés científico. Hay, sin embargo, una teoría sobre la filosofía de la historia, la cual, aunque panteísta en el fondo y en la realidad, aparenta ó quiere aparentar lo contrario, rechaza el nombre y acusacion de panteísmo, y poco falta para que, á imitacion del jefe del eclecticismo moderno, intente persuadirnos y hasta se haga la ilusion de haber conseguido demostrar con indiscutible evidencia que se trata de una teoría conforme con las doctrinas del cristianismo. Tal es la teoría krausista, apellidada por sus secuaces *panenteísta* para separarla del panteísmo, en la cual vamos á ocuparnos, siquiera sea brevemente, no solo por las razones indicadas, sino porque las doctrinas de su autor, han hallado, por desgracia, acogida favorable en nuestra patria, contribuyendo no poco á la perversion de ideas y sentimientos que lamentamos en muchos jóvenes.

No es posible formar idea cabal y completa de la

teoría krausista sobre la filosofía de la historia, sin conocer de antemano el sistema filosófico de Krause, y el mejor modo de evidenciar su falsedad y errores, sería exponer y discutir sus principios filosóficos. Mas no siendo posible esto aquí, procuraremos resumir y condensar su teoría histórica en algunas proposiciones con la claridad y sencillez que nos sea posible, comenzando por indicar aquellas afirmaciones é ideas filosóficas de Krause, que tienen relacion mas inmediata y directa con su teoría histórica, toda vez que sin esas condiciones no sería posible formar idea cabal y exacta de la segunda.

1.^a Dios «no es un ser superior á los otros seres» sino el *ser mismo*, el ser todo: «es la realidad toda entera, el todo.» De aquí es que «Dios es la esencia una, infinita, absoluta, fuera y sobre todo género. Esta esencia comprende tambien todo lo que es limitado, pero ella no tiene límites.» Esta esencia infinita «es la totalidad de la esencia, fuera de la cual no hay nada, en la cual existe todo lo que existe.» Y no hay que creer ó pensar que «Dios es infinito de una manera intensiva, pero no extensiva,» sino que debemos afirmar que «Dios es infinito bajo todos los conceptos; es verdaderamente el todo, el todo uno y simple.»

2.^a Dios, por lo mismo que es la esencia infinita, única y absoluta que contiene en sí toda realidad, es la *tésis* primitiva é infinita, es decir, el ser uno, todo y simple, que contiene todo ser, toda entidad, toda

realidad. Esta esencia infinita y única produce desde la eternidad la *Naturaleza* y el *Espíritu*, dos realidades que son manifestaciones determinadas ó limitadas de la realidad única y absoluta, contenida en la esencia divina: así es como la *tésis*, Dios, se convierte ó transforma en *antítesis*, según que se manifiesta en la *Naturaleza* y el *Espíritu*: en este sentido, la *Naturaleza* y el *Espíritu* (*la antítesis*), proceden de Dios (*la tésis*), como dos manifestaciones opuestas de la realidad única y universal que constituye la esencia divina, el ser uno, todo y simple. La Humanidad que contiene la realidad del espíritu y la realidad del cuerpo ó naturaleza corpórea, constituye la *síntesis* ó sea la unión y armonía del *Espíritu* y de la *Naturaleza* que representan la variedad.

3.^a Puesto que Dios es «la realidad toda entera sin alguna restricción ni diferencia, se infiere de aquí: 1.º que Dios puede ser considerado como un ser *indeterminado* que es todo sin ser nada particular, y que está en todo y en todas partes:» 2.º que el *Espíritu* y la *Naturaleza* existen en Dios «como determinaciones de la esencia divina.» Así, pues, el mundo, ó sea el *Espíritu*, la *Naturaleza* y la *Humanidad*, son seres reales en cuanto son *expresiones determinadas* del Ser indeterminado, «expresiones diversas y equivalentes de una realidad superior que se manifiesta en el mundo conforme á sus propiedades.»

4.^a El *Espíritu*, la *Naturaleza* y la *Humanidad*,

que son como las tres realidades que constituyen el mundo, no proceden de Dios por medio de la creación *ex nihilo*, ni por medio de una producción temporal, sino que son manifestaciones, fases y determinaciones varias, pero eternas, de la realidad entera, una é indeterminada, que constituye la esencia divina. De aquí es que el mundo debe ser considerado «como la obra eterna de una causa eterna; no existente fuera de Dios, sino en Dios;» y es también Dios, «el que comunica y dá su esencia al universo sin perderla.»

5.^a La *Humanidad* es *un todo infinito en su género*, porque es infinita en cuanto á la duración que es eterna, sin principio ni fin; é infinita también en cuanto al número de seres racionales que contiene. Así es que la *humanidad terrestre* no es más que una parte y como una rama de la *humanidad universal*, la cual «abrazaba una infinidad de seres racionales que ocupa todos los globos habitables del espacio,» el cual es también infinito, según la teoría krausista.

6.^a El destino de la *Humanidad* es recorrer la escala infinita de *perfectibilidad* que existe «entre la ignorancia del bruto y la omnisciencia de Dios;» y como este destino no puede realizarse en la sola *humanidad terrestre*, es preciso admitir no solo la preexistencia de las almas, sino también que estas se hallan sujetas á una serie infinita de encarnaciones en relación con los diferentes grados de perfectibilidad y civilización en que pueden hallarse, y en relación tam-

bien con los diferentes globos que habitan sucesivamente. En este sentido se dice inmortal el alma, la cual debe continuar en el cielo, ó sea en otros astros el desarrollo que adquiere en la tierra, así como al aparecer en ésta, continúa y modifica el desarrollo que adquiriera en otras encarnaciones ó estados anteriores.

7.^a La filosofía de la historia es la concepcion y la expresion de la vida de la humanidad terrestre en cuanto se desarrolla bajo la triple ley de la humanidad, de la variedad y de la armonía, ó en otros términos, en relacion con la *tésis*, la *antítesis* y la *síntesis*. Por consiguiente la historia de la humanidad terrestre se halla necesariamente circunscrita y contenida en tres grandes épocas ó edades, en relacion con el triple desarrollo indicado de la vida de la humanidad, á saber: la época de la infancia ó *embrionaria*, que corresponde á la unidad; la época de la *adolescencia*, que representa la variedad; y la época de la madurez ó *virilidad*, que corresponde á la armonía. En otros términos: la vida de la humanidad terrestre, y por consiguiente la naturaleza y condiciones de su civilización, se halla representada por la *tésis* en la primera edad, por la *antítesis* en la segunda época, y en la tercera, por la *síntesis*.

8.^a La primera edad, ó sea la *vida embrionaria* de la humanidad correspondiente á la *tésis*, es anterior á todos los monumentos históricos, y solo se revela algun tanto en las tradiciones confusas de los pueblos.

Sus caractéres principales son: 1.^o la union íntima de los hombres con Dios, con la naturaleza, con los espíritus, hasta el punto de no tener conciencia clara de sí mismos, dormitando, por decirlo así, en Dios, y hallándose probablemente en un estado de hyperésthesia, análogo ó semejante á la lucidez magnética. 2.^o Obedecer instintivamente á las tendencias é inclinaciones de la naturaleza, realizando el bien con la sencillez y la ignorancia propias de la infancia, y no pecando porque ignoraban el mal. 3.^o En este estado, los hombres instituyeron é inventaron el lenguaje sin convencion alguna prévia y sin esfuerzo; de manera que el lenguaje es una invencion espontánea ó instintiva del hombre como lo es el canto respecto del pájaro. Esta es la edad de oro de los antiguos poetas, y el *paraiso terrestre* de la Biblia.

9.^a La *segunda edad* ó época histórica de la humanidad, abraza su vida desde que comienzan los tiempos históricos hasta nuestros dias; pero se subdivide en tres periodos ó épocas. «La primera se estiende á toda la antigüedad oriental, griega y romana, y pudiera llamarse la *infancia* de esta *segunda edad*: la segunda comienza para el Occidente en Jesus y termina en el Renacimiento: la tercera abraza los tiempos modernos y no terminará sino dentro de algunos siglos.» Estas dos últimas épocas de la *segunda edad* pueden llamarse de la *adolescencia* y de la *juventud*. Esta *segunda edad* de la humanidad, con los tres pe-

riodos parciales que contiene, corresponde á la antítesis, y representa la variedad, la oposicion y la multiplicidad de los elementos que constituyen la civilizacion, como son el arte, la religion, el Estado ó la politica, etc., elementos que se desenvuelven cada uno de por sí y de una manera mas ó menos exclusiva é independiente, durante esta época de variedad y de oposicion.

10. Finalmente, dentro de algunos siglos, y cuando haya recibido todo su desarrollo la *segunda edad*, ó sea la época de la variedad y de la oposicion, la humanidad entrará en posesion de su *tercera edad*, en la edad de la síntesis, en la edad «de la organizacion y de la armonía, es decir, de la unidad plenamente desarrollada en todos sus elementos.» En esta tercera edad, la sociedad humana poseerá una organizacion tan perfecta que llevará consigo «la satisfaccion completa de todas las tendencias y objetos de la vida en el orden intelectual, moral y fisico.» Y esta organizacion perfecta y consumacion de todo bien serán extensivas á todos los continentes, á todos los pueblos, razas y naciones de la tierra. Porque en la armonía de estos siglos futuros, «los pueblos viven en paz y ya no levantan mas que ejércitos de trabajadores que atacan los desiertos, las lagunas, las montañas y los rios; que se aplican á fertilizar el suelo, embellecer el globo y templar los climas. Las relaciones internacionales serán entonces regidas por el derecho como las

relaciones privadas de los ciudadanos... La *federacion* aplicada en diversos grados á los pueblos y continentes, reúne en un solo haz toda la poblacion del globo» (1).

Tal es en resumen la teoría krausista sobre la filosofía de la historia, teoría que por otra parte se halla en completa armonía y relacion con la teoría filosófica del escritor aleman. Hemos procurado exponer con toda la claridad que nos ha sido posible, no solo su teoría histórica, sino tambien las doctrinas filosóficas del mismo que le sirven de base y que constituyen sus premisas, porque estamos persuadidos de que este es el mejor modo de refutar los errores en que abunda la filosofía de Krause, y el método mas seguro, mas eficaz y mas práctico para atajar la perniciosa influencia que de algunos años á esta parte viene ejerciendo sobre la inteligencia y el corazon de la juven-

(1) Hemos formado este resumen expositivo de la teoría krausista teniendo á la vista la obra publicada recientemente por Tiberghien con el título de *Introduction á la Philosophie et preparation á la metaphysique*, obra que puede considerarse á su vez como un resumen ó como la síntesis razonada de todo el sistema de Krause con respecto á la ciencia y á la filosofía de la historia; y á la misma pertenecen los pasajes copiados literalmente. Esta obra, exposicion clara y metódica de toda la doctrina de Krause, posee, cuando menos, el mérito de la precision y claridad, mérito que por cierto están muy lejos de poseer las obras de Sanz del Río y demás krausistas españoles que inoculan los errores de Krause, bajo formas y concepciones tan contrarias al método científico y buena lógica, como á la pureza, claridad y sencillez de la lengua castellana.

tud universitaria en nuestra España. Las doctrinas de Krause lo mismo que los sistemas panteistas de algunos compatriotas suyos, solo adquieren importancia práctica entre los jóvenes incautos y entre los semi-literatos, merced al instinto de novedad y á la propension ó tendencia á lo maravilloso que se agitan en las profundidades de la conciencia humana, instinto y tendencia cuyo desarrollo ó manifestacion favorecen poderosamente las formas nebulosas y sibilíticas en que se envuelven esas doctrinas y teorías. De aquí es que basta despojarlas de esas formas y presentarlas en su desnudez y realidad, para reconocer que no existe en su fondo mas que un tejido de contradicciones y absurdos, ó cuando mas un conjunto de suposiciones gratuitas y de concepciones fantásticas que no pueden resistir ni siquiera al exámen ó criterio natural y espontáneo del sentido comun: semejantes á los fantasmas nocturnos, los sistemas germánico-panteistas llaman la atencion y parecen algo vistos desde lejos, pero se presentan destituidos de valor científico cuando son mirados de cerca á la luz de la lógica, del buen sentido y de la verdadera metafísica.

La teoría krausista que dejamos espuesta, es una de las pruebas mas aparentes de lo que acabamos de consignar: bastarán algunas ligeras reflexiones para convencerse de ello, así como tambien para reconocer que es absolutamente insostenible como teoría histórica. Por de pronto llamaremos la atencion sobre la

extraña pretension que abriga de presentarse como teoría distinta y hasta contraria al panteísmo. Para cualquiera que lea, no diremos ya las obras de Krause y sus discípulos, sino las proposiciones y doctrinas antes consignadas como premisas de la filosofía histórica krausista, es á todas luces evidente que la indicada teoría es en el fondo esencialmente panteísta, á pesar de sus pretensiones en contra, á pesar de todas sus protestas y á pesar del dictado de *panenteísta* que se atribuye á sí misma. Y á la verdad, cuando se afirma y enseña *expressis terminis*, que Dios no es un ser superior á los otros seres, sino que es la realidad toda entera, el todo; cuando se afirma y enseña que la esencia divina es la totalidad de la esencia *fuera de la cual no hay nada*, y en la cual existe todo cuanto existe, y se atribuye á Dios no solo una infinidad intensiva, sino tambien *extensiva*; cuando se afirma y enseña que Dios es un *ser indeterminado, que es todo sin ser nada particular*; cuando se afirma y enseña que el Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad, es decir, todos los seres que componen el universo no son mas que *determinaciones, manifestaciones, evoluciones y expresiones determinadas de una realidad superior*, única, absoluta é infinita en sí misma, *expresiones diversas y equivalentes del ser indeterminado* que es el ser uno y todo; cuando se niega la existencia y hasta la posibilidad de la creacion *ex nihilo*, negacion que es uno de los caracteres funda-

mentales y distintivos de toda doctrina panteista; cuando despues de negar la creacion *ex nihilo*, se afirma y enseña que los seres particulares son manifestaciones y determinaciones *eternas* de la esencia divina, que el mundo es la *obra eterna de una causa eterna*, y que no existe *fuera de Dios* sino en Dios; cuando despues de todo esto se afirma y enseña que Dios comunica *su propia esencia al mundo sin perderla él*; cuando se afirman y enseñan, repito, todas estas cosas en términos precisos y con insistencia, pretender todavía que no se enseña el panteismo, es ciertamente burlarse ó de la ilustracion, ó de la buena fé de los lectores. La unidad absoluta del ser, ó sea la identificacion sustancial de Dios y del mundo, y la negacion de la creacion *ex nihilo* con el consiguiente desarrollo ó manifestacion *ab æterno* de la sustancia ó esencia divina en el mundo y por medio del mundo, hé aquí los dos caracteres mas generales y fundamentales de toda doctrina panteista. Luego la teoría de Krause, que no solamente encierra, sino que enseña explícitamente estas dos cosas, es una teoría esencialmente panteista, y su pretendido *panteismo* se resuelve en un panteismo formal, verdadero y explícito. Luego no siendo su teoría histórica mas que la consecuencia lógica y una aplicacion sistemática y parcial de sus principios panteistas, es necesariamente errónea, esencialmente falsa y absolutamente insostenible, como son erróneas, falsas é insostenibles las doctrinas panteistas.

Lo dicho es mas que suficiente para juzgar y rechazar la teoría krausista sobre la filosofía de la historia; pero todavía aparecerá mas de bulto su inexactitud y falsedad, si se tienen en cuenta las dos consideraciones siguientes:

1.^a Segun la teoría krausista: a) La Naturaleza es eterna é infinita en su género, y el Espiritu es tambien eterno é infinito en su género: en otros términos, el número de cuerpos es infinito y tambien el número de espíritus. Tenemos pues dos números infinitos y finitos á la vez: infinitos, como supone la teoría; finitos, porque los dos números sumados constituirán necesariamente un número de seres mayor que cada uno de ellos, y cuando un número reunido ó sumado con otro forma número mayor, semejante número es necesariamente finito. b) La union del alma con el cuerpo humano es una encarnacion determinada de la série eterna, y por consiguiente infinita que viene experimentando desde la eternidad: suposicion contradictoria á la vez que gratuita; contradictoria porque la eternidad escluye necesariamente la sucesion, y por consiguiente, si las encarnaciones humanas tienen un origen eterno, no pueden ser sucesivas, ni existirian las presentes, porque para ello seria necesario que las encarnaciones presentes fueran el término de una cadena ó série eterna y por consiguiente infinita, de mutaciones: y sin embargo, puede tenerse como axioma filosófico,

que lo que es eterno ó infinito, á la vez que sucesivo, no puede llegar al término, no puede tener *presente*, que sería el término, el *fin* de lo infinito y eterno: *infinitum pertransiri non potest*, decian con razon los antiguos filósofos y dice tambien el sentido comun. La duracion eterna, si es sucesiva, no puede tener *término ni presente*. Es tambien gratuita, toda vez que no se aduce prueba alguna en favor de semejante hipótesis. c) La escala de perfectibilidad que debe recorrer la humanidad, está contenida entre la ignorancia del bruto y la omnisciencia de Dios, segun la teoria krausista. Esto equivale á decir en otros términos, que el destino del hombre, ó es convertirse en Dios, ó que está condenado á moverse *in æternum* sin llegar nunca al término de su perfectibilidad; si lo primero es absurdo, impío y panteista, lo segundo implica la negacion radical de toda filosofia de la historia, toda vez que afirma que la humanidad nunca llegará á la realizacion de su destino.

2.^a Sin entrar en el exámen de la mayor ó menor oposicion que existir pueda entre la concepcion krausista relativa á la naturaleza y condiciones de la *segunda edad* ó época de la humanidad terrestre, y los datos que suministra la historia, es incontestable que sus afirmaciones é ideas en orden á las edades primera y tercera de la humanidad, no pasan de ser ó meras suposiciones gratuitas, ó concepciones mas ó menos brillantes, pero fantásticas, que no se hallan de acuer-

do ni con la historia, ni con la experiencia, ni con la razon. Ciertamente que las tradiciones religiosas de los pueblos, de acuerdo con la enseñanza de los Libros Santos, nos revelan la existencia de una época en que el hombre se halló en union íntima con su Criador, en una *verdadera edad de oro*, durante la cual la felicidad y la inocencia constituían los caracteres distintivos de la humana naturaleza; empero ni esas tradiciones, ni menos los Libros Sagrados, autorizan de ninguna manera la concepcion de aquel estado primitivo y sobrenatural como una verdadera época de la humanidad; porque semejante concepcion lleva consigo la permanencia de aquel estado durante un periodo de años mas ó menos largo, y sobre todo, lleva consigo la idea de la aplicacion de aquel estado, no á un hombre solo, sino á muchos individuos ó miembros de la humanidad. Y, sin embargo, la verdad es que semejante suposicion, además de hallarse en abierta contradiccion con la enseñanza de los libros bíblicos, que son indudablemente los mas antiguos y autorizados, aun considerados humanamente y fuera de la revelacion divina, no presenta en su apoyo documento alguno histórico, quedando en su consecuencia reducida á una mera hipótesis absolutamente gratuita. ¿Necesitaremos recordar otra vez mas, que si la hipótesis gratuita no debe ni puede servir de base firme y racional á ninguna ciencia, mucho menos puede tener lugar esto respecto de la filosofia de la historia, ciencia que es

hasta inconcebible, si no se halla basada sobre la observacion, estudio y comparacion de los hechos históricos?

¿Y qué pensar de la invencion del lenguaje por el hombre durante esa primera época de la humanidad? Aun admitida la posibilidad de la invencion del lenguaje por parte del hombre, hipótesis contra la cual militan, como es sabido, poderosas razones, siempre será contrario á la lógica, á la experiencia y al sentido comun, admitir esa facilidad de invencion para el lenguaje que se dá por sentada en la teoría krausista, esa *espontaneidad* con que el hombre inventa el lenguaje á la manera que el pájaro produce el canto.

La tercera edad ó época krausista de la humanidad, no es menos inadmisibile que la primera. Por de pronto envuelve una concepcion esencialmente *hipotética*, toda vez que se refiere á trasformaciones, sucesos y estados de la humanidad, sobre los cuales nada nos dice ni puede decirnos la historia, echándose de menos en consecuencia respecto de esta época, la base racional y propia de la filosofía de la historia, que es la observacion y comparacion de los hechos. Empero no es esta la razon mas poderosa que milita en contra de esa *tercera edad* humana. La realizacion del ideal krausista correspondiente á la tercera época de la humanidad, llevaria consigo la unidad armónica del hombre en el órden fisico, intelectual y moral, la realizacion completa del bien posible en todas las naciones, pueblos é individuos de la raza humana, la desaparicion

del mal fisico y moral sobre la tierra. Esta concepcion podrá ser muy filantrópica y poética, muy brillante y humanitaria si se quiere; pero no por eso dejará de ser infundada, contraria á la sana razon, y hasta á la esperiencia histórica; que la esperiencia histórica, la sana razon y la ciencia nos enseñan de consuno, que las naciones y los pueblos, lo mismo que los individuos de la especie humana, pueden perfeccionarse mas ó menos en el órden fisico, intelectual y moral, pueden adquirir un grado de civilizacion mas ó menos avanzado, pueden realizar en sí mismos segun diferentes grados las ideas de lo útil, de lo bello, de lo justo, etc.; pero que mientras permanezcan en las condiciones de la vida terrestre, jamás llegarán á desarraigarse por completo las malas pasiones que germinan en el corazon humano; que jamás llegarán á desterrar de los pueblos ni de los individuos la soberbia, la ambicion, el apetito de los placeres, la avaricia, la sed de mando y de honores con cien otras pasiones que brotan espontáneamente en el corazon del hombre, y que han impedido é impedirán en todo tiempo la realizacion, ni siquiera relativamente completa del bien sobre la tierra. No hay que hacerse ilusiones: lo que fué será bajo diferentes fases, y con modificaciones que nunca podrán llegar á cambiar las condiciones fundamentales de la naturaleza humana; que no sin razon se dice en la Escritura que *nihil sub sole novum*. La injusticia y la violencia turban y turbarán siempre

la sociedad humana; los dolores físicos se agregarán á los sufrimientos morales y constituirán siempre en mayor ó menor escala la triste herencia de la humanidad caída, como ha sucedido hasta la hora presente. El que afirme que la felicidad perfecta, el bien estar completo, una vida sin amargura, sin necesidades y sin dolor, es la suerte que debe prometerse el hombre sobre la tierra, dará á entender que ha meditado poco sobre las condiciones propias de la naturaleza humana y sobre la enseñanza de la historia. Cualquiera que sea el grado de civilizacion y progreso á que llegue la raza humana en el trascurso de los siglos, habrá siempre en ella ricos y pobres, hombres justos y honrados al lado de hombres viciosos y criminales, hombres del dolor y de los sufrimientos al lado de hombres que beben en la copa de los goces y de la sensualidad, hombres de la grandeza y de la opulencia al lado de hombres desheredados de los bienes de este mundo. Y precisamente esta distribucion de bienes y males que parece injusta á los ojos de la carne, pero que no lo es á los ojos de la religion y de la fé cristiana, es una prueba visible de la existencia de una vida futura para la humanidad, y una demostracion irrefragable de que el destino de esta y su realizacion completa traspasan los límites de la vida terrestre y se encuentran mas allá del movimiento histórico de la especie humana.

Reasumiendo: de la teoría krausista sobre la filo-

sosofía de la historia puede decirse con razon que es: 1.º una teoría esencialmente panteísta: 2.º una teoría que encierra un conjunto de proposiciones absurdas y contradictorias y de suposiciones ó afirmaciones puramente gratuitas: 3.º una teoría que en su mayor parte, y principalmente en lo relativo á las épocas primera y tercera de la humanidad, además de oponerse á la sana razon y á la ciencia, se reduce á concepciones fantásticas y arbitrarias en abierta contradicción con la esperiencia y el sentido comun, y destituidas de fundamento histórico. Y sin embargo, esa teoría panteísta, contradictoria y arbitraria, es la que en nuestra patria fascina la inteligencia de hombres que sin penetrar tal vez su sentido, y sin parar mientes en sus tendencias anticristianas ni tampoco en lo que encierra de hipotético, de contrario á los hechos históricos y de contradictorio con las indagaciones y afirmaciones científicas de una metafísica racional y sólida, se dán aires de importancia científica casi exclusiva, y se figuran hallarse en posesion de la última palabra de la ciencia y haber penetrado el secreto de la filosofía de la historia, cuando envueltos en formas sibilíticas, han pronunciado los nombres de *ideal de la humanidad*, existencia de la misma y del mundo *en bajo y por Dios*, humanidad *universal* y humanidad *terrestre*, perfectibilidad ilimitada de la humanidad y desarrollo de la misma bajo la triple forma de la *té- sis*, de la *antítesis* y de la *síntesis*.

Una vez expuestas y discutidas, siquiera sea con brevedad las principales teorías filosófico-históricas ex-cogitadas y profesadas por el racionalismo, abstracción hecha de la teoría de Hegel, por la razón antes apuntada, diremos ahora dos palabras solamente sobre la teoría histórica de Bossuet, tal cual se desprende de su celebrado *Discurso sobre la historia universal*. San Agustín había dicho: «Siendo indudable que la Providencia divina no solo influye en las acciones particulares de los individuos, sino que dirige y gobierna todo el género humano por medio de una acción pública, es consiguiente que la acción divina respecto de cada individuo, solo sea conocida por éste que la recibe y por Dios que la pone; empero la acción divina pública por medio de la cual rige y gobierna el género humano se manifiesta ó revela por medio de la historia y de la profecía:» *Quoniam igitur divina providentia non solum singulis hominibus quasi privatim, sed universo generi humano tamquam publice consulit, quid cum singulis agatur, Deus qui agit, et ipsi cum quibus agitur, sciunt. Quid autem agatur cum genere humano per historiam commendari voluit et per prophetiam* (1).

Estas profundas palabras del grande obispo de Hipona encierran, á nuestro juicio, la base fundamental

(1) *De vera Relig.*, cap. 25.

filosófica á la vez que cristiana de la verdadera filosofía de la historia. Si como dejamos sentado antes, la filosofía de la historia general de la humanidad, no es ni puede ser otra cosa mas que la expresión ó manifestación esterna y sensible de la relación que existe entre la providencia ó acción de Dios y la libertad del hombre consideradas como los dos elementos generadores de las evoluciones progresivas y múltiples de la humanidad, es á todas luces evidente que la historia por una parte, y por otra la profecía constituyen los dos únicos medios racionales para llegar al conocimiento mas ó menos probable de la filosofía de la historia: la profecía ó revelación previa de los designios providenciales puede tener aplicación en la filosofía de la historia con respecto al porvenir; la historia tiene aplicación principalmente con respecto al pasado de la humanidad, pero sin escluir por eso la aplicación al porvenir de la misma segun las leyes de la analogía. En otros términos: la relación entre los designios providenciales y la voluntad libre del hombre, relación que constituye el fondo y la base real de la filosofía de la historia, solo puede ser conocida por el hombre de una manera racional por medio de la historia, ó sea del exámen crítico, observación exacta y comparación filosófica de las fases históricas de la humanidad. La profecía, sin embargo, puede servir de auxiliar y complemento al espresado conocimiento histórico-racional de la humanidad.

A la luz de estas ideas podemos ya apreciar y juzgar la teoría histórica de Bossuet contenida en su *Discurso sobre la historia universal*. Esta teoría no es en el fondo mas que un desenvolvimiento mas ó menos acertado y una aplicacion incompleta de la profunda idea de San Agustin consignada en el pasaje trascrito. Para el ilustre obispo de Meaux, el Cristianismo es la piedra angular de todo el edificio histórico de la humanidad; es el centro comun en torno del cual se mueven y marchan los pueblos, los imperios y los siglos, y este hecho se halla comprobado y puede considerarse como una induccion legitima de la profecía y de la enseñanza histórica. Tal es la idea fundamental y dominante en la cual puede decirse que se halla concentrado todo el *Discurso sobre la historia universal*; idea que se halla trazada á grandes rasgos en el siguiente pasaje: «Los imperios del mundo sirvieron á la religion y á la conservacion del pueblo de Dios; por eso el mismo Dios que por medio de sus profetas anunciaba de antemano los diferentes estados de su pueblo, les hacia profetizar tambien la sucesion de los imperios. Habeis visto los pasajes en que Nabucodonosor fué señalado de antemano como el que debia venir para castigar los pueblos soberbios, y principalmente al pueblo judio, ingrato para con su autor. Habeis oido nombrar á Ciro doscientos años antes de su nacimiento como el hombre destinado para restaurar el pueblo de Dios y castigar el orgullo de

Babilonia. La ruina de Nínive no fué predicha con menor claridad. Daniel en sus admirables visiones, ha hecho pasar ante nuestros ojos instantáneamente el imperio de Babilonia, el de los Medos y Persas, el de Alejandro y de los griegos. Las blasfemias y crueldades de Antioco el Ilustre son profetizadas allí, lo mismo que las victorias milagrosas del pueblo de Dios sobre tan violento perseguidor. Véanse allí caer unos en pos de otros esos famosos imperios; y el nuevo imperio que Jesucristo debia establecer, encuéntrase allí marcado tan espresamente con sus propios caracteres que no es posible desconocerlo. Es el imperio de los santos del Altisimo, el imperio del Hijo del hombre: imperio que debe subsistir en medio de las ruinas de todos los otros, y al cual únicamente se promete la eternidad.

Ni tampoco se nos han ocultado los juicios de Dios sobre el mayor de todos los imperios de este mundo, es decir, sobre el imperio romano, puesto que los acabamos de escuchar de la boca de San Juan. Roma ha sentido la mano de Dios, y llega á ser, como los demás, un ejemplo de su justicia. Sin embargo, su suerte es mas dichosa que la de otras ciudades. Purgada por medio de sus desastres de los restos de la idolatría, no subsiste sino por el cristianismo y para el cristianismo que anuncia al universo entero.

Así es como todos los grandes imperios que hemos visto pasar sobre la tierra, concurrieron por diversos

medios al bien de la religion y á la gloria de Dios, segun el mismo Dios lo habia declarado de antemano por boca de sus profetas (1).»

Háse echado en cara á Bossuet como un vicio ó defecto capital de su teoría histórica, el presentar la historia de la humanidad, ó sea sus vicisitudes y transformaciones como el resultado esclusivo ó poco menos de los designios providenciales y de la accion de Dios sobre el mundo, en perjuicio y menoscabo de la libertad humana. Ciertamente que á juzgar de su teoría únicamente por el pasaje que acabamos de trascribir y otros análogos contenidos en su obra, podria decirse que semejante acusacion no es del todo infundada; porque considerada bajo este punto de vista, la teoría del obispo de Meaux presenta incontestablemente cierto tinte bastante pronunciado de fatalismo místico ó religioso que tiende á excluir del campo de la historia la causalidad que corresponde al hombre en virtud de la energia poderosa y libre de su voluntad.

Sin embargo, seria injusto é inexacto el afirmar que Bossuet prescinde por completo del género humano ni de la libertad del hombre al exponer la marcha y evoluciones de la historia de la humanidad, como lo prueba el siguiente pasaje de la obra citada: «Este mismo Dios, dice (2), ha querido tambien que el curso

(1) *Discurs. sur l'hist. univ.*, terc. part., cap. I.

(2) *Ibid.*, cap. II.

de las cosas humanas tuviera su enlace y sus proporciones; quiero decir, que los hombres tuvieran cualidades proporcionadas á la elevacion á que estaban destinados, y que con escepcion de ciertos golpes extraordinarios, en los cuales quiso Dios que apareciese solamente su mano, no se ha realizado ningun gran cambio que no haya tenido sus causas en los siglos precedentes.

Y así como en todos los negocios hay lo que los prepara, hay lo que determina á emprenderlos, y hay lo que les hace tener resultado, así tambien la verdadera ciencia de la historia consiste en conocer y señalar en cada época esas secretas disposiciones que prepararon los grandes cambios, y las coyunturas importantes que influyeron en su realizacion... El que quiera penetrar á fondo las cosas humanas, debe tomarlas de mas alto, y le será necesario observar las inclinaciones y costumbres, ó, para decirlo en una palabra, el carácter, así de los pueblos dominadores en general, como de los príncipes en particular, y finalmente de todos los hombres extraordinarios que por la importancia é influencia que han ejercido en el mundo, contribuyeron en bien ó en mal al cambio de los Estados y de la fortuna pública.»

A pesar de este pasaje y de otros análogos que pudiéramos citar; á pesar tambien del sagaz y profundo estudio que sobre las causas *humanas* de la elevacion, vicisitudes, decadencia y ruina del imperio romano

presenta Bossuet en el mismo *Discurso sobre la historia universal*, nosotros opinamos que en su teoría histórica el elemento humano no ocupa el lugar que le corresponde; que la importancia histórica de la libertad humana, si bien no puede ni debe decirse que se halle anulada en el citado *Discurso*, como pretenden algunos, se halla, sin embargo, rebajada mas de lo que debiera. Por eso hemos dicho antes que la teoría de Bossuet es «un desenvolvimiento mas ó menos acertado y una aplicacion *incompleta* de la profunda idea de San Agustín consignada en el pasaje transcrito.» La historia, en la cual, segun el pensamiento feliz y profundamente filosófico del grande obispo de Hipona, se refleja la accion pública de Dios con respecto al género humano, es la síntesis armónica y en cierto modo paralela de la accion divina y de la voluntad libre del hombre. Al lado, pues, del elemento divino es preciso colocar el elemento humano, como uno de los agentes principales y generadores de la historia de la humanidad: el elemento divino es indispensable, es un elemento fundamental y primario, si se quiere, de la historia humana; pero no por eso es el elemento único ni esclusivo, antes por el contrario, exige y llama al elemento humano, generador principal tambien é inmediato de la historia, el cual, aunque inferior por su naturaleza y subordinado al elemento divino, no es absorbido por este: la armonía y la relacion de los dos elementos, no es ni puede ser la absorcion del uno

por el otro. Y téngase en cuenta que este elemento humano encierra en su seno principal y decisiva influencia en las manifestaciones mas importantes de la historia de la humanidad, como son el arte, la industria, la política, la filosofía, la religion.

Bossuet, pues, está en lo verdadero al asentar que el cristianismo es el punto céntrico del movimiento histórico de la humanidad, es la evolucion fundamental con la cual se hallan relacionadas de una manera mas ó menos directa é inmediata las trasformaciones todas del género humano en lo pasado y en lo porvenir. Bossuet es tambien el eco de San Agustín, y su teoría es la repercusion sonora de la idea profunda del grande obispo de Hipona, al presentar á nuestros ojos la historia como el reflejo de la accion pública de Dios sobre el género humano. Empero la teoría de Bossuet, aunque cristiana, y por consiguiente, filosófica y verdadera en el fondo, es incompleta é inexacta en su desenvolvimiento y aplicaciones; porque la libertad humana, absorbida en cierto modo por la accion de Dios, desaparece casi por completo de la escena histórica, ó por lo menos no se concede á sus principales manifestaciones la importancia que les corresponde.

Cuando haya aparecido un genio que haga marchar de frente y simultáneamente, aunque con la subordinacion debida, la accion pública de Dios y la accion libre del hombre sobre el género humano; cuando haya aparecido un genio que por medio de una vasta

concepcion haga entrar en el cuadro general de la humanidad, no solo los imperios de los asirios, persas, griegos y romanos, como lo hace Bossuet, sino tambien los grandes imperios del Oriente, que sin razon se hallan excluidos de su teoria histórica, poniendo de manifiesto las relaciones varias que existen entre todos los imperios antiguos y modernos y el cristianismo; cuando haya aparecido un genio que, fija la vista en la idea cristiana como centro general del movimiento histórico, ponga de relieve la importancia de la libertad humana como elemento generador de la historia, así como tambien de sus principales manifestaciones, cuales son el arte, la industria, la política, la religion y la filosofia; cuando haya aparecido, en una palabra, un genio capaz de descubrir y sintetizar las múltiples, extensas é intimas relaciones que existen entre el cristianismo y las evoluciones sucesivas de la humanidad, segun todos los órdenes indicados, entonces y solo entonces tendremos una teoria histórica cristiana y completa; entonces quedará constituida la verdadera *filosofía de la historia* de la humanidad.

III.

Al terminar las reflexiones que anteceden parecen oír ya al racionalismo lanzar contra nosotros la acusacion de que anulamos la filosofia de la historia y ahogamos el movimiento de la razon humana en este terreno. Si la ley de la historia, se nos dirá, presupone la Providencia divina y la libertad humana como factores fundamentales y como elementos generadores de la historia; si por otro lado se afirma que no es dado al hombre conocer con certeza y seguridad la relacion entre estos dos elementos generadores de la trama histórica, síguese de aquí que el conocimiento de la ley que preside al desenvolvimiento de la humanidad en el espacio y el tiempo se halla fuera del alcance de la razon humana, la cual deberá por consiguiente renunciar á toda investigacion sobre esta materia y condenar *à priori* toda teoria sobre la filosofia de la historia.

Tal es, en sustancia, la objecion principal que el racionalismo ha formulado por boca de algunos de sus representantes contra la doctrina por nosotros sosten-

tada. Pero ¿es legítima esta deducción que sirve de base y punto de partida á la objecion indicada?

Antes de contestar directamente á esta objecion del racionalismo, debemos hacer una aclaracion. Al sentar en los párrafos anteriores la imposibilidad del conocimiento científico de la ley histórica, nos referimos principalmente al conocimiento de una ley capaz de suministrar á la razon el conocimiento simultáneo, complejo y en detalle de todo el movimiento histórico, es decir, de una ley que una vez conocida, lleve consigo el conocimiento esplicito, la razon suficiente, el por qué de todas y de cada una de las fases y vicisitudes históricas de todos los pueblos y razas que constituyen é integran la totalidad del género humano desde su aparicion sobre la tierra hasta su fin, abrazando el pasado, el presente y el porvenir del mundo terrestre. Creemos que todo hombre sensato, racionalista ó no racionalista, convendrá con nosotros en este punto ó sea en la imposibilidad de descubrir y señalar una ley histórica que reúna todas las condiciones indicadas. Empero tomada la filosofía de la historia en su sentido genuino, natural y propio, ó sea por el conocimiento de la ley que preside al desenvolvimiento histórico de la humanidad, considerado este movimiento en general y sin descender á detalles, es decir, de una ley que contenga la explicacion y la razon suficiente de las grandes fases, vicisitudes y manifestaciones de la humanidad en el espacio y el

tiempo, cabe dentro de las reflexiones arriba consignadas y dentro tambien de la ciencia cristiana, reconocer la posibilidad de un conocimiento que sin ser rigurosamente científico se aproxime mas ó menos á la nocion é ideal de la ciencia, constituya un orden de investigaciones tan elevadas como provechosas y útiles, y hasta llegue á ser poderoso elemento de conviccion y de verdad en el orden moral y religioso.

Escusado es decir que tomada la filosofía de la historia en este segundo sentido, lejos de rechazarla el cristianismo, cuanto menos de matarla ó anularla, tiende por el contrario á fomentarla y desarrollarla; porque el cristianismo, como verdad pura, como verdad la mas elevada y completa de cuantas existen sobre la tierra, no teme ni rechaza la verdad, sea cualquiera la forma y el terreno en que se presente. La idea cristiana, como derivacion y reflejo directo del Verbo de Dios, gravita espontáneamente hácia la verdad donde quiera que esta se halle, y así como encierra en su seno un gran poder de resistencia contra todo error, encierra á la vez un gran poder de asimilacion para toda verdad. Si la historia universal, como revelacion que es de Dios y del hombre, encierra una ó muchas leyes constantes y fijas, y en ellas y por medio de ellas una manifestacion especial de la verdad, la historia y su filosofía real, objetiva y trascendental, no están, no pueden estar en contradiccion con la verdad cristiana. No, el cristianismo, que contiene una metafísica y una moral

que entrañan la solución más filosófica de los grandes problemas sobre que gira el movimiento de la humanidad; el cristianismo, que al resolver los grandes problemas relativos al origen, existencia terrenal, relaciones sociales y destino final del hombre, se ha elevado á alturas que jamás había podido vislumbrar en lontananza la filosofía pagana en sus grandes períodos; el cristianismo, en fin, que inspiró al grande obispo de Hipona el pensamiento de la *Ciudad de Dios*, no rechaza este género de investigaciones ni desea la muerte de la filosofía de la historia. Lejos de eso la llama, la desea, la acoge con amor, porque la historia bien estudiada, la historia real y objetiva del hombre sobre la tierra es y será siempre una brillante contrapueba de su verdad divina. El cristianismo no rechaza, ni niega, ni escluye el estudio de la filosofía de la historia. Lo que el cristianismo rechaza y escluye son las exageraciones y falsas direcciones de este estudio; lo que el cristianismo niega, y lo niega no solo en el concepto de sistema religioso, sino en nombre de la razón y de la ciencia, es esa filosofía de la historia que unas veces convierte á esta con la escuela hegeliana en una evolución progresiva y ascendente, pero fatal y necesaria de lo absoluto; otras hace de la historia un círculo siempre antiguo y siempre nuevo, un movimiento mecánico cuyas partes se suceden en un orden invariable en que se confunden y tocan al principio y el fin, como acontece en la teoría de Vico; y

otras, finalmente, convierte á la historia en un movimiento sempiterno hácia un ideal que huye siempre ante sus ojos, condenando á la humanidad individual y colectiva al tormento de Sísifo, como hacer suele en frases más ó menos vagas la escuela krausista.

De aquí es que la filosofía cristiana es completamente armónica y compatible con lo que hay de racional, de sólido y de cierto en las investigaciones y afirmaciones más ó menos fundadas referentes á la filosofía de la historia. Tomemos por ejemplo la ley del progreso. Es una ley de la humanidad, se nos dice, y consiguientemente de la historia universal, el progreso continuo é indefinido de la misma, el perfeccionamiento sucesivo y constante de la colectividad humana sobre la tierra. Esta proposición, como todas aquellas que en su excesiva generalidad pierden de vista las condiciones complejas de los hechos á que se refieren, encierra un fondo de verdad, pero puede ocasionar también apreciaciones inexactas y juicios erróneos á causa de los diferentes sentidos en que puede tomarse.

Si por estas palabras se quiere significar que la humanidad se halla sometida á la ley del progreso de tal manera que marcha siempre adelante, considerada en conjunto, es decir, no solo por parte de la nación ó pueblo A ó B, sino por parte de todas las naciones ó agrupaciones importantes que la componen, la proposición nos parece por demás inexacta y aventurada,

mientras no se nos demuestren los progresos realizados por los moradores del Egipto á contar desde el siglo VII de la era cristiana hasta el XVIII. Y si nos parece difícil probar la superioridad de la civilización egipcia durante los siglos indicados respecto de la que allí floreció en la época de los Tolomeos y aun de los antiguos Faraones, no mas fácil se nos presenta la empresa de demostrar que esa ley del progreso se ha hallado en pleno ejercicio con respecto á esas grandes é inmensas agrupaciones difundidas por el Asia, y que conocemos con los nombres de India, Tartaria, China, con otras semejantes del Asia y del Africa que vemos petrificadas hace siglos sin acertar á salir de sus antiguos moldes, á pesar de los constantes y repetidos esfuerzos del misionero cristiano, y á pesar tambien del contacto permanente y múltiple de la civilización europea, siendo incontestable que el escaso progreso que en ellas se observa es debido exclusivamente á la acción de estos dos agentes que solo encuentran allí predisposiciones é influencias refractarias á todo movimiento verdaderamente progresivo.

Se nos dirá tal vez que la ley del progreso no abraza toda la humanidad, sino algun punto de la misma, ó sea el movimiento y desarrollo progresivo de alguna nacion ó agrupación importante de pueblos. Esto equivale á decir en otros términos que las naciones que son consideradas como los representantes principales y genuinos del ideal de la civilización en

su movimiento y desarrollo histórico, han marchado siempre adelante, debiendo ser consideradas en consecuencia como una encarnación constante de la ley del progreso. Ahora bien: aun planteado el problema en este terreno particular, concreto y relativamente exclusivo; aun reducidos sus términos á este punto de vista determinado, dista mucho de ser una verdad inconcusa y demostrada la realidad del progreso, considerado como forma completa de la civilización. Sabido es que esta, por lo mismo que coincide en el fondo con la idea de perfeccionamiento del hombre, es múltiple y compleja en su objetividad, encerrando el perfeccionamiento ascendente y progresivo del pueblo ó agrupación de que se trata, en el orden material, en el orden intelectual, en el orden moral y religioso. No tendríamos inconveniente en admitir que las diferentes fases y vicisitudes que viene atravesando la civilización desde su origen, presentan siempre algun elemento parcial de progreso. No negaremos tampoco que el movimiento civilizador que viene operándose en el seno de la humanidad, lleve escondido y como inoculado en sus entrañas algun germen de perfeccionamiento mas ó menos importante para el porvenir, ofreciendo á los ojos del observador algun elemento de verdadero progreso, aunque parcial é incompleto, sobre el pasado. Nada de esto es preciso negar para reconocer que la ley del progreso no se ha realizado en su acepción propia y completa, respecto de la humanidad, aun

considerada ó reducida esta á la expresion de aquella parte de la misma que representa de una manera especial el movimiento de la civilizacion.

Dejemos á un lado las civilizaciones de la India y del Egipto, y concretándonos á la civilizacion greco-romana cuya afinidad histórica y cuyas relaciones con la civilizacion cristiana europea nadie pone en duda, digásenos de buena fé si todos los elementos integrantes y esenciales de la verdadera civilizacion obedecieron á la ley del progreso. Cualquiera que sea el grado de perfeccion relativa y de desarrollo progresivo que en los últimos períodos de las civilizaciones griega y romana quiera reconocerse; concediendo que esas civilizaciones representaban notable progreso bajo el punto de vista del arte, de la industria, de la política, de la filosofía, ¿puede por ventura decirse lo mismo con respecto á la religion, á la moral, á las instituciones sociales? Que respondan por nosotros el absurdo politeísmo con su culto tan ridículo como degradante en su fondo y en sus formas, la corrupcion general de las costumbres y la ausencia casi completa de moral pública y privada, la esclavitud, en fin, institucion fundamental de aquellas sociedades. Luego la misma historia nos revela que la ley del progreso, no siempre se realiza, en su sentido complejo é integral, aun en el caso de circunscribir su aplicacion á una parte relativamente pequeña de la familia humana, á aquella parte de la humanidad que representa el movimiento ci-

vilizador correspondiente á un momento histórico determinado. La ley del progreso humano es una ley esencialmente compleja y múltiple en sus manifestaciones posibles, y al realizarse ó encarnarse en una civilizacion, no siempre, y tal vez, nunca se verifica esta encarnacion de una manera total y completa sino bajo puntos de vista determinados y parciales.

Por nuestra parte, hasta aventuramos una idea, cuya apreciacion abandonamos al criterio de los lectores.

Figúrasenos que esa desigualdad, esa falta de equilibrio entre las múltiples manifestaciones posibles que encierra la ley del progreso, es una condicion necesaria de su encarnacion en la vida humana y por consiguiente una condicion *sine qua non* para la existencia y desenvolvimiento de la civilizacion. Así, por ejemplo, si la condicion estacionaria y la situacion imperfecta de un pueblo en lo que se refiere al bienestar material, va acompañada del predominio exajerado de la cultura intelectual y de la especulacion metafísica, la razon humana al sentir y experimentar el vacío que la rodea en el orden material, parece que tiende espontáneamente á concentrar sus fuerzas sobre los objetos relacionados con el bienestar material, á fin de llenar el abismo y salvar la distancia que existe entre la satisfaccion de las necesidades de la vida física y la elevacion ó superioridad relativa de la vida intelectual y filosófica. Igualmente cuando el bienestar y los in-

tereses materiales predominando en un pueblo, absorben en cierto modo su vitalidad, y la idea religiosa se amortigua, decrece y pierde su influjo, quedando, por decirlo así, rezagada y olvidada, no pasa mucho tiempo sin que el vacío producido por esta ausencia de la idea religiosa y por la falta de equilibrio entre el órden material y religioso, determine una reaccion favorable al último, reaccion que tiende á restablecer el equilibrio destruido.

¿Sería aventurado afirmar que hoy asistimos á una de estas reacciones religiosas? En medio de grandes errores y extravíos obsérvase en la Europa contemporánea una tendencia marcada á vigorizar el elemento religioso, haciéndolo entrar y entrar como elemento fundamental y muy importante en la ciencia humana bajo todas sus formas. La escuela ecléctica lo mismo que la sansimoniana, el panteísmo trascendental lo mismo que las escuelas humanitarias, Schelling y Hegel, Krause y Leroux, Schleiermacher y Bournouf, Bunsen y Reinaud, todos se esfuerzan en hacer entrar en el cuadro de la Historia y de la civilización la idea religiosa, como uno de los elementos mas importantes y esenciales de la vida humana. Inexactas y erróneas como son, por punto general, las doctrinas y teorías de estas escuelas y de estos escritores revelan una tendencia enérgica, una aspiración universal, un movimiento convergente de la ciencia que hace laudables esfuerzos para restablecer el roto

equilibrio entre el sentimiento religioso y el sentimiento positivista y materialista que viene desarrollándose en la Europa y que tiende á dominar y absorber la vida social, merced á las grandes conquistas y adelantos realizados en el terreno de las artes, del comercio y de la industria.

Escusado es añadir que responde también á la necesidad de restablecer el equilibrio indicado, pero con mayor verdad y eficacia, el movimiento católico que se observa en la Europa contemporánea; ese gran movimiento de concentración y de depuración católica que viene realizándose á nuestros ojos de algunos años á esta parte. El episcopado, el clero y el pueblo católico se agrupan y concentran en torno de la cátedra de san Pedro y del Vicario de Jesucristo. El hermesianismo, el guntherismo y el liberalismo disidente, el liberalismo que entraña un movimiento de secularización general, que excluye la religión como elemento del órden social y político, y que tiende en consecuencia á aislar la sociedad y los gobiernos de toda influencia religiosa, han sido rechazados y arrojados fuera del catolicismo como elementos heterogéneos que tendían á perturbar y desfigurar la pureza de la verdad divina.

Empero volviendo ya á la ley del progreso, vamos á condensar nuestro pensamiento sobre la materia en las siguientes reflexiones, pensamientos y reflexiones que pueden considerarse como la deducción

lógica y general de las observaciones que anteceden.

1.^a Hay un fondo incontestable de verdad en la enunciación de lo que se llama la ley del progreso humano, y es la afirmación de la perfectibilidad gradual y en cierto modo indefinida de la inteligencia humana, perfectibilidad que dá origen al desarrollo progresivo del hombre bajo los diferentes y múltiples puntos de vista que entran en el dominio de la actividad humana á causa de la diversidad de los objetos á que esta puede aplicarse. La razón *à priori* de semejante perfectibilidad es la receptividad infinita ó al menos indefinida de nuestro entendimiento en el orden de las ideas, ó hablando con Santo Tomás, es que «la potencia ó fuerza del entendimiento es en cierto modo infinita en orden á entender: *potentia autem intellectus est quodammodo infinita in intelligendo.*» La elevación de la razón humana, en efecto, es tal por parte del objeto, que nada hay en el mundo ni fuera del mundo á que no alcance su acción y poderío en un sentido y otro. Lo absoluto y lo relativo, el ser infinito y el ser finito, la sustancia y el accidente, lo necesario y lo contingente, la eternidad y el tiempo, lo humano y lo divino, el cuerpo y el espíritu, todo entra y cabe dentro de la esfera del pensamiento humano. De aquí emana como consecuencia tan lógica como inevitable, la perfectibilidad indefinida del hombre en el orden intelectual, ó lo que es lo mismo, la posibilidad de un desarrollo indefinido de la inteligencia, porque indefinido é in-

calculable es el número de ideas que en ella pueden sucederse unas á otras, como indefinido es también y superior á todo cálculo el número de relaciones que entre los objetos puede descubrir y reconocer la razón humana. En suma; la imperfección relativa y la debilidad de la razón humana, por una parte; la infinita variedad de objetos, y sobre todo, de relaciones posibles entre estos objetos por otra, dan origen y fundan una serie indefinida é inconmensurable de fases y aspectos de la verdad, y por consiguiente llevan consigo la razón suficiente de la posibilidad de un desarrollo progresivo y ascendente de la inteligencia.

2.^a Decimos *posibilidad*, porque no debe confundirse ni identificarse la simple posibilidad del progreso con su realidad objetiva. La razón nos dice sí que la inteligencia humana, tanto la individual como la colectiva, *puede* marchar siempre adelante en el descubrimiento y posesión de la verdad, pero no nos enseña ni asegura que la realidad objetiva corresponda siempre á esa posibilidad. Que si del terreno de la razón pura pasamos al terreno de los hechos, la historia dá testimonio de la movilidad real y efectiva de la razón humana, al menos con respecto á las naciones y agrupaciones de pueblos que constituyen el centro de la civilización; pero está muy lejos de atestiguar que esa movilidad real se verifique siempre en la dirección de la verdad y no del error. Lejos de eso, la historia y la experiencia suministran sobrados motivos

y datos para sospechar que la inteligencia marcha á veces por la senda del error, apartándose en consecuencia de su objeto real y de su perfeccion verdadera. Una cosa es el movimiento y otra el movimiento progresivo y ascendente: no todo lo que se mueve, marcha hácia adelante.

3.^a Teniendo en cuenta esta distincion entre la perfectibilidad y la movilidad, puédense disipar los sofismas y evitar la confusion de ideas que sobre esta materia hallan fácil acogida en no pocos hombres, sin excluir aquellos que poseen cierto grado de ilustracion. Con demasiada frecuencia se confunde el progreso con el movimiento. Movimiento envuelve y significa la escuela sansimoniana, y la teoria de Fourier, y el humanitarismo de Leroux: movimiento y movimiento asaz impetuoso, enérgico y absorbente se descubre en la idea internacionalista, y en la escuela positivista, y en la filosofia materialista, y sin embargo, ¿puede afirmarse con igual seguridad que estos movimientos espresan y representan un progreso en la humanidad y para la humanidad? ¿Habremos de decir que es hoy un elemento de progreso para la humanidad civilizada la renovacion parcial del socialismo espartano, ó la restauracion de las doctrinas de Epicuro y de Lucrecio? Y si se quiere generalizar todavia mas el problema, ¿es cosa á todas luces evidente y demostrada que el gran movimiento, espresion á la vez y resultante de lo que llamamos civilizacion europea, es

un movimiento de progreso, tomado este movimiento en conjunto y con relacion á sus manifestaciones complejas y á sus direcciones múltiples? La verdad es que aun concediendo que hay progreso verdadero y real por parte de algunas de esas direcciones y manifestaciones, como por ejemplo, por parte de la industria, del comercio, de las artes, de las instituciones político-sociales, de la legislacion, siempre resultará que ese progreso es por lo menos muy problemático, por no decir nulo, hasta tocar en retroceso real, bajo el punto de vista de la religion y de la moral.

En resumen: la ley del progreso humano encierra un elemento, ó mejor dicho, un aspecto necesario é inmutable, y otro aspecto variable y contingente. El poderío indefinido de la razon en orden al conocimiento de la verdad en sus fases y relaciones innumerables, representa y expresa el primer aspecto de la ley, ó sea el posible desenvolvimiento indefinido de la inteligencia, y como consecuencia lógica y natural de este desarrollo, la *posibilidad* de un movimiento ascendente y progresivo de perfeccion por parte de la humanidad. La libertad, en combinacion por un lado con los instintos y pasiones egoistas y sensibles del hombre, y por otro con las condiciones externas, físicas, geográficas, climatológicas, históricas y fisiológicas, representa y expresa el elemento ó aspecto variable y contingente de la ley de progreso tantas veces citada. Considerada esta ley bajo el primer punto de vista,

puede apellidarse ley universal, porque universal es la aptitud y capacidad real de la razon humana para desarrollarse y perfeccionarse sucesivamente sin escepcion de razas ni de tiempos. Considerada empero bajo el segundo punto de vista, esta ley participa de la mutabilidad y contingencia inherentes al ejercicio de la actividad libre, á la movilidad de los instintos y pasiones y á la variedad de influencias que radican en las condiciones externas y físicas. Para nosotros el movimiento histórico-civilizador de la humanidad, considerado este movimiento en el orden puramente humano, abstraccion hecha del elemento divino, hállase representado por una línea que no se prolonga sino con sujecion á frecuentes direcciones é inflexiones curvas y hasta á retrogradaciones parciales con respecto á algunos de los elementos varios que encierra la idea de civilizacion. La prolongacion de la línea corresponde al primer aspecto ó elemento señalado en la ley del progreso; sus inflexiones, la diversidad de sus direcciones y sus retrogradaciones parciales corresponden al aspecto variable y contingente de la misma.

Reasumiendo, generalizando y aplicando la concepcion cristiana sobre la ley del progreso, puede reducirse á los siguientes puntos:

1.º Dios, al criar al hombre, le dió una naturaleza esencialmente perfectible y progresiva, haciéndole capaz de un perfeccionamiento indefinido por parte de la ciencia y de la virtud; y esto tanto en el orden suje-

tivo como en el orden objetivo. Sujetivamente el hombre es esencialmente progresivo, porque tal es la condicion natural de su inteligencia y de su voluntad libre. Lo es tambien objetivamente, porque Dios, como verdad infinita y como bien supremo, constituye el tipo absoluto é ideal de la perfeccion inteligible y moral á que puede aspirar y aproximarse el hombre sin alcanzarlo ni agotarlo jamás en la vida presente.

2.º Cuando Jesucristo dijo: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial*, formuló en cierto modo la condicion fundamental objetiva de la ley del progreso, presentando tanto al hombre singular como al colectivo, el ideal viviente y regulador del movimiento progresivo y ascendente de la humanidad en su doble aspecto de persona singular y de entidad social.

3.º Esta perfectibilidad del hombre abraza el orden moral y tambien el material, pero sin perjuicio de referirse al primero mas directamente que al segundo. El bienestar corporal, el progreso material, debe subordinarse al progreso moral que abraza el desarrollo y perfeccionamiento de la inteligencia y de la voluntad, bien así como el cuerpo se subordina y es inferior al alma y los bienes de fortuna son inferiores á la ciencia y la virtud. La concepcion del progreso proclamado por el cristianismo lleva consigo en primer término el desarrollo y afirmacion de la moralidad, de la inteligencia, de la libertad, de la dignidad del hombre; y en segundo término, como condicion y auxiliares del orden moral,

los bienes de fortuna, el bienestar material, las riquezas, no escesivamente acumuladas, sino distribuidas de manera que faciliten al mayor número posible las condiciones necesarias para realizar su progreso moral.

4.º La ley del progreso inherente á la naturaleza humana desde su origen, fué profundamente modificada, aunque no abolida, por la caída primitiva del hombre. En el estado de inocencia original, el progreso del hombre hubiera sido mas rápido y mas perfecto que el actual, y sobre todo, se hubiera verificado sin esfuerzos penosos, sin contradicciones, sin luchas, al paso que despues de la caída, cada conquista en el órden moral y material, cada paso en la via del progreso, representa para el hombre la contradicción, la lucha, la abnegación, el sacrificio, el esfuerzo penoso. Realizar un progreso es triunfar de un obstáculo; y la victoria del obstáculo exige y supone esfuerzo, y el esfuerzo exige y supone á su vez violencia, ejercicio trabajoso, lucha mas ó menos empeñada y reacción mas ó menos perseverante y fatigosa contra las dificultades internas y externas.

5.º La lucha no siempre conduce á la victoria, y aun en los casos que esta se consigue, puede ser parcial, concentrándose sobre puntos de vista determinados y concretos. De aquí la posibilidad de progresos parciales en una civilización dada, la cual podrá permanecer á la vez estacionaria y hasta retrogradar con respecto á otros elementos ó puntos de vista; y de aquí

tambien la posibilidad de las inflexiones varias, direcciones curvas y retrogradaciones de la civilización humana, considerada en general y como expresión de la ley del progreso.

6.º La perfectibilidad humana, aunque indefinida respecto del hombre, á quien no es dado conocer ni señalar sus límites, lo mismo con relación á los individuos que á las sociedades, no lo es con respecto á Dios, que tiene conocidos y prefijados desde la eternidad esos límites en la infinidad de su inteligencia y de su poder. Mucho menos puede y debe apellidarse infinita en el sentido riguroso de la palabra; porque es claro que por grande que se la suponga nunca podrá traspasar las condiciones de la naturaleza humana que es esencialmente finita. Semejante infinidad solo es compatible con el panteísmo, que identifica y confunde al hombre con Dios. El progreso que admite y proclama el cristianismo no puede llegar hasta cambiar esencialmente las condiciones del hombre en la vida presente, segun pretenden las escuelas panteístas, señalando como objeto realizable por la humanidad sobre la tierra, la abolición de todo sufrimiento, la glorificación completa, la felicidad perfecta. La concepción cristiana solo admite esa glorificación de la humanidad, esa abolición de todo sufrimiento, en la vida futura, revelación extraordinaria del poder, de la misericordia y del amor divino. Empero por lo que hace á la vida presente, la humanidad, lo mismo la indivi-

dual que la colectiva ó social, puede hacer conquistas y realizar progresos mas ó menos notables hácia el bien en todas sus formas; puede asimilarse y encarnar en sí con creciente perfeccion la ley de la justicia, la libertad, la verdad, la moralidad, el sentimiento de la caridad, los bienes temporales, las riquezas, el bienestar material; pero en medio y á pesar de todos estos progresos y de sus grandes conquistas, el hombre seguirá siempre hombre en este mundo que habitamos, y por consiguiente seguirá siendo una mezcla de grandeza y de miseria, de fuerza y de flaqueza, de ciencia y de ignorancia, de virtudes y de vicios. El progreso puede aligerar el peso de las cadenas que obligan al hombre á marchar siempre con la frente encorvada hácia la tierra, pero ni todos los esfuerzos de la humanidad, ni todas las conquistas del progreso acumuladas por los siglos, serán capaces de romper ni de fundir por entero esa cadena de penas y fatigas morales y materiales que la justicia infinita de Dios impuso al hombre al arrojarlo del Eden como castigo y expiacion de su crimen.

La teoría de la ley del progreso que acabamos de bosquejar, tiene, entre otras, la ventaja de evitar á la vez lo que pudiéramos llamar el fatalismo y el empirismo en historia. Porque sabido es que mientras algunos no ven en la historia mas que el desenvolvimiento fatal de las ideas, otros caen en el extremo contrario, pretendiendo explicar la historia toda por

medio de las grandes individualidades. Para los primeros, los grandes hechos históricos, lo mismo que el mejoramiento y trasformacion de las leyes, costumbres, religiones, instituciones sociales y políticas, no son mas que la expresion pura y necesaria de la sucesion y trasformacion de ideas operada de una manera fatal en el seno de la inteligencia. Para los segundos, las ideas, su filiacion y enlace apenas significan nada como causalidad en la historia, y los cambios y transformaciones que esta nos revela en la humanidad, son el resultado de las pasiones é intereses, de los caracteres, genio, vicios y virtudes de los hombres, y con especialidad de las grandes individualidades históricas. Los primeros exageran y desnaturalizan el elemento necesario é inmutable que en el orden humano y divino encierra la ley del progreso: los segundos exageran y desfiguran su elemento variable y contingente, convirtiendo la historia en un conjunto casi fortuito de hechos sin trabazon lógica, sin ley, sin razon suficiente de ser. Escusado será observar que la ley del progreso histórico, tomada en el sentido hegeliano, y en general, segun el sentido panteista, por la evolucion necesaria de lo Absoluto, envuelve el fatalismo real mas completo y que es incompatible con la ley del progreso histórico-humano en su genuina acepcion.

¿Quiere decir esto que para nosotros la historia general de la humanidad es un mero conjunto de su-

cesos, sin enlace de ningun género ó resultado accidental de las influencias individuales? ¿Quiere decir esto que se debe negar y escluir de esta historia toda especie de fatalidad, todo movimiento necesario? De ninguna manera. La filosofia cristiana de la historia y la ley del progreso, lejos de escluir, exigen y encierran cierta especie de fatalismo superior que pudiera apellidarse el fatalismo de la infalibilidad providencial. En efecto: aparte de las indicaciones precedentes sobre lo que hay de fijo, permanente y necesario en el desarrollo y perfeccionamiento gradual y progresivo de la inteligencia, y aparte tambien de la tendencia irresistible de las ideas á trasformarse en hechos é instituciones, lo cual bastaria para demostrar la existencia de algo relativamente fatal y necesario en la historia universal, es preciso reconocer otro elemento superior y mas importante de fatalidad histórico-humana.

Si existe un Dios vivo y personal, autor y creador del mundo y del hombre; si la humanidad no es una de tantas fases ó evoluciones del absoluto, como pretenden los panteistas; si el hombre no es un orangutan ó un gorila trasformado y perfeccionado, como afirma el positivismo materialista; si la inteligencia, en fin, la bondad y la providencia, son atributos y perfecciones reales en Dios, preciso será reconocer y confesar que este Dios no pudo arrojar sobre la tierra al hombre para que en ella marchara al acaso, sin direccion,

sin objeto, sin destino y sin ley; es decir, sin relacion y subordinacion á una providencia superior y divina, corolario necesario de su inteligencia suprema, de su omnipotencia y de su bondad infinita. Dios, al señalar al hombre un fin en armonía con las condiciones de su naturaleza; al fijar un término á la existencia de la humanidad sobre la tierra, debió preveer y predeterminar el camino que esta gran colectividad recorrería hasta llegar al término prefijado. El plan, pues, de la Providencia divina sobre el hombre contiene y representa el molde primitivo y superior de la historia humana, y en fuerza de su infalibilidad relacionada con la inteligencia y omnipotencia de un Dios infinito y eterno, contiene y representa á la vez el elemento necesario, el aspecto inmutable y relativamente fatal de la historia del género humano. Mas no hay que perder de vista al propio tiempo que esta intervencion de la Providencia divina en la marcha de la humanidad, no escluye, ni niega, ni siquiera menoscaba la intervencion y libre ejercicio de la actividad intelectual, segun queda ya arriba consignado.

Cierto que no le es dada al hombre la concepcion clara y evidente de la conciliacion de estos extremos; cierto que ignora é ignorará siempre los caminos ocultos que van desde la providencia y presciencia infalible de Dios hasta la libertad del hombre, porque este es el secreto de Dios; pero no es menos cierto que estos caminos y que esta conciliacion son reales, por-

que evidentes son su necesidad y su existencia á los ojos de la razon y de la conciencia psicológica. Por espesas que sean las sombras que rodean y envuelven los términos del problema, es cierto que el elemento fatal, ó mejor dicho, infalible, que va envuelto en la Providencia divina dista mucho de la fatalidad propiamente dicha, de la fatalidad que preside á las leyes de la naturaleza física. Y es digno de notarse que esta diferencia ó disparidad entre la fatalidad providencial que va envuelta en la historia de la humanidad colectiva y universal, y la fatalidad que corresponde á las leyes del mundo físico, no es exclusiva ó peculiar de la filosofía cristiana, sino que es reconocida también con razon por la filosofía espiritualista, siquiera sea esta racionalista y anticristiana, como lo es sin duda, la de Jouffroy, el cual, despues de reconocer que la Providencia divina, al fijar de antemano la marcha de la humanidad, introduce en la historia un elemento fatal, reconoce á la vez y demuestra á su modo que la fatalidad histórica determinada por la providencia es muy diferente de la fatalidad determinada por las leyes del mundo físico.

«Esta providencia, escribe, es fatal para la humanidad, como lo es para los cuerpos celestes. Pero lo es de diferente manera; porque lejos de comprometer la libertad del individuo, la supone y tiene lugar por su medio.

Toda la fatalidad del desarrollo humano resulta de

esta circunstancia, á saber, que si mil hombres tienen la misma idea del bien, serán gobernados por esta idea, á pesar de la oposicion y diversidad de sus pasiones. Ahora bien, ¿por qué título ó con qué motivo se verifica esto? Por el solo título de que siendo estos mil hombres seres racionales y libres, no están sometidos á la impulsión de la pasión, sino que pueden deliberar, reflexionar, tomar el partido que mejor les parecerá y obrar en consecuencia de todo esto. Suprimid la libertad, y el imperio de las ideas desaparece, y á la fatalidad que gobierna la humanidad, sucederá otra que en nada se le parece, la fatalidad de la impulsión sensible, la fatalidad que domina en los animales, y que es un medio entre la fatalidad intelectual que gobierna el mundo moral, y la fatalidad mecánica que gobierna el mundo físico.

Así, pues, la fatalidad que gobierna los acontecimientos humanos descansa sobre la libertad de los individuos humanos. El individuo permanece libre y responsable, porque es libre: posee una razon para juzgar, una voluntad para resolverse, pies y manos para ejecutar: es dueño de lo que hace y le pertenecen en propiedad la gloria y el vituperio que corresponden á sus actos. Permanecen los crímenes y también los criminales; subsisten las virtudes, las abnegaciones y los héroes; y con los héroes permanecen también la admiración y el piadoso reconocimiento de la humanidad.

Otra diferencia entre la fatalidad del mundo físico y la que rige el mundo moral, consiste en que la marcha de la humanidad no es un círculo como lo es la de los astros. Los astros comienzan siempre de nuevo los mismos movimientos; la humanidad avanza, sus movimientos son progresivos; cada revolución es un paso más en el descubrimiento del bien y de lo verdadero. Hé aquí por qué el mundo humano se perfecciona, al paso que el mundo físico no cambia. Este se agita siempre sin marchar adelante.» (1)

Sin necesidad, pues, de recurrir á la tesis panteísta sobre la evolución necesaria y dialéctica del Absoluto, puede y debe admitirse en el plan general de la historia humana una fuerza ó causalidad relativamente fatal, un aspecto, un elemento, un principio de necesidad, de fijeza, de inmutabilidad, en relación y armonía con el elemento providencial y divino, que constituye uno de los elementos generadores de la historia. Y esta verdad recibe una especie de contraprueba y encuentra una demostración *à posteriori* en la imposibilidad que observamos en la razón humana con respecto á conocer con seguridad y certeza, y no pocas veces ni siquiera con probabilidad fundada, la marcha futura de los acontecimientos en grande escala, el porvenir de la humanidad. ¿Quién es el hombre que lisongearse

(1) *Melanges Philos.*, pág. 53.

puede con razón de preveer y predecir con seguridad la marcha y el aspecto que presentará la civilizada Europa dentro de tres ó cuatro siglos? Y eso que el conocimiento del pasado, las recientes y profundas investigaciones históricas, la extensión, facilidad, comunicación y progreso de las ciencias todas, ponen al sábio contemporáneo en posesión de muchos datos y elementos que tienden á facilitar la solución del problema, datos y elementos de que carecían nuestros antepasados. Y si retrotraemos el problema á épocas anteriores, dígasenos de buena fé si los hombres del siglo de Pericles hubieran podido predecir que la Grecia, después de hacer un esfuerzo gigantesco para avasallar el Asia á las órdenes de Alejandro, caería bien pronto sin gloria y sin honor á los pies del cónsul Munucio. Dígasenos si los contemporáneos de este cónsul habrían podido preveer y predecir que no pasarían muchos siglos sin que el coloso romano y la misma *Urbs æterna* presenciaran la ruina y la desolación y llegaran á convertirse sus provincias en otros tantos reinos de bárbaros. Y el sábio de Atenas, de Alejandría ó de Roma que hubiera escuchado la sencilla palabra de Jesús de Nazaret cuando resonaba á orillas del Jordán, ¿hubiera podido preveer y predecir con algún viso de certeza que aquella palabra caída de los labios de un hombre oscuro, no tardaría en transformar el mundo griego, y el mundo romano, y el mundo bárbaro, y el mundo civilizado, determinando en la humanidad

una vida que nada ó casi nada tiene de comun con la vida de los pueblos anteriores, y depositando en su seno los gérmenes de una nueva civilizacion, gérmenes cuya savia y fecundidad inagotables vienen revelándose y desarrollándose en la gran civilizacion cristiano-europea? Luego la razon y los hechos demuestran que entra en la historia humana un elemento oculto, un elemento providencial, un elemento divino, y en el concepto de tal, necesario, fijo, permanente, inmutable, superior á la comprension del hombre y á la voluntad del hombre. «Leed atentamente la historia, escribia el ilustre orador dominico de Nuestra Señora de París, y vereis en ella claro una de las cosas mas tristes para el orgullo humano; quiero decir, esa contradiccion perpétua entre la voluntad del hombre y el resultado de sus esfuerzos. El que hubiera dicho á Alejandro la suerte de su familia y de su imperio despues de su muerte, le hubiera asombrado. El que hubiera mostrado á los romanos el porvenir de sus conquistas y el futuro heredero de su ciudad, les hubiera dado que pensar. El que hubiera revelado á Pilatos todo lo que encerraba el fugitivo instante en que se lavó las manos de la muerte del Justo, le hubiera sin duda anonadado con el poder de tal vision. Solo sabe lo que hace aquel que sirve á Dios en su Iglesia, y que sabiendo que todo el movimiento del universo tiende solo á desenvolver los gérmenes de la creacion y de la gracia, respeta profundamente en sus actos el curso natural

y lógico de las cosas que las lleva por la via mas corta y mas feliz. Esta ha sido una virtud de los sumos Pontífices y la base racional de su divina prudencia. Colocados en frente de dos mundos, el mundo espiritual y el mundo material, obreros propios de la eternidad, han conocido que no tenian accion alguna directa sobre el tiempo, sino que tarde ó temprano, por una combinacion de medios que solo Dios conoce, las cosas pasajeras deben servir al triunfo de las permanentes, y á pesar de su tenaz resistencia, echarse al fin palpitantes y vencidas en los brazos de la verdad.»

No se nos oculta que los apóstoles del panteismo, y con especialidad los profetas de la *Idea* hegeliana, se esfuerzan y pretenden señalar la razon suficiente del enlace y marcha de las civilizaciones varias que se han sucedido sobre la tierra; pero tampoco se nos oculta: 1.º que es muy fácil formular un sistema ó teoría *à priori*, y despues obligar á los hechos á plegarse y acomodarse á la teoría: 2.º que la facilidad relativa de esplicar los hechos históricos despues que pasaron, no destruye la dificultad de preconocimiento que en su dia existiera cuando se hallaban envueltos en las sombras del porvenir. Y si no, que nos digan y predeterminen estos apóstoles y profetas de la *Idea* la marcha y las vicisitudes futuras que atravesará la Europa en el espacio de algunos siglos. Semejante al marino que, sin perjuicio de contribuir eficazmente con sus fuerzas y de cooperar con sus maniobras al mo-

vimiento del buque que le lleva á su bordo, se agita y mueve libremente dentro de la nave que, dividiendo las olas, se adelanta hácia el puerto impulsada por los vientos, las tempestades y las corrientes, pero dirigida por la mano del piloto, el hombre piensa, y se agita, y se mueve, y obra el bien y el mal, y marcha en todas direcciones, sin que por eso la historia, nave que lleva á su bordo la humanidad, deje de marchar adelante impulsada por la mano de Dios, aproximándose mas y mas al término que una providencia infinita, omnipotente y eterna tiene prefijado á la colectividad humana sobre la tierra. Tal es, y no otro, el fondo esencial, el elemento primitivo y superior, la razon suficiente *à priori* del movimiento histórico de la especie humana.

Libre queda todavía el campo á la ciencia y á la filosofía de la historia para discutir y determinar si ese movimiento representa una línea recta ó una espiral, ó una línea sujeta á inflexiones múltiples, á desviaciones varias y hasta á retrogradaciones parciales. Libre queda también el campo para discutir y determinar, bien sea el papel que en esta marcha de la humanidad representan y desempeñan las grandes individualidades históricas, bien sea el enlace, influencias y relaciones de un siglo con respecto á otro, de una civilización para con otra civilización, bien sea la existencia, naturaleza y condiciones de ciertas leyes particulares, que pueden considerarse como derivaciones

y aplicaciones de la ley general de la historia, representada para nosotros por la intervencion divina y la actividad libre del hombre, en cuanto reunidas en la inteligencia infinita y presciente de Dios, como en síntesis superior armónica.

¿Se quiere, por ejemplo, establecer como una de las leyes de la historia, la ley de la espontaneidad y de la reflexion? Creemos que nada hay en la teoría histórico-cristiana que se oponga á la admision de la ley, siempre que se la despoje del sentido panteista que algunos suelen concederle. Porque ni la razon ni la filosofía cristiana admiten ni pueden admitir la ley del desarrollo espontáneo y reflexivo de la humanidad, cuando por la humanidad se entiende un ser especial con existencia propia, distinta y superior á la de los individuos humanos, sér al cual se atribuye directa y principalmente esa sucesion en el desarrollo espontáneo y reflexivo, considerando consiguientemente á esa humanidad ó espíritu humano universal, como la causa real y la razon suficiente de la espontaneidad y reflexion que se manifiesta en el individuo. En semejante hipótesis, el movimiento espontáneo y el reflejo no serian otra cosa mas que manifestaciones y fases parciales, á la vez que necesarias y fatales, del doble desarrollo del espíritu universal ó de la humanidad en sí, como ser independiente y superior á los individuos humanos.

Empero esto no impide que se admita la ley de la

espontaneidad y de la reflexion, si por esto se quiere significar que el desarrollo de la inteligencia y demás facultades humanas no se verifica al acaso, sin sujecion á ley ni condicion alguna. La actividad humana, en general, y con especialidad, la razon, pueden decirse sometidas á la ley citada de la espontaneidad y de la reflexion bajo el punto de vista de la relacion natural de sucesion que existe entre estas dos manifestaciones de la actividad. El acto directo es naturalmente anterior al acto reflejo; la naturaleza externa y los fenómenos sensibles son los primeros objetos que llaman la atencion y que ocupan la actividad intelectual; el ejercicio del entendimiento presupone el ejercicio de la sensibilidad, en la cual predomina la espontaneidad; la investigacion racional y cientifica pasa de lo esterno á lo interno, de lo sensible á lo inteligible, de la concepcion analítica y de la intuicion directa á la concepcion sintética y al conocimiento reflejo. Hé aquí fundamentos y puntos de vista en virtud de los cuales no hay inconveniente alguno, antes es muy conforme á la razon y á la esperiencia, reconocer como legítima y verdadera la que se llama ley de la espontaneidad y de la reflexion. Y si bien es cierto que la aplicacion ó verificacion de esta ley tiene lugar directa é inmediatamente en los individuos, porque en los individuos y solo en los individuos existe la actividad y facultades sujetas al desarrollo sucesivo, verificase tambien *ex consequenti* y tiene aplicacion, al me-

nos indirecta, en la sociedad como entidad moral y colectiva, en atencion á que no siendo esta mas que el conjunto de las individualidades que la componen, es preciso que cuando el desenvolvimiento de estas individualidades ó de su gran mayoría se verifica en un sentido determinado, este movimiento se refleje en la colectividad que se llama sociedad. Luego las evoluciones históricas de esta sociedad, al reflejar las fases y como las constantes resultantes de la accion colectiva de los individuos que la componen, reflejarán, representarán y espresarán á la vez la relacion ó ley á que se halla sometido el desarrollo de la actividad individual. En este sentido, la ley de la espontaneidad y de la reflexion puede servir para comprender y explicar ciertas trasformaciones histórico-sociales. Las leyes, costumbres é instituciones de un pueblo ó de una sociedad que se halla en el período de desarrollo espontáneo, no pueden ser naturalmente las mismas que las leyes, costumbres é instituciones de una sociedad que represente el período de reflexion á causa del desarrollo reflejo ó mas perfecto de las individualidades que la componen, que la dirigen y gobiernan.

Si, como acabamos de ver, la ley de la espontaneidad y de la reflexion cabe perfectamente dentro de la teoria cristiana sobre la filosofia de la historia, con mayor razon cabe dentro de la misma la ley de la justicia divina, aquella ley providencial, segun la cual, el castigo y la recompensa, la espacion y la reden-

cion alcanzan á las naciones como á los individuos. Ya hemos visto que la intervencion de la providencia divina en la historia general, ó sea el gobierno del hombre por Dios, no destruye, antes bien exige y supone la libertad humana. Gobernar no es anonadar al sér gobernado; no es absorber ni destruir su actividad.

Por eso el gobierno divino envuelve y lleva consigo el respeto de la inteligencia y de la libertad del hombre. La providencia divina dejaria de serlo, dejaria de ser digna de Dios, desde el momento que absorbiera y anulára la causalidad moral, la actividad libre del hombre como ser responsable en el órden moral. La eficacia del espíritu humano, sin dejar de ser una eficacia propia de la causa segunda y que por esta razon presupone y afirma la eficacia superior de la causa primera, envuelve, sin embargo, grande energía y ofrece todos los caractéres que pedirse pueden á la actividad libre. Porque la voluntad humana, así como puede obrar libremente aquello que Dios le inspira, así puede tambien resistir, y resiste, en efecto, con victoriosa energía á la voluntad de Dios. Vemos y experimentamos con demasiada frecuencia que el hombre sustituye su voluntad propia á la voluntad de Dios, y que resiste al imperio de la voluntad divina hasta dejar sin efecto sus preceptos, sus inspiraciones, sus consejos. En el drama, pues, del destino humano, en el curso de la historia universal, Dios, sin abdicar su papel de actor supremo, de causa primera, mantiene al hombre

en el derecho y ejercicio de su libertad, y, consiguientemente, la posibilidad y la responsabilidad del bien y del mal; porque sin ese derecho y sin su ejercicio libre, el hombre perderia una de sus mas grandes prerrogativas, perderia el noble título de hijo de la libertad, sin la cual no se concibe ni la verdad de la recompensa, ni la justicia del castigo, ni el lustre de la virtud, ni el brillo esplendente del amor y del sacrificio.

Empero Dios, al conceder al hombre la facultad ó fuerza de resistir á su voluntad, de perturbar el órden de la justicia eterna, de apartarse del camino del bien, se reserva al propio tiempo el derecho de la justicia suprema: y esta justicia, aplicable y relativa en primer término á los individuos, lo es tambien á los pueblos y naciones. Existe una ley eterna, la ley de la suprema justicia, sin cuya sancion nada puede afirmarse en el órden moral ni social. El Dios del poder y de la santidad quiere que el hombre se penetre y reconozca que su mano invisible es la que rige y gobierna los imperios; pero quiere ante todo que se reconozca que esa mano invisible es la que levanta y abate las naciones á medida de sus virtudes y sus vicios. Tarde ó temprano cúmplese sobre los pueblos, como sobre los individuos, la ley de la eterna y soberana justicia, que no otra cosa se desprende del drama instructivo que presentan los anales del mundo con sus guerras y conquistas, con la sucesion alternada de sus ruinas y

construcciones, con sus civilizaciones que aparecen y desaparecen en la sucesion del tiempo y del espacio, con sus grandes imperios que se precipitan unos sobre otros con espantable y rápida caída, heridos por la mano invisible del Omnipotente, con sus grandes vicisitudes y trasformaciones que forman, por decirlo así, el flujo y reflujo de la historia. Porque si abrimos esta historia en cualquier punto del tiempo y del espacio; si registramos atentamente sus páginas, si con mirada escrutadora penetramos hasta el fondo de su trama y de su ley de trasformacion, hallaremos escrita allí con caracteres de sangre la revelacion de la justicia de Dios sobre las naciones culpables, bien así como la revelacion de sus misericordias sobre los pueblos que marchan en los caminos del bien. En medio de las orgías babilónicas, habian perecido en una sola noche al filo de la espada de los persas Baltasar y su imperio, y los grandes de su corte y los caudillos de su ejército; pero esos persas y sus aliados los medos entréganse á su vez al vicio y la molicie, degenerando de su templanza primitiva; y hé aquí que obedeciendo á la voz del cielo que le llama sobre el Asia, el gran rey de Macedonia, comparado en la Escritura al leopardo por la velocidad de sus conquistas, sale de la tierra de Cethin para dar cumplimiento á los decretos de la justicia del Omnipotente sobre aquel imperio del Asia carcomido por sus vicios y su profunda degradacion moral. Si del Oriente volvemos la vista

al Occidente preséntanse ante nuestros ojos esos fieros ciudadanos romanos, que veloces como el rayo recorren la tierra y la someten; todo cede al torrente de sus armas; toda tribu, toda lengua y toda nacion inclina la cabeza ante las haces consulares del pueblo rey. Pero llega un tiempo en que Roma cambia la antigua severidad de sus costumbres por los vicios de las naciones que ha domado, y preséntanse al punto razas nuevas y sin nombre, miran de lejos aquel imperio gastado, que parece vivo aun por sus funciones, sus magistraturas, sus ejércitos y sus recuerdos, pero que no tiene ya fuerza ni vida verdadera porque no tiene virtudes; y aquella púrpura romana que habia pasado sobre la tierra subyugando los imperios y naciones, es desgarrada en cien pedazos por razas salvajes y por pueblos sin historia.

Estas ligeras indicaciones que sería fácil multiplicar y corroborar por medio de otras aplicaciones ó verificaciones de la historia universal, demuestran que la ley que hemos llamado ley de la justicia divina sobre los pueblos y naciones, puede y debe considerarse como una de las manifestaciones principales de la ley universal de la historia humana, ley que, en nuestra opinion, se halla como reasumida y concentrada en la relacion entre la Providencia divina y la libertad humana como elementos generadores y como factores fundamentales de la historia universal. Esta relacion, oculta en sí misma, superior á la razon hu-

mana y cuyo conocimiento *à priori* no es dado al hombre, puede ser conocida *à posteriori* de una manera mas ó menos segura y completa por medio de la observacion filosófica y concienzuda de los acontecimientos históricos y de las trasformaciones varias que presenta la marcha progresiva y compleja de la humanidad á través del espacio y del tiempo. La ley del progreso, la del movimiento ó desarrollo espontáneo y reflejo y la que hemos apellidado ley de la eterna justicia, pueden considerarse como tres fases ó revelaciones parciales de aquella ley fundamental y única, antes mencionada.

¿Cuál es ahora la consecuencia general que se desprende de todo cuanto hasta aquí llevamos espuesto? Que carece completamente de fundamento racional, lo que se ha dicho y se repite con frecuencia por los enemigos de la religion católica y por los partidarios del racionalismo, á saber: que el cristianismo niega ó hace imposible la filosofía de la historia. Creemos haber demostrado en el terreno de la teoría y de las aplicaciones prácticas que dentro del cristianismo cabe perfectamente la filosofía de la historia, que este no cierra el camino á las investigaciones y trabajos científicos sobre esta materia, que no teme esta clase de estudios ni los resultados verdaderamente racionales y filosóficos á que puede conducir, que la filosofía de la historia, la razon y la filosofía especulativa, cuando se mueven en el terreno de la

verdad, de la lógica y de la sólida ciencia jamás se oponen á la verdad cristiana, que los moldes, en fin, del cristianismo son mas que suficientes y sobradamente anchurosos para recibir, fomentar, concebir y desarrollar la filosofía de la historia en lo que tiene de elevado, de racional, de sólido, de verdaderamente filosófico.

IV.

Hasta aquí hemos considerado al cristianismo en sus relaciones con la filosofía de la historia como un sistema puramente racional, como una teoría ó conjunto de doctrinas accesibles á la razon humana. Si penetramos ahora en el fondo y la esencia del mismo; si colocándonos en la revelacion divina que lleva en su seno, la misma que constituye como el coronamiento del grande edificio, lanzamos una mirada escrutadora y penetrante sobre el campo inmenso á la vez que oscuro y confuso de la historia universal del hombre sobre la tierra, veremos disiparse mas y mas las sombras del pasado y del porvenir. Porque la filosofía de la historia se hace relativamente clara y

accesible á la comprension humana, sienten consolidarse sus bases y ensancharse sus horizontes, cuando el observador, elevando su mirada sobre el terreno estrecho de la observacion histórica y abandonando el terreno inseguro y fantástico de las concepciones *à priori*, se coloca en la grande idea de la redencion del género humano por Jesucristo, idea capital, síntesis completa y punto central del cristianismo como religion revelada y divina. Desde este punto de vista la historia universal se aclara, se esplica y se concibe con relativa evidencia y facilidad; porque la redencion del hombre en Jesucristo y por Jesucristo, punto central del cristianismo, lo es igualmente de la historia humana.

Y no será difícil alcanzar la razon y la verdad de la afirmacion que antecede, si se tiene presente que la concepcion católica de la redencion se halla en íntima y estrecha relacion con la doble concepcion relativa al origen y al destino final del hombre. Las evoluciones históricas de la humanidad á través del espacio y del tiempo y hasta su existencia misma son inexplicables y en cierto modo inconcebibles sin la idea del origen del hombre y de su destino final. El movimiento sucesivo supone y exige un principio y un fin ú objeto, sin los cuales no es posible señalar la razon suficiente de las condiciones del movimiento, siendo como es evidente que las condiciones y vicisitudes del movimiento deben estar en relacion con la

naturaleza y condiciones de su principio y de su término. A la luz de esta verdad incontestable en buena lógica examinaremos despues algunas de las principales teorías sobre la filosofia de la historia. Lo que ahora debemos y queremos consignar es la vivísima luz que el cristianismo difunde sobre la historia universal por medio de sus elevadas y nobles ideas acerca del origen, la redencion y el destino final del hombre. Estas tres ideas de las cuales la una llama á la otra, constituyen por un lado la síntesis completa del cristianismo, y suministran á la vez á la filosofia de la historia la base mas racional, mas sólida, mas práctica y armónica con los hechos, mientras que el racionalismo, en sus diferentes formas, ó niega el destino final del hombre como individuo, ó prescinde de él, pudiendo decirse que anula al propio tiempo el destino social de la humanidad; porque esto y no otra cosa significan, en realidad, esa evolucion sempiterna del Absoluto, ese progreso indefinido, ese movimiento circular de la humanidad, frases sonoras que ocultan y disimulan el vacío y la nada que semejantes teorías encierran. Comparemos sino esas teorías desconsoladoras, estériles y frias con la concepcion cristiana.

Admite esta, por una parte, la ley del progreso en la humanidad colectiva; admite el desarrollo y trasformaciones sociales que se realizan y manifiestan en la sucesion de los siglos, como revelaciones mas ó menos aparentes, mas ó menos completas, de las dife-

rentes civilizaciones cuyo desenlace y periodo final sobre la tierra que habitamos á solo Dios es conocido, constituyendo uno de los secretos de su providencia omnisciente y omnipotente. Empero al lado de este destino final de las sociedades humanas mas ó menos oculto y reservado á nuestra vista, la concepcion cristiana señala y determina con toda fijeza el destino final del individuo, y lo que es mas importante para el hombre, nos enseña que este destino individual es independiente del social: en todo periodo, en todo lugar, en toda nacion, en todo clima, en toda civilizacion, el hombre individuo, la persona humana está destinada á la posesion de Dios, á una felicidad suprema y eterna despues de la muerte, siempre que durante la fugitiva vida presente obre el bien y practique la virtud. Ante los individuos como ante las naciones, Dios ha colocado el bien y el mal, la virtud y el vicio, la bendicion y la maldicion, la vida y la muerte, y si es cierto que levanta y abate á las naciones á medida de sus virtudes y sus vicios, no lo es menos que eleva hasta á sí despues de la muerte á todo hombre que en la vida presente ha obrado libremente el bien, y que le hace participante de su propia vida, de una felicidad suprema cuya estension, latitud y profundidad no es dado al hombre comprender, porque *ni el ojo vió, ni el oído oyó lo que Dios tiene preparado para los que le aman*. Preguntad al racionalismo, decid al panteismo que os señale el destino

final del hombre. Os hablarán de desarrollo armónico de las facultades del hombre; os hablarán de progreso indefinido de la humanidad; os hablarán de evolucion sucesiva de la vida del Absoluto; os hablarán de la humanidad que aspira á conocer, sentir y realizar lo divino como el objeto absoluto en la esfera de la libertad, es decir, que todos os darán alguna nocion, siquiera vaga y confusa, del destino final del hombre como parte ó elemento de la sociedad, del hombre como colectividad social. Pero decidles que os señalen el destino final del hombre como ser personal, como individuo inteligente y libre por sí mismo, y estad seguro de que no recibireis mas respuesta que el silencio, ó cuando mas algunas frases vagas é incoherentes sobre union íntima del hombre con lo divino, ó lo que es lo mismo, absorcion é identificacion del individuo con la sustancia divina, único ser real y sustancial. Inmenso es el vacío que sobre esta materia tan interesante y vital para el hombre dejan en pos de sí todas las teorías racionalistas que se refieren á la filosofia de la historia; y esta sola consideracion revela y demuestra suficientemente lo frágil de sus cimientos y la superioridad de la teoría cristiana.

Grande y viva, como es la luz que sobre la historia refleja y derrama la concepcion cristiana en orden al destino del hombre, son indudablemente mas brillantes los destellos que sobre la misma historia difunde la idea de la caida original y de la redencion de

la humanidad por Jesucristo. Ya hemos dicho que estas tres ideas fundamentales del cristianismo se enlazan estrechamente entre sí, se atraen, se llaman, se robustecen y se suponen recíprocamente. El dogma de la redención supone el dogma de la caída; esta caída ó pecado original contiene la razón suficiente de la redención, y la redención y la caída original explican á su vez el destino final del hombre.

Pero aparte de esta relación interna entre estas tres ideas ó, mejor dicho, á causa de esa misma relación, estas tres ideas, que son á la vez tres hechos, encierran los elementos esenciales de la verdadera filosofía de la historia. La redención, como idea, resume y contiene las otras dos, la de la caída original y la del destino final del género humano, y por consiguiente es la concepción fundamental, la idea-madre del cristianismo como religión. La misma redención, como hecho histórico, sintetiza el mundo antiguo y el mundo moderno, constituye el punto céntrico de la historia universal, y explica las grandes transformaciones, vicisitudes y fases de la civilización como expresión externa y sensible de la ley histórica.

En efecto; la redención como idea y como hecho, es la única que puede explicar satisfactoriamente la historia antigua, haciéndonos ver en ella una preparación por medio de la cual la Providencia divina agita, dirige y predispone la humanidad para su renovación y restauración en Cristo Verbo de Dios. La

historia antigua representa también la lucha del hombre contra la caída primitiva, contra el pecado original: es una demostración práctica é histórica de la existencia y realidad de esa degeneración ó caída primitiva, toda vez que á pesar de los grandes y nobles esfuerzos del hombre contra ella, esfuerzos representados por grandes filósofos, grandes legisladores, grandes sabios y conquistadores, así como por las civilizaciones varias que en la esfera del mundo aparecen sucesivamente durante aquel gran período, vemos no obstante al hombre próximo á sucumbir al aproximarse la redención cristiana. Porque sabido es que la civilización greco-romana que había recogido y desarrollado los elementos de las civilizaciones anteriores, era un sepulcro blanqueado lleno de infección y podredumbre, era un cadáver que llevaba en sus entrañas un principio inevitable de corrupción y de muerte. En una palabra: la historia antigua representa el momento histórico de la humanidad, durante el cual esta es subyugada, herida, afeada, casi vencida y dominada por el mal en todas sus formas, como consecuencia y resultado de la caída original: es la lucha del hombre abandonado á sus propias fuerzas con el mal en todas sus manifestaciones; es la demostración experimental de la impotencia de la razón humana para realizar por sí misma el bien completo, y principalmente para llegar á la posesión del Dios infinito, vivo y verdadero, cuyo presentimiento posee, y

cuya aspiracion se agita sordamente en el fondo de su conciencia. Así es que al aproximarse el gran momento histórico de la redencion, un grito inmenso de angustia á la vez que de esperanza salia de toda conciencia, de todo corazon y de todo pensamiento, y la humanidad toda parecia haberse convertido instintivamente en eco unánime de Platon cuando proclamaba la necesidad de una enseñanza divina para conocer la verdad. En la esfera religiosa, lo mismo que en la esfera científica, filosófica, social, política y moral, la sociedad antigua en resbaladiza pendiente colocada caminaba rápidamente hácia la muerte en sus últimos años, y no es fácil calcular lo que hubiera sido de aquella sociedad, qué giro hubiera tomado la historia y la civilizacion, á no haber aparecido sobre la tierra *el Verbo de Dios hecho carne lleno de gracia y de verdad*, para dar principio al gran periodo histórico-cristiano, que representa y espresa la gran revolucion operada en el seno de la humanidad por la redencion que trajo al mundo ese Verbo de Dios por quien todas las cosas fueron, y por quien todas debian ser restauradas: *instaurare omnia in Christo*.

Pero la plenitud de los tiempos estaba próxima: el Dios del poder, de la misericordia y de la justicia, que en los decretos inescrutables de su Providencia habia querido que el hombre conociera experimentalmente la debilidad é impotencia relativa en sus propias fuerzas para obrar el bien, aceleró el tiempo de la gran re-

dencion, y apareció sobre la tierra el Hombre-Dios. Y la humanidad, que se hallaba próxima á sucumbir oprimida bajo el peso de sus vicios y pasiones, de sus errores y extravíos, de sus luchas estériles, de su profunda y universal degradacion religiosa, social, política y moral, sintió correr por sus venas un fuego que mientras por un lado consumia y abrasaba los principios de corrupcion y de muerte que en su seno encerraba, vivificaba por otro sus miembros atrofiados, implantando en su corazon el gérmen fecundo de una nueva y superior vida. Desde aquel feliz momento, el hombre supo con certeza y seguridad de dónde venia y á dónde caminaba: reconoció y admiró la elevacion y magnificencia de su destino final, así como los medios mas eficaces, prácticos y sencillos para llegar á su posesion. Desde entonces, el espiritualismo divino tomó carta de naturaleza en la conciencia humana, y la idea sublime de un Dios espíritu, personal, viviente, anterior y superior al mundo, inteligencia infinita y bondad suma, arrojó de su presencia á la divinidad fraccionada, dispersa y envilecida, que la ciencia y la religion del mundo antiguo habian buscado y adorado en la piedra, en el astro y en el hombre. Y el espiritualismo humano reapareció otra vez sobre la tierra, para no desaparecer jamás de la conciencia cristiana; porque á la luz de la palabra del Verbo que restauraba y afirmaba el dogma del origen divino del primer hombre, y el dogma de la redencion por el Hijo de

Dios, y el dogma de la vida eterna y divina como destino señalado al hombre, la espiritualidad del alma humana, lo mismo que su dignidad, su libertad, su personalidad moral en la vida presente y en la futura pasaron á ser verdades encarnadas en el corazón de las sociedades humanas dotadas de alguna civilización, si quiera incompleta.

Empero la revelación mas admirable y magnífica del cristianismo, considerado en el orden puramente humano y abstracción hecha de su fase sobrenatural y divina, es, á no dudarlo, ese gran fenómeno histórico-social que conocemos bajo el nombre de *civilización cristiana*; de esa civilización que llena y ennoblece al mundo moderno, que le coloca á una inmensa distancia y elevación sobre el mundo antiguo. La idea de la libertad y de la dignidad humana, sancionada por la sangre de los mártires al enrojecer la arena del Coliseo, la concepción de la fraternidad universal y el espíritu de caridad, de sacrificio y de amor, ideas capitales que constituyen el fondo del cristianismo, constituyen á la vez el germen fecundo y el fondo real de esa civilización cristiana, que viene desenvolviéndose magestuosamente á través de los siglos: son el origen de esa vida inextinguible, enérgica, vigorosa que se revela en la civilización cristiana: son la razón suficiente de esa poderosa fuerza de expansión con que tiende á difundirse por todos los climas y asimilarse todos los pueblos. Lo confesamos con toda sinceridad:

el espectáculo de la civilización cristiana con su evolución progresiva y ascendente bajo todos los puntos de vista, con su vitalidad inagotable, con sus grandes caracteres que tanto la separan y elevan sobre todas las civilizaciones antiguas ó modernas que se hallan fuera de su órbita, constituye para nosotros una de las demostraciones mas irrefragables, mas concluyentes y mas filosóficas de la divinidad del cristianismo.

En conclusión: la aparición del cristianismo sobre la tierra representa y encierra el punto céntrico de la historia, y reasume, por consiguiente, la ley histórica, como primera derivación, como revelación inmediata de la relación entre la acción divina y la libertad humana, elementos y factores principales de la historia universal. Situado el observador en este gran momento histórico, descubre á su izquierda el gran período de preparación representado por los imperios y civilizaciones del mundo antiguo, lucha gigantesca entre el bien y el mal, durante la cual el último tiende á absorber al primero y parece próximo á la victoria: á la derecha descubre la gran transformación operada en el género humano despues de Jesucristo y por la virtud de su palabra que depositó en el seno de esa humanidad los gérmenes fecundos de lo que llamamos civilización cristiana, gérmenes que vienen desarrollándose con sorprendente vigor y energía, y cuya vitalidad parece indefinida é inagotable.

Considerada la historia universal desde este punto

de vista tan elevado como filosófico, tiene por objeto y resultado demostrar la impotencia relativa de la razón humana para prevalecer sobre el mal en sus varias formas, así como también para constituir una civilización permanente y completa, especialmente en el orden moral y religioso; y consiguientemente, la necesidad y la eficacia práctica de un elemento superior y divino que trasformando, desenvolviendo y vigorizando la razón, la haga capaz de producir, desarrollar y conservar una civilización superior y digna de este nombre, cual es la civilización cristiana. El período histórico anterior á Jesucristo, representa la primera fase de esta verdad: el período posterior ó cristiano, representa la segunda. Este doble objeto universal y providencial de la historia, en perfecta consonancia, por otra parte, con el contenido de esta, tiene la ventaja de subordinar á la idea de *preparacion*, en el sentido explicado, todas las civilizaciones antiguas, sin incurrir en el defecto de Bossuet al hacer caso omiso de los imperios y civilizaciones del Asia central, y contiene al propio tiempo la razón suficiente de la marcha, vicisitudes, imperfección y esterilidad relativa de las civilizaciones contemporáneas que se mueven y marchan fuera de la órbita cristiana; porque las primeras, lo mismo que las segundas, concurren á demostrar la impotencia y la esterilidad de la razón humana para producir, conservar y desenvolver en marcha progresiva, perseverante y ascendente una ci-

vilización relativamente perfecta, cual es indudablemente la cristiana, y la necesidad de un elemento divino, de una intervencion tan especial como amorosa del Omnipotente para llegar á este resultado. Abrigamos, por lo tanto, la convicción de que la realización de este doble objeto en la historia y por la historia, levanta una punta del velo que cubre á nuestros ojos el plan íntegro y complejo de la Providencia divina con respecto al movimiento total histórico de la humanidad, pudiendo considerarse como una indicación mas ó menos segura, como una revelación parcial, como una fórmula ó ley intermedia que refleja en parte y se relaciona por uno de sus lados con la ley primitiva, *à priori*, fundamental y única de la historia, consistente, como hemos dicho muchas veces, en la relación entre la acción ó voluntad divina, y la acción ó libertad humana, y que, por otro lado, ó sea por su lado inferior, se relaciona con las leyes que pudiéramos llamar secundarias y derivadas, cuales son las del progreso, de la espontaneidad y reflexión, de la justicia eterna con otras análogas.

Aquí debiéramos poner fin á este ligero trabajo, toda vez que ya dejamos consignado arriba que nuestro designio principal al emprenderlo fué precisamente demostrar que el cristianismo no rechaza la filosofía de la historia, y que esta es perfectamente compatible con la filosofía cristiana, designio que creemos haber realizado al trazar en las líneas que preceden

un bosquejo incompleto de nuestra teoría sobre la filosofía de la historia. Permitido nos será, sin embargo, antes de concluir, emitir algunas breves consideraciones encaminadas á poner de manifiesto el error de las principales teorías mas ó menos anticristianas, así como también su inferioridad relativa, aun consideradas en el terreno puramente racional y filosófico.

Tomemos, por ejemplo, la teoría de Vico, cuyas tendencias y defectos generales hemos discutido antes, y le veremos sentar principios, afirmar doctrinas y suponer hechos que ni la razón, ni la ciencia, ni la esperiencia se encargan de comprobar ni abonar. Sabido es que para el filósofo italiano, *la naturaleza comun de las naciones* constituye la base obligada y la razón suficiente de las civilizaciones que aparecen en la historia, y que esta *naturaleza* comun se revela y manifiesta por la *religion*, el *matrimonio* y la *sepultura*. En la concepcion y en la teoría de Vico, esto quiere decir que la religion, el matrimonio y la sepultura son como los primeros pasos del hombre salvaje en la senda de la civilizacion, son sus formas primitivas y rudimentarias; porque es preciso no perder de vista que para nuestro filósofo, los hombres, despues del diluvio, se hallaron reducidos al estado y condicion de las bestias, doctrina con la cual preparó el camino á las teorías de Rousseau y sentó las bases del contrato social. Si á esto se añade ahora que para Vico la idea de Dios y la religion, no reconocen otro

origen que el miedo ó temor producido en los antiguos gigantes por el ruido del trueno, no será difícil persuadirse que hay mucho de arbitrario, de hipotético, y sobre todo de contrario á la razón y la ciencia en sus principios, afirmaciones y tendencias. Tomar como base y hasta como elemento generador de la historia el estado salvaje y brutal del hombre, es levantar la filosofía de la historia sobre una hipótesis gratuita, y sobre gratuita, rechazada por la ciencia y la observacion. Ni el análisis científico, ni la induccion histórica, ni la observacion psicológica permiten por otra parte, atribuir al hombre la carencia absoluta de la idea de Dios, ó la ausencia completa del sentimiento religioso. La obra de Bunsen, *Dios en la Historia*, en medio y á pesar de sus tendencias y doctrinas místico-panteísticas, contiene la demostracion mas completa é irrefragable del error fundamental de la *Ciencia Nueva* de Vico, bajo este punto de vista.

Recuérdense también las indicaciones que al principio hemos consignado acerca de ese círculo fatal y sempiterno que, según la teoría de este filósofo, absorbe la historia, y anula la ley del progreso.

Verdad es que algunos de los partidarios y sucesores de Vico han pretendido evitar, ó mejor dicho, disimular este grave inconveniente, resolviendo y traduciendo en elementos monárquico, aristocrático y democrático, los elementos divino, heróico y humano de la teoría de aquel, afirmando á la vez que el hom-

bre entrará en posesion del ideal político y estable del progreso y de la civilizacion, cuando llegue á combinar y equilibrar convenientemente estos tres elementos. Empero, cualquiera que sea la opinion que se adopte acerca de esta interpretacion ó modificacion de la teoría de Vico, es lo cierto que este condena á la humanidad á moverse siempre en un círculo de hierro, pasando del estado salvaje á la monarquía, de esta á la anarquía y salvagismo para recorrer de nuevo el mismo camino.

En armonia con el propósito antes consignado de poner en parangon la teoría cristiana sobre filosofía de la historia que hemos bosquejado, con las principales teorías anticristianas, añadiremos algunas reflexiones á las que en la primera parte de este trabajo dejamos espuestas acerca de la teoría krausista, que es una de las que cuentan mayor número de partidarios en nuestra patria.

Aparte de sus principios y doctrinas evidentemente panteistas, de que nos hemos ocupado antes, lo primero que llama la atencion en la teoría krausista sobre filosofía de la historia, es la indecision, vaguedad y confusion, ó si se quiere, contradiccion de afirmaciones que se observa en la misma con respecto al destino final de la humanidad. Unas veces parece que se afirma y se supone que tras de largos períodos y vicisitudes históricas, la humanidad realizará por fin su destino sobre la tierra, que entrará en posesion

de la felicidad completa, que florecerá el reino de Dios en este mundo terrestre, y desaparecerán los males todos que hoy aquejan y perturban á la naturaleza humana. Oigamos sino cómo se espresan el mismo Krause y el principal representante de su doctrina en España, en el *Ideal de la humanidad*, libro clásico del krausismo español.

«Nuestra humanidad, escribe el primero (1), no está, pues, todavía reunida en un todo orgánico en sí y en sus sociedades interiores: todavía no vive en la historia como una familia de hijos de Dios, como una patria terrena; pero está llamada á ello y lo alcanzará algun dia. Dios, la razon, la naturaleza y la voz interior en cada hombre nos mueven á esta plenitud última. La deliciosa morada de la tierra, rica de vida, proporcionada en grandes y pequeñas divisiones territoriales... espera de los esfuerzos comunes y de la paz entre los hombres la época de reunir en su suelo un solo pueblo y una familia humana...

Ciencia, arte, estado, religion, todas estas instituciones fundamentales miran últimamente á la realizacion de toda la humanidad en la tierra como un hombre interiormente culto, y al complemento igual de este hombre en todas sus partes, órganos y fuerzas... Aunque se necesiten muchos siglos para ver históricamente cumplido este fin último, ¿es menos digno del

(1) *Ideal de la Humanidad para la vida*, etc., seg. edic. pág. 76.

hombre considerar como un presente el total porvenir de nuestra naturaleza?

Todo noble corazón debe anhelar este fin supremo de los fines humanos. Debe ser el norte de nuestras obras y nuestros conatos, despertar en todos los hombres la idea de la humanidad, como un todo y vida orgánica sobre la tierra; y en este espíritu debemos pensar todo pensamiento y cumplir toda obra.»

A juzgar por estos pasajes y á pesar de la vaguedad y oscuridad de lenguaje características en esta escuela, hay derecho á suponer y afirmar que para Krause el destino final de la humanidad sobre la tierra es llegar á la posesion tranquila de esta por medio de la paz, armonía y union perfecta de todos los individuos y pueblos de la familia humana, ó sea *fundar el reino de la unitaria Humanidad sobre la tierra*, como dice en otra parte. Que esto y no otra cosa puede deducirse legitimamente, cuando se nos dice que el *fin último* de la humanidad, que *este fin supremo de los fines humanos*, lo alcanzará algun dia el hombre, y será cuando viva sobre la tierra *como una familia de hijos de Dios*. Doctrina es esta que se halla en perfecto acuerdo con lo que en otro lugar escribe, señalando como fin y bien comun para la sociedad humana terrestre, *la humanizacion en el tiempo de nuestra humana eterna naturaleza*.

Pueden añadirse á lo dicho aquellos pasajes en que describe el estado perfecto de la humanidad, cuan-

do entre en posesion de *esa plenitud de vida* que constituye su destino sobre la tierra. «Cuando sea cumplida en esta tierra y en la historia aquella plenitud de vida que hemos definido como la reunion de la unidad con su interior variedad, entonces Dios será conocido no solo como uno (unidad pura), sino como interiormente lleno y como el Supremo sobre el mundo. (En lenguaje castellano, esta frase krausista quiere decir que Dios es la única realidad objetiva, el ser infinito-todo que constituye el fondo esencial de todas las cosas.) En Dios y en relacion bajo Dios de todos los seres finitos, será entonces conocido el destino de la vida histórica en propiedad y en realidad y en su última perfeccion... Dios será presente en conocimiento, en sentimiento y en vida á nuestra humanidad, y dentro de la humanidad á los hombres unidos en sociedad religiosa y en subordinacion comun á Dios... Todos los prejuicios que retardan hoy una nueva alianza de la humanidad con Dios desaparecerán en la edad plena y armónica.» (1)

Toda esta pseudopoética fraseologia del filósofo alemán, no tiene otro objeto sino enseñar que despues de siglos y siglos, despues de periodos y periodos durante los cuales desaparecerán las *oposiciones y limitaciones* de la humanidad en las diferentes esferas de su desarrollo, llegará por fin la *plenitud de la vida*, la

(1) *Ideal de la Humanidad para la vida*, etc., seg. edic., pág. 276.

humanización en el tiempo de nuestra humana eterna naturaleza, y la tierra se convertirá en una especie de Jauja, en un nuevo reino milenario en que todo será paz, felicidad y bienandanza, desapareciendo todas las contradicciones, todos los errores y todos los males. Y para persuadirnos de que este es el verdadero pensamiento de Krause en los pasajes citados y aludidos, veamos de qué manera los comenta y espone nuestro Sanz del Río, su discípulo y representante principal en España.

«En esta nueva vida, dice, (1) los presentimientos primitivos de un reino de Dios en la tierra, y de una comunicación de Dios con la humanidad tendrán su cumplimiento, en vez de la orfandad y desheredación presente.

Todos los errores y males pasados, hasta la pena merecida por la culpa, son para la inocente venidera humanidad enseñanzas nunca perdidas de Dios á ella. Este porvenir y vida armónica de la humanidad consigo misma y con Dios, vendrá á nosotros por la fuerza de las relaciones, pasada la edad presente. Entonces, sin prejuicio, ni contradicción, ni impedimento de nuestra obra terrena, completaremos aquellos misteriosos presentimientos del espíritu infante.»

«Entonces, añade mas adelante (2), sabremos de

(1) *Ideal de la Humanidad para la vida*, etc., seg. edic., pág. 287.

(2) *Ibid.* pág. 289.

cierto que Dios nos dá aquí tambien un cielo real con anticipada visión del espíritu y goce del corazón mediante el mérito de la voluntad.

Y estando la humanidad al mismo tiempo organizada subjetivamente en sus familias y pueblos y uniones de pueblos, y objetivamente en ciencia y arte, en forma de estado, moral, religion y libre comercio social, y entendiéndola bien su historia pasada, curará ella misma por la fuerza de su salud todos los males que hoy todavía tuercen y cortan el camino de la vida, la guerra y el despotismo, la injusticia y el egoísmo, la indiferencia y el escepticismo. Nada hará perder á la humanidad el nuevo puerto ganado.»

A juzgar por los precedentes pasajes, parece natural el pensar que el destino real y final del hombre sobre la tierra, no es otro que realizar lo que los adeptos del krausismo suelen apellidar edad *armónica* del hombre, que sucede á la edad *opositiva* y á la *simple* ó inocente. Pero la verdad es, que los principios y el espíritu del sistema exigen y suponen en la humanidad nuevas vivificaciones y transformaciones por medio de las cuales aquella camina y se acerca mas y mas á Dios sin alcanzar nunca su posesión efectiva y perfecta, como que la vida y la historia de la humanidad no es mas que una parte de la vida é historia eterna de Dios, es decir, la única y absoluta realidad que constituye el fondo misterioso de todas las cosas, segun la concepción krausista. «Entonces será claro

para los hombres, escribe el filósofo alemán, (1) que también la vida histórica del espíritu, de la naturaleza y de la humanidad, es aquí y en todo lugar, parte de la vida é historia eterna.» «Frutos abundantes de esta raíz sana, escribe á su vez su discípulo español, el citado Sanz del Rio, (2) el respeto de la vida por motivo de Dios, recogerá la humanidad en su camino, sobrado largo para nacer y renacer, y revivir infinitas veces en infinitos mundos; pero el fruto último, la posesion absoluta de su objeto, en el sentido vulgar de la palabra, no la alcanzará, tan cierto como el hombre es finito, y Dios, *el objeto absoluto*, es infinito.»

Como no es nuestro propósito al presente entrar en una discusion científica y detallada acerca de la teoría krausista, nos contentaremos con llamar la atención sobre las dos consecuencias principales que se desprenden de los pasages é indicaciones precedentes:

1.^a Existe cierta vaguedad y contradicción mas ó menos aparente entre las afirmaciones de esta teoría en orden al destino de la humanidad; pues mientras en algunos pasages parece suponerse y admitirse que llegará algun día á la edad *armónica*, ó sea á un estado ó condicion en la cual desaparecerán de su seno la guerra, la injusticia, el egoismo, la indiferencia, en

(1) *Ideal de la Humanidad para la vida*, etc., seg edic., pág. 278.
 (2) *Ibid.*, pág. 273.

una palabra, *todos los errores y males*, sin escluir la *pena merecida por la culpa*, hemos visto que en otros se atribuye á la misma humanidad un destino ulterior, ó sea una perfeccion superior en relacion con la vida é historia eternas que debe recorrer sin agotarlas nunca.

2.^a El hombre carece en realidad de destino final, y su aspiracion á la felicidad es una pura ilusion sin objetividad real. La razon es que, cualquiera que sea el sentido ó pensamiento encerrado en los pasages citados, la felicidad suprema y última del hombre como individuo y persona libre, es una palabra vacía de sentido. Si esta felicidad ó destino final se coloca en la posesion de los bienes inherentes á la supuesta edad *armónica*, esto quiere decir que solo pueden llegar á la posesion de la felicidad y al descanso del apetito los individuos humanos que tendrán la fortuna de no nacer hasta que se realice sobre la tierra ese reinado *armónico*, quedando desheredados los individuos que hemos tenido la suerte infausta de venir al mundo antes del establecimiento de este reinado. Hacemos gracia á los adeptos del krausismo de la pregunta que pudiéramos hacerles sobre si los individuos de aquella edad serán inmortales, ó si estarán sujetos á la muerte, en cuyo último caso no valdria gran cosa la felicidad que se promete á los que nos fiamos poco de las magnificencias y maravillas con que nos brindan los apóstoles y profetas de ese nuevo reino milenario. Si por el contrario el destino final del hombre y la feli-

cidad que le corresponde consisten en esa serie indefinida y eterna de vivificaciones progresivas y ascendentes hacia la union y comunicacion con Dios, lo cual parece constituir la concepcion lógica y natural de la doctrina krausista, los inconvenientes y absurdos á que conduce semejante teoría, son todavía mas graves; porque esto equivale, en buenos términos, á negar la existencia de un destino final para los hombres y á anular la legitimidad de su aspiracion hacia la felicidad suprema, ó sea la posesion plena, pacífica y segura del bien. ¿De qué les sirve á los individuos, á la personalidad humana, á cada hombre singular, que la humanidad colectiva ó universal, en sentido krausista, nazca, y renazca, y progrese, y se perfeccione sucesivamente en infinitos mundos, si él ha de ser arrastrado fatalmente en este movimiento sin llegar jamás al término, al descanso deseado, á la posesion del bien que no posee, pero cuya aspiracion y enérgico presentimiento experimenta en el fondo de su corazon, y sin el cual se siente defectuoso, imperfecto, inquieto? A parte de que todo esto es una mera hipótesis de la imaginacion, basada á su vez sobre la hipótesis igualmente gratuita y contraria á la razon de una humanidad infinita contenida en y bajo Dios, todo hombre sensato preferiria mil veces, y encontrará mas racional y natural la teoría cristiana que le ofrece la felicidad perfecta, eterna y personal en Dios, si ha obrado el bien sobre la tierra. Cuando se habla de fin

último, de perfeccion y felicidad suprema, de destino final del hombre, es preciso señalar un bien, una felicidad, una perfeccion que se hallen al alcance de todos y de cada uno de los hombres, que corresponda á la aspiracion personal de todo individuo, y que se halle dentro de la esfera y condiciones de la actividad personal. Es, por lo tanto, soberanamente antifilosófico reducir el destino final del hombre á esa serie infinita y eterna de vivificaciones y trasformaciones que condena al hombre á una odisea sempiterna é interminable por mundos y planetas, sin poder arribar jamás al punto y al descanso apetecido.

Este defecto radical de la teoría krausista se encuentra igualmente en la teoría hegeliana, teoría que comparte con la primera el honor de ocupar, ya que no de satisfacer las inteligencias que se mueven fuera del cristianismo. Ni es de estrañar esta afinidad entre el krausismo y el hegelianismo sobre este punto; porque es necesidad inherente y lógica en todo sistema panteista, ó negar la existencia de un destino personal del hombre, ó prescindir del mismo, ó considerarlo como una cosa accidental y secundaria. Para el panteista la humanidad lo es todo: el individuo, ó desaparece por completo como ser verdadero, ó su realidad se reduce á la realidad de la ola que se levanta por un momento sobre la superficie del mar para desaparecer en seguida, absorbida y confundida otra vez en la masa general de las aguas.

Así es que al lado del panteista krausiano que os habla de series interminables de vivificaciones y transformaciones sucesivas de la humanidad en mundos y planetas infinitos, oireis al panteista hegeliano hablaros sí de destino histórico de la humanidad, y hasta de las condiciones y caractéres que la acompañarán despues que haya cumplido ó realizado su misión terrestre, però nada os dirán el uno ni el otro, ó al menos, no podreis conseguir que os señalen el destino personal determinado del hombre singular: nada os dirán del destino final y concreto que corresponde á cada individuo; porque en realidad, el individuo es arrastrado fatalmente y como absorbido en el movimiento general, á la vez que indefinido é interminable, de la humanidad, así como esta es á su vez arrastrada y absorbida por la Idea, toda vez que lo que llamamos desarrollos y movimientos históricos de la humanidad no son mas que determinaciones varias ó momentos sucesivos de la Idea. Es preciso consignarlo y repetirlo muy alto: para toda inteligencia sana y para todo corazon recto, la teoría histórica de Hegel, en medio y á pesar de su aparente sencillez y universalidad, carecerá siempre de solidez y de verdad, á causa del vacío inmenso que lleva consigo la ausencia de una concepcion concreta, explicita y terminante de un destino final humano y personal, ó mejor dicho, á causa de la negacion mas ó menos explicita de este destino personal. La concepcion ó idea de un

destino humano en armonía con las aspiraciones personales, universales y fijas del hombre, sin perjuicio y con independenciam del destino histórico de la humanidad sobre la tierra, se halla relacionada con la idea de la Providencia divina por una parte, y por otra, con la esencia misma y los caractéres del hombre como ser moral é inteligente, y por consiguiente constituye un punto cardinal, una condicion necesaria, una de las bases fundamentales de la filosofía de la historia.

Y no se crea que es este el vicio único ni siquiera el mas trascendental que encierra la teoría histórica hegeliana. Para convencerse de ello bastará echar una rápida ojeada sobre las principales afirmaciones y caractéres que la distinguen, y que pueden reasumirse en las siguientes proposiciones.

1.^a El edificio moral que se llama *Estado* debe concebirse como una entidad que, aunque presupone la familia y la sociedad civil, es distinta de estas y superior á las mismas, como que representa y espresa una aspiracion superior á la libertad, y una revelacion ó determinacion mas elevada de la *Idea*.

2.^a La aspiracion real y efectiva á la Idea-Estado, ó sea el movimiento progresivo de la humanidad para acercarse al ideal del Estado, dá origen á las diferentes civilizaciones que se suceden unas á otras en el mundo, y constituye, por consiguiente, la trama y la ley de la historia universal de la humanidad sobre la tierra.

3.^a Así pues, la ley de la historia es la ley de la Idea; la filosofía de la historia es la dialéctica aplicada á la historia: la misma ley que produce el movimiento dialéctico ó que contiene la razón suficiente del desenvolvimiento de las ideas puras en el terreno de la lógica, y el desenvolvimiento progresivo de la materia en el terreno de la naturaleza, produce y determina el desarrollo progresivo y ascendente de la Idea como Estado en el teatro del mundo. El Estado perfecto ó el ideal del Estado no existe en ninguna parte, porque es el conjunto de formas y evoluciones políticas que la humanidad va realizando sucesivamente y en progresión ascendente á través del tiempo y del espacio.

4.^a Esta sucesión de formas y evoluciones políticas, representadas por los diferentes Estados históricos, está sujeta, como todas las evoluciones de la Idea, es decir, de lo Absoluto, de lo Ideal infinito, á un movimiento fatal, encarnación progresiva, pero sucesiva, parcial é indefinida del ideal del Estado político, el cual, por lo mismo que es ideal, infinito y absoluto, nunca se realiza plenamente.

5.^a Los diferentes Estados y civilizaciones que vienen sucediéndose en la historia representan y expresan otras tantas determinaciones ó momentos superiores de la Idea como pensada ó conocida por el espíritu humano. De aquí se infiere que el Estado ó civilización que representa y expresa un momento su-

perior de la Idea, se sobrepone necesariamente al que representa un momento inferior de la misma: de donde resulta que cuando una nación es conquistada por otra, ó un Estado es vencido por otro, es porque el Estado vencedor representa y contiene una determinación de la idea, superior á la determinación representada y contenida en el estado vencido.

No creemos necesario descender á mas detallada exposición de la teoría hegeliana, para juzgarla. Las indicaciones que anteceden bastan y sobran para reconocer que la teoría histórica del filósofo de Berlin, en medio de su aparente grandeza y de su sencillez seductora, envuelve los mayores absurdos, y consecuencias las mas desastrosas. Recordemos, por una parte, el vacío inmenso que en el fondo de la historia deja abierto esta teoría al prescindir del destino final personal del hombre, vacío del cual ya nos hemos ocupado. Añádase á este vacío, el vicio radical que va envuelto en todo sistema panteísta, la petición fundamental de principio que se oculta en el fondo de esta clase de sistemas en los cuales se dá por demostrado y se toma por punto de partida lo mismo que se debería probar, á saber, que no existe mas que una realidad ó sustancia única, y que no es posible la distinción real y sustancial entre el mundo y Dios, vicio y petición de principio que Hegel no se ha cuidado de desterrar de su idea.

Empero, graves como son estos inconvenientes, y

mas que suficientes á demostrar la inexactitud de la teoría histórica hegeliana y la escasa solidez del edificio sobre ella levantado, es lo cierto que semejante teoría se halla en contradicción además con la observación psicológica, á la vez que con los principios y verdades elementales de la ciencia. No hablamos de su oposición al sentido común, porque no ignoramos las pretensiones del hegelianismo á sobreponerse y menospreciar lo que se llama criterio y verdades de sentido común.

¿Cuáles son, en efecto, las consecuencias necesarias y lógicas de la teoría hegeliana sobre la filosofía de la historia que se acaba de bosquejar? La negación de la libertad humana por un lado, y por otro, la negación de la moral, ó en otros términos, la legitimación y santificación de todas las manifestaciones del espíritu humano.

Por mucho que se nos hable de *espíritu subjetivo* y de *espíritu objetivo*; por mucho que se nos hable de libertad y de individualidad libre, la verdad es que la noción y existencia de la libertad humana es incompatible con ese fatalismo dialéctico que sirve de base á la concepción hegeliana sobre la filosofía de la historia. Si las diferentes civilizaciones representan la ley dialéctica, y por consiguiente la serie necesaria, inmutable y fatal de las evoluciones de la *Idea* como espíritu objetivo ó sociedad humana; si los diversos Estados históricos que se suceden en la escena del mundo, se

sucedan en virtud de la dialéctica aplicada á la historia, de manera que esos Estados vienen á ser como las encarnaciones sociales, civiles y políticas de las evoluciones de la *Idea*, considerada esta como espíritu consciente objetivo, es á todas luces evidente que la actividad libre de los individuos, que son los representantes y como los factores principales del Estado histórico, es una palabra vana, es una frase sin sentido real y objetivo. La libertad humana es arrastrada fatalmente y absorbida por la edificación sucesiva del Estado ideal, edificación que se realiza con sujeción á una ley lógica tan necesaria, tan absoluta é indeclinable como la que rige la evolución de la *Idea* en el terreno de la lógica pura, y en el terreno de la naturaleza. De aquí se infiere que los Estados históricos que tienden á realizar, aunque sin conseguirlo jamás, el ideal del Estado, se suceden y desenvuelven bajo la influencia de la lógica aplicada á la historia, y por consiguiente, de una manera fatal y necesaria. Luego la actividad libre del hombre, lejos de determinar ó influir eficazmente en la marcha y en los caracteres de los Estados históricos, es, por el contrario, absorbida, arrastrada y anulada en realidad por el movimiento y desarrollo dialéctico de la *Idea* en la historia.

Cualquiera que haya penetrado en el fondo de la filosofía de Hegel, sabe que la ley que preside al desenvolvimiento de la *Idea* en sus evoluciones ó revelaciones fundamentales, es una é idéntica; y esto vale

tanto como decir que las diferentes etapas y evoluciones históricas que viene atravesando la humanidad, son fatales y necesarias por parte de su génesis ó sucesion, como lo es la génesis de las categorías ó ideas abstractas en la Lógica pura. La aplicacion de la ley dialéctica al *ser* puro ó abstracto produce la Lógica, determinando y regulando la génesis de las ideas puras: la aplicacion de la misma ley á la materia, determinando y regulando la génesis ascendente de los seres materiales ó físicos, produce la naturaleza: la misma ley determinando y regulando la génesis progresiva del Estado, produce la historia del género humano, representada por las civilizaciones sucesivas encarnadas en los Estados históricos.

Si el fatalismo absoluto que envuelve la teoría histórica de Hegel es incompatible con la nocion y existencia de la libertad humana, dicho se está que no es menos incompatible con la nocion, existencia y hasta posibilidad de la moral. Donde no hay verdadera libertad, no puede haber ni responsabilidad, ni mérito, ni ley, ni verdadera moralidad. Donde todo es arrastrado por el torrente impetuoso, lógico, inflexible de la dialéctica aplicada á la historia; cuando las manifestaciones de la actividad humana, ó sea de la razon y voluntad, representan y expresan las evoluciones dialécticas, y por ende, inevitables del espíritu objetivo; cuando se afirma, finalmente, que los sentimientos, las ideas, las acciones, las artes, la religion, las instituciones repre-

sentadas por una civilizacion dada, constituyen una de las evoluciones necesarias, lógicas, espontáneas y fatales de la Idea, la concepcion moral, en el verdadero sentido de la palabra, desaparece por completo. Lo que existe porque no puede menos de existir; lo que existe porque es una fase y evolucion necesaria de la Idea, no puede llamarse ilegítimo, ni vituperable, ni malo moralmente. Las ideas, instituciones, religion, acciones y costumbres que informaban y constituían la civilizacion griega, son tan santas, tan buenas, tan morales, tan justas como las que informan la civilizacion cristiana; porque son tan necesarias como estas, y por consiguiente, igualmente legítimas. Y la verdad ó exactitud de semejante deduccion resalta mas, si se tiene presente que en la teoría hegeliana esas dos civilizaciones constituyen dos encarnaciones, dos evoluciones ó manifestaciones de Dios; porque sabido es que, en último resultado, la Idea se identifica realmente con el ser divino. Es, pues, incontestable en buena lógica, que la teoría profesada por Hegel sobre la filosofía de la historia envuelve la negacion, la anulacion completa de la moral, hace desaparecer la distincion esencial entre el bien y el mal, admite y profesa la legitimidad y verdad igual de todos los cultos y religiones, y aprueba, y legitima, y justifica, y sanciona, y santifica cuantos errores y estravíos morales pueden manchar el corazon humano. El bien y el mal, lo moral y lo inmoral, lo justo y lo injusto, la verdad

y el error, son frases sin sentido real desde el punto de vista del fatalismo histórico hegeliano. Y aquí se encuentra, dicho sea de paso, el origen y la esplicación de las teorías eclécticas sobre la filosofía de la historia y sobre la verdad incompleta; porque ni la verdad, ni el error, ni el bien, ni el mal, pueden ser completos y absolutos, siendo como son manifestaciones sucesivas, aspectos parciales, á la vez que necesarios, de lo Absoluto, ó si se quiere, de Dios; porque para el hegelianismo, el espíritu humano, desenvolviéndose y revelándose en la historia y por la historia por medio del Estado, del arte, de la religion y de la ciencia, realiza á Dios, es decir, pasa á ser Dios, se convierte ó trasforma en Dios.

Tales son las desastrosas consecuencias y los gravísimos errores que lleva ocultos en su seno esa filosofía hegeliana que á tantas inteligencias viene seduciendo y seduce cada día, á pesar de que el tiempo y la lógica se han encargado de poner de manifiesto sus tendencias y deducciones legítimas, tan erróneas en sí mismas, como peligrosas en el órden moral, religioso y social, tendencias y deducciones consignadas ya explícitamente y reveladas al mundo por los Strauss, los H. Heine, los Frauenstatd, los Feuerbach, los Ruge y demás representantes avanzados, á la vez que lógicos, de esta escuela.

Por lo demás, no se necesitan grandes esfuerzos de reflexion ni de racionio para reconocer el abismo

que en el fondo del hegelianismo se oculta y anida, bien que disimulado y encubierto en parte por esa aparente grandeza, por esa universalidad sistemática, por esa grandiosa sencillez que deslumbran, cautivan y seducen á las inteligencias superficiales ó que se dejan arrastrar por el amor de la novedad, especialmente cuando esta reviste ciertas formas de originalidad. Solo teniendo en cuenta estos caractéres, y tambien el espíritu anticristiano y racionalista hoy predominante en la ciencia y la sociedad, se esplica y concibe que no pocas inteligencias elevadas y mas ó menos profundas, inclinen su frente y doblen la rodilla ante el hegelianismo, ante una filosofía que en el terreno de la lógica conduce, segun algunos críticos, á la negacion del principio de contradiccion, á la identidad de los contrarios; en el terreno de la naturaleza, al darwinismo y trasformismo materialista; en el terreno religioso, al ateismo y la antropolatría, y en el terreno histórico, al fatalismo absoluto y á la negacion de la libertad y de la moral.

Si no fueran suficientes las reflexiones que anteceden, para reconocer todo lo que hay de erróneo, de peligroso, de inadmisible en la teoría de Hegel relativamente á la filosofía de la historia, bastaria pararmientes en la tendencia que entraña al despotismo, á la vez que en su oposicion con la idea del derecho y de la justicia.

Es fenómeno digno de notarse, en verdad, que se

presenten como partidarios y admiradores de Hegel, los que hacen gala de profesar ideas las mas avanzadas de liberalismo y de radicalismo en política, siendo así que la teoría hegeliana conduce lógicamente al despotismo mas absoluto por medio de la legitimación de la violencia y de la fuerza bruta. Esto pudiera hacer sospechar que no pocos de los que hacen alarde de liberalismo hegeliano en política, ignoran en realidad la teoría político-social del filósofo alemán. Porque la verdad es que los que conocen esta teoría no pueden ignorar que el pensamiento fundamental de la misma lleva consigo la legitimidad absoluta de la victoria, y la consagración, digámoslo así, de la violencia y de la fuerza.

Cuando una nación es vencida por otra, nos dice esta teoría, cuando un Estado es avasallado y conquistado por otro, es porque el Estado vencedor se aproxima mas al Estado ideal, ó si se quiere, á la *Idea* como Estado; es porque la nación conquistadora representa y espresa un momento superior de la Idea con relacion á la nación vencida. Esto vale tanto como decir, que si los sectarios de Mahoma vencieron á orillas del Guadalete, y dominaron la España, fué porque el mahometismo representaba un momento superior de la Idea y porque se acerca al ideal del Estado político y social mas que la civilización godo-romana, vivificada ya por el cristianismo. Si los hijos del desierto avasallaron el Egipto, y el Asia, y la Grecia, y Constantino-

pla, fué porque la civilización de los que redujeron á cenizas la biblioteca de Alejandría era superior á la civilización cristiana y greco-romana que florecia á la sazón en aquellos países. Si los hunnos, y los vándalos, y los godos avasallaron y vencieron á los romanos, esto debió ser así y no podia suceder de otra manera por la sencilla razón de que su civilización era superior á la civilización de Roma. Tales son las consecuencias y corolarios que se desprenden de la teoría hegeliana, considerada esta en el terreno concreto de la historia, y examinada, por decirlo así, *à posteriori*.

Empero, cualquiera que sea el valor que concederse quiera á estas indicaciones como refutación de la teoría hegeliana en el terreno histórico, siempre será incontestable que, considerada en sí misma y *à priori*, semejante teoría envuelve la santificación de la violencia, la legitimación del éxito, la consagración mas esplicita del derecho de la fuerza; porque á esto conduce necesaria y lógicamente el considerar la victoria, si no como norma y causa, al menos como señal y como revelación necesaria, y por consiguiente legitima, de lo bueno, de lo justo y de lo verdadero. El Estado conquistador es necesariamente mas verdadero que el vencido, y vence precisamente porque representa y espresa la verdad y el bien de una manera mas perfecta: la nación vencedora, por el mero hecho de vencer; es mejor que la vencida y contiene una bondad superior; y si la última sucumbe, es porque

debe sucumbir necesariamente. Así, pues, todo el que vence tiene razón; toda conquista es indicio seguro del derecho que asiste al vencedor; la fuerza que da la victoria coincide, ó mejor dicho, funda y sanciona el derecho del que posee la fuerza para dominar á otro. Después de esto, y en presencia de tales doctrinas, concebimos sin dificultad las recientes conquistas del derecho revolucionario: fijando la vista en Hegel, y mas todavía en sus discípulos, comprendemos perfectamente los Cavour, los Victor Manuel, el reino de Italia y la conquista de Roma. La teoría hegeliana, para decirlo de una vez, nos dá la clave y contiene la razón suficiente de la teoría, tan antifilosófica como brutal, tan despótica como inmoral, *de los hechos consumados*.

Otra de las deducciones á que se presta y conduce la teoría hegeliana que venimos discutiendo, es la justificación de la guerra en absoluto. La guerra no puede apellidarse un mal, en el verdadero sentido de la palabra, según los principios de Hegel y las afirmaciones de sus partidarios. La guerra es el resultado natural, necesario, legítimo de la encarnación superior de la Idea en una nación con respecto á otra: es el medio connatural y propio para resolver y anular la contradicción histórica que resulta entre dos naciones, según que representan momentos diferentes de la Idea: expresa la acción inevitable, legítima y como omnipotente del pueblo que se adelanta y se sobrepo-

ne á otro pueblo por el solo hecho de representar un momento superior de la ciencia y de la verdad, una evolución ascendente de la Idea; y esta evolución y la guerra que de esta resulta, son tan necesarias y legítimas, como legítimas y necesarias son las evoluciones que constituyen ó dán origen á las categorías ó ideas abstractas en el orden del pensamiento puro.

«La guerra, escribe á este propósito un hegeliano español (1) al exponer algunas indicaciones sobre la teoría histórico-filosófica de su maestro Hegel, la guerra es el hecho material y tangible que pone de manifiesto la contradicción de los momentos de la Idea cuando estos aparecen como existencias inmediatas; pero debiendo fundirse y sintetizarse, así en el orden del espíritu como en el de la realidad histórica; á la unión íntima de las determinaciones de la Idea, corresponde en el mundo de los hechos humanos la conquista, que en toda su verdad es la absorción de un pueblo por otro pueblo, constituyendo una nación nueva, es decir, un nuevo término de la serie lógica...

Por una ley que es inherente al desenvolvimiento del espíritu, y que por tanto así comprende la especulación científica como la historia, de la misma manera que el término superior abarca, contiene y anula

(1) El Sr. Fabié. Véase *Lógica de Hegel*, traducida, con una introducción y notas, por D. Antonio M. Fabié, pág. 42 de la introducción.

los términos ó grados inferiores del conocimiento, la nacion que se adelanta á las otras, la que representa, pone y desarrolla en el campo de la realidad un concepto, un punto ó término superior de la ciencia, subordina y absorbe á las que bajo este respecto le son inferiores; ni el número, ni la posicion geográfica, ni circunstancia alguna material y externa, es eficaz para evitar este fenómeno providencial y necesario: necesario, porque siendo todo resultado de la idea, estando todo en ella, todo se modifica y se doblega ante su incontrastable omnipotencia.»

¿Qué es lo que inferirse debe lógicamente de estos pasages, así como del conjunto de afirmaciones y principios que encierra la teoría histórico-política de Hegel? No otra cosa ciertamente, sino que las guerras, victorias y conquistas, representan evoluciones de la Idea, tan necesarias, tan verdaderas, tan lógicas, tan legítimas, como legítimas, lógicas, verdaderas y necesarias son las evoluciones por medio de las cuales la Idea se trasforma y pasa del mundo mecánico ó sideral al mundo químico, y de este al mundo orgánico y animal. La guerra no es un mal, como pretende el cristianismo, de acuerdo también con la razón y la experiencia; no es el efecto y resultado de la ignorancia, de las pasiones, de los intereses encontrados, y sobre todo de la ambición de los gobernantes y de gobernados, sino que es la expresión de una civilización superior, de una mayor perfección, de una más perfecta aproxima-

ción al bien absoluto, de una vida y de una ciencia superiores, y por consiguiente, es un bien real y positivo, en el verdadero sentido de la palabra. Si la guerra durará mientras dure el mundo terrestre, no es porque radique en las pasiones, ignorancia y miserias consiguientes é inseparables de la caída original, como pretende la teoría cristiana, sino porque es la expresión genuina, necesaria y legítima de la ley del progreso social y político de la humanidad sobre la tierra; y esta ley, como fase que es y aplicación parcial de la ley dialéctica que constituye la vida de la Idea, es absolutamente necesaria é inflexible; es esencialmente buena, verdadera y legítima, como lo son todas las evoluciones de la Idea, ó sea del Absoluto, en la esfera del pensamiento puro, de la naturaleza, del espíritu y de la humanidad.

Estos errores y las desastrosas consecuencias de la teoría histórica hegeliana, lo mismo que los errores, inconvenientes y peligros de las teorías de Krause, de Herder, de Vico y de la escuela ecléctica, preséntanse más de bulto, cuando se las coloca en frente de la teoría cristiana, que en páginas anteriores dejamos bosquejada. La voluntad libre, pero infinitamente poderosa y presciente de Dios, y la voluntad libre del hombre, débil y flaca en sí misma, pero radicada en la razón, fuerza de superior poderío y elevación, son los factores principales de la historia de la humanidad. La historia universal es una cadena cuyo primer anillo

está en las manos de Dios, y el último en las manos del hombre; cadena, que sirve de conductor, á la vez que de manifestacion externa, de la accion y reaccion misteriosa y recíproca de Dios al hombre y del hombre á Dios. La ley que contiene y representa esta relacion superior entre la voluntad divina y la libertad humana, relacion oculta y misteriosa siempre para el hombre durante la peregrinacion de esta vida, representa y contiene la verdadera y única ley de la historia universal y completa del género humano, y por consiguiente la base legitima y el fondo de la filosofia de la historia, considerada esta como conocimiento *à priori* y absolutamente científico.

Sin embargo, esta ley general de la historia, sin dejar de ser oculta en sí misma y en totalidad para el hombre, puede y debe ser investigada; se descubre parcialmente y se hace accesible de algun modo á la razon humana por medio de la observacion y del raciocinio: y de aquí la ley del progreso, la ley de la espontaneidad y de la reflexion, la ley de la justicia eterna y de la solidaridad social, como derivaciones parciales de aquella ley única primitiva. Y sobre todas ellas, y como revelacion superior y especial de la ley histórica humano-divina que encierra el secreto y la base real de la filosofia de la historia, la ley de la redencion de la humanidad por Jesucristo, como relacionada con la caida original y con el destino final del hombre, síntesis del cristianismo como

idea, y hecho culminante á la vez de la historia.

Así es como la filosofia de la historia, ni destruye la libertad, ni niega la providencia divina, ni conduce al fatalismo, ni degenera en una concepcion *à priori* tan fantástica como gratuita. Así es como se evita que el desarrollo de la humanidad, como ser social, que la solidaridad de las naciones en cuanto tales ó consideradas segun que constituyen una entidad moral, que el destino terrestre y el movimiento sucesivo de las civilizaciones, anule, impida ó ceda en perjuicio del destino final del individuo. Porque la teoria cristiana sabe, enseña y afirma que el orden temporal es una preparacion para el orden eterno, que el fin último del hombre es independiente de toda nacionalidad, bien así como de sus diferentes condiciones internas y externas, siendo igualmente superior á toda civilizacion y á sus destinos terrestres. Así es tambien como la responsabilidad moral de los hombres y de los pueblos, la accion divina y la accion humana, la libertad, en fin, del hombre, y la infalibilidad de la divina Providencia se concilian, se llaman y se reunen en unidad armónica. Porque ya hemos visto que la Providencia no es mas que el gobierno del mundo por Dios; y este gobierno, lejos de escluir la libertad, la exige y la supone. Donde no hay libertad, no hay gobierno: hay la ley del instinto, la necesidad fisica. Negar la conciliacion y armonía de la providencia divina y de la libertad humana, equivale á negar el ór-

den moral; porque el orden moral resulta precisamente de los actos libres dirigidos ó *gobernados* convenientemente; de donde se infiere que la libertad y su gobierno son los dos elementos esenciales del orden moral. En una palabra: la libertad gobernada permanece libre en presencia de la voluntad que gobierna. Dios está, pues, en la historia; está en la historia de las almas y en la historia de los pueblos; está en la historia de los individuos y en la historia de las nacionalidades; mas su presencia no destruye la libertad humana ni menoscaba su responsabilidad moral; porque la presencia y realidad de la voluntad que gobierna no destruye la libertad de acción del gobernado.

Y esta relación armónica entre la providencia divina y la libertad humana, aparece mas de bulto en la que hemos apellidado la ley de la redención divina, ley que es al propio tiempo el hecho culminante, el punto céntrico de la historia universal. Según arriba dejamos consignado, desde este centro y con esta ley superior de la historia, esta se concibe, se aclara y se explica: al período pagano, período de preparación y período también de prueba, durante el cual las fuerzas del hombre, debilitadas pero no aniquiladas por la caída original, luchan contra el mal sin poder dominarlo, y la humanidad adquiere la conciencia de su debilidad propia y de su impotencia relativa para realizar el bien; á ese período de preparación durante el cual Dios parece abandonar al

hombre á sus propias fuerzas, que producen las civilizaciones relativamente imperfectas del Asia, del Egipto, de Grecia y Roma, sucede el gran período cristiano, el período de civilización basada sobre la redención por Jesucristo, durante el cual la humanidad vivificada por el espíritu de Dios, realiza grandes conquistas y victorias sobre el mal en todas sus formas, conquistas y victorias que los hombres del período gentilico, ni siquiera llegaron á sospechar. Y no es que deba creerse que el elemento divino estuviera completamente ausente de la humanidad anterior á Jesucristo. El Dios del poder, de la santidad y de la ciencia, intervenía realmente en la marcha de los pueblos y llamaba á sí á los individuos por caminos y medios, que no por ser mas ó menos ocultos y misteriosos para el hombre, dejaban de ser reales, y de robustecer las fuerzas del hombre en su lucha contra el mal.

Empero cuando llegó la plenitud de los tiempos y la redención del hombre dejó de ser una esperanza para convertirse en una realidad, *y el Verbo se hizo carne*, y Dios *se dejó ver sobre la tierra y conversó con los hombres*, sufrieron completa, profunda y saludable transformación las condiciones de la vida humana en los individuos y en las naciones. Y es que la palabra que cayó de los labios del Hombre-Dios, encerraba el germen fecundo de nueva vida y de nueva ley, de nuevo arte y de nuevo culto, de nueva ciencia y de nueva política, de nueva moral y de nueva religión,

de nuevo derecho y de nueva civilizacion, para decirlo de una vez, de esa gran civilizacion cristiana que constituye la fuerza de la Europa, la gloria de la Iglesia católica, la demostracion mas inconcusa y visible de la verdad del cristianismo y de la divinidad de su Fundador. Si, la civilizacion cristiana que arranca de Jesucristo y de su Iglesia, no se contentó con reunir en sí todas las fuerzas civilizadoras que se hallaban diseminadas en el mundo antiguo, sino que informada por el espíritu y la doctrina del Evangelio, al mismo tiempo que restauraba, purificaba y vigorizaba esas fuerzas antiguas, depositaba en el seno de la humanidad gérmenes fecundos de vida, nuevas fuerzas civilizadoras, que llevan en su misma elevacion y superioridad, en su vitalidad admirable, el sello de su grandeza y de su origen divino.

Porque es esa palabra evangélica y divina la que sembró en el corazon del hombre la verdadera libertad religiosa, el derecho sagrado de adorar á Dios en espíritu y en verdad, libertad y derecho que pusieron á salvo la dignidad humana; árbol frondoso que regado con la sangre de los mártires cristianos cobijó bajo sus ramas las almas agostadas por el viento de la tiranía, y las conciencias encorvadas bajo el yugo del cesarismo romano. Es tambien esa palabra evangélica y divina la que reveló al mundo el gran misterio de iniquidad que se ocultaba en el fondo de las instituciones sociales, políticas y legislativas del paganismo,

y especialmente en la institucion de la esclavitud, al establecer con la palabra y con el ejemplo el gran principio de la fraternidad humana, la igualdad de los hombres todos en la presencia de Dios, su origen comun, y su comun destino, su redencion y santificacion comun en la sangre de Jesucristo y por Jesucristo, sin distincion entre el bárbaro y el griego, entre el gentil y el judío, entre el pobre y el rico, entre el señor y el esclavo. Y fué entonces cuando la institucion de la esclavitud quedó herida de muerte, y la Iglesia de Cristo, que es paciente porque participa de la eternidad de Dios; la Iglesia de Cristo que tiene por regla de conducta obrar el bien sin producir hondas perturbaciones, que procura afirmar y consolidar el derecho de Dios sin perder de vista la condicion del hombre, viene limando sordamente, pero con infatigable y perseverante mano las cadenas del esclavo, realizando de esta manera y llevando á cabo con lentitud, si se quiere, pero con aquella seguridad y prudencia que evitan los grandes sacudimientos sociales la abolicion de la esclavitud, abolicion que constituye, á no dudarlo, uno de los grandes caracteres de la civilizacion cristiana.

Y no se nos diga que la abolicion de la esclavitud es una conquista de la razon humana y no de la doctrina de Cristo, segun afectan creer, ó al menos, segun afirman de palabra y por escrito algunos partidarios del racionalismo. No se nos diga que ninguna página

del Evangelio contiene la condenacion positiva y la reprobacion explicita de la esclavitud. Porque los que tal dicen y semejante tesis sustentan y afirman, dán sobrado á entender, ó que ignoran por completo el espíritu y la letra del Evangelio, ó que han reflexionado muy poco sobre esta materia; porque la verdad es que apenas hay una página de este que no contenga una condenacion mas ó menos explicita, mas ó menos positiva y directa de la esclavitud. Cuando el Salvador del mundo abria su boca y predicaba el admirable sermón de la montaña; cuando llamaba bienaventurados á los pobres, y á los que lloran, y á los que padecen persecucion por la justicia; cuando esponia la parábola del rico epulon y del mendigo Lázaro; cuando en la última noche de su mortal vida daba á sus discipulos el mandamiento *nuevo* del amor y de la caridad universal; cuando decia que recibiria como hecho á él mismo lo que en favor de los pequeñuelos y desvalidos hicieran los hombres; cuando aseveraba en presencia de las turbas que le rodeaban que *el Señor le habia enviado para evangelizar á los pobres*, Jesucristo libertaba al hombre y quebrantaba las cadenas de la esclavitud. Y las quebrantaba tambien y preparaba la abolicion de esta institucion de la sociedad pagana, cuando elegia á pobres pescadores por apóstoles suyos, y cuando mandaba que se amara al prójimo como á sí mismo, y cuando se llamaba á sí mismo *Hijo del hombre*, y sobre todo y principalmen-

te, cuando moria por todos indistintamente en la cruz. Cada una de estas sentencias, cada uno de estos mandatos, cada una de estas palabras, cada uno de estos ejemplos, cada uno de estos hechos, era un fuego que fundia y devoraba los anillos de la cadena del esclavo, siendo la mayor gloria de Jesucristo y de su Iglesia haber llevado á cabo esta gran trasformacion social sin los sacudimientos y perturbaciones desastrosas que suelen deshonar y esterilizar las revoluciones que son la obra del hombre. Hay aquí una gran revolucion social que se ha consumado sin que el hombre se apercibiera de la hora y del dia de su consumacion. Es esta la señal de las obras divinas; es el carácter que distingue y ennoblece las revoluciones que son la obra del dedo de un Dios omnipotente y justo.

¿Y qué será si á todo esto se añade que es tambien el cristianismo, que es el Hombre-Dios y su Iglesia santa, los que han depositado en el fondo de la sociedad, en el corazon mismo de la humanidad, ese gran principio de la caridad, forma viviente y sustancial, si es lícito hablar así, de la civilizacion cristiana? Porque ello es incontestable que este gran principio constituye la base y el coronamiento del edificio cristiano; toda vez que es el que dá fuerza, y vigor, y sancion á los demás elementos del cristianismo como religion y como civilizacion. El principio de la libertad, y el principio de la igualdad, y el principio de la fraternidad de los hombres, y todas las grandes ideas que en-

traña la civilizacion cristiana, deben á ese gran principio de la caridad y del amor la poderosa vitalidad que los distingue. Ese espíritu de beneficencia y de misericordia, ese espíritu de abnegacion y de sacrificio en favor de todos los hombres, y con especialidad de los que sufren y lloran, esa dulzura en las relaciones sociales, esa suavidad en la legislacion, esa tolerancia universal, ese noble deseo de mejorar la condicion de las clases inferiores y desheredadas, esa moderacion en el uso y resultados de la guerra, ese espíritu universal de humanidad, de benevolencia y de amor, cualidades y caractéres que distinguen y ennoblecen la civilizacion cristiana, colocándola á una altura inmensa sobre todas las civilizaciones antiguas, no son otra cosa en el fondo mas que manifestaciones múltiples y espontáneas de los grandes principios evangélicos arriba mencionados, á los cuales el principio superior de la caridad comunica vitalidad inagotable, imprime poderosa fuerza de expansion, y convierte en fuerzas vivas y permanentes de civilizacion y de progreso. ¡Y todavía hay hombres que desconocen y niegan que la civilizacion europea lleva en su alta y noble frente el sello real de Jesucristo! Fenómeno es este en verdad que apenas podemos esplicarnos. Solo teniendo en cuenta la influencia perniciosa de las pasiones sobre la inteligencia, y la influencia mas temible aun del orgullo y la soberbia sobre la razon, podemos concebir que haya hombres de ciencia que afecten desconocer y se obsti-

nen en negar, que si la Europa marcha á la cabeza del mundo; si la sociedad europea es el foco y centro de la civilizacion, es porque lleva en sus entrañas al cristianismo, es porque Jesucristo y su Iglesia han depositado en ella sus ideas, sus principios, sus máximas, su fuerza, su sávia, su vida, sus elementos y sus caractéres: que no sin razon esa maravillosa civilizacion que la ingratitud del hombre de acuerdo con el orgullo de la ciencia racionalista pretende arrebatarse de las manos de Jesucristo y de su Iglesia, lleva el nombre glorioso y característico de *civilizacion cristiana*.

La enérgica vitalidad y la poderosa fuerza de expansion inherentes y connaturales al elemento divino y á las ideas evangélicas que lleva en su seno la civilizacion cristiana, contiene tambien la razon suficiente de la superioridad é influencia indisputable que ejerce sobre las demás civilizaciones que se reparten hoy el dominio del mundo. Echando una ojeada sobre el mapa de la tierra, se advierte desde luego, que dejando á un lado las tribus salvajes, las naciones civilizadas se hallan representadas y caracterizadas por tres grandes agrupaciones, á saber: la agrupacion búdhica, la agrupacion mahometana, la agrupacion cristiana; lo cual vale tanto como decir, que el budhismo, el mahometismo y el cristianismo representan y caracterizan las tres especies ó clases fundamentales de civilizacion que se disputan el dominio del mundo actual.

Si se nos pregunta ahora nuestra opinion acerca del porvenir de estas tres civilizaciones, debemos contestar que si se trata del porvenir mas ó menos próximo de esas civilizaciones, no vacilamos en creer y afirmar que la civilizacion cristiana no será, no puede ser vencida por las otras dos espresadas: lejos de eso, tenemos por muy probable el triunfo mas ó menos completo y absoluto de la primera sobre las segundas en un período de tiempo mas ó menos largo. Bien sea que se considere á la civilizacion cristiana como una manifestacion fundamental y especial del plan divino en la historia, es decir, como encarnacion y revelacion de la fase histórica consiguiente al periodo preparatorio, y relacionada con la redencion del hombre por Dios; bien sea que se la considere por parte de su inmensa superioridad y de los elementos de vida que en su seno encierra, parece incontestable que las civilizaciones búdhica y musulmana, se verán precisadas á ceder y serán absorbidas tarde ó temprano por la civilizacion cristiana.

Es sobremanera racional y lógico el afirmar que esta civilizacion, merced á la poderosa iniciativa que la distingue, y á la vigorosa fuerza de expansion que le es inherente; merced tambien á las maravillas de sus artes, á las conquistas de su ciencia, á los prodigios de su industria, al ardor y celo de sus misioneros, debe acabar y acabará ciertamente por descomponer, ó si se quiere, por hacer entrar en la órbita de su

atraccion y asimilarse esas dos civilizaciones estériles, frias y caducas, cuyo único poder de resistencia consiste en su misma inercia.

Esto no obstante, si se trata del último destino y porvenir final de la civilizacion cristiana, confesar debemos sin vacilar nuestra ignorancia, porque este es el secreto de Dios. La Europa atraviesa una crisis profunda: lleva en su seno elementos heterogéneos y opuestos que determinan en sus entrañas un gran movimiento de fermentacion, movimiento que se revela al exterior por síntomas amenazantes y por convulsiones temibles y cada vez mas inminentes. Al lado del principio cristiano y de los elementos evangélicos que le dan fuerza y vida, descúbreanse instituciones ateas, ideas materialistas, costumbres y tendencias sensualistas, rebelion satánica de la ciencia y de la razon contra Dios, al cual pretenden arrojar del mundo y de la sociedad; en una palabra, el principio pagano en todas sus formas luchando y reaccionando contra el principio cristiano. ¿A cuál de estos dos principios pertenecerá la victoria final? No es dado al hombre penetrar los eternos é inescrutables designios del Altísimo cuando se trata del destino final de la humanidad sobre la tierra, ni tampoco reconocer y predecir las determinaciones de la voluntad del hombre en el porvenir. Ello es cierto que la Europa, como centro y foco de la civilizacion cristiana, lleva en sus entrañas principios de corrupcion y principios de restauracion, gérmenes de

bien y gérmenes de mal, señales de vida y señales de muerte. Mientras el observador contempla extasiado los grandes caracteres y conquistas que parecen asegurarle una vida inmortal, llega á sus oídos súbitamente el sordo y espantable rugido de la tempestad que conmueve sus cimientos, y que parece anunciarle con fatídico acento la proximidad de la desolacion y de la muerte, el reinado pavoroso de la anarquía y del caos.

Por otra parte, las lecciones de la historia deben hacernos cautos y sóbrios con respecto á las predicciones de un futuro histórico mas ó menos lejano. Los contemporáneos de Pericles, de Fidias, de Platon y de Aristóteles no hubieran creído probable, ni siquiera posible, que á la vuelta de algunos siglos, dentro de los muros de Atenas, en las campiñas del Atica y de todo el Peloponeso solo se verian algunas manadas de esclavos encorvados bajo el yugo de la barbarie mahometana.

Es posible que la crisis profunda que atraviesa hoy la civilizacion cristiana, razon suficiente y verdadero origen de la superioridad que distingue á la Europa, se resuelva en sentido favorable al principio católico, representante legítimo y completo del cristianismo, y que purificada, robustecida y vigorizada por este medio la civilizacion europeo-cristiana, estienda sus conquistas de una manera permanente y mas ó menos definitiva al resto del mundo: pero es muy posible

tambien que esta civilizacion se marchite y perezca, corroida por el principio pagano que abriga en su seno, bien sea que la mano de Dios se agrave sobre la Europa por medio de catástrofes desoladoras y de revoluciones sangrientas, bien sea que para castigar su ingratitud para con el cristianismo y la Iglesia, traslade su civilizacion á otros climas y á otros pueblos. En todo caso, y cualesquiera que sean los destinos ulteriores, y sobre todo el porvenir final de la civilizacion europea, tenemos por indudable que la civilizacion cristiana, mas ó menos pura, mas ó menos perfecta y desarrollada, durará tanto como la humanidad en un punto ú otro del espacio; porque esta civilizacion radica en el cristianismo y en la Iglesia de Cristo, cuyo reinado permanecerá sobre la tierra hasta la consumacion de los siglos. La civilizacion cristiana es un árbol que recibe su sávia y su vitalidad del Evangelio; es la revelacion social de la redencion operada por el Verbo de Dios; es una fase, una forma, una expansion de la doctrina católica y de la Iglesia de Cristo, es como la encarnacion histórica y humana de la palabra divina. Y no en vano está escrito que la Iglesia es *columna y firmamento de la verdad*: no en vano está escrito que *todas las cosas debian ser restauradas en Cristo*: no en vano está escrito que *el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará*.

Por lo demás, el porvenir final de la civilizacion, como obra puramente humana, y abstraccion hecha

del elemento divino, y como divino, permanente é impercedero de la civilizacion cristiana, será cual lo haga el hombre. Ya hemos visto que la accion soberanamente libre de Dios, la intervencion de la Providencia en la historia y en la marcha de la humanidad terrestre, lejos de excluir ó negar, supone y afirma la accion libre del hombre. Las naciones, como los individuos, realizan su destino por medio del ejercicio de su propia libertad, bajo la direccion superior de la Providencia divina. Cierto es que el hombre no puede predecir el destino final de las sociedades humanas sobre la tierra, como no puede predecir cuáles serán sus determinaciones libres durante su vida ulterior, porque esto solo cabe dentro de la ciencia infinita, á la vez que eterna y simultánea de Dios. Sin embargo, no es menos cierto por eso que estas sociedades terminarán su carrera sobre la tierra de la manera y en la forma que hayan merecido por medio de su libertad, ó sea en relacion con el uso bueno ó malo que hayan hecho de su libertad y de los dones recibidos del Dios Creador y Redentor. Ya hemos visto que la ley de la eterna justicia constituye una de las derivaciones y manifestaciones mas importantes de la ley histórica en sus aplicaciones á los pueblos y civilizaciones que vienen sucediéndose sobre el teatro de este mundo. Lo que fué, será; porque no hay razon para pensar que las condiciones de aplicacion de esta ley suprema de la justicia divina, se modificará

con el trascurso del tiempo. Si esta ley de justicia eterna se ha revelado en el principio y medio de la historia humana, castigando y premiando en los pueblos, como en los individuos, el abuso y el recto uso de su libertad, elevando ó abatiendo las naciones á medida de sus virtudes y sus vicios, haciendo responsables solidariamente á las civilizaciones y sociedades del bien y del mal por ellas libremente realizado, razonable y lógico será el afirmar que esa gran ley de la justicia eterna se realizará del mismo modo y bajo iguales condiciones en el término de la historia. El fin de esta y de la humanidad sobre la tierra será aquel que corresponda al mérito y demérito de sus propios actos, á la responsabilidad inherente al uso ó abuso de su libertad y de los múltiples dones de su Creador, cumpliéndose y realizándose en todo caso la ley de la suprema justicia, bien sea que la humanidad termine su larga peregrinacion sobre la tierra en los esplendores de una civilizacion superior y universal, bien sea que, por el contrario, sea llamada ante el tribunal de Dios en medio de horribles convulsiones, ó de triste y espantosa decadencia.

Y téngase presente que nuestra ignorancia acerca del estado y modo de ser de la humanidad al terminar su carrera terrestre, se extiende igualmente y con mayor razon todavía, si cabe, al tiempo ó época final de dicha carrera. Cuando los discípulos preguntaron sobre esto al Hombre-Dios, próximo á subir al cielo, este les

contestó: «No os pertenece conocer los tiempos y momentos que el Padre puso en su potestad.» No pertenece al hombre conocer lo que es propio de la sabiduría infinita de Dios. No pertenece á vosotros conocer el periodo final de la humanidad sobre la tierra, ni contar los siglos de su existencia, ni predecir el término de su duracion y de su vida. Reservado está esto al Padre celestial, cuya vida es el ser, cuya duracion es la eternidad, cuya inteligencia es infinita, cuya voluntad es soberana, cuya palabra es poderosa hasta dar la vida y la muerte y cuya mirada penetra el espacio, atraviesa los siglos, alcanza hasta el fondo del abismo, eseruta el inescrutable corazon del hombre: *Non est vestrum nosse tempora vel momenta quae Pater posuit in sua potestate* (1). Fueron estas las últimas palabras que pronunciaron los labios del Salvador del mundo en el momento de subir al cielo y sentarse á la diestra del Padre, el cual le enviará en el fin de los siglos para juzgar á los vivos y á los muertos.

¿Qué debemos inferir de estos datos y reflexiones? Hélo aquí en pocas palabras. La historia de la humanidad terrestre no será infinita en su duracion, ni siquiera indefinida, como pretender pudieran las teorías panteistas en armonía con los principios esenciales de esta escuela. La historia del género humano que pue-

(1) *Act. Apost.*, cap. 1, v. 7.

bla el globo que habitamos y que en él viene desenvolviéndose á través de las edades pasadas, finalizará cuando hayan trascurrido los siglos predestinados desde la eternidad en la Inteligencia divina. Empero, así como nos es y será siempre desconocida la ley única, fundamental y primitiva de la historia, así tambien nos es desconocido el número de siglos que deberán formar el contenido de la historia universal de la humanidad terrestre.

Si es cierto, pues, que el panteismo y el racionalismo se apartan de los caminos de la verdad y de la religion cristiana al prescindir y negar de una manera mas ó menos esplicita el término real de la historia humana, no es menos indudable que se hallan muy lejos de la prudencia cristiana y de la sobriedad científica, los que se dedican á pronosticar el fin del mundo, señalando términos y plazos determinados á la existencia del hombre sobre la tierra.

Este mundo será ciertamente, no aniquilado, como pretendieron algunos (1), sino renovado y trasformado, segun la frase de la Eseritura. El fuego purificará los elementos de este globo, y disolverá sus partes, y trasformará su aspecto, y aparecerán *nuevos cielos y* ®

(1) La Iglesia ha reprobado siempre la doctrina de los que afirmaban con Orígenes que en el juicio final serian aniquilados los cuerpos. Al propio tiempo el papa Juan XXII condenó la siguiente proposicion de Eckard: *Nos transformamur totaliter in Deum, et converimur in eum.*

nueva tierra, según la palabra del profeta (1) y según la espectación del Apóstol (2); pero ni hombre alguno, ni los ángeles del cielo, ni siquiera el Hijo del hombre, en cuanto tal, conocen el día ni la hora de esa gran transformación (3).

En conformidad y armonía con esta palabra del Salvador del mundo, san Pablo, escribiendo á los fieles de Tesalónica, mientras por un lado les expone la doctrina católica sobre la resurrección general de los cuerpos, les encarga á la vez que no se dejen engañar por discursos aventurados acerca de la proximidad del fin del mundo. Lejos de señalar ni predecir el mismo la época temerosa y fatal, les dice, por el contrario, que es incierto y desconocido el día señalado en los consejos del Altísimo, como término de la carrera de la humanidad y de su historia sobre la tierra. «Nosotros que vivimos, escribe, estamos reservados para la venida del Señor... los muertos que están en Jesucristo resucitarán los primeros... No hay necesidad de señalaros el tiempo: vosotros bien sabéis que el día del Señor vendrá como el ladrón que sorprende por la noche.» «Os rogamos, añade en otra parte, que no

(1) *Isaias*, cap. LXV, v. 17.

(2) *Novos vero caelos et novam terram, secundum promissa ipsius expectamus*. Epist. 2.^a de San Pedro, cap. III, v. 13.

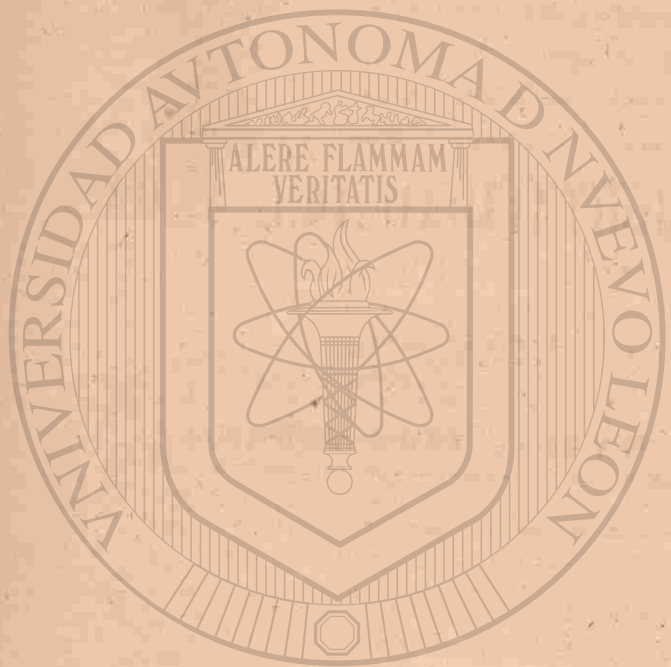
(3) *De die autem illo vel hora nemo scit, neque angeli in caelo, neque filius, nisi solus Pater*. Evangelio de San Marcos, cap. XIII, v. 32.

os dejéis turbar, ni os lleneis de espanto por pretendidas inspiraciones, por discursos, ó por una de nuestras cartas, como si estuviera próximo el día del Señor. Tened cuidado de que nadie os engañe (1).»

En conclusión: la humanidad terrestre, como entidad moral y colectiva, tiene prefijado un término á su carrera, que lo es igualmente de su historia, pero las condiciones internas y externas de esta historia en el porvenir, bien así como el límite de su duración, hallanse reflejadas solamente en la ciencia eterna, infinita y simplicísima de Dios.

(1) *Rogamus autem vos, fratres... ut non cito moveamini à vestro sensu, neque terreamini, neque per spiritum, neque per sermonem, neque per epistolam, tamquam per nos missam, quasi instet dies Domini. Ne quis vos seducat ullo modo*. Epist. 2.^a ad Tesselon., cap. II, vers. 1, 2, 3.

Colegio de misioneros dominicos de Filipinas, Ocaña, Junio de 1870.



LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Y SUS DESTINOS

SEGUN UNA TEORIA KRAUSO-ESPIRITISTA.

Tiempo hace que cayó en nuestras manos un libro que lleva por título *Teoría de la inmortalidad del alma y de las penas y recompensas de la vida futura*, obra escrita por D. Juan Alonso Eguilaz. Esperábamos que alguna de nuestras Revistas científicas y literarias se ocuparía en refutar las afirmaciones y teorías de este libro, pequeño sí en volumen, pero que contiene doctrinas tan anticristianas en sí mismas como perniciosas en sus tendencias morales y religiosas.

Y á propósito de nuestras Revistas científicas, séanos permitido consignar de paso que, en nuestra opinion, es muy problemática la conveniencia de publicar en la que lleva el nombre de *Revista de España* artículos ó trabajos en sentido católico. Verdadera encarnacion y expresion genuina del indiferentismo religioso, y bajo el especioso pretexto de ofrecer campo neutral á todas las opiniones, véanse en la citada Revista, al lado de los excelentes artículos de Caminero sobre el krausismo, y de Mateos sobre el catolicismo y la filosofía alemana, otros trabajos de índole muy diversa, en los cuales el catolicismo y la Iglesia son atacados casi abiertamente alguna vez, y con mas frecuencia de una manera mas ó menos embozada é insidiosa, y por lo mismo, mas peligrosa. Porque la verdad es que la citada Revista haria menos daño á la causa de la religion si se presentara en aptitud francamente hostil, ó si, por lo menos, no se publicáran en ella artículos y trabajos en los cuales resalta y se revela con toda pureza el espíritu católico.

Preciso es no perder de vista que muchos de sus lectores no se hallan en estado de reconocer con claridad y precision las doctrinas y tendencias anticatólicas que en sus páginas se revelan mas de una vez bajo frases y formas atenuantes ó aisladas, cuya importancia y trascendencia se escapa por lo mismo á la generalidad de los lectores. Preciso es tambien no perder de vista que tal vez muchos de estos, que son y

desean ser católicos ante todo, deponen las dudas legítimas que acerca de la ortodoxia de esta Revista vienen á su mente y llaman á las puertas de su corazon cristiano, cuando al lado de esos artículos que ocasionáran esas dudas legítimas, encuentran otros en que resalta con fuerza y enérgica pureza la doctrina católica. Ciertamente es que los partidarios de la conveniencia y utilidad de la práctica contraria tienen en su favor razones no despreciables; pero nosotros nos inclinamos á la opinion de que los inconvenientes de semejante práctica son mayores que las ventajas que de la misma pueden resultar á la causa del catolicismo, y que seria mas conforme al espíritu y leyes de la Iglesia el *retraimiento* completo, si se nos permite la expresion. La colaboracion del escritor católico, en cambio de escasas ventajas, puede dar ocasion á graves inconvenientes, cual es, entre otros, que la citada publicacion ensanche el círculo de sus lectores, infiltrando insensiblemente el veneno en corazones y entendimientos que desean y quieren permanecer sinceramente católicos, pero que ó por falta de ilustracion, ó por otras circunstancias, no se hallan en estado de discernir siempre y separar la verdad del error, sobre todo cuando éste se presenta velado y oculto bajo ciertas formas relativamente moderadas.

Por lo que hace al caso concreto presente, no es de extrañar que la *Revista de España*, ó si se quiere, sus habituales colaboradores no se hayan ocupado en

la refutación del libro del señor Eguilaz. Por mas que no sea raro hallar en esta Revista artículos que se rechazan y repelen mutuamente, conteniendo apreciaciones y tendencias diametralmente opuestas, no es menos cierto que la refutación del libro del señor Eguilaz tendria visos de chocante inoportunidad, cuando menos, despues del análisis ó juicio crítico emitido y consignado en la misma por el señor Vidart acerca de *La Fé del siglo XX*, publicacion del señor Navarrete. Ciertamente que despues de haber afirmado explicitamente que Dios es el Sér absoluto *que crea porque es; que crea eterna, infinitamente; que abraza y encierra en sí todo cuanto ha sido, es y será*: despues de haber reconocido que esta es la concepcion verdadera y filosófica de Dios y de la creacion, y que esta concepcion constituye la *idea altísima de Dios, que un filósofo alemán calificó con esta apropiada palabra panenteismo, Todo en Dios*; despues de haber afirmado y reconocido estas y otras doctrinas análogas, propias de la filosofia que el señor Vidart apellida *novísima*, y que nosotros nos permitimos apellidar sencillamente krausista y panteísta, no hay derecho alguno para refutar la *Teoría de la inmortalidad del alma*, toda vez que esta teoría no es mas que una aplicacion de la doctrina de Krause con detalles y perfiles espiritistas, como tendremos ocasion de observar oportunamente.

Hay mas todavía: la analogía y afinidad del pensamiento filosófico del señor Vidart con el del señor

Eguilaz, revélanse de una manera mas completa y aparente con respecto al punto concreto de la eternidad de las penas del infierno. Mientras el segundo ataca abiertamente este dogma católico, cuya negacion parece ser el objeto preferente de su libro, el primero lo hace de una manera indirecta y vergonzante, muy propia de ese doctrinarismo filosófico-religioso que constituye el ideal de ciertos escritores, hablándonos de no sé qué teorías de San Gregorio Nacianceno sobre la materia, como si estas teorías, dado caso que realmente existieran, pudieran echar por tierra ó desvirtuar siquiera para todo verdadero católico los sólidos fundamentos de este gran dogma en la enseñanza y tradicion infalible de la Iglesia contenidos, y en el mismo Evangelio claramente consignados. En este punto, como en otros muchos, convienen en el fondo los señores Vidart y Eguilaz: ni podia suceder de otra manera tratándose de partidarios de la filosofia krausista, incompatible absolutamente con el dogma de la eternidad de las penas en la vida futura. Solo se diferencian en la forma: el primero escribe *ad palatum* de la *Revista de España*; el segundo escribe como libre pensador: el primero habla y se expresa en sentido doctrinario; el segundo habla y ratiocina en estilo krausista y como legítimo incrédulo. Para nosotros el procedimiento y la conducta del segundo son menos peligrosos que los del primero. Al doctrinario que hiere solapadamente y á traicion, es preferible el que hace franca confe-

sion de incredulidad. Eguilaz afirmando que «el clero es el enemigo natural é irreconciliable del género humano» nos inspira menor repugnancia, y ofrece menor peligro que Vidart afirmando que «el comienzo de las doctrinas neo-católicas, con sus caractéres mas distintivos, solo data de la época del Renacimiento.» Semejantes palabras son dignas del que se atrevió á estampar las siguientes: «Así vemos que el gran santo Tomás de Aquino llega á sostener abiertamente ¡asómbrense los neo-católicos! la libertad de cultos.» Existe sin embargo, una *pequeña* dificultad para esto, y es que nuestro asombro no puede hacer explosion ni manifestarse, por la sencilla razon de que es completamente falso que santo Tomás haya enseñado la libertad de cultos en el sentido que supone el señor Vidart. De lo que sí podemos asombrarnos los neo-católicos es de que existan hombres que se atrevan á calumniar al *gran santo Tomás de Aquino* atribuyéndole afirmaciones incompatibles con sus principios, y doctrinas por él abiertamente rechazadas. Nosotros desafiamos desde ahora al nuevo intérprete y comentarista de santo Tomás á que nos pruebe su peregrina afirmacion, y le prometemos en cambio demostrarle con textos innegables que santo Tomás jamás enseñó que la libertad de cultos sea lícita ó buena en absoluto ó de su naturaleza, segun supone el señor Vidart. Para santo Tomás, esa libertad solo puede ser lícita accidentalmente, ó sea por razon de las circunstancias, *per accidens*,

cuando estas son de tal naturaleza que legitiman la tolerancia y existencia de la libertad de cultos, como se toleran y permiten las casas reglamentadas de prostitucion para evitar mayores males, pero no porque de su naturaleza y en absoluto sean lícitas y buenas. Pero es ya tiempo de volver al libro del señor Eguilaz, dejando á un lado esta digresion no del todo inoportuna.

I.

Para proceder con claridad y precisión en la materia, será conveniente sintetizar la doctrina esencial y las tendencias principales del libro que nos ocupa; doctrina y tendencias que pueden condensarse en las siguientes proposiciones:

1.^a El hombre no es una sustancia ó naturaleza compuesta de alma y cuerpo, como de dos sustancias distintas entre sí. El verdadero ser del hombre, su verdadera esencia consiste en el alma, la cual, siendo esencialmente una é idéntica, se manifiesta ó «revela bajo dos aspectos parciales, uno de los cuales se llama *cuerpo* y el otro *espíritu*.» En otros términos y en estilo krausista puro, «el hombre es alma» y no es mas que el alma sola, de manera que el cuerpo y el espíritu no son partes distintas, ni menos separables de ella, «sino que constituyen sus manifestaciones ó determinaciones interiores, sus modos de ser, sus formas inherentes é indispensables, y de aquí el que ni el alma pueda existir sin cuerpo y espíritu, ni estos sin alma.» De aquí es también «que el cuerpo

y el espíritu, *en cuanto alma*, son fundamentalmente iguales.»

2.^a Es preciso tener presente ó «entender que el alma es imposible y es inconcebible sin sus dos determinaciones internas llamadas espíritu y cuerpo, y que donde quiera que haya un alma, donde quiera que un alma esté, allí estará con sus naturales condiciones, con sus naturales y propios modos de ser, el espiritual y el corporal.» Siguese de aquí que la muerte no consiste, como vulgarmente se cree, en la separación del alma del cuerpo, ni en la permanencia peculiar y exclusiva de aquella en su propio ser como sustancia espiritual, sino en una transformación mediante la cual se despoja de este cuerpo grosero y terreno que llamamos cuerpo humano, despojándose á la vez del espíritu terreno, ó sea de las facultades mediante las cuales manifiesta y ejerce su actividad en esta vida, para reaparecer en otro mundo ó en otro astro con nuevo cuerpo y nuevo espíritu superiores á los actuales. El alma permanece la misma en su sustancia y en el fondo de su ser; solo que de este ser emanan espontáneamente, como el tallo de la semilla, como el hongo de la tierra, un cuerpo y un espíritu, análogos al nuevo mundo ó astro en que habita.

3.^a Cuando fallece, pues, ó muere un individuo humano, esta muerte deja en pos de sí no uno, sino dos cadáveres, uno espiritual y otro corporal; pero estos dos cadáveres son reemplazados inmediatamente

por dos formas ó determinaciones, por dos eflorescencias, corporal la una y espiritual la otra, contenidas en gérmen en el núcleo comun, que es el alma, con la cual se identifican en realidad; porque esta alma, que es «la semilla humana, no es ni puro espíritu, ni pura materia.» El cuerpo y el espíritu son dos fases paralelas, dos formas internas é inseparables del alma en todos sus estados. De aquí es que cuando muere el hombre «esas formas emanadas de su esencia suprema (el alma) se recogen de nuevo en la madre-alma de donde brotaron... El cuerpo y el espíritu mueren por tanto igualmente, hasta cierto punto, en el acto del fallecimiento de un individuo, pero no mueren radicalmente, sino que se refunden en el alma, cuyos modos de ser constituyen. Son como dos raíces que se replegan en un tronco comun, como dos hojas que se confunden en el mismo tallo que les dió vida... Hay, por tanto, que acostumbrarse á la idea de que el hombre, al morir, al salir de este mundo, no deja solo un cadáver, sino dos, á saber; uno corporal y otro espiritual; uno que se ve y otro que no se ve; uno compuesto de miembros, órganos y tejidos materiales, y otro compuesto de pasiones, conocimientos y experiencias terrenas, y que por lo mismo no le han de ser necesarias fuera de este mundo.»

4.^a Toda vez que el alma, que constituye «la esencia íntima del hombre, contiene una infinidad de estados posibles,» es preciso admitir á la vez «que necesita

realizar la infinidad de estados que como potencia inagotable contiene, y que eso solo puede verificarse en un tiempo infinito, es decir, en un tiempo que nunca termine.» Tal es la idea que formar debemos de la inmortalidad del alma, inmortalidad que no es otra cosa mas que la trasformacion eterna é infinita del alma, la cual, permaneciendo la misma en el fondo y en su ser originario y propio, hace brotar de su seno nuevas fases y formas corpóreas y espirituales en progresion ascendente de menor á mayor perfeccion, pero sin llegar jamás al término.

5.^a Estas trasformaciones y vivificaciones sucesivas del alma se realizan siempre adquiriendo condiciones de ser *mejores y mas favorables, y una organizacion mas perfecta*, cualesquiera que hayan sido las condiciones del hombre en la vida presente en orden al ejercicio del bien ó del mal, de la virtud ó del vicio. Sin embargo, este ejercicio del bien y del mal y las condiciones del cuerpo, segun que es sano y vigoroso, ó débil y enfermizo, se dejarán sentir de alguna manera, modificando accidentalmente el modo individual de ser del alma al pasar á un nuevo mundo y adquirir en fuerza de este tránsito una organizacion mas perfecta y mejores condiciones de vida. Ni se crea por eso que esta diversidad de condiciones y la perfeccion del organismo en las varias vivificaciones del alma, deben considerarse como castigos ó premios; antes bien «es preciso entender que esa mayor perfeccion orgánica no

constituye premio ni recompensa, puesto que ha de pertenecer á todos indistintamente, sino que es un simple resultado de la práctica de la vida verificada en la existencia actual.» En resumen: «Los hombres todos en colectividad y sin distincion pasan, despues de morir, á otro mundo y á otro periodo de vida con condiciones mejores y mas favorables. Terminaron, en efecto, su tránsito terrenal; verificaron en este globo la parte de aprendizaje de vida que á él corresponde, y la mano de Dios los impulsa irresistiblemente hácia adelante... Todos los hombres, pues, sin distincion de buenos y de malos, por el simple hecho de la práctica de vida verificada en este mundo, poseerán en la otra vida organismos físicos de índole general mas perfecta que los que aquí han disfrutado, y menos sujetos, por consiguiente, á enfermedades. Pero esa posesion comun de cuerpos mejores, ese perfeccionamiento comun del organismo físico humano en la vida futura, que en sí no será premio ni recompensa, sino consecuencia del tránsito por la vivificacion anterior, no impedirá las diferencias individuales, los mas y los menos dentro de los rasgos y del sello comun á todos.»

Al leer las cinco proposiciones en las cuales acabamos de sintetizar y resumir la teoria del Sr. Eguilaz sobre la inmortalidad del alma, trascribiendo sus propias palabras, en cuanto nos ha sido posible, surge naturalmente el deseo de conocer las razones y sólidos fundamentos en que estriba una teoria tan peregrina,

tan opuesta á la creencia ó sentido comun del género humano, y tan incompatible con la doctrina católica y la enseñanza del evangelio. Desgraciadamente no es posible satisfacer este deseo tan natural en cualquier hombre pensador, por la sencilla razon de que esos sólidos fundamentos no existen, ó por lo menos, no se hallan consignados ni expuestos en el libro citado. No sabemos si este escritor, acostumbrado á caminar por las alturas de la filosofia krausista, se desdeñará de descender á tratar y alegar pruebas ante los que él apellida con notable modestia *aprendices de filósofos*. Tal vez se crea con derecho para ser creído sobre su propia palabra, ó mejor dicho, sobre la palabra de Krause, al cual pertenece en realidad su teoria; sin perjuicio, por supuesto, de ridiculizar el *ipse dixit* de los pitagóricos y el yugo despótico de Aristóteles sobre los antiguos Escolásticos. En todo caso, nosotros, que sin ser libre pensadores, ni menos partidarios de la autonomia absoluta de la razon humana, tenemos por máxima fundamental no asentir á ciegas al dicho de otro hombre, ni menos admitir como verdadero lo que en sólidas razones no se apoye, con especialidad cuando se trata de materias científicas y filosóficas, nos creemos con derecho legitimo para negar lisa y llanamente cuanto en las indicadas proposiciones afirma el señor Eguilaz, y esto por la sencilla y única razon de que *quod gratis affirmatur, gratis negatur*: lo que gratuitamente se afirma, gratuitamente se niega.

¿En qué se apoya, en efecto, el Sr. Eguilaz para decir que en el hombre, además del cuerpo y del alma, existe un espíritu distinto de esta, paralelo y proporcionado al cuerpo, é inferior al alma, puesto que es una forma transeunte y una fase pasajera de esta? ¿Qué razones ó pruebas aduce para demostrar ó hacer probable siquiera que el alma no es ni espíritu puro, ni pura materia, que puede producir y hacer brotar de su seno una série infinita de cuerpos nuevos y de espíritus nuevos, que se trasforma, en fin, ó trasmigra de un mundo á otro, realizando una série infinita de vivificaciones sucesivas, despojándose de tal cuerpo y tal espíritu para revestirse de otros, á manera de crisálida ó renacuajo? Ninguna en realidad. Es decir, que aquí no hay mas que una novela krausista, la cual solo puede llamarse filosófica en cuanto se refiere á un problema filosófico, pero no por entrañar método ó procedimientos propios de la filosofía. Con harta mayor razon pudiera llamarse novela irreligiosa, habida razon de sus conclusiones prácticas, no menos que de sus afirmaciones y negaciones, incompatibles absolutamente con la doctrina ó religion católica.

Sin embargo, queremos ante todo ser justos é imparciales para con nuestro filósofo. Hemos dicho que el Sr. Eguilaz no aduce pruebas ó razones para apoyar sus peregrinas afirmaciones, y esto no es rigurosamente exacto. La verdad es que este escritor para evidenciar que el cuerpo y el espíritu del hombre son

dos ramas parciales de un tronco comun, que es el alma, dos formas ó manifestaciones particulares de la misma, escribe lo siguiente: « En el mismo uso comun se dice: *yo tengo un cuerpo, yo tengo un espíritu, y se emplean las locuciones, mi espíritu, mi cuerpo, y otras de igual género; con lo cual implícitamente determina el que habla que se considera á sí mismo superior á su espíritu y á su cuerpo, supuesto que es su dueño, supuesto que tanto el uno como el otro son suyos.* »

¿No les parece á nuestros lectores que semejante razon es convincente y demostrativa? Ello es cierto que asi como decimos *mi cuerpo y mi espíritu*, tambien decimos *mi alma*, y empleamos la locucion *yo tengo un alma*; lo cual, segun los principios y el raciocinio del Sr. Eguilaz, probaria que el alma es tambien una forma ó fase de nuestro ser y no la misma esencia del hombre. Empero estas son pequeñeces en que solo pueden pararse los aprendices de filosofía, no los que se elevan á las alturas incommensurables de las especulaciones krausistas. La eficacia y valor científico de semejante prueba, nos dá la medida y revela los sólidos fundamentos en que se apoyan las peregrinas concepciones y las afirmaciones absolutas del Sr. Eguilaz.

Las demás razones que el autor de la teoría que venimos examinando aduce en favor de su doctrina, son tan sólidas y filosóficas como la anterior. Hélas

aquí: «Preguntad á cualquiera de ellos (los hombres) si se satisfacen con que su madre ó su querida muerta continúe viviendo *como mero espíritu puro*, y estoy seguro de que os contestará que eso no llena y complace por entero, que le parece poco, que no comprende bien de qué modo puede seguir viviendo esa persona simplemente en espíritu; y por último, que si no existe bajo ciertas formas materiales, le es imposible concebir su existencia.» Esto, en buena filosofía, vale tanto como profesar el materialismo puro y neto: vale tanto como decir, que todo cuando existe, sin excluir al mismo Dios, es material y extenso, toda vez que se toman como medida del ser y realidad objetiva de las cosas, no las concepciones de la razón pura, sino las concepciones ó representaciones de la imaginación, la cual nada puede concebir ni representarse sino bajo la forma de materia y de extensión. Hé aquí la deducción legítima que se desprende del raciocinio del señor Eguilaz; hé aquí las consecuencias lógicas de la filosofía krausista aplicada á la inmortalidad del alma humana; hé aquí á lo que quedan reducidas las pretensiones de esa filosofía que á porfía preconizan y ensalzan ciertos hombres, que se nos presenta como el *non plus ultra* de la razón humana, como la verdadera representante del espiritualismo filosófico y cristiano.

Pero sigamos al Sr. Eguilaz en la exposición de sus razonamientos y pruebas. «Cae un andamio, dice,

sobre un infeliz, y le rompe una pierna, y el cirujano la tiene que acabar de cortar, y el infeliz se queda sin pierna. Ven esto cuatro aprendices de filósofos y exclaman: «Hé ahí la diferencia entre el cuerpo y el espíritu: ¿Puede perder alguna pierna el espíritu?» Seguramente que sí, les respondo. ¿Quién no tiene noticia de alguno que á consecuencia de un golpe material, ó de susto ó de una profunda aflicción, ha perdido, por ejemplo, la memoria de las fisonomías ó de los lugares, ó el juicio, ó cualquier otra forma orgánica espiritual?» Nosotros creíamos hasta ahora que la denominación de *orgánica* se tomaba de *órgano*, y que todo órgano era material; gracias al Sr. Eguilaz, ya sabemos que hay formas orgánicas y, por consiguiente, órganos espirituales. Gracias al mismo sabemos ya también que, cuando á consecuencia y con ocasión de alguna lesión material de los órganos que sirven de instrumentos para el ejercicio de las facultades del hombre, resultan perturbadas ó impedidas algunas funciones sensitivas ó intelectuales del mismo, éste pierde un *pedazo* ó parte de su espíritu, es decir, resulta cortado un brazo ó pierna del espíritu, ni mas ni menos que cuando el cirujano corta un brazo ó pierna del cuerpo.

Si se tiene ahora en cuenta que estas razones ó pruebas, si es que tal nombre merecen, se refieren precisamente á lo que constituye la base fundamental de la teoría que nos ocupa, preciso será reconocer y

confesar que teníamos sobrada razón, al decir que semejante teoría mas bien merece el nombre de novela que el de teoría filosófica. Léanse las cinco proposiciones que condensan y reasumen la teoría del Sr. Eguilaz, y se verá que toda ella descansa sobre la hipótesis de la existencia en el hombre de un cuerpo y de un espíritu como formas internas y como modificaciones del alma que les sirve de centro y de núcleo, superior á ellas y distinto de cada una de ellas como tales. Luego una vez destruida esta hipótesis y reconocida la falsedad de esta afirmación, siquiera no sea mas que en vista de la futilidad de las razones en que se apoya, viene á tierra todo el edificio sobre semejantes cimientos levantado. En realidad, esto bastaría para juzgar definitivamente el valor científico del libro que nos ocupa: añadiremos, no obstante, algunas otras reflexiones.

II.

Segun arriba dejamos indicado, la teoría del señor Eguilaz acerca de la inmortalidad del alma y su destino futuro, es pura y simplemente una aplicación plagiaria de la teoría de Krause con respecto á Dios, acompañada ó modificada por ciertas afirmaciones y reminiscencias espiritistas. En efecto: así como para Krause Dios es la realidad toda entera, la esencia una, infinita, absoluta, fuera y sobre todo género, pero que al propio tiempo constituye «la totalidad de la esencia fuera de la cual no hay nada, en la cual existe todo lo que existe;» así tambien para Eguilaz el alma es la realidad esencial y única, el verdadero ser, la esencia sustancial del hombre, fuera y sobre el cuerpo y el espíritu, pero incluyendo lo que hay de real en estos, así como Dios, á pesar de ser una esencia fuera y sobre todos los seres determinados, incluye la realidad de estos, puesto que «en la totalidad de su esencia existe todo cuanto existe.»

Para Krause, Dios existe en el Espíritu y en la Naturaleza, sin ser determinada y exclusivamente

ninguna de estas dos cosas: el Espíritu y la Naturaleza, ó hablando en castellano sencillo, los espíritus y los cuerpos son dos manifestaciones, dos fases, dos determinaciones de la esencia divina, la cual comunica y da su esencia al universo sin perderla. Para Eguilaz, el alma constituye la realidad interna y esencial del cuerpo y del espíritu del hombre, de donde resulta que el cuerpo y el espíritu, en cuanto alma, son fundamentalmente iguales: de aquí es también que el cuerpo y el espíritu constituyen dos manifestaciones ó modos de ser del alma.

Creyendo innecesario llevar mas lejos este parangon entre la doctrina de Krause y la de Eguilaz, pasaremos á indicar, siquiera sea ligeramente, la afinidad y relaciones que existen entre la teoría del último y la doctrina espiritista.

Por de pronto es evidente que lo que el Sr. Eguilaz llama espíritu, que consta de brazos y piernas espirituales, que posee formas orgánicas, y que deja en la muerte un cadáver espiritual, es muy parecido, si ya no es completamente idéntico, á lo que los espiritistas denominan *perespíritu*, ó sea esa envoltura sutil y vaporosa, pero material, que acompaña al alma cuando se separa del cuerpo.

Hemos visto también que en la teoría del Sr. Eguilaz las trasformaciones y vivificaciones sucesivas del alma se verifican constantemente en progresion ascendente de mejoramiento, de manera que en la segunda

el alma adquiere una organizacion mas perfecta que en la primera, brotando de ella un cuerpo y un espíritu mejores y mas perfectos que los que antes poseía. Oigamos ahora al gran pontifice del moderno espiritismo, teniendo presente que lo que los espiritistas apellidan *espíritu* es lo que Eguilaz apellida *alma*, asi como el perespíritu de aquellos es el espíritu del segundo. «La marcha de los espíritus es progresiva y jamás retrógrada, elevándose gradualmente en la gerarquía y no descendiendo nunca del rango á que una vez llegaron... A medida que el espíritu se purifica, el cuerpo que reviste se aproxima igualmente á la naturaleza espiritista. La materia es menos densa... percibe con los ojos del cuerpo lo que nosotros solo vemos con el entendimiento.» «Es necesario que el espíritu se halle revestido de alguna materia para obrar sobre esta; pero esta envoltura es mas ó menos material, segun el grado de pureza al cual hayan llegado los espíritus; y esto es lo que constituye la diferencia de los mundos que debemos recorrer.» (1)

Finalmente, sabido es que uno de los dogmas fundamentales del espiritismo es la *reincarnacion*, ó sea la pluralidad de existencias sucesivas para el hombre. «La doctrina de la reincarnacion, escribe el citado Allan Kardec, es decir, la doctrina que consiste en

(1) Allan Kardec, *Le livre des Esprits*, lib. 2.º, cap. 4.º

admitir para el hombre muchas existencias sucesivas, es la única que responde á la idea que nos formamos de la justicia de Dios respecto de los hombres colocados en una condicion moral inferior, la única que puede explicarnos el porvenir.» (1)

Si escuchamos ahora al autor de la *Teoría de la inmortalidad del alma*, le veremos admitir el principio de la trasmigracion y de la reincarnacion del alma no solamente respecto del porvenir, como los espiritistas, sino tambien respecto del pasado; de manera que, en su opinion ó teoria, nuestra alma, antes de ser hombre y constituir la esencia íntima de éste, ha sido animal, planta y hasta mineral, doctrina que envuelve la profesion del materialismo en toda su desnudez, siquiera pretenda atenuar en parte la repugnancia que inspira á la recta razon, presentándose bajo fórmulas panteistas. Oigamos sino sus palabras: «Lo que aquí debo añadir es que, como resultado lógico de todo esto, el principio de la trasmigracion es el que rige esa elevacion y ese ennoblecimiento progresivo del Universo... Cuando un sér (una planta, un animal, un hombre) llega al instante de su muerte, su alma, esto es, su unidad fundamental, avanza un paso en la escala de la vida, y se crea por sí misma su nuevo cuerpo y su nuevo espíritu, cuerpo y espíritu que brotan de ella, segun ejemplos

(1) Allan Kardec, *Le livre des Esprits*, lib. 2.º, cap. 4.º, pág. 76.

que ya he citado, como los colores brotan de la luz al atravesar esta un prisma de cristal. Y no se encuentre extraño que extienda yo ahora á la planta y al animal lo que antes dije solo del hombre, y que atribuya á la una y al otro un cuerpo y un espíritu. Nada de lo que posee un sér superior, como el hombre, deja de existir, aunque en estado mas rudimentario, en los séres inferiores; y así cada animal, lo mismo que cada árbol ó cada mineral, tienen combinados un elemento material y un elemento espiritual, que son determinaciones paralelas de su esencia. Al morir, pues, un sér (cualquiera que sea) renace nuevamente con condiciones mas perfectas, merced á la práctica vital que ha llevado á cabo en su anterior existencia... Los hombres todos procedemos, por consiguiente, de vivificaciones pasadas, en que, bajo formas mas humildes, nos hemos ido capacitando para alcanzar el grado de dignidad en que nos encontramos.»

Creeríamos inferir injuria á nuestros lectores, deteniéndonos en combatir una doctrina en que lo absurdo corre parejas con lo ridiculo. Por otra parte, ya dejamos demostrado que las afirmaciones que le sirven de base y antecedente, así como á la teoría del alma, con la cual se halla relacionada, son afirmaciones completamente gratuitas, destituidas de fundamentos racionales y opuestas además al sentido comun de los hombres. Aquí, como en toda la teoría del señor Eguilaz, la ciencia y la misma razon natural pura, no descu-

bren ni pueden descubrir mas que un conjunto informe y abigarrado de panteísmo krausista, de espiritismo y de materialismo.

Para todo hombre dotado del uso normal de su razón, siquiera no haya saludado las ciencias filosóficas, el alma humana pasando del mineral á la planta y de esta al bruto, para trasformarse finalmente en hombre; el alma humana, residiendo en el mineral ó la piedra, y produciendo allí un cuerpo y un espíritu; el hombre, en fin, saliendo del mineral, ó mejor dicho, identificándose con el mismo en cuanto á su esencia y sustancia íntima, son cosas que no merecen mas refutación ni respuesta que la que daba en otro tiempo san Agustín á los Epicúreos: *Pudet me ista refellere.*

Los materialistas del pasado siglo y los discípulos de Voltaire, La Metrie, Holbac y sus afines nos dispensaban demasiado honor al hacernos proceder del mono ó del orangutan; preciso es que rebajemos nuestros humos, contentándonos con padres mas humildes; una piedra berroqueña y una zarza, nos bastan y nos sobran, segun los descubrimientos de nuestro moderno filósofo.

Aquí deberíamos dar por terminado este ligero trabajo, porque una vez demostrado lo gratuito de las afirmaciones en que estriba la teoría del señor Eguilaz, y puestos de relieve los groseros errores y absurdos que esta teoría tan explícitamente consigna, ningun valor

puede ya tener, á los ojos de la razón y de la verdadera ciencia, la aplicacion ó deducción que de la misma pretende sacar su autor, ó sea la negacion del infierno y de la eternidad de sus penas, negacion que puede considerarse como el objeto final y preferente del libro que nos ocupa. Esto no obstante vamos á examinar, siquiera sea someramente, esta fase de la teoría del señor Eguilaz.

III.

Despues de pretender ridiculizar este escritor la «division de la vida humana en dos actos, de los cuales el primero dura los míseros sesenta ú ochenta años que pasamos en este mundo, y el segundo empieza á continuacion para no concluir jamás, escribe lo siguiente:

«Lo único que, segun ese desdichado modo de pensar, puede hacer Dios para que tal gloria y tal infierno sean en efecto definitivos, es dedicarse con esmero á impedir que á ningun bienaventurado se le ocurra ningun pensamiento ni afecto pecaminoso, estorbando á la vez con todas sus fuerzas que ningun condenado se arrepienta en ningun momento de sus

culpas, apartándole de esa tentación cuando le vea dispuesto á seguirla, pues en tal caso se destruyen y desconcertan sus planes.»

Imposible parece ciertamente, que un hombre que pretende apoyar sus afirmaciones anticristianas en órden á la eternidad del infierno en la doctrina de los Padres de la Iglesia, como veremos despues, se manifieste tan poco versado en la doctrina de estos sobre la materia, doctrina que se halla al propio tiempo en completo acuerdo con la simple razón natural. La voluntad es la facultad del bien, como la inteligencia es la facultad de la verdad: aquella y esta descansan en su movimiento cuando llegan á la posesión de la bondad infinita, y de la verdad absoluta y universal. Consistiendo, pues, la gloria en la posesión plena y perfecta de Dios, bondad infinita y verdad absoluta, bondad universal en que se contienen todos los bienes, y verdad universal en que se contienen todas las verdades, este estado lleva consigo, como condición natural, necesaria y esencial, el amor indeficiente de Dios. Luego consistiendo todo acto pecaminoso en una perturbación mayor ó menor del amor de Dios, es absolutamente imposible que los bienaventurados den entrada á ningún acto pecaminoso, ó lo que es lo mismo, dejen de amar á Dios cuya bondad infinita ven intuitivamente, como es imposible que nosotros, aun en esta vida, dejemos de amar el bien en comun ó la felicidad en general, siquiera al obrar nos equivoquemos prácti-

camente poniéndola en objetos en los cuales realmente no existe. Luego es una blasfemia ridícula y contraria á la razón natural suponer que Dios necesite dedicarse con esquisito esmero á impedir que á ningún bienaventurado se le ocurra ningún pensamiento ni afecto pecaminoso. Si el bienaventurado fuera capaz de afectos ó actos pecaminosos, dejaría de ser tal por este solo hecho; porque la felicidad ó bienaventuranza no merece tal nombre si no envuelve la condición de la perpetuidad y de la indeficiencia. Del mismo modo y por análogas consideraciones, si el condenado fuera capaz de arrepentimiento y de enmienda, dejaría de ser tal en el sentido propio de la palabra. Y téngase presente que cuando decimos que el condenado es incapaz de arrepentimiento, hablamos del arrepentimiento propiamente dicho, hablamos del arrepentimiento que lleva consigo el apartamiento del pecado en cuanto pecado, el aborrecimiento de la culpa como ofensa de Dios; único que puede motivar ó dar origen á la remisión de la culpa y á la consiguiente rehabilitación ante Dios. Los condenados son capaces de arrepentimiento si, pero arrepentimiento impropriadamente dicho, insuficiente é ineficaz, para la remisión de la culpa, porque su arrepentimiento no se refiere á la culpa en cuanto mal moral ni en cuanto ofensa de Dios, sino en cuanto y porque es causa del mal físico, en cuanto es origen de las penas que padecen, á la manera del malvado que al subir al patíbulo

abriga en su corazón odios y deseos de venganza contra su enemigo, por más que le cause pesadumbre el homicidio cometido en cuanto es causa de su desgracia presente. «De dos modos, dice santo Tomás, puede suceder que alguno se arrepienta del pecado, de los cuales el primero es cuando el hombre abomina el pecado en cuanto es pecado: el segundo modo es, cuando alguno se arrepiente ó le pesa del pecado por razón de algun adjunto que le acompaña ó le sigue, como por razón de la pena. Los condenados no se arrepienten de sus pecados en el primer concepto, porque permanece en ellos la voluntad de la malicia del pecado, aunque se arrepentirán de los mismos accidentalmente (*per accidens*) ó sea en el segundo sentido, por razón de la aflicción consiguiente á la pena que por sus pecados padecen.» (1)

En el mismo sentido se expresa el cardenal Cayetano, el cual, al esponer las condiciones que deben acompañar al dolor de los pecados, para que este pueda llamarse contrición y determinar la remisión de la culpa, enseña terminantemente que el dolor ó arrepentimiento debe referirse al pecado en cuanto es ofensa de Dios, y no en cuanto es causa de algun daño ó pena personal. «Por lo cual, añade este profundo teólogo, si alguno se arrepintiera voluntariamente de los

(1) *Sum. Theol. suppl.* Cuest. 448, art. 2.^o

pecados, no principalmente por ser ofensa de Dios, sino porque de ellos se siguió infamia, ó también la pena del infierno, este no se arrepentiría de los pecados del modo que se sobreentiende en esta definición (de la contrición), y por consiguiente no tendría la verdadera contrición, sino una contrición semejante á la de los condenados:» *Unde si quis voluntarie doleret de peccatis, non principaliter ex eo quod sunt offensa Dei, sed quia ex illis secuta est infamia, pœna etiam inferni: talis non doleret de peccatis eo modo quo in hac definitione intelligitur, et consequenter non haberet veram contritionem, sed damnatorum contritioni similem.*» (1) Los condenados, pues, se hallan sujetos á un arrepentimiento, ó mejor dicho, á remordimientos estériles, «no porque les desagraden los pecados que cometieron, añade santo Tomás, antes bien querrian más permanecer en sus pecados ó cometerlos de nuevo, si pudieran, que tener á Dios á quien aborrecen, y si experimentan pesar es porque no consiguieron lo que intentaban por medio de sus pecados.» (2) No necesita, pues, Dios, como indica nuestro teólogo krausista, «estorbar con todas sus fuerzas que ningun condenado se arrepienta en ningun momento de sus culpas,» porque basta y sobra para esto la obstinación de su vo-

(1) *Comment. in Supl. D. Thomæ*, cuest. 1.^a, art. 4.^o

(2) *Opusc.* 3.^o, cap. 175.

luntad en el mal: *voluntas eorum perpetuo manebit obstinata in malo*, dice santo Tomás.

Y no se nos diga que así como el hombre, por obstinado que se halle en el mal, puede convertirse y entrar en los caminos del bien y de la virtud durante la vida presente, así también puede realizar esa conversión en el estado de condenación. Proponer semejante objeción equivale á desconocer completamente la economía justa y sabia de la Providencia de Dios en orden al destino del hombre: equivale á desconocer la diferencia radical que existir debe á los ojos mismos de la razón natural entre el estado de prueba, de ejercicio, de mérito y de demérito, de movimiento, de camino ó de *via*, como dicen los teólogos, y el estado de recompensa y de castigo, de fin, de realización ó consecución del objeto, de *término*. Dios, al criar al hombre, le dió este mundo y le señaló los breves instantes de la vida presente como teatro y duración para la realización de su destino final, que no es otro que la posesión del mismo Dios, posesión que lleva consigo la de todos los bienes y la felicidad perfecta y plena: respetando, por decirlo así, su libertad y la dignidad de su naturaleza, quiso que la consecución de esta suprema felicidad fuera debida á sus esfuerzos personales y libres: puso ante él el camino del bien y del mal con facultad de seguir el uno ó el otro, ofreciéndole al propio tiempo el auxilio de su gracia y misericordia para seguir el primero: para los que despreciando

esa gracia se entregáran á las pasiones y á su réprobo sentido, marcháran por el camino del mal y del pecado, colocó al extremo ó término del mismo la desdicha suprema y eterna, como eterna y suprema es la felicidad que colocó en el término del camino del bien en la vida presente. ¿Hay alguna cosa aquí que no sea digna de la economía de una Providencia sabia, misericordiosa y justa á la vez? ¿No es conforme á la equidad y á la razón natural, que cuando el hombre llega al *término* de su movimiento moral, permanezca en él para siempre ó de una manera fija é inmutable? ¿No es evidente que si pudiera cambiar ó variar lo que constituye el estado de término, este dejaría de ser *término* y de constituir el destino *final*, para convertirse en estado de camino, *status vice*, de movimiento continuo é indefinido? Y si el término y destino final que sirve de premio á las obras buenas, es eterno é inmutable, ¿por qué no ha de serlo también el castigo de los malos? Luego Dios se debe á sí mismo y debe á su eterna é infinita justicia la pena eterna con que castiga el mal moral en los condenados.

Y esta conclusión se presenta más legítima y racional, si se tiene en cuenta, que el pecado envuelve cierto grado de infinidad, por ser una ofensa é injuria cometida contra Dios, bondad infinita y de una dignidad infinitamente superior al pecador; porque, como dice con razón santo Tomás, *cum Deus in infinitum creaturam excedat, erit peccantis mortaliter contra*

Deum infinita offensa ex parte dignitatis ejus cui per peccatum quodammodo injuria fit; dum ipse Deus contemnitur et ejus præceptum (1). Luego para que exista la debida proporción entre la malicia infinita del pecado y la pena, es preciso que esta sea eterna, es decir, infinita por parte de la duración, ya que no puede ser infinita por parte de la intensidad por recibirse en un sujeto finito.

Sin duda que las reflexiones que acabamos de exponer son más que suficientes para demostrar que nada hay en la eternidad de las penas del infierno que se halle en oposición con las leyes de una Providencia fundada en equidad, en sabiduría y en justicia. No es difícil reconocer en vista de esas reflexiones, así como de otras análogas que pudiéramos aducir (2), que la

(1) *QQ. Disp. De Verit. Cuest. 28, art. 2.º*

(2) Son notables entre otras las dos razones siguientes aducidas por santo Tomás, razones que encierran puntos de vista altamente filosóficos. Ya que las condiciones especiales de este trabajo no nos permiten desenvolverlas, transcribiremos sus palabras, sobre las cuales llamamos la atención del señor Eguilaz y de todo hombre pensador. «Naturalis æquitas hoc habere videtur quod unusquisque privetur bono contra quod agit: ex hoc enim reddit se tali bono indignum: et inde est quod secundum civilem justitiam, qui contra rempublicam peccat, societate reipublicæ privatur omnino, vel per mortem, vel per exilium perpetuum: nec attenditur quanta fuerit mora temporis in peccando, sed quid sit contra quod peccavit. Eadem autem est comparatio totius vitæ præsentis ad rempublicam terrenam, et totius æternitatis ad societatem beatorum, qui, ut supra ostensum est, ultimo fine æternaliter potiuntur. Qui ergo contra ultimum finem peccat, et contra charitatem, per quam est societas beatorum, et

eternidad de las penas del infierno, lejos de envolver repugnancia alguna con la recta razón, se halla en armonía con las condiciones propias del estado de los condenados, con la obstinación de su voluntad en el mal, consiguiente á este estado, y con las leyes equitativas establecidas por la Providencia divina con respecto al destino y fin del hombre.

Hay más todavía: á nuestro modo de ver no es imposible profundizar más la materia, y examinándola bajo un aspecto filosófico, descubrir y señalar la causa inmediata y como la razón suficiente y racional de la obstinación y perseverancia eterna de la voluntad de los réprobos en el mal y de la consiguiente duración eterna de las penas.

En efecto; la teología católica enseña, y es además una verdad elemental de la Religión, atestiguada en parte por la misma experiencia y por la razón humana, que el hombre con sus propias fuerzas natura-

tendentium in beatitudinem, in æternam debet puniri, quamvis aliqua brevi temporis mora peccaverit.

Præterea. Apud divinum judicium voluntas pro facto computatur: quia sicut homines vident ea quæ exterius aguntur, ita Deus inspicit hominum corda. Qui autem propter aliquod temporale bonum aversus est ab ultimo fine, qui in æternum possidetur, præposuit fruitionem temporalem illius boni temporalis, æternæ fruitioni ultimi finis: unde patet quod multo magis voluisset in æternum illò bono temporali frui. Ergo secundum divinum judicium ita puniri debet ac si æternaliter peccasset. Nulli autem dubium est quin pro æterno peccato æterna pœna debeatur. Debetur igitur ei qui ab ultimo fine avertitur, pœna æterna. » *Contra Gent.*, lib. 3.º, cap. 144.

les no puede reparar la injuria y ofensa infinita que consigo lleva el pecado mortal, principalmente si se tiene en cuenta que esta ofensa se refiere á Dios, no solo como autor de la naturaleza, sino tambien como autor de la gracia y redencion representadas en Jesucristo y por Jesucristo. Resulta de aquí que la remision de la culpa y la justificacion del hombre que está en pecado, no pueden realizarse con las fuerzas solas de la voluntad natural, y que por consiguiente, además del movimiento ó acto del libre albedrío, se necesita como causa y causa principal el auxilio ó don especial de Dios que los teólogos llaman *gracia*; se necesita, en una palabra, una cooperacion especial y determinada por parte de Dios. Ahora bien: toda vez que la gracia, como indica su mismo nombre, es un auxilio *gratuito*, es un don libre de Dios, claro es que este no tiene obligacion alguna de concederlo á los condenados, y es mas claro y evidente aun, si cabe, que estos ningun derecho tienen á una gracia ó auxilio que Dios les ofreciera durante la vida presente, durante el tiempo señalado por la Providencia para merecer, pero que ellos rechazaron y menospreciaron. Creemos que esta reflexion lleva consigo toda la claridad de que es susceptible esta materia, y que contiene la razon suficiente, inmediata y racional, de la perseverante obstinacion de los condenados en su malicia ó culpa, y de la consiguiente eternidad del castigo que la justicia de Dios les impone.

IV.

Desvanecida ya la objecion fundamental y el único argumento del Sr. Eguilaz que ofrece alguna apariencia de fuerza, no será inútil seguirle en las demás objeciones que á continuacion añade, objeciones que, por otra parte, solo estriban ó en supuestos falsos, ó en ideas equivocadas é inexactas acerca de la doctrina que pretende combatir. Así, por ejemplo, cuando dice que las penas del infierno «no resultarían proporcionadas, puesto que siendo necesariamente cada condenado mas ó menos culpable que los restantes, teniendo cada uno un grado especial de culpa, todos ellos padecerían un castigo ilimitado;» hay aquí un sofisma manifesto, ó ignorancia completa de la doctrina católica. Porque esta doctrina enseña que aunque las penas de los condenados sean iguales en cuanto á la duracion, ó mejor dicho, en cuanto á no tener término, esta igualdad no existe en cuanto á su calidad ó intensidad, la cual es proporcionada y se halla en relacion con la calidad y número de las culpas. ¿Será por ventura que Dios no tiene medios y poder sufi-

ciente para que la naturaleza é intensidad de los suplicios sean diferentes en cada sugeto y correspondientes á la calidad de sus pecados?

No es ciertamente mas sólida que la precedente la objecion que en los siguientes términos propone: «¿Quién es tan presuntuoso, ó por mejor decir, tan ridiculamente estúpido é imbécil, que juzgue merecer una dicha sin fin por algunos actos virtuosos verificados en el tránsito de esta existencia terrenal? Al lado de esos actos virtuosos ¿no habrá cometido faltas? ¿No habrá incurrido en extravíos? Se contarán, pues, sus méritos pero no sus yerros... Y lo mismo digo por el extremo opuesto. Aunque un hombre haya cometido muchos delitos durante su fugaz existencia en este mundo, ¿será justo castigarle con penas perpétuamente inagotables? ¿No habrá experimentado jamás ese hombre un impulso de piedad, de generosidad, de caridad, de benevolencia?... Pero á pesar de todo eso preciso es que solo se sumen sus errores ¿no es verdad? ¡Oh colmo de la barbarie y de la locura!»

Lo que si es el colmo de la barbarie y de la locura, es pretender desterrar del corazon de los hombres los sentimientos religiosos y la verdad católica, origen de consuelos y felicidad en esta vida y en la otra, desfigurando sus principios y su enseñanza. Lo que si es ridiculamente estúpido é imbécil, es atribuir á la teología católica y á la religion cristiana, doctrinas por ellas rechazadas, y levantar objeciones sobre semejan-

te base. ¿En qué teología católica ha leído el señor Eguilaz, que al hombre que consigue la gloria por morir en estado de gracia y amistad con Dios, no se le hayan tomado en cuenta sus faltas, sus yerros y extravíos? ¿En qué teología católica ha leído que al que muere en pecado mortal solo se le sumen sus errores? ¿Cuándo ha negado la teología católica que el hombre réprobo no haya experimentado jamás un impulso de piedad, de generosidad, de caridad, de benevolencia, como insinúa este teólogo de nuevo cuño? Lo que enseña la teología católica es: 1.º que la muerte en estado de gracia y caridad divina es la condicion impuesta por Dios para conceder al hombre la gloria ó felicidad eterna, y que por el contrario la muerte en estado de pecado mortal, y por consiguiente de ofensa y de enemistad actual con Dios, lleva consigo la privacion eterna de la posesion de Dios y los castigos proporcionados á la gravedad y número de las culpas no perdonadas durante esta vida, que es el estado por la Providencia señalado para merecer y desmerecer el destino final: 2.º que cualesquiera que sean las faltas y pecados por el hombre cometidos, mientras permanece en esta vida puede obtener el perdon de ellos por medio del arrepentimiento verdadero, fecundado por la gracia divina que á nadie se niega: 3.º que esta condonacion y remision del pecado en cuanto á la razon de culpa moral y en cuanto al reato de la pena eterna que le corresponde, no impide que la justicia

divina exija la satisfaccion conveniente por medio de actos buenos y meritorios, y por medio de tribulaciones y penas padecidas, ó en esta vida, ó en la futura; y precisamente sobre esta exigencia de la justicia divina estriba la necesidad y existencia del purgatorio: 4.º que los hombres que están en pecado no solo pueden experimentar impulsos de *piEDAD, generosidad, etc.*, sino que pueden practicar actos buenos y virtuosos en el órden natural, bien que no son meritorios de la gloria, porque carecen de la gracia, que es el principio y la raíz del mérito sobrenatural en proporcion ó relacion con aquella gloria: 5.º que Dios no castiga al hombre en el infierno por los impulsos virtuosos ó por los actos buenos que hace mientras está en pecado, sino por las culpas ó pecados que lleva consigo al pasar á la vida futura: 6.º que Dios lejos de sumar solo los errores del réprobo, premia en esta vida con bienes temporales y hasta con bienes espirituales las obras buenas que ejecutan. Hé aquí en resúmen lo que sobre la materia enseña la teología cristiana, y lo que el Sr. Eguilaz debiera haber tenido presente antes de escribir el pasaje citado arriba, atribuyendo implícitamente á la religion católica doctrinas y afirmaciones que no le pertenecen.

Como quiera que dejamos indicado al principio que nuestro nuevo teólogo abraza la singular pretension de que su doctrina sobre el infierno, ó mejor dicho, la negacion de la eternidad de las penas, coincide con

la que enseñaron los Padres de la Iglesia, bueno será acotar sus palabras sobre la materia, para que no se crea que exageramos sus pretensiones. Hélas aquí: «No concluiré, sin embargo, este capítulo sin advertir á mis compatriotas católicos, que la idea anticientífica y antirracional de la eternidad de las penas no pertenece, ni con mucho, á la esencia de la religion que en España prevalece. En los primeros siglos de la Iglesia, cuando todo lo verdaderamente fundamental existia ya en ella, el problema se resolvía de diversos modos por los Santos Padres, inclinándose los pertenecientes á la Iglesia griega á considerar todo castigo ultra-mundano como pasajero y transitorio. Padres eminentísimos, y entre ellos san Gregorio de Niza, Orígenes y san Clemente de Alejandria, se declararon decididamente en dicho sentido, manifestando que todos los hombres, despues de un tiempo mas ó menos largo, y aun los mismos demonios, purificados y convertidos, deben al fin ser acogidos en el seno de Dios, fuente de salud y de universal ventura. Solo á contar desde san Agustín, pensador robusto, pero de carácter ardiente y exagerado, se popularizó la creencia en la eternidad de las penas del infierno.»

Bien puede decirse que apenas hay una palabra de verdad en todo este pasaje. Haciendo caso omiso de san Clemente de Alejandria, canonizado *ex cathedra* por nuestro filósofo á pesar de lo determinado y enseñado en contra por Benedicto XIV en su bula *Post-*

quam intelligimus: pasando también por alto lo de san Gregorio de Niza, que suponemos será el Nysseno ú obispo de Nyssa, hermano de san Basilio, es completamente falso, que la doctrina de la eternidad de las penas del infierno se haya popularizado solo á contar desde san Agustín. Lejos de eso, esta doctrina se halla profesada y enseñada constantemente por los Padres de la Iglesia anteriores al grande obispo de Hipona, lo mismo por los pertenecientes á la Iglesia griega que por los que pertenecen á la latina ú occidental. Si la naturaleza de este escrito lo permitiera; si á ello no se opusieran las condiciones de un artículo de Revista, tarea fácil sería para nosotros comprobar esto por medio de textos y testimonios claros y terminantes de los mismos. (1)

(1) Ya en el siglo primero de la Iglesia escribía san Clemente de Roma que á las almas de los impíos les tendría mas cuenta no ser inmortales, puesto que deben ser castigadas con fuego inextinguible: *Inmortales omnes anime sunt et impiorum, quibus melius foret non in incorruptilibus esse: nam pena sempiterna ab inextinguibili igne punitur*, etc.

Tertuliano y Minucio Félix, anteriores también á san Agustín, nos hablan, el primero de la magnitud del tormento de los condenados, el cual no solamente es muy duradero, sino sempiterno: *pro magnitudine cruciatu, non diurni, sed sempiterni*: el segundo afirma terminantemente que dichos tormentos no tendrán término: *nec tormentis, aut modus ullus, aut terminus*.

San Justino y san Ireneo enseñan abiertamente el mismo dogma, siendo notables por su claridad y energía las palabras del primero sobre esta materia, pues hablando del demonio escribe: «*Quem in ignem esse mittendum cum exercitu ipsius et hominibus, qui eum sequuntur, in æternum puniendos, Christus ante significavit.*»

Si el Sr. Eguilaz ó cualquiera otro que en sus ideas abunde quiere convencerse de esto, no necesita mas que consultar cualquiera obra de teología que trate de la materia. (1)

Cierto es que Orígenes negó la eternidad de las penas del infierno y enseñó la doctrina que el Sr. Eguilaz le atribuye con respecto á los demonios, pero esta opinion singular de Orígenes, reminiscencia de las doctrinas filosóficas de Platon y Pitágoras, fué rechazada y combatida por los Padres de la Iglesia como contraria al evangelio. Tampoco tenemos inconveniente en admitir que en las obras de san Gregorio Nysseno se encuentran algunos pasajes ambiguos sobre esta materia; pero es preciso tener en cuenta: 1.º que el valor de estos pasajes se halla desvirtuado y neutralizado en gran parte por otros contenidos en las mismas obras, en los cuales se enseña con bastante claridad la eternidad de las penas del infierno: 2.º que es muy probable que los pasajes aludidos fueron interpolados ó introducidos fraudulentamente en las obras de aquel Padre de la Iglesia griega por los discípulos y partidarios de Orígenes. Sospecha es esta que tiene en su favor el testimonio autorizado de Focio[®]

(1) Pueden consultarse entre otros, Petau, *De Ang.*, lib. III, cap. 8.º
Patuzzi, *Dissert. de sede inferni*.
Perrone, *Tract. de Deo Creat.*, p. 3.º, cap. 6.º

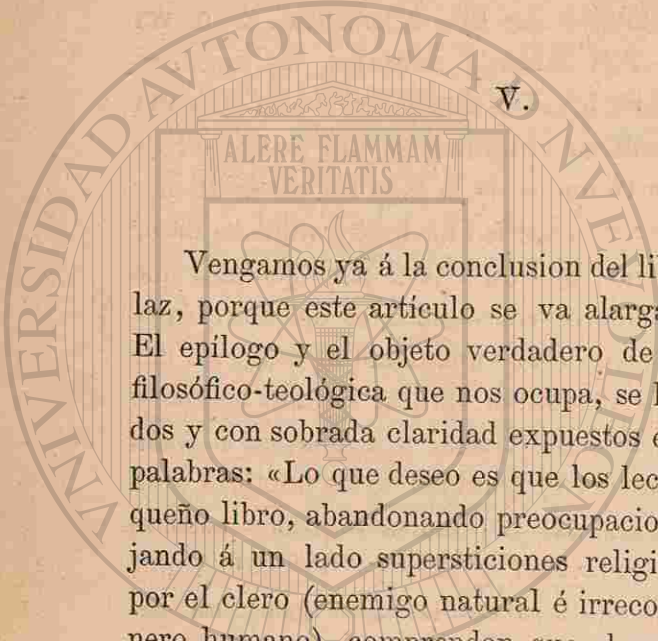
á quien nadie negará competencia en la materia, tanto por las circunstancias especiales de su vida y patriarcado, cuanto por su inmensa erudicion y segura crítica respecto á los escritores griegos (1). Escusado es añadir que esta opinion de Focio fué seguida tambien por otros escritores griegos anteriores y posteriores á él, entre otros, por san German y Nicéforo.

En todo caso, y aun cuando fuera cierto que san Gregorio Nysseno hubiera adoptado el error que el Sr. Eguilaz le atribuye, la crítica filosófica y teológica exigen que en semejantes materias se prefiera y anteponga el parecer ó doctrina general y unánime de los demás Padres y Doctores de la Iglesia, á la opinion particular de alguno que otro; porque, como observa oportunamente nuestro insigne compatriota Melchor Cano, *unius aut duorum Sanctorum auctoritas, etiam*

(1) Hé aquí cómo se espresa este escritor hablando precisamente de la opinion de Origenes sobre los condenados consignada mas ó menos explícitamente en las obras de san Gregorio de Nyssa: «Etenim quibus delirium illud placet, dæmonibus, et hominibus in æternam pœnam coniectis liberationem inde expectandam; illi (quod virum doctrina singularem, et eloquentia insignem cum agnoscerent, claramque sanctitatis existimationem per omnium ora decantatam viderent) agressi sunt claris et salutaribus ejus scriptis obscura, ac pernitiota origeniani somnii venena admixcere, virtutique homini et doctrinæ hæreticam occulte amentiam subijcere. Quare partim additamentis falsis, partim rectis argumentis violenter detortis, multa ex irreprehensibilibus ejus monumentis calumniari conati sunt. Contra quos Germanus pietatis Patronus acutum veritatis gladium stringens, et vulnere prostratos hostes reliquens, victorem, superioremque eum constituit, in quem hæretica colluvies insidias struxerat, et posuerat.»

in his quæ ad sacras litteras et doctrinam fidei pertinent, probabile quidem argumentum subministrare potest, firmum vero non potest. Y si esto tiene lugar cuando se trata de materias aun no definidas ó admitidas claramente por la Iglesia, bien podremos decir que cuando se trata de verdades declaradas y admitidas como dogmas de fé, la opinion de alguno ó de algunos Padres, pierde á los ojos del católico hasta la probabilidad que tener pudiera antes de esta definicion (1).

(1) Son notables las siguientes palabras de Vicente de Lerins á este propósito: «¿Quid si in ipsa vetustate, duorum aut trium error deprehendatur? Curabimus omino, ut collatas inter se majorum sententias lector consulat eorum, qui diversis licet temporibus et locis, in unius tamen Ecclesiæ catholicæ communionem ac fide permanentes, magistri probabiles extiterunt. Et quidquid non unus aut duo tantum, sed omnes pariter uno eodemque consensu aperte, frequenter, perseveranter tenuisse, scripsisse, docuisse cognoverit; id sibi quoque intelligat absque ulla dubitatione credendum.»



Vengamos ya á la conclusion del libro del Sr. Egui-
laz, porque este artículo se va alargando demasiado.
El epilogo y el objeto verdadero de la elucubracion
filosófico-teológica que nos ocupa, se hallan condensa-
dos y con sobrada claridad expuestos en las siguientes
palabras: «Lo que deseo es que los lectores de este pe-
queño libro, abandonando preocupaciones añejas y de-
jando á un lado supersticiones religiosas, sostenidas
por el clero (enemigo natural é irreconciliable del gé-
nero humano), comprendan que el porvenir mas allá
de la tumba no es otra cosa que el desenvolvimiento
lógico y la continuacion indefinida del presente.»

Confesamos ingénuamente que en vista de este pa-
saje, casi nos sentimos pesarosos de habernos detenido
tanto en el exámen y refutacion del libro del Sr. Egui-
laz; porque la verdad es que este solo pasaje basta para
que no solamente todo verdadero católico, sino hasta
cualquier hombre de buen sentido y de regular ins-
trucccion, forme del citado libro el concepto que mere-
ce. Escribir, en efecto, y estampar con toda seriedad

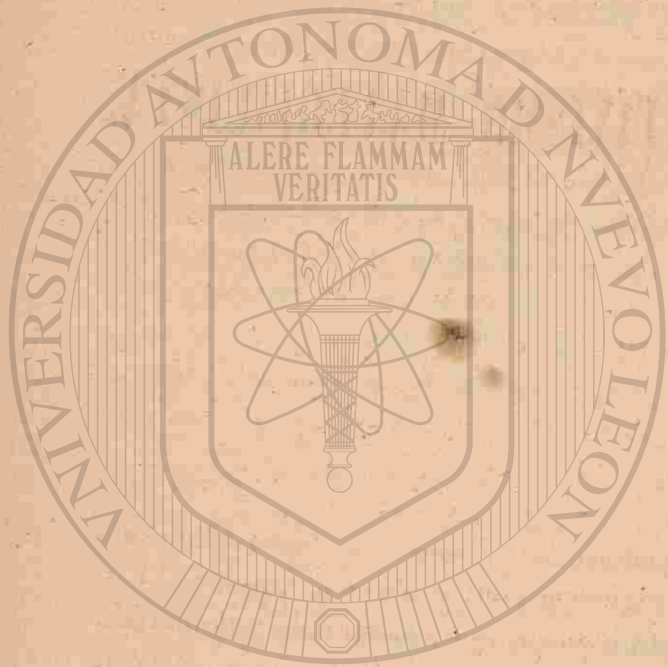
y en tono magistral que el clero católico es el enemi-
go natural é irreconciliable del género humano, es una
de aquellas afirmaciones que solo á un crítico krausista
ocurrirse puede. Los míseros mortales, los hombres
extraños á las misteriosas revelaciones de la filosofía
krausista, los hombres vulgares, en fin, podrán creer
en vista de los testimonios de la historia eclesiástica y
profana, que el clero católico ha hecho algo en favor
del género humano; podrán creer, por ejemplo, que
los Apóstoles, primeros representantes del clero cató-
lico, merecieron bien de la humanidad al desterrar del
mundo al politeísmo con su natural séquito de torpe
corrupcion y de infames vicios, y al enseñar á costa
de su sangre y su vida la igualdad de los hombres ante
Dios, base fundamental y premisa filosófica para la
abolicion de la esclavitud y para la libertad social:
podrán creer que el clero católico, es decir, los re-
presentantes de la gerarquía católica y los ministros
de Jesucristo, al proclamar con la pluma y con la
sangre propia á la faz de los tiranos y verdugos que
es preciso obedecer á Dios primero que á los hom-
bres, echaban los cimientos y arrojaban la semilla
de la libertad civil, política y religiosa en lo que
esta no se opone á la ley de Dios; podrán creer, en
fin, que el clero católico ha hecho algo en favor de
la humanidad al conservar y fomentar las ciencias y
las artes, al organizar corporaciones religiosas, hospi-
tales y toda clase de fundaciones para enseñar, mora-

lizar, redimir cautivos, cuidar de los enfermos y ejercer la beneficencia, sin excluir la del apostolado, llevando la civilización cristiana hasta los últimos fines de la tierra. Todo esto y mucho más podrán creer los que sepan leer en la historia, ó mejor dicho, todo hombre que no haya perdido la razón, siquiera no sepa leer ni haya leído la historia del cristianismo; que á pesar de esto el Sr. Eguilaz seguirá afirmando con imperturbable serenidad, y con todo el aplomo de que es capaz un discípulo de Krause que no se paga de vulgaridades, consignará, como verdad axiomática, que *el clero católico es el enemigo natural é irreconciliable del género humano.*

Nuestro semifundador de una nueva religión desea que sus lectores dejen á un lado y abandonen la religión católica de sus padres; que esto y no otra cosa significan y pueden significar *las supersticiones religiosas* de que nos habla. Nosotros abrigamos mejores deseos respecto del señor Eguilaz; nosotros deseamos y le invitamos á que, abandonando las especulaciones de una filosofía puramente hipotética y arbitraria en sus bases, y lo que es peor aun, panteísta y materialista en sus doctrinas y tendencias, dedique la inteligencia que de Dios ha recibido, á examinar los fundamentos y motivos de credibilidad, las grandes bellezas y armonías, la sublimidad y santidad de doctrinas y acciones que en la religión católica brillan. Que si esto acomete con buena fé y deseo sincero de conocer la verdad, espera-

mos que *la verdad le libraré*, usando el lenguaje de la Escritura. Bueno será también que el Sr. Eguilaz no pierda de vista que la realidad de las cosas no depende de nuestras concepciones, ni varía en virtud de nuestros juicios. Por mucho que se esfuerce en persuadirse á sí mismo y persuadir á otros que no existe el infierno, ó que sus penas no son eternas, la realidad de las cosas no cambiará por eso. Nosotros deseamos sinceramente que el Sr. Eguilaz no se vea en el caso de pronunciar, pero demasiado tarde para su felicidad, aquella fatídica palabra de la Escritura: *Ergo erravimus a via veritatis... et sol intelligentiæ non est ortus nobis... ambulavimus vias difficiles, viam autem Domini ignoravimus.*

Colegio de misioneros dominicos de Filipinas, Ocaña, Agosto de 1869.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL POSITIVISMO MATERIALISTA.

I.

Bajo el nombre de *Positivismo materialista* nos proponemos significar aquí el sistema filosófico, ó, si se quiere, antifilosófico, que exagerando y desnaturalizando el método experimental, propio de las ciencias físicas y naturales, llega por este camino á la negación de la existencia y hasta de la posibilidad de la metafísica y de la legitimidad real de la filosofía. Para el materialismo positivista no hay mas criterio de verdad que la experiencia material y sensible, no hay mas seres que aquellos cuya existencia atestiguan los sentidos; y los seres espirituales, y las causas primeras de que nos habla la metafísica, son fantasmas de una imaginación delirante, que construye á volun-

tad mundos ficticios, poblándolos de seres hipotéticos y de entes de razon. No hay mas seres reales que la fuerza y la materia, ó, mejor dicho, no hay mas realidad verdadera que la materia, la cual, merced á la fuerza de que se halla dotada, y que le es inherente, se desarrolla, se eleva, se perfecciona y se trasforma, produciendo por este medio todos los seres, cuya existencia nos revela la experiencia, tanto la externa como la que llamamos interna ó psicológica. La materia y la fuerza son eternas, inmortales é infinitas, como lo es el mundo, el cual no es otra cosa que el conjunto de cuerpos y fenómenos resultantes de la trasformacion sucesiva y de la circulacion perpétua de la fuerza como propiedad esencial de la materia, sujeta á reglas fijas, necesarias é inmutables. El alma racional ó espiritual, como sustancia distinta y superior al cuerpo, es una quimera; el pensamiento es una afeccion ó modificacion del cerebro; la libertad ó libre albedrío, una decepcion. Finalmente, la inmortalidad del alma, la vida futura, la creacion del mundo, la Providencia divina y la existencia misma de Dios como ser trascendente, personal, superior al mundo, son hipótesis mentirosas y destituidas de todo fundamento; son palabras vacías de sentido.

Tal es en resúmen el conjunto de afirmaciones que nos ofrece como la última palabra de la ciencia el materialismo positivista de nuestros dias, representado por Feuerbach, Heine, Häckel, Vogt, y sobre todo por

Büchner y Moleschott, en Alemania; por Stuart Mill, en Inglaterra; por Comte, Teine, Littré, y parcialmente por Vacherot, en Francia; bien que algunos de ellos esfuérganse en mantenerse en las esferas del positivismo sin descender al terreno propio y explícito del materialismo.

Imprudencia, sinrazon y hasta temeridad sería negar la importancia del movimiento representado por el positivismo, porque imprudencia, sinrazon y temeridad sería negar lo que está á la vista de todos; y no cabe poner en duda que la escuela positivista, al resucitar el materialismo antiguo, al renovar la lucha contra el espiritualismo, lo ha hecho y lo está haciendo con un vigor, con un aspecto de confianza en sus fuerzas, con una saña, por decirlo así, cuales difícilmente se descubrirán en sus anteriores manifestaciones. La filosofía, se ha dicho, atraviesa una crisis, amenazada como se halla por esa escuela materialista que, ora bajo el nombre de positivismo, ora bajo el de ciencia espermental, ora bajo el de doctrina crítica, tiende á socavar y destruir las verdades fundamentales que constituyen la base y el fondo de la filosofía, de la religion y de la sociedad.

No basta, pues, negar la existencia é importancia del hecho; no basta pronunciar algunas palabras de desprecio contra esta escuela, que avanza y avanza sin cesar y á cara descubierta; que apresta sus soldados para trasformar y traducir en hechos prácticos

y sociales sus teorías científicas; que por el órgano de la *Commune* de París y de la Internacional, revela paladinamente á donde va, lo que quiere, á lo que aspira. Semejante al genio del mal, el materialismo positivista con sus consecuencias lógicas y espontáneas en el terreno práctico, bate hoy sus negras alas sobre la Europa, amenazada con catástrofe tan tremenda como inevitable, si no se convierte hácia la idea cristiana, lejos de la cual viene peregrinando hace tiempo, y que es la única que puede infundirle el vigor sobrehumano que para conjurar semejantes peligros es necesario. Es preciso, por lo tanto, que todo hombre de buena voluntad, siquiera sea racionalista, acuda al campo del honor, luchando sin tregua ni descanso contra esa filosofía materialista que asfixia á la razón humana; y es mas preciso aún que el hombre creyente y el filósofo cristiano salgan al encuentro á esa filosofía que ahoga los mas nobles sentimientos del corazón humano, y que aceptando la lucha y la discusión, y colocándose en el terreno mismo á que son provocados por el positivismo, emboten sus tiros y pongan á salvo los grandes y salvadores principios de la razón humana, de la sociedad y de la religión. Escasas y casi nulas como son nuestras fuerzas, procuraremos llevar nuestra piedra, siquiera sea pequeña, al muro que la razón y la fé, la filosofía y la religión deben levantar de consuno para resistir los embates del positivismo contemporáneo, sobre el

cual vamos á emitir algunas breves reflexiones, encaminadas á demostrar que sus afirmaciones y negaciones con relacion á la metafísica, á la realidad espiritual y á las causas primeras, son infundadas, arbitrarias é inadmisibles en el terreno mismo de la ciencia positiva y experimental, único criterio de verdad para esta escuela; y que enfrente de esta escuela y de sus aplicaciones morales y sociales, sintetizadas en la Internacional, es preciso afirmar la idea católica de Dios y el principio de la caridad como síntesis del verdadero espiritualismo en el orden filosófico y en el orden social.

II.

Como, en nuestra opinion, el conocimiento del origen é historia de una doctrina importa mucho para su refutación, y es la primera condicion de su discusión racional y científica, diremos algunas palabras sobre el origen é historia del sistema que nos ocupa.

El materialismo positivista de nuestros dias es una fase y una manifestación parcial del racionalismo, ó en otros términos, el racionalismo es el antecedente

lógico y la premisa necesaria del positivismo materialista. Bien se nos alcanza que esta afirmación suscitará las iras y las reclamaciones de no pocos racionalistas contemporáneos, defensores decididos del espiritualismo; pero tampoco se nos oculta que el espiritualismo racionalista y anticristiano es un espiritualismo esencialmente incompleto, que se halla arrastrado por la necesidad de la lógica á conceder con una mano al positivismo materialista, lo que con otra pretende negarle. Por esto y porque no se nos oculta que la afirmación antes consignada parecerá tal vez infundada y hasta paradójica á algunos de los lectores de esta Revista, vamos á emitir algunas reflexiones sobre la afinidad y filiación que existe entre el racionalismo y el materialismo contemporáneo de los positivistas.

Es un hecho histórico, digno de notarse, que después que el cristianismo apareció sobre la tierra para salvar al mundo de la ruina intelectual y moral que le amenazaba, la doctrina materialista desaparece como teoría filosófica, revelándose solamente de vez en cuando en el terreno práctico y moral en las varias herejías de los priscilianistas, albigenses, hermanos del libre espíritu, con otras análogas derivaciones del antiguo gnosticismo emanatista y materialista, derivación á su vez del maniqueísmo. Solo cuando la razón humana levanta por boca de Lutero el grito de rebelión contra la razón divina; solo cuando la filosofía

dejó de marchar de acuerdo con la religión en la escuela empírica de Bacon y en la semiracionalista de Descartes; solo, en fin, cuando la lógica, desenvolviendo y desarrollando los gérmenes y las consecuencias separatistas encerradas en estas dos escuelas y en el principio del libre exámen, convirtió y trasformó en movimiento de hostilidad y separación el movimiento cartesiano, en movimiento esencialmente racionalista el principio del libre exámen, proclamando la independencia y autonomía absoluta de la razón humana, apareció en medio de la Europa el materialismo degradante. Obligado á ocultar su frente en el polvo de la tierra, y sus tentativas criminales y vergonzosas en las tinieblas de las sociedades secretas desde la aparición del cristianismo, el cual parecía haber desterrado para siempre de la humanidad sistema tan contrario á la religión y á la moral, como á la dignidad del hombre, presentóse de nuevo en la escena del mundo bajo los auspicios de los enciclopedistas. Porque ¿qué fué el materialismo del pasado siglo sino una manifestación concreta y lógica del racionalismo? ¿Qué otra cosa significa esa pléyade de materialistas franceses é ingleses, mas que la conjuración orgullosa de la razón humana contra la razón divina revelada en el catolicismo y por el catolicismo? Que esto y no otra cosa significa y revelan los nombres de Collins, Toland, Woolston, Chubb y Boling-broke en Inglaterra, sentando unos las premisas racionalistas y deistas, y sacando otros

las consecuencias sensualistas y materialistas. Otro tanto puede decirse de los principales representantes del materialismo francés, que no hicieron mas que seguir los pasos de los racionalistas ingleses citados, además de los deistas Voltaire y Rousseau, haciendo aplicaciones mas ó menos directas y lógicas de sus doctrinas al materialismo y al ateísmo; porque es preciso no olvidar que, según la exacta y profunda observación de Bossuet, *el deísmo es un ateísmo disfrazado*.

Ni podía suceder de otra manera. Es un hecho constante desde el origen del cristianismo; es una ley reconocida y fácil de ser comprobada por cualquier observador imparcial del desarrollo histórico del cristianismo, que á medida y á proporción que una doctrina filosófica se separa de la idea cristiana, se separa en la misma medida y proporción de la recta razón y del sentido común; porque la razón humana pierde su vigor y energía nativa, se debilita y oscurece á medida que se separa del cristianismo, en atención á que á este debe la razón humana la posesión plena, pacífica y segura de algunas grandes verdades, conocidas de una manera imperfecta é insegura por la filosofía pagana; y la adquisición de otras nuevas que esta ó ignoraba por completo, ó apenas había vislumbrado y como presentido.

Avancemos un paso mas en el estudio de las relaciones entre el materialismo y el racionalismo, y acercándonos ya al positivismo contemporáneo, y exami-

nando de cerca su naturaleza, sus caracteres, su manifestación histórica, veamos si tiene algo de común con el racionalismo.

Nadie nos negará, sin duda, que el panteísmo es la forma mas importante, mas general y hasta mas científica del racionalismo en el siglo presente.

En nombre y á la sombra del panteísmo se han dirigido los mas rudos y perseverantes ataques contra el orden sobrenatural y contra la religión como manifestación divina y revelada. Tampoco es posible desconocer que el hegelianismo es la expresión mas elevada, la síntesis mas completa y filosófica del panteísmo. Pues bien: nosotros vamos á probar que el hegelianismo encierra en su seno el materialismo; que el positivismo grosero y brutal, por decirlo así, de Büchner y Moleschott, es una derivación lógica, ¡quién lo creyera! de la teoría hegeliana; en una palabra, que es muy pequeña la distancia que en el terreno intelectual separa la filosofía de la naturaleza de Hegel de la *Fuerza y Materia* de Büchner, de la *Circulación de la vida* de Moleschott, lo mismo que de las teorías transformistas de Lamarck y Darwin.

En la imposibilidad de exponer toda la concepción hegeliana, lo cual exigiría un libro, condensaremos el pensamiento del filósofo alemán sobre el origen, desarrollo y constitución ó formación definitiva de lo que llamamos mundo externo ó naturaleza, en las siguientes proposiciones.

1.^a Lo que llamamos mundo externo, naturaleza, mundo de los cuerpos, no es mas que el pensamiento objetivado. El universo objetivo, ó sea la totalidad de los objetos, coincide y se identifica con el universo *sujetivo*, es decir, con el pensamiento, el cual, al objetivarse, se convierte en naturaleza, se da á sí mismo un cuerpo, llega á ser mundo externo y material.

2.^a Así como el *Ser* abstracto ó puro es el principio y el punto de partida para la creación de los seres lógicos, ó sea de las categorías, como conceptos puros de la razón, así el *espacio* constituye el punto de partida y el principio universal del universo real y objetivo. En virtud de la ley del *llegar á ser* ó del movimiento necesario resultante de la contradicción que encierra el espacio, como la encierra el Ser puro, el cual es á la vez ser y nada, el espacio se transforma en *materia*.

3.^a Las transformaciones sucesivas, espontáneas y necesarias de esta *materia-principio*, dan origen al mundo *astronómico*, al mundo *químico* y al mundo *orgánico*. El mundo astronómico es el resultado de la evolución de la materia en cuanto regida, animada y gobernada por el movimiento que se revela en las leyes de la atracción y de la gravitación; es la materia *mecanizada*, si es lícito hablar así. El mundo químico es la transformación del movimiento mecánico y externo en movimiento interno ó molecular de la sustancia, la materia experimenta una evolución ascendente, y

el movimiento local, externo y simplemente especial del sistema sideral, se convierte en luz, electricidad y calor. Finalmente, la materia experimenta una nueva metamorfosis, é impulsada por la ley interna de la contradicción y del desenvolvimiento ó *venir á ser*, se transforma en mundo orgánico, ó lo que es lo mismo, aparecen los seres organizados.

4.^a Todas las evoluciones y transformaciones sucesivas y espontáneas de la materia, se realizan por medio de transiciones insensibles, las cuales dan origen y contienen la razón suficiente de la gradación que observamos en los varios cuerpos de la naturaleza, y con especialidad en los organismos vivientes, desde el vegetal mas rudimentario hasta el hombre. La ley de la vida, que es en el fondo la ley del desarrollo lógico de la *Idea*, transforma el vegetal en zoofito, el zoofito en crustáceo, el crustáceo en molusco, el molusco en insecto, en pez, en reptil, en pájaro, etc., hasta llegar al hombre, expresión última del poder de la *Idea-materia*.

5.^a De aquí es que lo que llamamos alma espiritual y racional, el hombre espíritu, es una eflorescencia de la materia en cuanto sujeta á la ley del movimiento progresivo y del desarrollo ascendente. Como el compuesto químico es una transformación y una derivación del astro ó sistema sideral, la planta una metamorfosis de la sustancia química y el animal una planta perfeccionada, así el hombre aparece espontáneamente en

la cumbre de la escala animal, escala que contiene la preformación virtual del hombre en su ser ó realidad corporal, lo mismo que en su inteligencia, cuya precursora natural es la sensación. En una palabra: la sustancia universal y única, ó sea la *Idea*, se manifiesta y desarrolla en una serie ascendente de formas, desde la materia pura é informe, hasta el espíritu. De progreso en progreso, de grado en grado, y en fuerza de la ley necesaria y fatal del desarrollo y movimiento progresivo (*devenir, werden*), el movimiento local ó mecánico del sistema sideral se transforma en fuerza química, la fuerza química en fuerza vital, y esta, marchando siempre por gradaciones sucesivas y ascendentes, representadas en las diferentes especies de vegetales y animales, aparece por fin en el hombre como inteligencia, y se transforma en fuerza consciente y libre, de ciega é inconsciente que era en el animal.

No es difícil reconocer la estrecha afinidad, por no decir identidad, que existe entre la concepción materialista y la concepción hegeliana de la naturaleza ó del mundo, que se halla resumida en las precedentes proposiciones.

Desde el momento en que no vemos en el mundo externo y material más que un pensamiento que se desarrolla y objetiva, y en el pensamiento ó espíritu solo vemos á la naturaleza que alcanza la conciencia de sí misma, la identidad real entre el cuerpo y el espí-

ritu, entre la materia y el pensamiento, es inevitable y queda implícitamente reconocida.

Si el materialista dice que todo cuanto existe se resume en la materia y es efecto de esta modificada y desarrollada por la fuerza, Hegel dice á su vez que todo cuanto existe, divino ó humano, material ó espiritual, se reduce á la materia desarrollada en diversos sentidos, transformada y metamorfoseada por la ley necesaria ó lógica del movimiento continuo y progresivo, del *venir á ser*.

Para el materialista, el ser ó sustancia que preexiste á la inteligencia ó pensamiento del hombre, es la materia; para Hegel es la *Idea*, la cual se transforma primero en materia y después en inteligencia, y *llega á ser pensamiento* en virtud del movimiento lógico de la misma, así como la materia del positivista llega á ser inteligencia ó pensamiento en virtud del movimiento ó transformación realizada en la materia por la fuerza. Apellidada á la *Fuerza* de Büchner movimiento dialéctico, *werden* de la *Idea* hegeliana; apellidada igualmente *Idea* á la *Materia* de Büchner, y vereis que la concepción de este y la de Hegel, en orden al origen y naturaleza íntima y real de las cosas, son idénticas en el fondo, á pesar de su diferencia en el nombre y en la forma.

Añádase á esto que la teoría hegeliana es incompatible con la idea de un Dios personal y trascendente, toda vez que para Hegel, Dios ó el Absoluto no es

mas que el resultado, ó mejor dicho, el conjunto de las formas ó fases de la Idea. Por eso se ha dicho con razon, que si se habla de un Dios *trascendente*, es decir, personal, real y distinto del hombre y del mundo, no hay filósofo mas ateo que Hegel. Escusado es añadir que la inmortalidad personal del alma, la Providencia divina y la creacion del mundo, son afirmaciones de la filosofía espiritualista, absolutamente incompatibles con la doctrina del filósofo alemán, el cual coincide tambien y se identifica con la escuela materialista por parte de la negacion de estas verdades. ¿Será de estrañar, despues de esto, la aparicion del materialismo contemporáneo? ¿No es, por el contrario, un movimiento espontáneo, natural y lógico, dada la influencia, que sobre los espíritus racionalistas ó separados de la verdad religiosa, vino ejerciendo por espacio de muchos años? Preciso es, pues, reconocer y confesar que los Bauer, Feuerbach y en general la izquierda hegeliana, lo mismo que los Vogt, los Büchner y los Moleschott, para no salirnos de la Alemania, son, á la vez que los representantes y restauradores del *Sistema de la Naturaleza* del barón d'Holbach y del libro de *De natura rerum* de Lucrecio, los sucesores legítimos y los representantes lógicos del hegelianismo. La trasformacion de este en materialismo puro y explícito, inevitable en el terreno de la lógica, como acabamos de ver, fué además favorecida y como precipitada por el realismo atomista de Herbart, y por

el criticismo experimental y materialista de Schopenhauer, á pesar y en medio de sus tendencias místico-budhistas.

III.

Si hemos dicho arriba que todo hombre de buena voluntad, *siquiera sea racionalista*, debe luchar contra el positivismo materialista, es porque creemos que puede ser mas ó menos útil y aceptable el concurso de todo hombre de buen sentido moral y social, cuando se trata de combatir errores de tanto bulto, y sobre todo errores que tan funestas consecuencias llevan consigo en el orden moral y social. Empero esto no obsta para que creamos que el concurso del racionalismo, siquiera se apellide este moderado y espiritualista, es por necesidad lógica un concurso relativamente estéril, infecundo é ineficaz, y esto por dos razones principales, entre otras: 1.º porque su movimiento ó desarrollo histórico envuelve un pensamiento de hostilidad encubierta contra el espiritualismo de la filosofía cristiana, verdadera y completa antítesis del materia-

lismo positivista: 2.ª porque el espiritualismo racionalista es un espiritualismo esencialmente incompleto, incapaz por lo mismo de resistir de frente al materialismo, ni de parar sus golpes.

Que al finalizar el siglo XVIII, y en los primeros años del actual, la Europa se hallaba encorvada, dominada, subyugada por la filosofía sensualista y materialista, es un hecho de indiscutible certeza histórica, como lo es también que durante la primera mitad del presente siglo se ha realizado un movimiento de restauración en sentido espiritualista y de reacción contra el materialismo. Y es digno de notarse que este movimiento de restauración no debió su origen ni su primer impulso á la filosofía, sino al Cristianismo. La reacción espiritualista manifestóse en el espíritu público antes que en las cátedras de filosofía. Mientras estas seguían enseñando la doctrina de la sensación y de la materia, apareció en medio de la Europa un libro que hizo vibrar sus fibras con fuerza desconocida, determinando en el mundo de la ciencia y de la moral una reacción enérgica contra una filosofía que asfixiaba las almas y ahogaba sus más nobles sentimientos. El cantor de *Los Mártires*, al publicar su *Genio del Cristianismo*, produjo profunda sensación y reacción inmensa en el espíritu público, porque este libro, sin ser de gran valor intrínseco, hacía brillar á los ojos del alma abatida, envilecida y violentada por el sensualismo y el materialismo, la luz de la verdad y del

bien que estas teorías le arrebatáran; era la repercusión sonora de la aspiración á la verdad, al orden moral, á Dios, que se agitaba sordamente en el fondo de la conciencia humana. La impulsión estaba dada, y Bonald, Maistre, Lammennais, Montalembert, Lacordaire, Augusto Nicolás, Balmes y Ráulica, uniendo sus esfuerzos y trabajando de consuno bajo la gloriosa enseña del Catolicismo, arrollaban más y más al sensualismo racionalista bajo todas sus formas y manifestaciones, y hubieranle hecho desaparecer, á no haber sido detenida y retardada su marcha por el racionalismo panteísta, y también por el racionalismo espiritualista.

Nada necesitamos decir del primero, después de lo que dejamos consignado sobre el hegelianismo. ¿Qué hacía entre tanto el racionalismo espiritualista? Hélo aquí en pocas palabras.

Sorprendido y como arrastrado por el movimiento general hacia el espiritualismo cristiano provocado por Chateaubriand, continuado, sostenido y acrecentado por los sucesores de este, unió su voz tardía á la de estos, protestando con más ó menos fuerza contra las teorías sensualistas y materialistas, de una manera tímida y vergonzante primero por la boca de Laromiguiere, de una manera más decidida y vigorosa por boca de Royer-Collard, de Maine de Birán, de Cousin, de Jouffroy, Damiron y demás adeptos y partidarios de la escuela escocesa y de la escuela eclécti-

ca. Colocándose á la cabeza del movimiento espiritualista iniciado por el *Genio del Cristianismo*, estos filósofos contribuyeron á su desarrollo en el terreno científico; pero por desgracia, solo uno de ellos supo asimilarse completamente la verdad de la filosofía espiritualista. Solo Maine de Birán supo llegar en alas de su genio, y sobre todo de su buena fé y sincero deseo de la verdad, hasta el espiritualismo cristiano, que es el único verdadero, el único completo, el único sólido y filosófico. Porque hoy, despues de la publicacion de las obras póstumas de este escritor, no cabe dudar que la filosofía cristiana y el espiritualismo creyente representan la última evolucion de su razon, la última etapa de su movimiento ascendente en la investigacion de la verdad.

¿Qué hacian entre tanto sus colegas? Dominados por la preocupacion racionalista y anticristiana, detenianse bruscamente en medio de su carrera. Sin atreverse á llegar á las últimas deducciones espiritualistas que imperiosamente reclamaba la lógica, impedian, retardaban y hasta contrariaban directamente la restauracion y afirmacion del espiritualismo cristiano. En medio de sus deferencias mas ó menos interesadas hácia el cristianismo, el eclecticismo, representante legítimo de este racionalismo que se complacia en apellidarse espiritualista, dirigia contra la religion católica ataques tanto mas peligrosos en el fondo, cuanto mas disimulados, indirectos y como velados por for-

mas corteses se presentaban. Proclamaba la utilidad y necesidad del cristianismo para la educacion y moralidad de las masas, pero negaba al propio tiempo con formas mas ó menos suaves su divinidad. Recomendaba y aprobaba el acuerdo entre la filosofía y la religion católica, pero sin perjuicio de dirigir contra la última ataques más ó menos disfrazados, fingiendo combatir al misticismo. La filosofía, decian sus adeptos, no debe marchar subordinada á la religion, ni siquiera al lado de esta, porque la filosofía es en realidad superior á la religion, como la razon refleja es superior á la razon espontánea. En una palabra: para el eclecticismo, la razon humana no solo es absolutamente independiente y autónoma, sino superior á la religion; el cristianismo, una forma pasajera é incompleta de la verdad, que debe desaparecer en un periodo mas ó menos largo para dar lugar á la filosofía, expresion genuina, completa y única de la verdad humana y de la verdad divina. El orden sobrenatural y divino, proclamado por el catolicismo, es una hipótesis buena, porque es útil para dirigir las masas; es una verdad, porque es una ficcion provechosa; pero su dominio se reducirá paulatinamente á medida que la filosofía ensanche el suyo, para desaparecer completamente cuando el género humano haya aprendido á pensar ó filosofar.

Tal es en resúmen el pensamiento sintético de los principales representantes del eclecticismo con respecto

á la religion cristiana ó revelada; y escusado es añadir que este pensamiento coincide en el fondo con el pensamiento de los enemigos mas decididos y encarnizados del cristianismo. ¿Qué mas pueden desear el panteista y el materialista, el solidario y el afiliado de la Internacional? Negada la existencia del orden religioso divino; negada la divinidad del cristianismo, y afirmada la necesidad de su sustitucion por la filosofía, la diferencia entre el ecléctico por una parte, y el materialista é internacionalista por otra, se reduce á bien poco; se refunde en una cuestion de forma y de oportunidad. El primero quiere despedir al cristianismo en su dia, cuando la filosofía se encuentre en estado de recoger su herencia; los segundos quieren que esto tenga lugar inmediatamente: el primero desea que la despedida no sea brusca ni precipitada, y sobre todo que se verifique guardando las formas y con toda la política posible: los segundos van derechos al objeto, y les importa poco que la despedida tenga lugar en medio de torrentes de sangre y al resplandor de las llamas alimentadas por el petróleo, con tal que se ejecute pronto y se consiga el objeto apetecido.

Y no se crea que esta afinidad real con lo que pudiéramos llamar partidos radicales de la filosofía, sea propia y exclusiva del racionalismo semiespiritualista de los antiguos eclécticos: el racionalismo espiritualista moderno, ó que pretende pasar por tal, el racionalismo contemporáneo, representado por Saisset, por Julio Simon, por Lemoine, por Leveque, por Janet y demás racionalistas de nuestros dias, acaricia las mismas ideas y mantiene las mismas relaciones de afinidad, por no decir de identidad, con las escuelas revolucionarias y avanzadas. Véase en prueba de ello cómo se expresa el primero al esponer la mision de la razon y de la filosofía en sus relaciones con la verdad religiosa ó cristiana.

«La distincion entre las verdades naturales y las sobrenaturales, es para nosotros una distincion completamente artificial. La verdad se muestra aquí bajo la forma de una religion; allá bajo la forma de una filosofía.

A través de esta variedad de formas, la razon conserva su identidad; permanece siendo la fuente única de lo verdadero, inmutable en su fondo, variable y progresiva en sus manifestaciones; divina por sus leyes y su esencia, humana por sus formas variables é imperfecciones necesarias.

La filosofía, que es la razon bajo su forma refleja, abraza por lo tanto toda la verdad. Su mision es comprenderlo todo y esplicarlo todo, sistemas religiosos, sistemas filosóficos, teología, ciencias, simbolos, cultos... Nosotros concedemos todo esto; pero la cuestion consiste ahora en elegir entre estos dos métodos: el uno que consiste en estender cada dia el ejercicio del ministerio espiritual de la filosofía por el movimiento

regular de las ideas, por medio de una crítica sosegada y profunda de las instituciones religiosas: el otro que quiere trabar desde luego una lucha violenta, provocar la caída de instituciones respetables, sin saber cómo ni con qué llenar en seguida la laguna inmensa que se habría dejado en las almas.»

Como se ve, la tesis racionalista de Saisset es idéntica con la tesis de Cousin y de su escuela, y lo que importa más á nuestro propósito, una y otra coinciden en el fondo con la tesis de las escuelas más revolucionarias, avanzadas y radicales contra el espiritualismo cristiano, de las cuales solo se hallan separadas por cuestiones secundarias y de forma más bien que de fondo.

Hé aquí por qué hemos sentado arriba que el concurso racionalista y el combate del espiritualismo anticristiano contra el materialismo, son por necesidad lógica é indeclinable, ineficaces, infecundos y relativamente estériles.

Es preciso no hacerse ilusiones: la historia y la lógica demuestran de consuno que si la filosofía espiritualista ha de luchar con ventaja contra la filosofía materialista, es necesario que se haga cristiana, porque solo asimilándose la verdad cristiana, será verdaderamente espiritualista.

La lucha del espiritualismo contra el materialismo no puede ser eficaz, fecunda, victoriosa y regeneradora, sino á condición de hallarse informada por el

catolicismo, que es la religión del espíritu: el triunfo contra las diferentes formas de la filosofía negativa, el escepticismo, el materialismo, el panteísmo y el ateísmo, no puede conseguirse, y sobre todo no puede ser decisivo, estable, ni fecundo en el orden moral social, si no recibe vigor y fuerza del espíritu cristiano ó divino, único capaz de vivificar las ciencias, las costumbres y las sociedades. ¿Qué puede esperarse, además, en esta lucha gigantesca del error contra la verdad y de la revolución contra el orden que hoy presenciamos, de una filosofía que en medio de sus pretensiones espiritualistas, tiende una mano al panteísmo y otra al positivismo?

Porque ello es cierto que la filosofía racionalista prepara el camino y dá fácil entrada al materialismo positivista con sus negaciones relativas al espiritualismo cristiano y á la verdad católica. Al rechazar los dogmas cristianos á causa de su incomprendibilidad, de su forma misteriosa y de su elevación sobre la razón humana, autoriza indirectamente al positivista para rechazar y negar los misterios filosóficos que nos presenta la metafísica acerca del infinito, y la psicología acerca del alma humana. El racionalista que rechaza y niega los milagros no tiene derecho para exigir del materialista el reconocimiento de la creación, que es el primero y el mayor de los milagros. La oración es la expresión más universal y legítima de la relación del hombre con Dios, y una de las deduccio-

nes mas aparentes y lógicas de la existencia divina; y ello es indudable que el racionalista, al negar la utilidad y la eficacia de la oracion, suponiendo que no puede ser eficaz á causa de la inmutabilidad de las leyes naturales y de la voluntad divina, prepara el camino al partidario del positivismo materialista para afirmar que el mundo se rige por la ley del fatalismo, y que es una ilusion la libertad humana. En suma: el racionalismo espiritualista, al separarse del espiritualismo cristiano, queda parcialmente desarmado, sin poder parar los golpes del materialismo, siendo digno de notarse que los mismos adeptos mas ó menos exactos y parciales de este se han apercibido de la debilidad relativa y de la inconsecuencia inherentes al espiritualismo racionalista. « Rogamos humildemente, escribe Vacherot, á nuestros amigos de la escuela espiritualista que nos expliquen semejantes misterios filosóficos antes de levantar el grito contra los misterios de la teología ortodoxa. No vemos en verdad que la *creacion* de la materia sea mas inteligible que la *encarnacion* de la Divinidad; ni que sea mas fácil comprender el ser, la vida, el pensamiento fuera del espacio y del tiempo, que la unidad de tres personas divinas en una sola y misma naturaleza. Puede decirse que, bien mirado, hallaremos que los misterios de la teología, tomados como símbolos, encierran una idea y una verdad, al paso que en el fondo de una *cierta metafísica* no encontramos mas que contrasentidos.»

El espiritualismo racionalista no ha podido librarse de esta acusacion de inconsecuencia, sino haciendo una especie de conversion hácia el panteísmo, al cual se aproxima evidentemente Janet, uno de sus principales representantes, lo cual demuestra la verdad de lo que antes hemos consignado acerca de la tendencia y como gravitacion espontánea del racionalismo espiritualista hácia el panteísmo. Véase sino el siguiente pasaje del citado M. Janet: « La *creacion ex nihilo* es un misterio incomprendible que no queremos ni afirmar ni negar: está fuera de la ciencia. La unidad de sustancia es un dogma oscuro y vago, tan oscuro como es la noción misma de sustancia. Esta doctrina responde á una necesidad de la imaginacion, no de la razon. Se quiere saber de qué tela están hechas las cosas, y se cree que Dios las compone con su sustancia, como un sastre hace un vestido con paño. A esto responden los teólogos que el paño salió de la nada: mas para los unos y para los otros es necesario el paño. Nosotros no afirmamos ni negamos la unidad de sustancia; no comprendemos esta unidad, ni tampoco la doctrina opuesta. Piénsese como se quiera sobre esto, porque la filosofía espiritualista no toma cartas en este punto.»

O nosotros no sabemos leer, ó la doctrina consignada en este pasaje se halla muy cerca del panteísmo. Cuando ni se afirma ni se niega la *creacion ex nihilo*, y sobre todo, cuando ni se afirma ni se niega la unidad y distincion sustancial entre Dios y el mundo, se

hace una profesion, por lo menos implícita, de panteísmo. No afirmar positivamente, ó abandonar la distincion real y sustancial entre Dios y las criaturas, equivale á proclamar la consustancialidad de estas con aquel, y consiguientemente á no reconocer la distincion entre lo finito y lo infinito, entre lo humano y lo divino, entre el mundo y Dios. ¿Qué mas puede exigir ó desear el panteísmo?

En conclusion: el espiritualismo racionalista es impotente para luchar con ventaja y resultado contra el materialismo positivista, porque aparte del lado flaco que presenta á los ataques de este, no puede conservar la posicion intermedia que afecta tomar entre el materialismo y el espiritualismo cristiano. La historia y la lógica demuestran de consuno que esta posicion es insostenible por mucho tiempo; porque si no se transforma é identifica con el cristianismo, se acercará insensiblemente al panteísmo. Tal es la síntesis de las reflexiones en el presente párrafo consignadas.

IV.

Háse dicho, y es frase generalmente repetida, que la verdad es una é idéntica, pero múltiple y diferente el error. Sin negar el fondo parcial de verdad y exactitud encerrado en la primera parte de la frase, creemos que la segunda no es igualmente exacta. Como la verdad tiende á asimilarse á la verdad y hácia ella gravita, no de otra manera puede decirse que el error gravita hácia el error.

Consignadas quedan ya las intimas relaciones de afinidad y hasta de relativa identidad que existen entre el panteísmo hegeliano y el materialismo, así como tambien entre las teorías positivistas y el espiritualismo racionalista. No sería difícil extender y aplicar esta observacion á la mayor parte de los diferentes sistemas erróneos que se disputan el campo de la ciencia; pero no permitiéndonos la índole especial de este trabajo entrar en consideraciones concretas y de-

talladas sobre la materia, nos limitaremos á llamar la atención sobre las estrechas relaciones de afinidad que ligan y acercan la escuela crítica contemporánea y la escuela darwiniana al positivismo materialista.

A poco que se reflexione, en efecto, sobre las afirmaciones y tendencias fundamentales del criticismo contemporáneo, ora se hable del que pudiéramos apellidar idealista, representado por Renan, ora del representado y desenvuelto por Vacherot, que pudiera denominarse criticismo positivista, no es posible desconocer que esas afirmaciones y tendencias gravitan con todo su peso hácia las teorías materialistas del positivismo, con las cuales coinciden en el fondo. Si el jefe del moderno positivismo escribe que la ciencia positiva debe conducir á Dios hasta sus fronteras y despedirle allí *dándole gracias por sus servicios provisionales*, bien puede decirse que el autor de los *Estudios de historia religiosa* va mas lejos aun, toda vez que para él, Dios carece de objetividad real, concreta y personal, y su idea se resuelve en un conjunto de abstracciones, producto y concepción de la razón. «Dios, Providencia, inmortalidad, son otras tantas palabras viejas, un poco pesadas acaso, que la filosofía interpretará en sentidos mas y mas refinados, pero que no podrá sustituir jamás con ventaja. Bajo una forma ú otra, Dios será siempre el resumen de nuestras necesidades supra-sensibles, la categoría de lo ideal, es decir, la forma bajo la cual concebimos lo ideal, como

el espacio y el tiempo son las categorías de los cuerpos, es decir, las formas bajo las cuales concebimos los cuerpos.» (1)

¿Hay aquí mucha distancia, ó mejor dicho, existe en realidad alguna diferencia entre esta doctrina y la profesada por los partidarios del positivismo materialista? Persuadidos estamos que el mismo Büchner no tendria gran dificultad en admitir la teoría de Renan, porque ninguna dificultad encontraria en admitir un Dios que se resuelve en una *categoría ideal*, un Dios, una Providencia y una inmortalidad, palabras viejas y resumen de nuestras necesidades supra-sensibles. Para el autor de la *Vida de Jesus*, lo mismo que para el positivismo materialista, la naturaleza física no conduce á Dios ni demuestra su existencia; el bien y el mal son indiferentes para Dios, ó lo que viene á ser lo mismo, no existen en realidad como esencialmente distintos. «Lejos de revelar á Dios, la naturaleza es inmoral: el bien y el mal le son indiferentes.» (2) Despues de esto, ya no son de extrañar las siguientes palabras del mismo: «Mas bien que en las fórmulas abstractas de una teodicea artificial, veo lo divino en la naturaleza y en la historia. Lo absoluto de la justicia y de la razón no se manifiesta mas que en la hu-

(1) Renan, *Etud. de Histoire relig.*, pág. 419.

(2) Renan, *Avenir de la Metaphysique*.

manidad; considerado fuera de la humanidad, este absoluto *no es mas que una abstraccion.*» (1)

Intimas y reales como son las relaciones de afinidad entre la teoría crítica de Renan y el positivismo materialista, son mas estrechas aun, si cabe, las que existen entre el último y la teoría crítico-positivista de Vacherot. Cualquiera, en efecto, que haya compulsado sus obras, cualquiera que haya leído especialmente la que lleva por título *La Metaphysique et la Science*, no puede desconocer que para el filósofo francés, Dios, como ser distinto del mundo, se reduce á una mera concepcion de la razon; que no existe mas realidad objetiva que el cosmos que constituye el Todo, el ser universal y que coincide con el infinito; que el cielo, en fin, por Dios habitado, no es otra cosa mas que el *Pensamiento* que concibe el Ideal supremo, es decir, la perfeccion abstracta, la concepcion racional del Perfecto sin realidad objetiva; pues, para Vacherot, *ninguna realidad puede ser Dios... lo Ideal solamente es Dios* (2).

Para que no se crea que desfiguramos la doctrina del citado filósofo, transcribiremos algunos pasages, tomados, por decirlo así, al acaso, de su citada obra, que espresan con bastante claridad su pensamiento sobre la materia que nos ocupa.

(1) Renan, *Avenir de la Metaphysique*.

(2) *La Metaphysique et la Science*, t. 3.º, pág. 284, seg. edic.

«Para mí, escribe, (1) el mundo, el ser cósmico es el ser infinito, universal, absoluto, necesario, indestructible en su sustancia, que se basta á sí mismo en todo y para todo, ser, movimiento, orden y progreso de las cosas. Todo poder, toda fuerza, toda belleza, toda virtud real, todo principio de progreso existe en él.» Este pasage bastaria por sí solo para demostrar que es muy pequeña, si ya no es nula, la diferencia que existe entre la teoría de Vacherot y el positivismo materialista. Cuando se pretende y afirma esplicitamente que el mundo es un ser infinito, absoluto, necesario é indestructible en su sustancia; cuando se asienta que este mundo se basta á sí mismo en todo y para todo, siendo á la vez principio y razon de todo ser, de todo movimiento, de todo progreso, no hay derecho alguno para rechazar las teorías positivistas y materialistas. El pensamiento aquí consignado coincide con la idea fundamental del positivismo materialista, se identifica en el fondo con el pensamiento de Büchner y de Moleschott, de Hæckel y de Vogt con los demás adeptos del positivismo. Para Vacherot, como para estos, el mundo ó la naturaleza lo es todo, es la única realidad objetiva, al paso que la idea de Dios es ó una ficcion, ó una pura abstraccion de la razon humana, es decir, la idea de la perfeccion formada por

(1) *La Metaphysique et la Science*, t. 1.º, pág. 18—19.

el pensamiento, el ideal supremo, pero al cual no corresponde una objetividad real ni menos adecuada.

Doctrina es esta profesada por nuestro filósofo de la manera mas explicita, segun se desprende de los siguientes pasages, entre otros muchos que pudiéramos citar. «Una teología racional se guarda de los dos errores indicados. Esta teología separa á Dios del mundo concibiéndole como el Ideal supremo, pero sin crearle una existencia solitaria y vacía mas allá del tiempo y del espacio: ella le mantiene en el cielo siempre accesible del Pensamiento.» (1) «Perfeccion y realidad, añade, (2) envuelven contradiccion. La perfeccion no existe, no puede existir mas que en el pensamiento. Pertenece á la esencia de la perfeccion, ser puramente ideal... Obstinarsse en reunir en un mismo sugeto la perfeccion y la realidad, equivale á condenarse á contradicciones las mas palpables. Para convencerse de ello basta leer á san Agustin, Mallebranche, Fenelon, Leibnitz... ó es un Dios perfecto, ó un Dios real: es preciso que la teología elija entre estos dos extremos. El Dios perfecto no es mas que un ideal... Por lo que hace al Dios real, este vive y se desarrolla en la inmensidad del espacio y en la eternidad del tiempo: se nos presenta bajo la variedad infinita de formas que lo manifiestan: es el Cosmos.»

(1) *La Métaphysique et la Science*, t. 3.º, pág. 278.

(2) *Ibid.*, pág. 247.

«Nuestra teología, concluye (1), no tiene necesidad, como la teología vulgar, de un Dios sustancia ó causa del mundo. Para nosotros, el mundo, siendo el ser en si mismo, en la série de sus manifestaciones á través del espacio y del tiempo, posee la infinidad, la necesidad, la independencia, la universalidad y todos los atributos metafísicos que los teólogos reservan exclusivamente para Dios. Es claro, por consiguiente, que ese mundo se basta á si mismo en cuanto á su existencia, á su movimiento, á su organizacion y á su conservacion, y no tiene necesidad alguna de un principio hipercósmico.»

Creemos que pasajes tan explicitos no necesitan comentarios, así como tambien estamos persuadidos de que su contenido real seria aceptado sin dificultad por los partidarios del positivismo materialista.

Si no lo hubiéramos hecho ya en otra parte (2), nos detendríamos ahora en probar que el darwinismo gravita igualmente con todo su peso hácia la teoría positivista, y con especialidad, que las deducciones morales y religiosas del primero, no menos que sus tendencias y aplicaciones filosóficas y sociales se hallan en completo acuerdo con las deducciones, tendencias y aplicaciones entrañadas y profesadas por el positivismo

(1) *La Métaphysique et la Science*, t. III, pág. 248.

(2) *Filosofía Elemental*, t. II, pág. 283.

materialista (1). Sin negar, en efecto, que la teoría de Darwin no excluye la existencia y necesidad de un ser ó causa creadora con respecto al prototipo primordial de la vida, es lo cierto que sus aplicaciones y tendencias son esencialmente materialistas. Porque ello es incontestable que hay no ya tendencias solamente, sino un fondo real de materialismo y hasta de ateísmo, cuando se enseña que las facultades psíquicas del hombre y de los animales son de la misma naturaleza, diferenciándose solo según el grado de su desarrollo: y cuando se afirma que la humanidad primitiva no estuvo en posesión de la idea de Dios; y cuando se pretende que esta idea debe su origen á los sueños mal interpretados y al movimiento de las sombras, convirtiéndola así en una mera ilusión, en una alucinación de la imaginación. Si á esto se añade que para Darwin y sus discípulos los sentimientos morales, las virtudes y hasta la misma ley moral deben su origen á la selección natural y no son otra cosa mas que transformaciones de los instintos ciegos de los animales, no cabe poner en duda que el darwinismo se halla en íntimas relaciones de afinidad con el positivismo materialista.

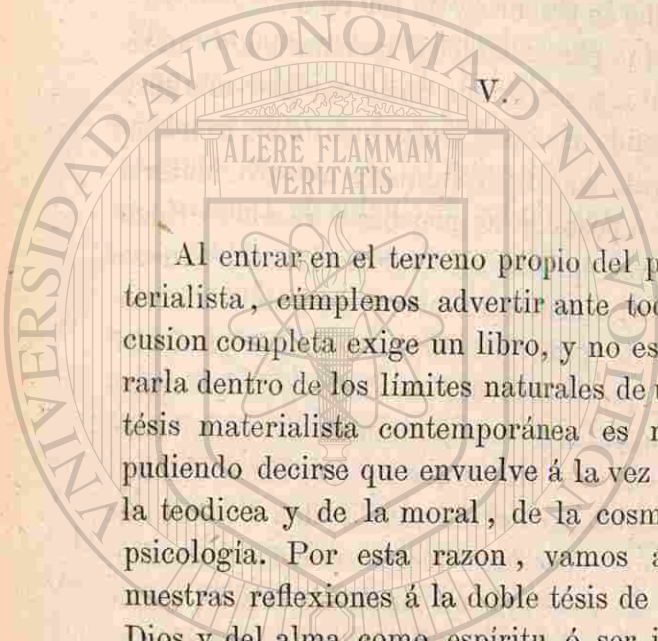
Por otra parte, estas relaciones internas ó de doctrina se hallan apoyadas y confirmadas por las rela-

(1) Véase el apéndice al final de este volumen.

ciones externas, pues es bien sabido que el darwinismo ha reclutado y sigue reclutando sus mas fervientes partidarios y propagandistas entre los adeptos y defensores del positivismo materialista. Los nombres de Vogt, de Büchner, de Hæckel, de Braubach, son una prueba convincente de este hecho. Y es digno de notarse que Hæckel, el mas sabio tal vez y, sin contradicción, el mas lógico de los discípulos de Darwin, y á quien este profesa especial estimación, enseña que no existe relación alguna entre los tipos y formas de la vida animal y los fines supuestos de una providencia divina, como no existe tampoco *la bondad infinita tan preconizada del Creador* (1). A su vez, Büchner, otro discípulo principal de Darwin, afirma categóricamente que si este habló de un Creador, fué solamente con el objeto de no perturbar las creencias bíblicas de sus conciudadanos (2). Existen, pues, á no dudarlo, estrechas relaciones tanto internas como externas, entre las teorías positivistas mas avanzadas y el darwinismo.

(1) *Natürl. Schöpfungsgeschichte*, pág. 18.

(2) Büchner, *Conferences sur la theorie darwinienne*, pág. 83.



Al entrar en el terreno propio del positivismo materialista, cumplenos advertir ante todo, que su discusión completa exige un libro, y no es posible encerrarla dentro de los límites naturales de un artículo. La tesis materialista contemporánea es muy compleja, pudiendo decirse que envuelve á la vez la negacion de la teodicea y de la moral, de la cosmología y de la psicología. Por esta razon, vamos á circunscribir nuestras reflexiones á la doble tesis de la negacion de Dios y del alma como espíritu ó ser inmaterial. Demostrar que el materialismo no tiene derecho ni razon en estas dos tesis, equivale en realidad á demostrar su falsedad radical y universal, porque ello es innegable que constituyen las tesis fundamentales en que se resumen y condensan todas las demás afirmaciones y negaciones de la escuela materialista.

No hay Dios, nos dice el materialista de nuestros dias, repitiendo la palabra del impío á que aludió la Sagrada Escritura hace ya muchos siglos: *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus*. Dios es una quime-

ra, un producto de la imaginacion humana, una ficcion sin realidad, repite el positivista contemporáneo, haciéndose eco fiel de Epicuro y de Lucrecio.

Sin duda que para establecer una negacion tan radical y absoluta, y sobre todo para enunciar una tesis de tanta trascendencia en el órden científico, lo mismo que en el moral, social y religioso, nuestro materialista se halla en posesion de pruebas y razones evidentes, á la vez que de soluciones claras é innegables para los argumentos en pró de la tesis contraria. No parece lícito poner en duda esto; mas para convencernos de que es así, oigamos á uno de los representantes principales y mas fervientes del positivismo materialista: «Siendo cierto que no hay ideas innatas, tambien es *positivo* y *evidente* que la idea de Dios, de un ser supremo y personal que ha creado el mundo, le gobierna y le conserva, no puede ser innata, y que están en el error cuantos sostienen que esta idea es necesaria y está implantada en el hombre, siendo por consiguiente irrefutable. Los sectarios de esta doctrina alegan que no hay pueblo ni individuo alguno, por salvaje ó poco civilizado que sea, en el que no se encuentren la idea de Dios ó la creencia en un ser superior é individual. Sin embargo, el exacto conocimiento y la observacion imparcial, tanto de los individuos como de los pueblos, en el estado de la naturaleza, demuestran precisamente lo contrario. En efecto; solo las gentes preocupadas pueden hallar en el culto que

los antiguos y los modernos han tributado á los animales, alguna analogia con la creencia propiamente dicha de un Dios... Algunos viajeros ingleses que han estado en la América del Norte, refieren que son muy limitadas las ideas religiosas de los indios del territorio del Oregon. Es muy dudoso que tengan nocion alguna de un Ser supremo... Los *caloches*, tribu india, no tienen culto exterior alguno, y representan al Ser supremo en forma de cuervo.» Sobre este tono está escrito todo el capítulo destinado á probar que no hay Dios, reducido todo él á citar tribus y pueblos que no tienen idea de Dios, en opinion de algunos historiadores y viajeros. A esto y solo á esto se reduce la argumentacion con que Büchner pretende demostrar la no existencia de Dios en la obra que lleva por título *Fuerza y Materia*.

Lícito nos será por lo tanto discutir, siquiera sea ligeramente, el valor científico y real de semejante argumentacion.

Dejando á un lado aquello de *siendo cierto que no hay ideas innatas*, dando por resuelto un problema de solucion difícil por su naturaleza, y mucho mas insoluble para el positivismo, que solo admite como legítimo el método experimental y sensible, lo primero que en el pasaje citado llama la atencion es la deducción *positiva y evidente* de que no existe Dios, puesto que no tenemos idea innata del mismo. Sin duda que Büchner y sus correligionarios en filosofía se creen con derecho á

prescindir de la lógica, ó mejor dicho, á formarse una para su uso particular, como se creen con derecho para prescindir de Dios. ¿Es por ventura que la existencia de Dios y la demostracion de su realidad descansa exclusivamente en la hipótesis mas ó menos probable de las ideas innatas? Tanto valdria decir que Aristóteles, y Ciceron, y san Agustin, y santo Tomás y Bossuet fueron ateos, ó que al menos debieron profesar el ateismo, toda vez que no admitieron las ideas innatas. Esta sola reflexion basta y sobra para reconocer el valor científico de la argumentacion presentada por el filósofo alemán para negar la existencia de Dios, puesto que toda ella descansa sobre la hipótesis sobreentendida, y no menos gratuita y falsa, de que la realidad objetiva de Dios solo puede probarse por medio de la teoria de las ideas innatas.

No: la existencia de Dios en el orden científico, de la razon y de la lógica, no depende de la existencia ó no existencia de las ideas innatas. Suponiendo y concediendo que no existan estas, y hasta que no exista ninguna de esta clase, siempre quedarán en pié las varias razones y pruebas con que la razon humana, apoyándose sobre la experiencia y sobre los hechos positivos con mas exactitud y buena fé que los materialistas, demuestra la necesidad y existencia de Dios. El argumento *cosmológico* basado sobre la contingencia experimental y positiva de los seres mundanos, por una parte, y por otra sobre la imposibilidad real

y lógica del *processus in infinitum* en la serie de causas y de efectos; lo mismo que el argumento *fisico-teológico*, basado sobre el orden, la armonía y la belleza *experimentales* y *positivas* en el mundo, que acusan de la manera mas evidente, y hasta en cierto modo experimental, positiva y tangible, la existencia de una inteligencia suprema, causa supracósmica de la existencia y gobierno del universo, y razón suficiente de su unidad, argumentos son y demostraciones completamente independientes de la existencia ó no existencia de las ideas innatas. Luego es un verdadero sofisma, una argumentación impropia de un hombre serio, afirmar y deducir la no existencia de Dios, tomando por base y premisa la no existencia de su idea innata. Para que semejante argumentación fuera concluyente y científica, su autor debiera haber demostrado de antemano que la existencia de Dios, *solamente* puede probarse por medio de su idea innata, cosa que en verdad no se ha acordado de probar, ni es fácil que lo verifique el autor de la *Fuerza y Materia*.

Por lo demás, debemos añadir que aun colocada la cuestión en el terreno estrecho é hipotético en que la coloca el escritor citado, su argumentación está muy lejos de reunir los caracteres, no diremos de una demostración, pero ni siquiera de una razón de sólida probabilidad. Para convencerse de ello basta tener presente: 1.º que las relaciones y datos suministrados por los viajeros é historiadores sobre esta materia, no

siempre reúnen las condiciones críticas que pide el carácter absoluto de sus afirmaciones y conclusiones: 2.º que aun admitida la veracidad y exactitud de los datos y apreciaciones que en el citado capítulo se mencionan, siempre quedarían muy por debajo de la veracidad, exactitud y número de hechos y afirmaciones que indican y comprueban la existencia de la idea y culto de Dios en la raza humana. ¿Qué son ni qué significan, en efecto, algunos hechos aislados de algunas tribus ó naciones salvajes, en comparación del inmenso número de tribus, de naciones y de civilizaciones, que la historia nos presenta reconociendo y adorando á Dios? Luego aun limitándonos al terreno estrecho y concreto elegido por el corifeo del materialismo ateísta, su argumentación carece de todo valor á los ojos de la razón, de la ciencia y de la sana crítica.

Y es que lo que Büchner llama idea innata de Dios, y lo que nosotros apellidaremos sentido comun del género humano, se halla en necesarias é íntimas relaciones con lo que constituye la prueba ó argumento *moral* de la existencia de Dios. El hombre es regido por una ley moral que encuentra escrita en su corazón, ley grabada profundamente en el fondo de la conciencia, y que desde ella, como desde un santuario, agita, anima y vivifica al hombre del mundo pagano y del mundo cristiano. A la luz de esta ley, y bajo su dirección espontánea, indeclinable y perenne, el hombre discierne el bien y el mal moral; siéntese domi-

nado irresistiblemente por el primero, siéntese impulsado por el sentimiento profundo del bien moral hácia un Ser que se revela en su conciencia, como su bien sumo y como su supremo legislador. El hombre experimenta que no es él el autor de su conciencia moral; lejos de eso, siéntese dominado, subyugado, determinado por ella, inferior á ella. En otros términos: la conciencia moral reconoce en sí misma la existencia de un doble factor, un factor humano y subjetivo, subordinado á otro factor divino y objetivo: el hombre siente y experimenta á Dios en su conciencia: la ley moral conocida, sentida y experimentada en la conciencia y por la conciencia, es la revelacion experimental de un Legislador divino.

Bien sabemos que el materialismo pretende apoyar su tésis ateista echando mano de argumentaciones, aunque distintas, no superiores en valor científico á las presentadas por Büchner en su obra citada. La experiencia nos demuestra que los fenómenos de la naturaleza se realizan con sujecion á leyes inmutables y fijas: luego no existe causa alguna superior ó inteligente, capaz de intervenir en la produccion de los fenómenos, los cuales no son mas que trasformaciones de la materia y de la fuerza ó movimiento que le es inherente, con sujecion á leyes estables y fijas. Esta argumentacion, reducida á términos precisos y concretos, equivale á la siguiente: «No existen milagros, ni providencia particular: luego no existe Dios.»

Por de pronto, salta á la vista la ilegitimidad de semejante deducccion. Si la lógica significa algo, la no existencia de los milagros no conduce *necesariamente* á la negacion de Dios. ¿Es por ventura que la inmutabilidad absoluta de las leyes naturales, dado que existiera, excluye la necesidad del origen primitivo de estas leyes? ¿Con qué derecho deduce esta afirmacion la escuela positiva, que hace profesion de no afirmar ni negar mas que lo que consta directa é inmediatamente por la experiencia? ¿Dónde está la experiencia que presenció el origen, el primer paso, la primera manifestacion y como el despertar inicial de las leyes naturales?

Hay mas todavía: aun cuando existiera esa experiencia primitiva, solo serviria para hacer constar la existencia de la ley, pero no para demostrar que esta ley existe por sí misma, sin dependencia alguna de otro ser. Porque el reloj, una vez construido y puesto en movimiento, sigue una marcha uniforme y constante, ¿debemos ó podemos inferir legítimamente que no supone ni exige la accion y la causalidad del relojero?

Y téngase presente que todo esto tiene lugar aun en la hipótesis de que fuera cierto que la inmutabilidad y fijeza de las leyes de la naturaleza son tan absolutas que excluyen el milagro y toda intervencion divina en la marcha de los fenómenos naturales, hipótesis cuya realidad no ha demostrado hasta ahora

ni demostrará jamás el materialismo. La existencia y realidad de algunos milagros reúnen todas las condiciones de verdad y todos los caracteres que exigir puede la crítica mas científica, mas rigida, mas inexorable y hasta nimia, pudiendo decirse que entran en el cuadro de la ciencia experimental y positiva.

Por otra parte, y abstraccion hecha de todo milagro, para todo hombre sensato, para todo hombre libre de la preocupacion materialista, la inmutabilidad y fijeza de las leyes naturales no excluye la posibilidad de su modificacion por el concurso é intervencion de causas libres. Cualquiera que sea la inmutabilidad de esas leyes, es innegable que la actividad libre del hombre puede modificarlas en varios sentidos, variar su direccion, multiplicar sus aplicaciones; que no otra cosa representa y significa la industria en todas sus grandes maravillas y aplicaciones, sino el resultado de la intervencion, y, por decirlo asi, de la intercalacion de la accion libre del hombre en la accion necesaria de la naturaleza y de sus leyes. Y si el hombre, actividad finita, imperfecta y débil, puede modificar el curso, las fuerzas y la direccion de la naturaleza y de sus leyes, á pesar de su inmutabilidad y fijeza, con mayor razon podrá realizar esto Dios, actividad infinita, sin que su intervencion, ó providencia, para llamarla por su propio nombre, destruya la inmutabilidad y fijeza que á las fuerzas y leyes de la naturaleza corresponden.

VI.

Digamos ya algunas palabras sobre la otra tesis fundamental del materialismo positivista de nuestros dias.

Cabanis habia dicho: *El pensamiento es una secrecion del cerebro.* Vogt, adoptando la doctrina de Cabanis, la reduce á una fórmula mas explicita, á la vez que mas en armonia con la teoría materialista, reproduciendo la concepcion de Cabanis en los siguientes términos: *Entre la inteligencia y el cerebro hay la misma relacion que entre la bilis y el higado, ó entre la orina y los riñones.* Esto vale tanto como decir que así como podemos recoger en una botella la bilis ó la orina, podemos tambien llenar algunas botellas de inteligencia y pensamiento. En el reino de Tunquin y en algunos otros pueblos semisalvajes, suelen comer crudo, ya el higado, ya el corazon de los hombres que al morir dan pruebas de valor, con el objeto y en la persuasion de hacerse ellos valientes por este medio tan estúpido como repugnante á la naturaleza humana. Lástima es que los materialistas no se dediquen á

recoger frascos de inteligencia, estableciendo boticas para su espendio, el cual seria sin duda abundante, si es cierto que *stultorum infinitus est numerus*. Y esta extraccion y composicion, ó combinacion quimica, no deberá ser difícil, si es cierto, como afirma Moleschott, que el *fósforo produce pensamientos*.

Büchner, á pesar de toda su reconocida é incontestable despreocupacion materialista, no pudo devorar estas fórmulas lisas y llanas de sus correligionarios, considerándolas, sin duda, demasiado fuertes; y procuró dulcificar su aspereza diciendo que el cerebro no segrega materias palpables, sino *fuerzas*, lo cual equivale á decir que el pensamiento es una fuerza ó movimiento del cerebro. «La secrecion del hígado, dice, y de los riñones tiene lugar sin nuestro conocimiento, de una manera oculta é independiente de la actividad superior de los nervios, y produce una materia palpable; la actividad del cerebro no puede verificarse sin completa conciencia de ella, ni segrega sustancias, sino fuerzas.»

Segun el principio fundamental del materialismo moderno, así como no hay materia sin fuerza, tampoco hay fuerza sin materia. Segun descubrimientos mas ó menos comprobados de la física moderna, una cantidad dada de movimiento se trasforma en calor, y una cantidad de este en movimiento; de donde infiere el materialismo que el pensamiento no es mas que una trasformacion del movimiento, ó sea un movimiento del

cerebro en relacion con la estructura, la forma y la organizacion de este.

Si el materialismo se limitára á decir que en el hombre el ejercicio de la inteligencia supone y va acompañado del movimiento del cerebro, seria aceptable su tésis, bien que con ciertas reservas. Empero desde el momento que identifica la inteligencia con la masa cerebral; desde el momento que afirma que el pensamiento es el movimiento mismo del cerebro, entra en el terreno de lo gratuito y de lo absurdo. Por una parte, es incontestable que, por mas que se ponga en tortura la imaginacion y la razon, jamás descubrirán identidad entre el movimiento local y el fenómeno psicológico que llamamos pensamiento. Por otra parte, si este es un movimiento, preciso será que recorra un espacio mayor ó menor en un tiempo dado, que se verifique en una direccion determinada, recta ó curva, con velocidad mayor ó menor, etc., porque estas son leyes y caractéres inseparables de todo movimiento de una materia. Mientras Büchner y Moleschott no nos digan si el movimiento de la materia que constituye el pensamiento es un movimiento recto ó curvo, intenso ó remiso, así como el número de kilómetros que puede recorrer en un tiempo dado, estamos en el derecho de rechazar su teoria, la cual, por mas que otra cosa parezca á primera vista, es tan grosera y materialista en el fondo como la de sus colegas Cabanis y Vogt.

Se creará, sin duda, que el positivismo materialista

apoya una afirmacion tan grave y trascendental de su naturaleza, en una serie de hechos experimentales, irrecusables, precisos y absolutamente concluyentes en favor de su tesis, sobre todo haciendo profesion de no afirmar ni negar cosa alguna que no se halle directa y esplicitamente atestiguada por la experiencia sensible. Mucho se equivocaria, sin embargo, quien tal pensára. Léanse sus obras al tratar de este punto; léanse los capitulos de Büchner que llevan por epígrafe *Cerebro y alma, inteligencia*, y solo se hallará una serie de hechos y de experimentos, segun los cuales, las manifestaciones de la inteligencia en el hombre se hallan en relacion con el desarrollo, la forma, el peso, la composicion y organizacion del cerebro. Ciertamente que este escritor no necesitaba molestarse en acumular estos hechos y experimentos, porque la verdad es que desde que hay filósofos, y aun pudiera decirse, desde que hay hombres, es una verdad vulgar que existe cierta correlacion entre determinados estados del cerebro y la manifestacion ó desarrollo del pensamiento. Una y otra escuela, la materialista como la espiritualista, convienen en los hechos y en la consecuencia inmediata, directa y única legitima de los mismos; á saber: que existe cierta y determinada relacion entre las condiciones del cerebro y las manifestaciones de la inteligencia. Empero los materialistas, poniendo en juego una lógica especial para su uso, infieren además que la inteligencia ó el pensamiento es el simple mo-

vimiento material del cerebro, ó una secrecion del mismo, deduccion que se halla evidentemente fuera de las premisas, y deduccion evidentemente sofistica, puesto que confunde é identifica la condicion con la cosa condicionada, la relacion entre dos cosas con su identidad, la condicion previa de una cosa con su principio generador.

¿Qué contestan á esto la filosofia y el sentido comun? 1.º Que la esperiencia externa y la observacion sensible, solo prueban que existe una correlacion mas ó menos completa entre el cerebro y la inteligencia: 2.º Que esta relacion, positiva como es en el hombre, puede no ser absolutamente necesaria con respecto á seres ó sustancias superiores al hombre, en el cual esta relacion puede traer su origen de la union del alma con el cuerpo y sus condiciones especiales: 3.º Que en todo caso, la naturaleza propia del pensamiento no debe regularse ni definirse por esa simple correlacion y concomitancia de funciones, sino por los caracteres, propiedades y atributos que la conciencia ó sentido intimo, tan digno de fé, por lo menos, como la esperiencia sensible y externa, nos revela en la inteligencia, caracteres y atributos que por cierto nada tienen de comun con los caracteres y atributos de la materia ni de su movimiento. Esto lo saben demasiado los partidarios del materialismo, y por eso se guardan muy bien de contestar á las alegaciones del espiritualismo en órden á la incompatibilidad de su teoria

con la simplicidad, la permanencia, y sobre todo la unidad indivisible y consciente del yo.

Las indicaciones que en este párrafo y en el anterior dejamos consignadas acerca de los procedimientos empleados por el materialismo para llegar á sus tesis fundamentales, demuestran que estos procedimientos, sobre ser muy poco científicos, se hallan en abierta contradicción con los principios que el materialismo proclama como esenciales y como los únicos aceptables para la ciencia. Por una parte rechaza todo procedimiento *a priori* y toda afirmación que no se halle demostrada por una experiencia directa, inmediata, precisa; y al propio tiempo le hemos visto sacar las consecuencias más remotas, más ilegítimas y más extrañas á las premisas experimentales que sentaba, tanto en la tesis ateísta como en la tesis relativa al pensamiento. Hemosle visto emplear los sofismas más vulgares, confundiendo é identificando la sucesión con la generación, la condición con el principio generador, la relación con la causalidad eficiente. Hemosle visto emplear el sofisma no menos vulgar de inferir ó deducir la carencia general de la idea divina en la humanidad, del hecho de su carencia problemática por parte de algunas tribus y pueblos más ó menos salvajes; y esto sin contar el *specimen* de lógica escepcional que representa la negación de Dios y de su existencia real, en virtud de la negación y no existencia de las ideas innatas.

Lo simple es el principio de lo compuesto, nos dice el materialismo; y para demostrarnos este axioma, sobre el cual pretende levantar todo su edificio, nos dice con aire de triunfo: « Vedlo: la experiencia atestigua que es una ley universal el procedimiento de lo imperfecto á lo perfecto, de lo simple á lo compuesto: las fuerzas físicas y químicas son precedidas por la extensión y la fuerza mecánica: la vida sucede á las fuerzas químicas, la sensación á la vida, la inteligencia á la sensación.» Y bien: concedamos todo esto, tal cual lo afirma el materialismo: ¿qué resultará lógicamente de aquí? Nada absolutamente que llamarse pueda demostración de la tesis materialista. La vida presupone, como condición, los fenómenos físicos y químicos; la sensación ó la vida sensitiva presupone la nutritiva y va acompañada de esta; la vida intelectual presupone é incluye la sensitiva; empero la lógica y hasta el sentido común no permiten inferir de aquí que las fuerzas químicas sean la causa ó el principio generador de la vida, esta de la sensación, ni la sensación de la inteligencia. Hay más todavía: si los materialistas se atuvieran á las inducciones suministradas por la experiencia y por los hechos, como lo proclaman sin cesar, más bien debieran inferir que existe una diferencia radical, absoluta, primitiva y esencial entre esas fuerzas complejas, que ellos se empeñan en convertir en transformaciones y modificaciones de una fuerza simple. Observemos lo que se

verifica en un animal: mientras conserva la vida, los movimientos mecánicos, físicos y químicos de las moléculas que componen su cuerpo, se hallan sometidos y como sujetos á la fuerza vital, la cual absorbe en cierto modo é impide mas ó menos las manifestaciones propias y peculiares de las fuerzas físicas y mecánicas, como se ve en la circulación de la sangre. Cuando en la muerte desaparece la fuerza vital ó animal, las moléculas quedan sujetas de nuevo á las leyes generales de las fuerzas mecánicas, físicas y químicas. Si pues el principio vital ó la fuerza animal tiene poder suficiente para reaccionar contra esas fuerzas inferiores, absorber, suspender en cierto modo, y cambiar su modo de acción, no es fácil concebir que sea un resultado de las mismas, ó un efecto de las fuerzas elementales. Luego el materialismo contemporáneo, al afirmar que la sensación es una derivación de la vida, y esta una derivación ó efecto de las propiedades físicas y químicas de la materia, sobre prescindir de la lógica, pretende explicar un hecho por medio de una pura hipótesis, y lo que es mas aun, por medio de una hipótesis muy poco en armonía y hasta contrariada por la misma esperiencia, ó sea por el método experimental y positivo, única fuente, y criterio exclusivo de verdad para el materialismo contemporáneo. Afirmar y suponer, como lo hace el positivismo materialista, que la escala de los seres es el resultado de su trasformación interna é insensible, es afirmar

lo mismo que está en cuestion, es una verdadera petición de principio, es confundir é identificar la ley de la continuidad con la ley de la evolución. El tránsito de la materia elemental á la vida, y sobre todo el tránsito de esta á la conciencia y al pensamiento, son y serán siempre el escollo del positivismo, el cual, faltando á su consigna científica, nos dá hipótesis en lugar de hechos experimentales.

VII.

«En el orden espiritual, la teología,—entiéndase la religion como culto de Dios,—en el orden temporal, la dignidad ó el poder real, no bastan ya á cumplir su mision: la rebelion pasa de las conciencias á los actos. Luego toda teología y toda institucion real se marchan. La base política y la base religiosa, caen la una por la otra y con la otra, en atencion á que la primera no tiene valor alguno para las inteligencias modernas, como la segunda no le tiene para las necesidades modernas.» (1)

(1) Littré, *Conservation, Revolution et Positivisme*, pág. 8.

«El mas firme precepto de la filosofía positiva es abandonar toda investigación acerca del principio y fin de las cosas, investigación ociosa, toda vez que es imposible, y que, buena para la infancia del género humano, es indigna de su edad adulta.»

«Y por lo que hace al presente, ¿quién no ve á pesar de las preocupaciones en contrario, que el rey, con su función, hoy ya retrógrada; que el noble, con su privilegio, inútil desde ahora; que el rico que vive ociosamente de su riqueza, como sucede frecuentemente hoy; deben ser colocados moralmente muy por debajo del labrador que cultiva, del industrial que fabrica, del artista que encanta, del sabio que ilustra?» (1)

Estos pasajes de Mr. Littré pueden considerarse como un *specimen* abreviado de las tendencias prácticas del positivismo materialista. Bien es verdad que, envueltas en los pliegues de un estilo moderado, y disimulada su trascendencia bajo formas atenuantes, no se presentan en toda la repugnante desnudez que la Internacional y la *Commune* de París han sabido y querido comunicarles.

Por lo demás, excusado es decir que en el fondo coinciden perfectamente el programa de Littré y el programa de la Internacional, y sobre todo, que uno y otro son la consecuencia lógica y la encarnación social del positivismo materialista.

(1) Littré, *Conservation, Revolution et Positivisme*, pág. 127.

Cuando se ha dicho y repetido al hombre que Dios es una palabra vacía de sentido; que el alma y el pensamiento son secreciones y movimientos de la materia que se trasforma y que perecen con ella; que el fatalismo absoluto es la ley que gobierna las acciones del hombre, lo mismo que los movimientos de la materia; que la libertad y la conciencia moral son vanas preocupaciones, lo mismo que la vida futura, y que no hay que esperar mas premios ni castigos que la dicha ó la infelicidad de la vida presente: cuando semejantes doctrinas se predicán á las muchedumbres y llegan á infiltrarse y encarnarse en las masas, es preciso reconocer que el programa de la Internacional y de la *Commune* son lógicos, y en el concepto de tales, legítimos. Porque legítimo es, dadas semejantes ideas, que el hombre solo piense en acumular riquezas y en gozar placeres, antes que le sobrevenga la muerte, en pos de la cual solo vislumbra el vacío de la nada.

¿Qué extraño es, despues de esto, que las masas, viéndose en posesión de la fuerza, puesto que son el mayor número, se acerquen, se auxilien, se organicen y se apresten al combate social? Si no hay Dios, ni recompensa de los sufrimientos de la vida presente, ni vida futura en que se restablezca el equilibrio de la justicia, con tanta frecuencia violada por los poderosos de la tierra; si todo, en fin, concluye con la muerte, y la conciencia, y la moral, y la virtud no

significan nada, ¿con qué derecho algunos pocos pasan la vida en delicias y placeres, nadan en la opulencia, y gozan, y descansan, y son felices, ellos, y sus perros, y sus caballos, mientras muchedumbres innumerables perecen de miseria, mientras la inmensa mayoría de los hombres, agobiados bajo el peso de un trabajo incesante y penoso, arrastran miserable y trabajosa vida, sin mas perspectiva que el hambre y la desnudez, sin mas recompensa que una muerte prematura y desastrosa?

Las ideas hállanse sujetas á una especie de gravitacion, como los cuerpos de la naturaleza: las concepciones de los filósofos tienden espontáneamente á traducirse en hechos, sobre todo cuando esas ideas halagan las pasiones de las muchedumbres.

Los tribunos del pueblo, que adulan á este para que sirva de escabel á su ambicion, y los filósofos que le arrebatan su fé en Dios, su esperanza en la vida futura, la conciencia y la idea moral, son los verdaderos responsables de las grandes catástrofes que amenazan á la Europa contemporánea, no menos que á esas masas mismas, víctimas hoy del sofisma y de las mas ruines pasiones, y mañana de la desgracia y de la miseria.

Porque las convulsiones y profundas perturbaciones sociales, realizadas hasta ahora, é incubadas para el porvenir por las teorías materialistas, solo han servido y servirán para aumentar su malestar y sus des-

gracias temporales, despues de arrebatárles el contrapeso dulcificante de la religion cristiana, con sus obras de caridad y de paz interior en la vida presente, y con sus esperanzas para la vida futura.

En una sociedad en que el orgullo racionalista, representado por el orgullo destructor y negativo del positivismo, enerva los grandes resortes morales y religiosos del alma humana para sustituirles el interés individual, el goce material de un dia, una felicidad que termina rápidamente en la muerte, desaparece por necesidad la vida religiosa y moral que forma los grandes caractéres, y hasta la vida de familia, fuente de virtud y de moralidad.

El aislamiento, un individualismo brutal y exclusivista, el alejamiento rencoroso entre las clases sociales, son y deben ser el término natural de semejantes doctrinas, las cuales, de esta suerte y por esta razon, vienen á ser fatales á la dignidad, al bienestar y á la libertad de ese mismo pueblo, por ellas seducido y extraviado.

Si á todo programa filosófico corresponde un programa religioso y moral, bien podemos decir que, así como el deísmo y la moral independiente constituyen el programa religioso y moral de la filosofía racionalista, así esta, al dar un paso mas y trasformarse en filosofía materialista, pasando por el eclecticismo y el panteísmo, ha dado origen al programa de la Internacional, el cual representa la religion, la sociedad y

la moral que caben y están en armonía con las teorías del materialismo. Que esto y no otra cosa significa la proclamación de la democracia universal y demagógica como ideal político; la abolición de la propiedad y la repartición de los bienes; la libre satisfacción de todas las pasiones y apetitos brutales, sin restricción ni trabas de ningún género; la igualdad absoluta de todos los hombres, abatiendo, y si es preciso cortando, las cabezas que sobresalen; y como base general ó condición fundamental, el destierro de Dios de la sociedad y del mundo, la sustitución de la soberanía del pueblo á la soberanía de Dios, la abolición de todo culto y de toda religión. Tal es la síntesis del positivismo materialista en el orden práctico, en el orden religioso, moral y social. Los hechos de la *Commune* demuestran su exactitud, y las doctrinas proclamadas por sus representantes los más moderados confirman su realidad, como se desprende de las siguientes palabras de Vacherot: «Ninguna religión, incluso el protestantismo, que es la más liberal de todas, es compatible con el ideal de la democracia.» (1) La palabra es exacta, porque la democracia, tal cual se presenta en nuestros días, pide ser informada por el ateísmo, toda vez que para ella Dios no significa nada real, ó mejor dicho, no hay más Dios verdadero que la humanidad. Véase sino cómo se expresa Littré sobre

(1) *La Metaphys. et la Science.*

este punto: «El sentimiento religioso, para vivir y ponerse en práctica, tiene necesidad de fijarse sobre algún ser que parezca ó que sea real, y con respecto al cual se sienta dependencia. En otro tiempo se fijó sobre los seres ficticios con que la imaginación pobló los cielos: en nuestros días se fija sobre la existencia real de la humanidad. Para tener la noción plena y religiosa de la humanidad, no basta querer servirla; es necesario además saber que vivimos en estrecha dependencia de ella, y que de ella recibimos todo lo que somos, dándonos ella sola, con el pan de la vida corporal, el pan de la vida espiritual... La base religiosa de la sociedad futura es la Humanidad, única providencia que trabaja para nosotros y que aligera el peso de las fatalidades naturales.» La afirmación es completamente lógica bajo el punto de vista del positivismo. Si no hay Dios, ni vida futura, ni providencia divina, el hombre, ó no debe adorar cosa alguna, ó debe adorarse á sí mismo, siendo, como es, el ser más noble y perfecto entre los que caen bajo los sentidos.

La antropolatría es la consecuencia necesaria del positivismo materialista. Esto constituye, dicho sea de paso, una confirmación manifiesta y como una contrapueba de la verdad y exactitud de nuestras apreciaciones sobre las relaciones de afinidad y filiación, que entre el positivismo materialismo y el hegelianismo existen, siendo bien sabido que la teoría hegeliana tiende y conduce á la antropolatría.

Y bien: ¿cuál es la deducción lógica y natural de las reflexiones hasta aquí consignadas acerca de los grandes errores que el positivismo materialista lleva en su seno en el orden de las ideas, á la vez que acerca de los peligros gravísimos que en el orden de los hechos entraña? Parécenos que la respuesta no ofrece especial dificultad para todo hombre de recto criterio, de sano juicio, y sobre todo de buena voluntad y levantado corazón. Si, como hemos visto, el materialismo contemporáneo es una derivación más ó menos directa, parcial é incompleta del racionalismo; si mantiene con este innegables relaciones de afinidad; si es una transformación de este por el intermedio del panteísmo, el materialismo no puede ser combatido con ventaja, ni el triunfo contra él puede ser duradero, sólido, fecundo, ni es posible que desaparezca la influencia perniciosa que sobre la sociedad viene ejerciendo, sino á condición de restaurar el espiritualismo cristiano, antítesis verdadera y única del racionalismo en todas sus fases y manifestaciones, llámense estas deísmo ó naturalismo, eclecticismo ó panteísmo, positivismo ó materialismo. Solo el espiritualismo cristiano, como síntesis de la verdad pura y completa en el orden religioso, moral y social, puede impedir la disolución y putrefacción de una sociedad pagana en sus ideas; en sus leyes y en sus instituciones, en sus ciencias, en sus artes, y hasta en sus deseos, esperanzas y aspiraciones. Solo el principio divino y cristiano

encierra fecundidad bastante para transformar y regenerar una sociedad saturada de paganismo, y que ha desterrado á Dios de su seno.

Es preciso desengañarse: el mundo moral ha perdido su equilibrio al perder la idea revelada de Dios; el racionalismo y el materialismo, al negar á Dios, y á su Cristo, y á su Iglesia santa, han implantado en el mundo moderno el caos, el vicio y la nada. Arrebatando á los hombres, á los pueblos y á las sociedades su verdadero centro de atracción, el Dios viviente y personal del Evangelio, la idea de la justicia divina y sempiterna, la revelación de Jesucristo, elevando al hombre hasta sí, y evangelizando al pobre y al rico, la ciencia racionalista y anticatólica ha formado el vacío en torno del hombre y de la sociedad; y el hombre y la sociedad, separados del cielo, clavan sus manos, sus miradas y su corazón en la tierra. Como la suspensión y ausencia de la ley de atracción produciría en el mundo astronómico la confusión y el caos, precipitándose unos sobre otros los astros con espantable rapidez y estruendo, no de otra suerte el mundo moral y social, una vez ausente la idea de Dios, y sobre todo la idea viva de Jesucristo y de su Iglesia, ve surgir en su seno espantables convulsiones y rudo choque entre sus elementos. Es preciso, pues, abandonar esa ciencia tan orgullosa como ilusoria, que pretende sacudir el yugo de Dios y se rebela contra su palabra: es preciso desterrar esa ciencia, que arruina

y desespera, para abrazar la ciencia de Dios, que edifica, ennoblece y consuela.

Que si se nos pregunta ahora cuál es esa ciencia de Dios, capaz de salvar á la sociedad, amenazada de perecer por la ciencia del hombre, nosotros respondemos sin vacilar que esta ciencia es la ciencia católica, esa ciencia informada á la vez por el principio fecundante de la fé divina y por el espíritu vivificador de la caridad cristiana. Representacion, por decirlo así, de un psicologismo verdaderamente trascendental y muy superior al psicologismo estrecho, árido y frio del racionalismo y de la filosofía del *yo*, reconoce como base incontrastable, aunque no única, de verdad y de ciencia, aquella fé divina que traslada las montañas y que emana del Verbo de Dios; y á su lado reconoce su revelacion externa y espontánea en aquella caridad, que es *paciente y benigna*, que *todo lo sufre y todo lo espera*, en expresion del Apóstol. Enfrente de la razon humana afirma la razon divina, pero sin destruir por eso ni negar la primera: enfrente de la voluntad humana, frágil, inconstante é inclinada al mal, afirma la voluntad divina, expresion de la justicia eterna y de la santidad infinita: enfrente de la autoridad humana, ó mejor dicho, como superior á la autoridad humana, afirma la autoridad divina, base, razon suficiente última y sancion suprema de la autoridad humana, y al afirmar y presentar á nuestros ojos una Providencia divina, santa y misericordiosa,

que reconcilia al hombre con Dios en Jesucristo y por Jesucristo, y le conduce á sus altos y sublimes destinos á través de las vicisitudes, borrascas y tentaciones de la vida presente, eleva, ennoblece y fija el corazon del hombre, porque le pone en contacto inmediato con Dios, centro de gravedad de sus aspiraciones. ¡Union con Dios! ¡Posesion de Dios! ¿Quién dirá las delicias eternas, los torrentes de luz, las armonías celestes que se hallan encerradas en esta sencilla, al par que magnífica revelacion cristiana del destino final del hombre? Que no en vano se ha escrito, que *ni el ojo vió, ni el oído oyó lo que el Señor tiene preparado para los que le aman*. Cuando esta palabra y esta esperanza descenden hasta el fondo del corazon humano y regulan los movimientos del alma y las relaciones sociales, la paz, la resignacion, la fraternidad, la caridad, el valor moral, la obediencia y el orden, son su consecuencia necesaria, natural y espontánea. En medio de las debilidades, flaquezas y pasiones que constituyen la herencia del hombre sobre la tierra, la sociedad marchará mas ó menos agitada, pero sin las horribles convulsiones y trastornos que experimentar suele cuando el hombre aparta su corazon y su mirada de Dios, perdiendo á la vez la idea y la esperanza de su destino final.

Desolacion, violencia y desorden constituyen inevitablemente las manifestaciones de la actividad humana, desde el momento que pierde de vista la existen-

cia y condiciones cristianas de una vida futura y eterna, en armonía y relación con sus obras presentes; desde el momento que pierde de vista que el principal teatro de la vida humana hállese detrás del sepulcro; que la vida presente solo tiene un valor de prueba y de preparación, y que la peregrinación sobre la tierra solo puede ser fecunda en resultados cuando se halla modelada sobre la de aquel Verbo de Dios, que dijo al hombre: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

Si la fe divina, en la cual radica la ciencia cristiana, representa uno de los principios más importantes y fecundos de regeneración moral y social para el hombre, no es menos importante y fecundo el principio de la caridad cristiana. Ni se crea por eso que consideramos á la caridad cristiana capaz de enjugar todas las lágrimas, ni de evitar todas las miserias. El trabajo es una ley impuesta al hombre por su Hacedor, y el mal en todas sus formas corre y correrá siempre desbordado sobre esta tierra de tentación y de prueba, arrastrando en su impetuosa corriente los sudores, las lágrimas y la sangre de los hijos de los hombres. Empero, sin negar nada de esto, lícito nos será afirmar que el gran principio de la caridad, revelación la más sublime, y por decirlo así, la más simpática del Verbo de Dios, *hecho carne, lleno de gracia y de verdad*, constituye uno de los medios más eficaces y poderosos para resolver el formidable problema

económico, que cual espectro funesto se levanta amenazador ante la sociedad moderna.

Verdad es por todos reconocida y comprobada por la historia, que en todos los tiempos y en todos los climas los ricos y los pobres tienden á separarse y alejarse unos de otros. El rico se aparta del pobre por orgullo y hasta por egoísmo, temiendo que la vista de su miseria perturbe ó disminuya la tranquilidad de sus goces. El pobre, á su vez, se aparta y aleja del rico, algunas veces por una especie de pudor ó vergüenza, pero otras muchas por un sentimiento de sordo rencor, mezcla de cólera y de envidia, que hoy acaso más que nunca fermenta en el corazón de las clases proletarias, merced á las doctrinas y predicaciones del racionalismo y del positivismo filosófico.

Si pedimos ahora á estos sistemas el remedio de este mal, si les preguntamos por los medios con que cuentan para aminorar, ya que no hacer desaparecer ese espíritu de apartamiento, de envidia y de odio entre pobres y ricos, hablaránnos mucho de asociación y de libertad, de fraternidad y filantropía; pero á través de estas sonoras palabras, en medio de los sistemas y ensayos sobre ellas fundados, escucharemos la voz fatigosa de la miseria, y, lo que es peor aun, la voz del odio y de la cólera, que suben del fondo de la sociedad como un grito de maldición y de muerte: un gemido sordo, una queja unánime, un sonido estridente, resuenan en el espacio, y acusan, y denuncian, y

revelan la frialdad real de los corazones, en medio y á pesar de sus filantrópicas teorías.

Y bien: ¿cuál es la razón suficiente de este fenómeno tan desconsolador como innegable? ¿Por qué la ola de la miseria sube y se acrecienta á medida que sube y se acrecienta la ola de la riqueza? Lo hemos indicado ya, y lo repetiremos otra vez mas: es que esas instituciones de la economía y de la ciencia moderna, buenas y nobles en sí mismas, ni tienen por base la idea religiosa ó divina, ni se hallan animadas por el espíritu de la caridad cristiana. De aquí, su infecundidad y la esterilidad relativa de sus resultados. El obrero, absorbido por la necesidad y perpetuidad de un trabajo penoso, exigido por el capital egoísta y descreído, pierde el sentimiento religioso, y con él pierde á la vez el respeto á la autoridad, el gusto de la sobriedad, los castos amores de la familia. Muy diferentes serían los resultados, no hay que dudarlo, si el rico y el pobre, el capitalista y el obrero, marcharan en las corrientes de la fé en Jesucristo y de la caridad cristiana. *Os doy un mandamiento nuevo, dice el Verbo de Dios al rico y al pobre, que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado: en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros.* Si por una parte amenaza al rico que cierra sus entrañas sobre los gemidos del pobre, prometiéndole á la vez grandes recompensas si enjuga sus lágrimas, por otra dice al hombre de la pobreza

y del dolor: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Bienaventurados los que son desgraciados en la tierra, porque honrados serán en el cielo. Bienaventurados los que pasan regando la tierra con su sudor y con sus lágrimas, porque su recompensa es grande en el cielo.

¡Oh! si los hombres de la ciencia, y los filósofos, y los economistas, y los políticos sobre todo, se inspiraran en el Evangelio, y protegieran la Iglesia católica en lugar de perseguirla y calumniarla, y armonizarán las enseñanzas de la experiencia y de la economía política con la enseñanza superior y divina de Jesucristo, y cuidaran de fecundizar los progresos de la razón y de la ciencia con el doble principio divino de la fé y de la caridad, ciertamente que el problema económico-social no se presentaría con proporciones tan aterradoras. ¡Y si al menos se concediera á la Iglesia de Cristo el derecho comun de la libertad! Justo sería ciertamente, y además de justo provechoso á los gobiernos, á los pueblos y á la sociedad toda, que al menos pudiera la doctrina católica desarrollar libremente el germen de caridad inagotable que en su fondo encierra, para atenuar, disminuir y dulcificar, ya que no sea posible estirpar por completo, todos los dolores, todas las miserias, todas las necesidades y desgracias de la humanidad. Porque ¿quién ignora la ingeniosa solicitud con que la caridad del catolicismo ha sabido acudir á todas las necesidades, miserias y

dolores de la humanidad desvalida? Inquiere, averigua y espía, por decirlo así, en cada siglo y en cada pueblo la miseria que le es propia, para correr á su alivio con afán constante. Ella es la que ha formado al caballero de Malta y de Santiago. Ella la que inspiró el pensamiento de los Domingos, Franciscos é Ignacios, para suministrar y dispensar al pueblo el servicio gratuito de la palabra, del ejemplo, de la virtud y de la verdad, de que se halla hambriento y necesitado. Es ella la que formó al religioso de la Merced y al hermano Hospitalario, para redimir al cautivo, y para asistir al leproso y al demente. Ella es, en fin, la que ha formado á la hermana de la Caridad, y al hermano de las Escuelas cristianas, y á la Hermanita de los pobres, y al misionero apostólico que llevando la luz y la civilización hasta los confines de la tierra, cae en lejanos climas bañado en su propia sangre, pronunciando palabras de amor, de bendición y de santa esperanza sobre sus mismos verdugos. ¿Por qué, pues, las naciones modernas no han de proteger y fomentar el desarrollo de estas grandes instituciones de la caridad cristiana? Y si es cierto, como lo es, que estas instituciones reciben su savia y su vigor sobrehumano del principio católico, ó sea de la religion de Jesucristo, representada por la Iglesia católica, justo sería que esta fuera honrada en su cabeza y en sus ministros, auxiliada y protegida en sus instituciones por la sociedad civil, si esta desea sinceramente conjurar los

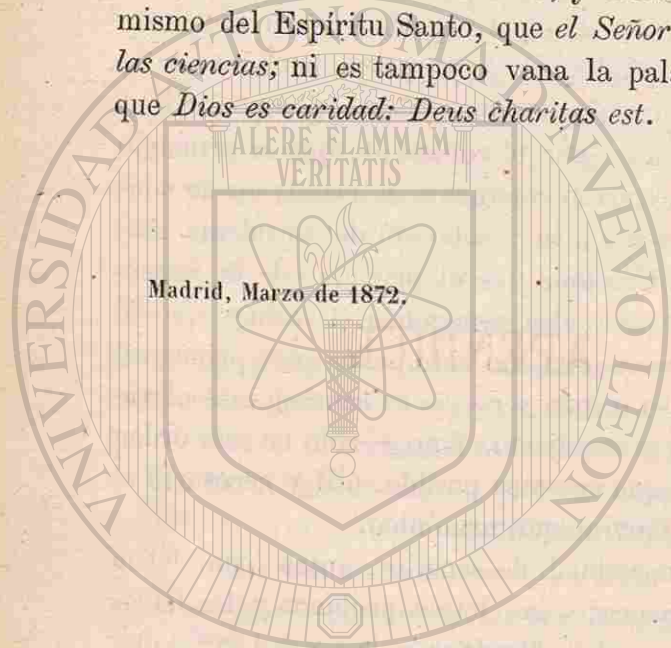
peligros y profundas perturbaciones de que se halla amenazada por la Internacional.

Ni se crea por eso que reprobamos, ni menos rechazamos, lo que hay de legítimo en las ideas de la ciencia, ó en las instituciones económico-políticas y sociales. Creemos, por el contrario, que el principio de la libertad, convenientemente aplicado, puede contribuir eficazmente á la resolución del problema económico-social. Creemos que el principio de la fraternidad encierra una idea evangélica. Creemos que el principio de asociación, no solo es un gran principio, sino que trae su origen y recibe su sanción mas elevada y firme del cristianismo. Y no es solo en este orden de ideas en el que creemos posible, útil y necesario el acuerdo y el movimiento armónico.

No hay necesidad de separar, antes bien deben marchar de acuerdo, las letras profanas y las letras cristianas, la verdad filosófica y la verdad revelada, las ciencias naturales y la moral cristiana, las maravillas de la industria y los prodigios de la caridad católica, el respeto por la tradición y el movimiento progresivo hácia el porvenir. Lo que sí creemos, y lo creemos con creciente firmeza cada día, es que este movimiento progresivo de la humanidad no puede ser fecundo, sino á condición de ser armónico, en el sentido indicado, y no puede ser armónico, sino á condición de arrancar de la idea cristiana, del Verbo de Dios, como base universal de la ciencia, y de hallarse

informado por el principio vivificante de la caridad.

Que no en vano está escrito, y escrito por el dedo mismo del Espíritu Santo, que *el Señor es el Dios de las ciencias*; ni es tampoco vana la palabra que dice que *Dios es caridad: Deus charitas est.*



APÉNDICE.

UANL

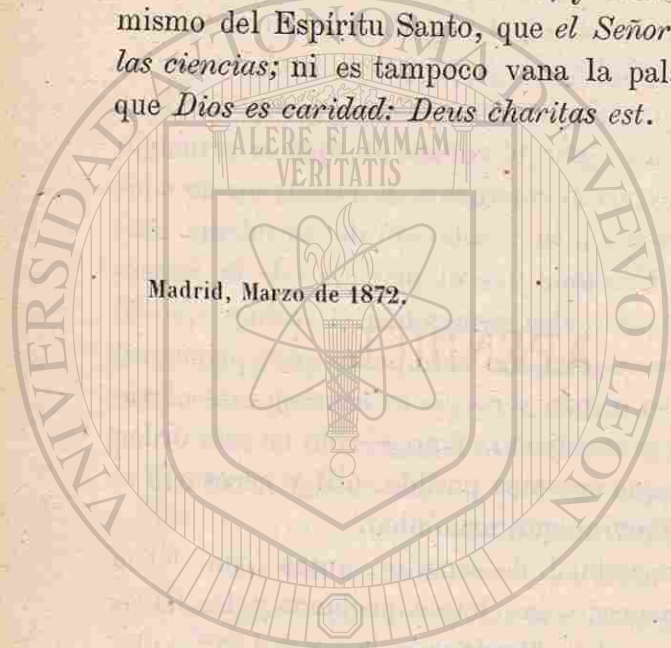
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

informado por el principio vivificante de la caridad.

Que no en vano está escrito, y escrito por el dedo mismo del Espíritu Santo, que *el Señor es el Dios de las ciencias*; ni es tampoco vana la palabra que dice que *Dios es caridad: Deus charitas est.*



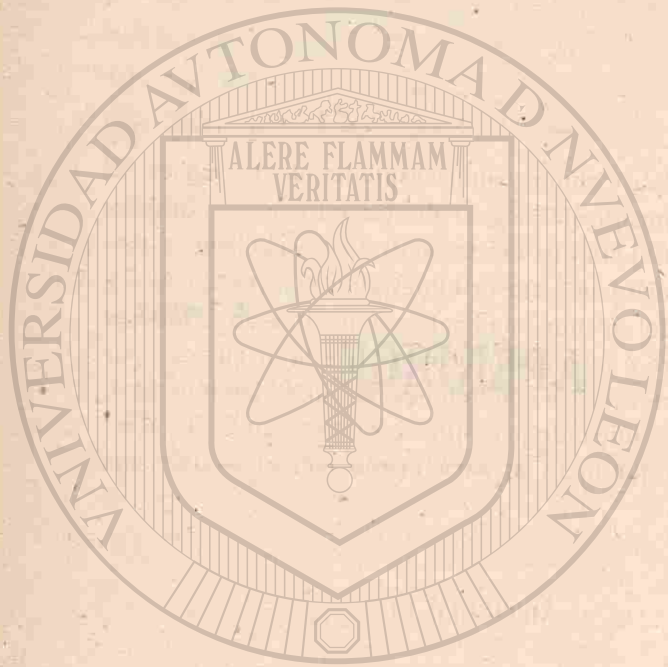
APÉNDICE.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En corroboración y como prueba explícita de lo que en el texto hemos consignado acerca de las íntimas y múltiples relaciones de afinidad que existen entre el positivismo materialista y el darwinismo, transcribimos aquí el artículo que a la discusión del último dedicamos en nuestra *Filosofía Elemental*. Breve é incompleta, como es, esta discusión, por no permitir otra cosa las condiciones de una obra elemental, creemos que es suficiente para que se reconozcan las relaciones de afinidad que ligan al darwinismo con el positivismo materialista.

ARTÍCULO VI.

EL DARWINISMO.

La teoría expuesta y desarrollada por Carlos Darwin para explicar el origen, los grados y las manifestaciones diferentes de la vida sobre la tierra, es lo que aquí apellidamos *darwinismo*. Esta teoría, acariciada hoy por los partidarios de lo que se llama prehistoria, y más todavía por los adeptos del materialismo disfrazado bajo el pseudónimo de *positivismo*, es una teoría esencialmente trasformista, es el trasformismo aplicado á la idea y al fenómeno de la vida. Por lo demás,

preciso es reconocer que la esplicacion de la vida por medio del trasformismo dista mucho de ser una teoría original de Darwin, el cual no ha hecho mas que desarrollar, modificar y completar las teorías y doctrinas de Lamarck, Bory Saint-Vincent, Naudin y algunos otros, sin contar las relaciones mas ó menos lejanas de afinidad y analogía entre la hipótesis darwiniana y las de Maillet, de Robinet y de algunos enciclopedistas del pasado siglo, que señalaban los monos como progenitores del hombre. Pero sea de esto lo que se quiera, lo que aquí importa consignar es que el *darwinismo* ó la teoría sobre la vida, contenida en las obras de Darwin y profesada por sus principales discipulos, puede condensarse en las afirmaciones siguientes:

1.ª Las múltiples y diferentes manifestaciones de la vida; las especies, los géneros, las familias, los reinos, lo mismo que las razas y variedades de los vivientes animales y vegetales que pueblan la tierra, son el resultado y la expresion de una serie lenta y sucesiva de trasformaciones acumuladas en millones de años, de manera que todas las especies, géneros, familias, etc., de vegetales y animales, representan la evolucion transformativa y progresiva de un prototipo primitivo dotado de vida, ó cuando mas, de tres ó cuatro tipos primordiales.

2.ª En cada especie, la vida tiende á multiplicarse en progresion geométrica, progresion que se halla representada por el número de hijos que puede engendrar una madre en la respectiva especie durante toda su vida. De aquí resulta lo que llama Darwin ley de *la lucha por la existencia*, la misma que otros apellidan *ley de la concurrencia vital*; porque no siendo posible que existan medios de subsistencia, ni siquiera espacio material para todos los individuos posibles y exigidos por la progresion geométrica, se establece por necesidad una lucha continua y una especie de guerra á muerte

entre los diferentes seres vivientes, en virtud de la cual, los que son inferiores bajo cualquier punto de vista, sucumben en la proporcion que es necesaria para la conservacion de los géneros superiores y de los individuos mas robustos dentro de la misma especie. En suma: *la lucha por la existencia* tiene por resultado destruir los individuos mas débiles é inferiores por cualquier título, conservando al propio tiempo los que poseen alguna superioridad relativa.

3.ª De aquí nace la otra ley fundamental que preside á la evolucion trasformista, y es la ley apellidada por Darwin *seleccion natural* ó inconsciente, en virtud de la cual la naturaleza acumula sucesivamente en los individuos por medio de la trasmision hereditaria, las cualidades especiales y las perfecciones particulares de organismo poseidas por los padres, siempre que presenten ventajas y utilidad para la lucha por la existencia.

4.ª Es posible y muy probable que la formacion ó aparicion del hombre sobre la tierra, se haya realizado en virtud de la trasformacion evolutiva indicada, y en fuerza de las mismas leyes (1) señaladas para vegetales y animales. Es, pues, no solamente posible, sino muy verosímil, que el hombre descienda del mono, como de su progenitor inmediato y directo (2).

(1) Sabido es que Darwin hace intervenir en su teoría trasformista algunas otras leyes, como la de *correlaciones del crecimiento*, la *seleccion sexual*, etc., pero las que constituyen lo esencial y como la base de la teoría, son las dos indicadas en el texto.

(2) Despues de haber presentado su teoría trasformista en la obra que trata del *Origen de las especies* en general, el escritor inglés publicó su libro *Origen del hombre*, dedicado exclusivamente á aplicar al hombre dicha teoría.

En resumen: para el darwinismo, todas las especies vegetales y animales, desde el musgo hasta la encina, desde el zoófito y el infusorio hasta el mamífero mas perfecto, deben su origen á la trasformación sucesiva de tres ó cuatro tipos originales, y probablemente á un solo prototipo. En otros términos; los géneros y hasta los dos grandes reinos de la naturaleza viviente, las clases, las familias, las especies, sin excluir al hombre, deben su origen y formación á las mismas causas y leyes que determinan la formación y existencia de las variedades. Tal es la tesis fundamental que resume la teoría darwinista.

Escusado es advertir aquí, que las condiciones de una obra elemental no permiten entrar en una discusión detallada y extensa del darwinismo, por mas que este haya llegado á formar hoy un ramo especial de literatura. Lo que dejamos consignado en los artículos que preceden; la doctrina espuesta en el tomo primero, al tratar de la distinción esencial y primitiva entre las facultades puramente intelectuales y las del orden sensible, así como tambien al tratar de la naturaleza y origen del alma racional, es mas que suficiente para reconocer que la tesis darwiniana es esencialmente materialista, antifilosófica y anticristiana. Esto no obstante, apuntaremos aquí con la posible brevedad algunas razones y reflexiones, encaminadas á poner mas de manifiesto su falsedad, porque así lo reclama la importancia que, con razón ó sin ella, alcanza hoy esta teoría.

1.º Dos vicios radicales se descubren por de pronto en la doctrina de Darwin que nos ocupa. Refiérese el primero *al punto de partida* de la teoría, y el segundo *al método* general empleado en su desarrollo. Y comenzando por este último, léanse las obras en que expone su teoría, y se le verá acudir con demasiada frecuencia á lo desconocido, á lo imprevisto, al acaso, para dar razón de las trasformaciones evolutivas

exigidas por la teoría; confundiendo, además, á cada paso lo *posible* con lo *real*. «Darwin, escribe á este propósito Quatrefages, insiste casi á cada página de su libro sobre la *posibilidad* de estas trasformaciones.»

No es menos viciosa la teoría darwiniana, considerada con relación á su punto de partida. Bajo reservas mas ó menos esplicitas, y á pesar de aparentes vacilaciones, lo cierto es que la base primordial del darwinismo consiste ó se busca en la existencia *hipotética* de lo que Darwin denomina *prototipo primitivo*, prototipo cuya existencia *supone*, pero que no se cuida de explicar, ni mucho menos de demostrar. De aquí es que toda la teoría darwiniana queda viciada en su origen y reducida á una hipótesis gratuita, como basada sobre la existencia de ese prototipo, germen primordial de todo lo que vive en la naturaleza, especie de *misterio inesplicado é inesplicable*, en expresión de Quatrefages. Y bueno será notar de paso, que bajo este punto de vista, Lamark es superior á Darwin; pues mientras este se coloca de golpe y arbitrariamente en su prototipo, sin relacionarlo con ninguna causa primera, ni distinta de la naturaleza, el naturalista francés, al hablarnos del *protorganismo* y de las leyes naturales que presiden á su desarrollo, considera estas leyes como *la expresión de la voluntad suprema que las estableció*, cuidando á la vez de consignar la distinción real que existe entre la «naturaleza y su supremo autor.»

2.º Aun admitido ese prototipo, cuya existencia no se prueba con argumento alguno científico-positivista, á pesar de las pretensiones y promesas mas ó menos esplicitas de su inventor en orden á mantenerse en este terreno; aun aceptada la realidad misteriosa de ese ser envuelto en las sombras de la hipótesis, los hechos, y hechos innegables, se hallan en abierta contradicción con las leyes que deben presidir al desarrollo trasformativo de ese germen primordial,

según la teoría de Darwin. ¿Cómo conciliar, en efecto, la existencia de millares y millares de esos representantes inferiores de la vida, con la ley de la lucha por la existencia y la de la selección natural? ¿Cómo es que esa lucha y esa selección no han hecho desaparecer esa multitud de infusorios, de pólipos, de gusanos, que reúnen tantas y tales condiciones de inferioridad relativa? Y esta dificultad se presenta con extrañas proporciones, si se tiene en cuenta que el naturalista inglés admite el trascurso de millones y millones de años, durante los cuales viene transformándose el prototipo primitivo. ¿Cómo se explica que después de una lucha encarnizada y perseverante al través de siglos y siglos, y á pesar de la acción atribuida á la selección natural, conserven su existencia millones de seres vivientes, dotados de organización tan sencilla y rudimentaria en el reino animal? El autor de la *Filosofía zoológica*, que admite las generaciones espontáneas, podría dar razones más ó menos plausibles de este fenómeno, inexplicable ciertamente é incompatible con la doctrina de Darwin, puesto que rechaza la generación espontánea.

5.^a La teoría darwiniana exige necesariamente la existencia sucesiva de una serie muy numerosa de especies intermedias, ó si se quiere, de variedades y razas que debieron servir de transición entre una especie perfecta ya y completa hoy, y la que le sirvió de madre. Así lo exigen las leyes que señala la teoría transformista para explicar el origen de las especies, y así lo reconoce el mismo Darwin, cuando escribe que «el número de variedades intermediarias que existieron en tiempos anteriores sobre la tierra, debe ser enorme.» Y, sin embargo, la observación y la experiencia nos ponen de manifiesto la ausencia casi completa de tipos de transición, y de variedades intermedias en las diferentes formaciones geológicas exploradas hasta hoy, en vez de esa multitud

enorme que debiera existir, según Darwin, y en armonía con los principios y leyes fundamentales de su teoría. Bien es verdad que el fundador del darwinismo, para librarse de esta dificultad y para desvanecer la fuerza de objeción tan seria y tan *positivista*, como basada sobre la observación y la experiencia, se contenta con acudir aquí, como en tantas otras ocasiones, á lo desconocido, á lo posible y á lo hipotético, suponiendo que las capas estratificadas y sobrepuestas bajo apariencias de formación continua, paulatina y sucesiva, fueron sobrepuestas, no continuamente, sino con interrupción de siglos innumerables, durante los cuales *pudieron* existir los tipos de transición y las variedades intermedias, exigidas imperiosamente por su teoría. ¡Casualidad rara y coincidencia verdaderamente extraña! Los millares y millones de razas y variedades intermedias que debieron existir necesariamente durante épocas de duración casi inmensa, según el darwinismo, se desarrollaron y vivieron precisamente en períodos larguísimo de tiempo, durante los cuales no se formaron terrenos, ni se depositaron capas estratificadas, entre las muchas que registra y tiene exploradas la geología. Y ¡cosa más extraña aun! ni siquiera se encuentran apenas vestigios notables de los millones de variedades y especies intermediarias exigidas por la teoría que nos ocupa, en las diferentes y variadas formaciones geológicas, anteriores y posteriores á los períodos designados como posibles para su existencia. A falta de otras razones, bastaría esta sola reflexión para reconocer todo lo que hay de gratuito, de inexacto y de falso en la teoría transformista de Darwin.

4.^a Ni son menos concluyentes contra la misma, los hechos y deducciones á que conduce la observación y el estudio de los monumentos históricos. En los templos é hipogeos del antiguo Egipto principalmente, templos é hipogeos cuyo origen se remonta, al menos con respecto á algunos de ellos,

hasta la cuarta dinastía, véanse hoy pinturas y esqueletos de plantas y animales, que representan, no solamente las mismas especies, sino hasta las mismas razas y variedades contemporáneas. Digase de buena fé, si es posible conciliar esta identidad de especies y razas, esta fidelidad de tipos y variedades á través de un periodo de mas de cinco mil años, con las leyes de la evolucion progresiva, de la lucha por la existencia, y especialmente con la seleccion natural que obra continuamente para acumular en razas y variedades los caracteres y cualidades que accidentalmente aparecen en los individuos.

5.^a Esta misma ley de la seleccion natural, que constituye, como se ha dicho, una de las bases fundamentales del trasformismo darwiniano, se halla en abierta contradiccion, ó mejor dicho, se halla evidentemente desmentida por otro hecho innegable é indiscutible, cual es la existencia en ciertas especies animales de un número considerable de individuos neutros, como se verifica en las abejas y las hormigas. En fuerza de la trasmision hereditaria, expresion y aplicacion concreta de la seleccion natural, los padres transmiten á los hijos los caracteres y perfecciones relativas que poseen, especialmente cuando estas perfecciones y cualidades son permanentes en ellos. En virtud de esta ley y por confesion de los darwinistas, los padres deben transmitir y transmitir á sus hijos la fecundidad ó facultad de propagarse, con tanta mas razon, cuanto que esta facultad es una de las mas permanentes y connaturales. Sin embargo, la observacion y la experiencia nos revelan que existen en la naturaleza especies animales que engendran hijos estériles é infecundos en su inmensa mayoría, como sucede con las abejas y las hormigas; que existen en estas y otras especies padres y madres que, á pesar de poseer la fecundidad y de haberla recibido de sus antepasados á través de numerosas y

no interrumpidas generaciones, producen, no obstante, millares y millares de individuos privados de fecundidad, al paso que son relativamente poco numerosos los hijos fecundos. Es, pues, incontestable que la existencia de los individuos neutros, en las condiciones y circunstancias con que se presenta en el reino animal, bastaria para dar en tierra con la teoria de Darwin, cuando no hubiera otras pruebas é indicios evidentes de su falsedad.

Escusado es añadir, que la brevedad y concision impuestas por la naturaleza de esta obra, no nos permiten alegar, ni siquiera indicar otras muchas razones, que demuestran lo infundado y erróneo de la teoria darwinista, entre las cuales ocupan preferente lugar y envuelven notable importancia las pruebas que se apoyan sobre los caracteres de la propagacion ó reproduccion de mestizos y sobre los fenómenos relativos á la hibridacion.

Pasando ahora á examinar brevemente la teoria darwiniana en sus aplicaciones al origen del hombre, lo cual constituye el punto de vista mas culminante y trascendental del darwinismo en sus relaciones con la filosofia cristiana, apuntaremos solamente, ya que otra cosa no permite la indole de esta obra, algunas razones y consideraciones, encaminadas á reconocer y demostrar que la doctrina darwiniana acerca del origen del hombre es tan falsa en si misma, como contraria á la razon y la experiencia: esto aun cuando se quiera hacer caso omiso y prescindir de su incompatibilidad con las enseñanzas y dogmas del cristianismo.

1.^a Segun la teoria de Darwin, la seleccion natural conserva y desarrolla las modificaciones accidentales que aparecen en el individuo, siempre que estas envuelven alguna ventaja y utilidad en órden á la lucha por la existencia y permanencia en la vida. De aquí se infiere lógicamente, que si el hombre descende del bruto por medio y en virtud de la transforma-

cion evolutiva profesada por Darwin, siquiera los monos antropomorfos constituyan una etapa de esa trasformacion, en el hombre deben hallarse acumulados y perfeccionados los caracteres que en los animales son útiles bajo el punto de vista de la lucha por la existencia, facilitando su resistencia y victoria en la concurrencia vital. Luego si en el hombre no se descubren esos caracteres, y aparecen en él, por el contrario, los que llevan consigo una debilidad é inferioridad relativas de cualidades físicas en orden á la lucha por la existencia, será preciso reconocer que el hombre no descende, ni puede descender del bruto, aun admitidas las leyes principales que presenta el darwinismo para explicar esta trasformacion evolutiva. El papel importante y la influencia decisiva que en la teoria darwiniana se atribuyen á la seleccion natural é inconsciente, se hallan en flagrante contradiccion con los caracteres y adaptaciones del hombre con respecto á la concurrencia vital; porque nadie podrá poner en duda que la desnudez relativa del cuerpo humano, desnudez que le deja sin defensa y proteccion contra las influencias atmosféricas, la carencia de dientes y armas á propósito para la prehension y defensa, la imperfeccion del oido y del olfato respecto de muchos animales, la lentitud relativa de su marcha ó velocidad, etc., etc., son otros tantos caracteres de inferioridad y debilidad física, que colocan al hombre en una situacion muy desventajosa para la concurrencia vital, si esa inferioridad física no estuviera compensada por la parte moral é intelectual.

Y téngase presente, que Darwin no tiene derecho alguno para acudir á esta compensacion moral é intelectual, segun lo hace, apremiado por la fuerza de la objecion: 1.º porque necesitaba demostrar que las facultades morales é intelectuales vienen al hombre en virtud de la seleccion natural, hipótesis absurda, como veremos despues; 2.º porque, aun

admitida esta peregrina hipótesis, sería necesario probar, so pena de faltar á lo que exige la teoria y principalmente la ley de la seleccion natural, que la posesion de mayor vigor corporal, la de armas y defensas naturales mas fuertes, la perfeccion mayor de los sentidos externos, etc., son cosas, ó dañosas, ó por lo menos, inútiles para la lucha por la existencia, ó sea para facilitar la conservacion de la vida, afirmacion que á fuerza de ser absurda, se convertiria en ridicula (1).

(1) Wallace, que es considerado con justicia como cofundador del darwinismo transformista, del cual se aparta, no obstante, en puntos capitales, entre otros y principalmente al reconocer la subordinacion de la evolucion transformista á la influencia y direccion de inteligencias superiores al hombre, reconoce y confiesa que es absolutamente imposible dar razon de los fenómenos á que alude la objecion, ateniéndose á los principios y leyes del sistema de Darwin. Hé aqui cómo se expresa con respecto á uno de los caracteres indicados, y eso que no es el mas importante: «Il me semble donc ABSOLUMENT CERTAIN que la sélection naturelle ne pourrait avoir produit la nudité du corps humain par l'accumulation de variations à partir d'un ancêtre velu. Tous les faits conspirent à montrer que de telles variations ne pourraient avoir été utiles, mais doivent, au contraire, avoir été jusqu'à un certain point nuisibles. Si même, par suite d'une corrélation inconnue avec d'autres qualités nuisibles, la couverture de poils avait disparu chez les descendants de l'homme tropical, nous ne pouvons concevoir comment, à mesure que l'homme se répandait en des climats plus froids, il ne serait pas retourné sous l'influence puissante de la réversion au type ancestral si longtemps persistant. Mais il n'est pas sérieusement possible d'émettre une supposition de cette sorte. Car nous ne pouvons supposer qu'un caractère qui, comme le tégument velu, existe dans toute la série des mammifères, peut être devenu, chez une forme animale seulement, lié à une particularité nuisible avec assez de constance pour conduire à sa suppression permanente, suppression si complète et si efficace, qu'il ne reparait jamais ou presque jamais dans les métiés des races humaines les plus différentes.»

Darwin, es verdad, pretende libertarse de las mallas de esta objecion que le oprimen como los anillos de una serpiente, invocando la ley de

2.º La observacion y la experiencia demuestran palpablemente que entre el hombre y los antropoides que se le quieren dar por ascendientes y progenitores, existe una diferencia esencial y primitiva, aun bajo el punto de vista anatómico, sobre el cual suelen apoyarse con cierta predileccion los partidarios del darwinismo. En efecto: los trabajos tan notables como concienzudos de Vicq-d'Azyr, de Duvernoy, de Gratiolet y de Alix, demuestran evidentemente que el tipo anatómico de los monos antropomorfos es esencialmente distinto del tipo anatómico correspondiente al hombre. Este es un animal *andador* y andador sobre sus miembros posteriores, al paso que el mono, cualquiera que sea su perfeccion relativa, es un animal *trepador*.

3.ª Añadase ahora las diferencias profundas é importantísimas que existen entre el cráneo del hombre y el del orangutan. Segun las experiencias hechas por Bianconi, el cráneo del mono adulto pesa 944 gr., mas que el cráneo del mismo á la edad de tres años, mientras que el del hombre

la *seleccion sexual*, verdadero *Deus ex machina* de que acostumbra á echar mano en los casos apurados. Segun el naturalista inglés, el hombre, ó mas bien la mujer, dejó de ser velluda en tiempos anteriores, arrastrada por el deseo de la ornamentacion. No nos es dado detenernos á combatir una hipótesis tan gratuita, por no decir ridícula. Solamente desearíamos que Darwin nos dijera: 1.º por qué la cola de la pava no se halla adornada con los colores espléndidos de la del pavo, toda vez que, segun él, la seleccion sexual, es decir, el deseo del pavo de agradar á la hembra, determinó la aparicion de aquellos colores, no habiendo razon alguna para negar á la hembra un deseo análogo de agradar al macho: 2.º por qué y cómo se explica que el pecho del hombre se haya conservado mas ó menos velludo, al paso que la espalda carece completamente de este carácter; porque la verdad es que si este fenómeno es debido á la seleccion sexual; ó sea al deseo de ornamentacion, debiera haberse realizado con mayor exactitud y rigor en el pecho que es mas visible que la espalda.

adulto solo presenta una diferencia de 431 gr. respecto del cráneo del niño á la edad de tres años. En cambio, la capacidad del cráneo humano aumenta de una manera notabilísima con la edad, al paso que la del mono se realiza en proporciones relativamente insignificantes.

Resulta en efecto, de las experiencias practicadas por el citado Bianconi, que medidas por medio de arena las capacidades craneoscópicas del hombre y del mono, en los periodos de la infancia y de la edad adulta, dán los siguientes resultados en cifras redondas:

Cráneo del hombre á la edad de tres años.	1090 gr.
Cráneo del hombre adulto.	2086
Cráneo del orangutan en los primeros años.	512
Cráneo del mismo, adulto.	587

Estas cifras son demasiado elocuentes para que ningun hombre de ciencia y de buen sentido, piense seriamente en establecer relaciones de filiacion entre el hombre y el mono.

4.ª Si, como pretende el darwinismo, el hombre y los monos superiores tienen un tipo originario comun: si el gorila, el chimpanzé ó el orangutan, son los progenitores del hombre, ¿cómo y por qué el desarrollo y manifestaciones de los pliegues y circunvoluciones del cerebro, en el último y en los primeros, se verifican en sentido inverso? Porque ello es incontestable, que los pliegues y las circunvoluciones frontales aparecen y se desarrollan en el hombre antes que las circunvoluciones temporo-esfenoidales, siendo así que en los monos sucede precisamente lo contrario (1).

(1) En corroboracion de esto, escribe Gratiolet: «Les circunvolutions temporo-sphénoïdales apparaissent les premières dans le cerveau des sin-

Si es, pues, una ley constante en la historia natural que lo semejante se desarrolla de una manera semejante, será preciso reconocer que este hecho es de una importancia excepcional con respecto á la materia que nos ocupa: será preciso reconocer que los fenómenos embriogénicos, lo mismo que los datos anatómicos, establecen diferencias esenciales, profundas, radicales entre el hombre y el mono.

5.º ¿Y qué será si abandonando el terreno, por decirlo así, corporal y externo de la embriogenia y la anatomía, nos colocamos en el terreno superior del orden moral é intelectual? Si el estudio de la organizacion material, nos obliga á reconocer en el hombre *una isla separada*, segun la gráfica espresion de Aeby, *la cual no comunica por puente alguno con la tierra vecina de los mamíferos*, no cabe poner en duda que este aislamiento aparece mas completo, mas absoluto, mas evidente, desde el momento en que las facultades morales é intelectuales del hombre se ponen en parangon con las que en el mono existen. Este, lo mismo que otras especies de animales, posee sensaciones, conoce ó percibe objetos materiales y singulares; pero el hombre, además de las sensaciones, posee *ideas*, y sobre todo, ejerce su actividad sobre objetos universales y espirituales; se agita y mueve en un mundo inteligible, distinto del sensible y superior á él; conoce verdades absolutas y necesarias, sobre las cuales se apoya

ges et s'achèvent par le lobe frontal; or, c'est précisément l'inverse qui a lieu dans l'homme: les circonvolutions frontales apparaissent les premières, les temporo-sphénoïdales se dessinent en dernier lieu: ainsi la même série est répétée ici d' α en ω , la d' ω en α . De ce fait, constaté très rigoureusement, résulte une conséquence nécessaire: aucun arrêt de développement ne saurait rendre le cerveau humain plus semblable à celui des singes qu'il ne l'est dans l'âge adulte; loin de là, IL EN DIFFÉRER D'AUTANT PLUS QU'IL SERA MOINS DÉVELOPPÉ.»

para raciocinar, descubrir cosas desconocidas y progresar, combinando ideas con ideas, juicios con juicios, y hechos con hechos. No hay, no es posible encontrar término de comparacion posible entre el instinto necesario y estacionario del mono, y el movimiento progresivo del hombre realizado en y por los individuos, y utilizado por otros individuos y por la colectividad; entre la hesitacion que á veces se observa en los animales, determinada por las atracciones y repulsiones sensibles ocasionadas por algun objeto, y entre la eleccion libre y refleja del hombre; entre los juicios instintivos de la estimativa natural, por medio de las cuales el animal percibe determinados objetos materiales y singulares como convenientes, útiles, dañosos, enemigos, etc., y el juicio universal, inteligible y abstracto, por medio del cual el hombre conoce la naturaleza y aplicaciones posibles de la utilidad, conveniencia, enemistad, etc., y sobre todo conoce la *verdad*.

6.º Finalmente, á los ojos de la sana razon y del sentido comun, la prueba mas convincente de la falsedad del darwinismo en sus aplicaciones al hombre, está en la manera con que esplica el génesis de la idea de Dios, del sentimiento religioso, de la libertad y de la ley moral, así como en las deducciones á que conduce lógicamente. Para convencerse de ello, bastará hacer algunas ligeras indicaciones sobre estos puntos. Para el darwinismo:

a) La humanidad primitiva no tuvo idea alguna de Dios: la creencia en su existencia reconoce por origen la interpretacion equivocada de los sueños, el movimiento de las sombras, las alucinaciones de la imaginacion, con otros hechos análogos, que inspiraron primeramente al hombre la idea de los espíritus, idea que le sirvió de base y premisa para elevarse á la idea de Dios, despues de trascurridos muchos siglos de cultura y desarrollo de las facultades intelectuales. Escu-

sado es advertir, que esto equivale á negar esplicitamente la existencia real y objetiva de Dios.

b) La ley moral, esa ley que lleva consigo la distincion esencial y primitiva, no solamente entre el bien y el mal, sino tambien entre lo bueno y lo útil, no es otra cosa que una trasformacion de los instintos sociales de los animales, realizada por medio de la seleccion natural ó inconsciente. Como se ve, esto equivale á negar el órden moral, la distincion primitiva y esencial entre el bien y el mal, la realidad de la ley moral propuesta á la libre eleccion de nuestra voluntad.

c) Lo que llamamos sentimientos y deberes morales, son los hábitos é instintos de los animales, robustecidos y perfeccionados en virtud de la seleccion natural; así es que el deber moral y lo que se apellida bondad y malicia, compete tambien á los animales: los perros, que no obran segun lo que piden sus instintos y hábitos, *fultan á su deber y obran mal*, escribe el mismo Darwin.

En vista de las indicaciones que anteceden, no es de extrañar, antes es muy natural y lógico, ver á los adeptos del darwinismo negar la libertad humana, distinguiéndose entre ellos Huxley y Häckel que lo verifican con toda franqueza y sin echar mano de reticencias y reservas, como hacer suelen otros darwinistas, ó menos francos, ó menos lógicos. «La voluntad del animal, escribe el citado Häckel, lo mismo que la del hombre, jamás es libre. El dogma tan estendido del libre albedrio, es absolutamente insostenible, en el terreno de la ciencia. El fisiologista que estudie cientificamente los fenómenos de la voluntad en accion (*der Willensthätigkeit*) en los hombres y animales, alcanzará necesariamente la conviccion de que la voluntad nunca es libre, sino que siempre es determinada por influencias externas ó internas.» (1)

(1) *Natürliche Schöpfungsgeschichte*, pág. 212.

Tales son las deducciones lógicas y necesarias del darwinismo, deducciones que llevan en su seno la negacion de la caridad cristiana y hasta de la simple beneficencia, el abandono brutal del enfermo y del desgraciado, el sacrificio del débil al fuerte, la santificacion y la apoteosis del egoismo y de la fuerza física. Y no se crea que estas son apreciaciones arbitrarias ó destituidas de fundamento: son apreciaciones profesadas y reconocidas esplicitamente por los partidarios mas fervientes y lógicos del darwinismo. Oigase en prueba de ello cómo se expresa Clemencia Royer, entusiasta propagandista de la doctrina de Darwin, en el prólogo dedicado á su *Origen de las especies*: «La ley de la seleccion natural, aplicada á la humanidad, demuestra con sorpresa, con dolor, cuán falsas han sido hasta ahora, no solo nuestras leyes políticas y civiles, sino nuestra moral religiosa. Descúbrese uno de los vicios menos frecuentes, pero no menos graves. Tal es la caridad imprudente y ciega, en la que nuestra era cristiana ha buscado siempre el ideal de la virtud social, por mas que su consecuencia directa fuese empeorar y multiplicar en la raza humana los males á que aspira poner remedio... ¿Qué resulta de esta proteccion absurda concedida exclusivamente á los débiles, á los achacosos, á los incurables, á los malos; en fin, á todos los desgraciados de la naturaleza? Resulta que los malos tienden á perpetuarse indefinidamente.»

¡Con cuánta justicia se ha dicho que la razon humana, cuando cierra sus ojos á la luz de la revelacion cristiana, desciende rápidamente por la pendiente del error hasta abrazar y resucitar los grandes extravios de la filosofia pagana! Porque ello es incontestable que en el pasage anterior, se proclama la conveniencia y justicia de abandonar á los débiles y desgraciados, á fin de no debilitar ni retardar el perfeccionamiento progresivo de la raza humana. Doctrina es

esta cuyo espíritu es mas repugnante y cuyas tendencias son mas horribles, que la doctrina de ciertos filósofos y legisladores paganos sobre el infanticidio y abandono de las naturalezas deformes ó débiles. En vista de esta y de otras consecuencias lógicas del darwinismo, ya no deben estrañar-nos los lazos de afinidad, y las simpatías que existen entre el darwinismo y el positivismo materialista, ni menos la analogía, ó mejor dicho, identidad de doctrina y tendencias sociales, políticas y religiosas, que es fácil reconocer entre los partidarios del sistema darwinista y los adeptos de la Internacional.

Despues de lo que llevamos expuesto, creemos innecesario demostrar que el darwinismo encierra doctrinas y tendencias esencialmente anticristianas. Haciendo caso omiso de otras, la teoría darwiniana sobre el origen del hombre es incompatible con el dogma católico que nos enseña, que nuestros primeros padres Adan y Eva, fueron producidos por Dios inmediatamente. Los que pretenden conciliar el darwinismo con el cristianismo, dan fundamento para sospechar que no conocen á fondo, ni al primero, ni al segundo. La citada Clemencia Royer, testigo nada sospechoso en la materia, lo confiesa además paladinamente, cuando escribe: «La doctrina de Darwin es la revelacion racional del progreso, fundándose en su antagonismo lógico con la revelacion irracional de la caída del hombre. Son dos principios, dos religiones en lucha, una tesis y una antítesis; y yo desafio al alemán mas experto en evoluciones lógicas á que encuentre la síntesis de las mismas. Son un sí y un nó muy categóricos entre los cuales es preciso elegir, y el que se declare á favor del uno está en contra del otro.»

El artículo anterior, como perteneciente á una obra puramente filosófica, prescinde casi por completo de la oposicion que existe entre la teoría darwinista y la religion cristiano-católica. En atencion, pues, á que la presente publicacion tiene un carácter mas religioso que aquella, añadiremos aquí algunas palabras, encaminadas precisamente á poner de manifiesto que ciertas afirmaciones y tendencias del darwinismo no son conciliables, ni menos armónicas con la doctrina católica.

Tales son, entre otras, las afirmaciones y teorías de Darwin y sus discípulos acerca del origen del language, acerca de la unidad de la especie humana y de su procedencia de una sola familia primitiva.

Y en efecto; como quiera que la teoría darwinista lleva consigo ó supone el tránsito insensible del bruto al hombre, sus adeptos y defensores, aunque divididos entre sí cuando se trata de señalar el momento preciso de la aparicion primera del language, convienen en considerar á este como una produccion espontánea y natural de la evolucion de las facultades simio-humanas, si es licito hablar así. Veamos, en prueba de lo indicado, de qué manera se espresan sobre la materia el mismo Darwin y Wallace, uno de los principales representantes y hasta cofundador del darwinismo.

«Algunos fisiólogos, dice el primero (1), han inferido de las diferencias fundamentales que se observan entre ciertos idiomas, que el hombre no era un animal hablante en los pri-

(1) *The descent of man*, t. I.

meros tiempos en que se encontró diseminado á lo lejos sobre la tierra. Sin embargo, es permitido suponer que lenguajes suplidos por gestos y muy inferiores á los que hoy se hablan, pudieron haber estado en uso, sin dejar vestigio alguno en las lenguas siguientes de desarrollo mas elevado. Sin el uso de algun language, aunque imperfecto, parece dudoso que la inteligencia del hombre haya podido alcanzar el nivel que se requiere para explicar su situacion dominante desde el periodo primitivo.»

Oigamos ahora al citado Wallace (1): «El hombre puede haber formado en otro tiempo, y hasta pienso que formó una raza homogénea, pero era esto en una época de la cual no hemos descubierto todavía resto alguno; en una época tan lejana de nosotros en su historia, que el hombre no habia adquirido todavía este cerebro desarrollado maravillosamente, órgano del espíritu, que al presente le coloca, aun entre los tipos mas bajos, muy por encima de los brutos mas superiores; en un periodo en el cual el hombre tenia ciertamente la forma, mas en realidad apenas tenia la naturaleza humana, periodo en el cual no poseía ni *el language humano*, ni estos sentimientos simpáticos y morales que al presente distinguen por todas partes la raza, en un grado mas ó menos pronunciado.»

Si es incontestable que las afirmaciones y deducciones contenidas en los pasages anteriores no se hallan en armonía con las doctrinas y enseñanzas de la sagrada Escritura y de la Iglesia católica, no lo es menos que la teoría darwiniana, se halla en abierta oposicion con esas mismas doctrinas y enseñanzas, cuando se trata de resolver el problema relativo al origen concreto y á la unidad de la especie humana.

(1) *Contributions to the theory of natural selection*, pág. 322.

Por lo que hace á la unidad de la especie humana, puede decirse que esta cuestion carece de importancia y hasta de sentido filosófico en la teoría darwiniana, toda vez que, segun el sistema trasformista y evolutivo, entrañado en aquella teoría, la especie no significa ni puede significar algo determinado, inmóvil, fijo y dotado de propiedades absolutas é irreductibles. Bajo este punto de vista el naturalista inglés tiene razon cuando escribe las siguientes palabras: «Desde el momento que los principios de la evolucion son aceptados generalmente, el debate entre los monogenistas y los polygenistas se extinguirá en el silencio sin que nadie se cuide del mismo (1).» La verdad es, en efecto, que, dada la teoría evolutiva, desaparece la unidad fundamental de la especie y con ella el problema relativo á la unidad ó pluralidad de la especie humana.

Empero en la cuestion relativa al origen concreto, determinado é histórico, por decirlo así, del género humano, es donde aparece y se revela con palpable evidencia y explicitos caracteres la divergencia entre la doctrina darwiniana y la doctrina profesada y enseñada por el cristianismo. Poco importa que el naturalista inglés nos hable de un tronco *único*, del cual haya podido salir el hombre, porque para Darwin este tronco comun no es el par único que la Escritura denomina Adán y Eva, sino una raza determinada, una raza de monos antropoides, de la cual se derivaron varios individuos humanos. «No se debe suponer, escribe (2), que la divergencia de cada raza á partir de otras razas, al propio tiempo que la divergencia de la totalidad de razas, partiendo del tronco

(1) *Darwin*, *Op. cit.*, tomo I.

(2) *Ibid.*, tomo II.

comun, pueda ser seguida hácia atrás, de manera que se llegue á un par cualquiera de progenitores. Al contrario, en toda época durante el curso de la modificación, todos los individuos que se encontraban de cualquier manera, aunque según grados diferentes, mejor adaptados en orden á sus condiciones de vida, debieron sobrevivir en mayor número que sus concurrentes, que no se hallaban tan ventajosamente dotados.»

Más lógico y más franco que Darwin, Hæckel, su discípulo ferviente, reconoce explícitamente que la teoría trasformista no se halla en armonía con la narración mosaica acerca del origen del género humano. Hé aquí cómo se expresa acerca de este punto: «Esta última suposición,—la que establece que el género humano trae su origen de un solo par—que nuestra civilización moderna indo-germánica tomó del mito semítico de la historia mosaica de la creación, no es sostenible en manera alguna. Toda la célebre controversia relativa á saber si el género humano descende ó no de un solo par, trae su origen únicamente de que la cuestión ha sido mal planteada. Semejante controversia se halla tan destituida de sentido, como se hallaría una discusión entablada para saber si todos los perros de caza, ó todos los caballos de carrera, descienden de un solo par. Con igual derecho se podría preguntar si todos los alemanes ó todos los ingleses descienden de un solo par, y lo mismo con respecto á otras naciones. Así como no ha existido un primer individuo ó un primer par de ingleses, de alemanes, de caballos de carrera, ó de perros de caza, así también no ha existido jamás un primer par humano ó un primer hombre (*Ein erstes Menschenpaar oder ein erster Mensch hat überhaupt niemals existirt*, etc.) Siempre sucede que la formación de una especie nueva por medio de otra preexistente, tiene lugar de manera que participa de la marcha lenta de la transformación una larga y numerosa

cadena de individuos diferentes. Dada la hipótesis de que tuviéramos en nuestra presencia, colocadas las unas al lado de otras, todas las diferentes parejas de monos antropoides y de hombres pitecoides, los cuales forman los verdaderos antepasados del género humano, sería no obstante absolutamente imposible, á no ser que se realizara de una manera la más arbitraria, designar como la primera alguna de estas parejas de hombres pitecoides.»

Después de semejantes pasajes, creemos innecesario insistir más sobre la oposición abierta que existe entre la teoría darwinista y la doctrina contenida en la sagrada Escritura y profesada por el cristianismo bajo este punto de vista. Compárense, en efecto, esos pasajes con los diferentes textos de la sagrada Escritura que se refieren al origen del hombre, y se verá que no es posible ponerlos en relación y armonía. Porque no es posible conciliar con las afirmaciones y aplicaciones del darwinismo las afirmaciones explícitas del sagrado Texto en sentido contrario, siquiera pretendan algunos realizarlo, echando mano de interpretaciones violentas é impertinentes. Pretensión por demás extraña y poco razonable sería, en verdad, tratar de poner en armonía los pasajes arriba transcritos, con aquellos textos y pasajes de la Biblia, cuando en ellos se afirma y establece de una manera explícita que Dios, al crear al hombre á su imagen, creó un varón y una hembra: *Creavit Deus hominem ad imaginem suam... masculinum et feminam creavit eos* (1); cuando se enseña que Adán fué el primer hombre formado por Dios, padre del mundo terrestre, y que fué creado solo: *illum, qui primus formatus est á Deo pater orbis terrarum, cum solus esset creatus, etc.* (2);

(1) *Genes.*, cap. 1.º, v. 27.

(2) *Sapient.*, cap. 10, v. 1.º

cuando apellida á Eva madre de todos los vivientes: *Et vocavit Adam nomen uxoris suæ Evam, eo quod mater esset cunctorum viventium*: (1) cuando, finalmente, proclama por boca del apóstol san Pablo que Dios hizo descender de un hombre á todo el género humano, que puebla la superficie toda de la tierra: *Fecitque ex uno omne genus hominum inhabitare super universam faciem terræ*, (2) palabras que parecen escritas precisamente para condenar de antemano las afirmaciones y tendencias anticristianas de la teoría darwinista.

Por otra parte,—y esto es una demostración mas de lo que dejamos consignado,—es preciso no perder de vista que la presente controversia, ó mejor dicho, el problema relativo al origen concreto del género humano, se halla en necesaria é íntima relación con el dogma católico que se refiere á la existencia del pecado original, dogma que es inexplicable y hasta inconcebible, si se niega la unidad de origen y descendencia del género humano, en el sentido que dejamos indicado. *Per unum hominem*, escribe el Apóstol (3), *peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors, et ita in omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccaverunt*. «Así, pues, añade (4), como por el delito de uno se estendió la condenación á todos, así también viene la justificación de la vida para todos por la justicia de uno,» es decir, de Jesucristo: *Igitur sicut per unius delictum in omnes homines in condemnationem; sic et per unius justitiam in omnes homines in justificationem vite*.

Y téngase en cuenta que si los pasajes de la sagrada Es-

(1) *Genés.*, cap. 3.º, v. 20.

(2) *Act. apost.*, cap. 17, v. 26.

(3) *Epist. ad Rom.*, cap. 5.º, v. 12.

(4) *Ibid.*, v. 18.

critura que acabamos de transcribir ponen de manifiesto la oposición tan explícita como radical que entre el darwinismo y la doctrina católica existe, esta oposición aparecería mas explícita y mas radical si las condiciones de este trabajo nos permitieran poner en parangón aquella teoría con la doctrina enseñada y profesada generalmente por los antiguos Padres y Doctores de la Iglesia católica.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SEGUNDO APÉNDICE. (1)

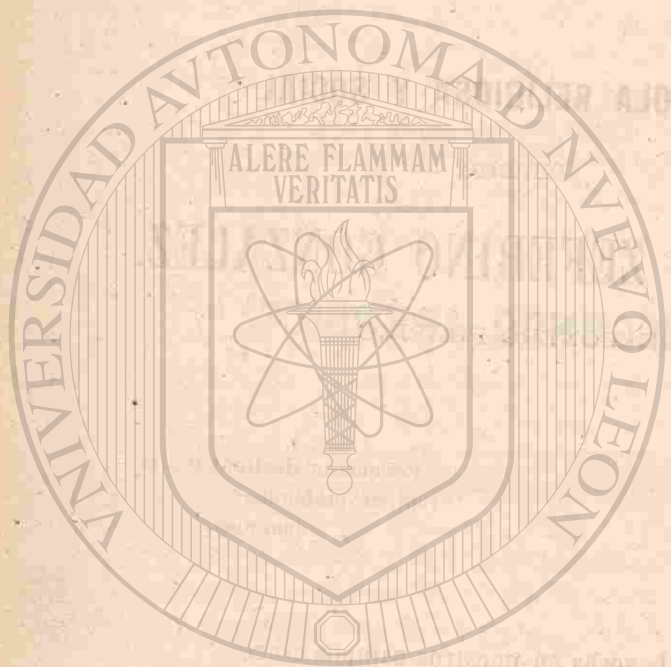
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



(1) Cuando la impresión de este volumen tocaba á su fin, llegó á manos del editor la *Epístola filosófica*, dirigida al autor por el Sr. Barantes; y en atención á que esta fué motivada por la publicación del *Positivismo materialista*, que forma parte de este tomo, pareció oportuno darle aquí cabida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EPÍSTOLA RELIGIOSA Y SOCIAL

DIRIGIDA

AL P. F. ZEFERINO GONZALEZ,

MISIONERO FILIPINO.

Fremuerunt dentibus et dixerunt: devorabimus.

JEREMIAS.

¿Cómo la yerba en nuestros campos crece?
¿Cómo conserva el mundo luz y vida,
cuando menos el hombre lo merece,
que de su Dios y de su fé se olvida?
Escucha.—¿No parece
que floja, desquiciada, sacudida,
la fábrica inmortal se bambolea,
no por potente mano
que en sus cimientos sin cesar golpea,
si no á traicion roida
de asqueroso gusano,
que porque á Dios no ve contra él bravea?
Corre en vértigo insano

la humanidad á negros precipicios
 por ella misma abiertos,
 y cargada de crímenes y vicios
 mundo y cielo á la par deja desiertos.
 ¿Es Dios el que la guía
 por castigar su error y su osadía,
 ó es el ángel rebelde, que cansado
 de horror y soledad, en el abismo
 dó yace encadenado
 por su traición impía,
 á Dios á nueva lucha ha provocado,
 y al hombre arrastra á nueva rebeldía?

Sí, tú lo has dicho. Rompe la batalla
 con redoblado empuje....
 ¿Por qué el bueno se oculta? ¿por qué calla,
 mientras Satan en los abismos ruge?
 No más callar. Bajo la santa enseña,
 que, nuevo Pablo, férvido tremolas,
 contra el Titan, que sueña
 los cielos escalar y se despeña,
 luchan las nobles almas españolas.
 Desde el extremo Oriente,
 que el mar indico arrulla,
 á quebrantar su frente
 corres, la cruz tu escudo refulgente,
 tu casco la cogulla.
 Corre, sí. Dios los pasos endereza
 del pié que evangeliza,
 lo mismo en la ciudad que en la maleza;
 Mas que el indio tostado

que el Caraballo fiero
 con sus bárbaros ídolos habita,
 de Europa el habitante degradado
 necesita el amor del misionero,
 tu voz ¡oh misionero! necesita.
 Sólo aquella sublime
 virtud, que en el cristiano resplandece,
 la dulce caridad, que llora y gime
 por todo el que padece,
 puede con blanda mano
 en la asquerosa llaga
 que cubre al infeliz linage humano,
 verter el óleo del amor cristiano.
 ¿Hay bien que el hombre haga
 sin el hierro y el fuego,
 ministros de la cólera divina,
 sin derramar la sangre de su hermano?
 Ven, sacerdote, ven; oye mi ruego;
 ven antes que el tirano,
 que á los pueblos sin Dios, Dios les fulmina.

Tesoros abundantes
 de caridad y lágrimas, encierra
 tu corazón; mas ¡ay! ¿serán bastantes
 para llorar los males de la tierra?
 ¡Bendita aquella hora
 fué que á la patria amada
 te trajó de la selva encantadora
 por el Pásig palmífero bañada!—
 Allí el indio inocente
 electrizado tu palabra oía,

que la tiniebla oscura de su mente,
como rayo de sol desvanecía.

¡Padre! su amor ardiente

un día y otro día

te aclamaba con labio reverente,

como al Dios que por tí ya conocía.

Mas rudo aquí que el bárbaro igorrote

cierra el hombre á tu voz alma y oído;

acaso para hablarle el sacerdote

tiene que disfrazar voz y vestido;

acaso te rechaza

cual mísero apestado,

ó á Dios y á tí os emplaza

á luchar con el Dios que él se ha forjado.

¿Un Dios mejor!... ¡Y el cielo bondadoso

puestas contempla sin arder en ira

por el hombre orgulloso

enfrente la verdad de la mentira!

¿Mejor, que el que tolera que le ultragen

los que sacó del polvo con su aliento,

les dió su propia imagen,

y á su obediencia puso el firmamento?

¿Un Dios mejor que el que concede al hombre

tanto poder y tantas maravillas,

y sólo pide que á su santo nombre

alce los ojos, doble las rodillas?

¿Un Dios que forma de su misma esencia

el alma casta y pura,

y del polvo á la frágil existencia

triumfos y goces sin cesar procura?

¿Un Dios, que para el bueno
se quita su corona,

y al malo busca de ternura lleno,

y su maldad perdona?

¿Un Dios que tiene fijos

siempre sus dulces ojos en sus hijos,

y abiertos ambos brazos

para exhalar su amor en sus abrazos?

¿Dónde ese Dios está, que el hombre aborto
por él al Dios del universo ataca?

¿Es de la ciencia ó del error aborto?

¿Mora en la catacumba ó la cloaca?

¿Qué profética lira le ha cantado

entre el rumor del Babilonio río?

¿Qué virgen le ha engendrado?

¿Qué incógnito pecado

viene del mundo á redimir impío?

¿Dónde el esclavo cuyos hierros quiebre?

¿Dónde el dolor que á consolar acude;

la sinagoga que su voz celebre,

y el odio misterioso que le ayude?

¿Qué civilizacion le espera, abiertas

de sus palacios de oro

las diamantinas puertas?

¿Dónde ese Dios mejor que el que yo adoro?

En vano alzas su altar hasta las nubes,
torpe filosofía,
que en el orgullo y la ambición asientas.
Loca, digiste: — «La creación es mía;
»el hombre es Dios. Adoren los querubines
»en el Dios que inventó mi fantasía;» —
y al hombre engañas y su mal aumentas.
¡Infeliz! él no sabe
que Dios su error consiente
para que nunca de sentir acabe
la eterna maldición sobre su frente.
Así mejor le llama;
así mejor le muestra la ponzoña;
que es su pecado cual estéril rama,
que en árbol verde sin cesar retoña.
Nocturno pasajero
que de fieras y abismos rodeado
vá sin luz por el bosque, vá sin guía,
en su valor fiado,
maldecirá su ceguera impía,
cuando esté en el abismo sepultado....
¡Allí el dolor, el llanto, la agonía!

Presó en tus torpes lazos
¡oh ciencia impura de Babel herencia!
hace el mortal pedazos
su Génesis divino,
y proclama su propia omnipotencia,
y desconoce y niega su destino.—
Su pensamiento es Dios. El se dilata,
mundos y seres crea,

objetivado en la materia innata,
que es á par Dios-Materia y Dios-Idea.
Mitad de barro y oro
el idolo deforme,
como el avaro guarda su tesoro
guarda en la nada su grandeza enorme.
¡La nada! ¡triste abismo!
por apartar al hombre de su boca
Dios le dió un alma copia de sí mismo,
y hoy esa ciencia loca
á caer al abismo le provoca.
Abre la flor su cáliz
mirando al alto cielo;
el ave peregrina
al alto tiende el vuelo;
su ingente cabellera
eleva á las alturas
la chispeante hoguera;
hasta al brotar la planta
al cielo se encamina,
en dirección al cielo se levanta;
mas.... ¡ay de tus hechuras,
generación mezquina
del brutal Endovéllico bifronte,
que esa senda divina
cerrada ven, sin luz, sin horizonte!
Horno inmenso y profundo
dó hierva la materia hija del lodo,
ella es alma del mundo
molde, estatua, cincel, artista.... ¡y todo!
Vil sierva la sustancia
del sol, que la fecunda con su aliento,
crece, se desarrolla, y transfigura

de lo selecto la infusion oscura,
que en sus entrañas guarda el firmamento.

Aquella seleccion, mezcla esquisita
de cuanto puro la materia abarca,
como en crisol se funde y precipita
para formar al hombre, su monarca.... —

¡Misterio vil, sin nombre!
¡de piedra á vegetal, de mono á hombre!!!....

El alma sensitiva
no flor que sobre el tallo brota y crece
mirando para arriba;
es la última forma progresiva
que toma el barro que en el horno cuece.—

¿Cómo al misterio, de la ciencia agravio,
el hombre tanto fia,
porque su vano orgullo lisonjea,
y niega audaz su labio
los misterios del hijo de María,
aunque le pide el alma que los crea?

Risa feroz ostiga
la boca desgarrada,
que la razon castiga
la locura con triste carcajada.

¡Ah! ¡si estos desvarios
no te costasen, patria idolatrada,
lágrimas á torrentes, sangre á rios!...
Hombre, mónstruo de orgullo ¿estás contento?
las torpes alas tiende
tu loco pensamiento,

; y porque al Dios del cielo no comprende
hace en la tierra un Dios tu atrevimiento!

¡El ser hijo te humilla
de Aquel que en tu hermosura se retrata,
y al tierno soplo que animó tu arcilla,
esa ciencia prefieres insensata!

Quieres ser Dios, ¡y empiezas
tegiéndote una cuna
de lodo y de impurezas!

Reniegas una á una
las glorias de tu Padre cariñoso,
y abolengo te ofrece la fortuna
burlesco y afrentoso....

¡Gran rey, salve! en tu trono
copia ve de su nido la cigüeña...

¡Salve mil veces, salve,
nieta del vegetal, hijo del mono,
biznieta de la peña....

la ortiga tu laurel, tu alfombra abono,
tu porvenir ser cántaro ó ser leña...

¡Dios de bondad! escucha los clamores,
que á tu mansion los buenos
alzan desde este abismo de dolores,
de compasion y de amargura llenos.

En buen hora tu ira
el que conoce su pecado pruebe;
caiga la torpe mano
que un Dios grotesco á fabricar se atreve;
pero ten compasion, Dios Soberano,

de aquel que no te mira,
 porque le ciega un velo de mentira.
 ¡Pueblo infeliz! si todo es vana sombra,
 sueño, ilusión, quimera,
 que desvanece el labio que lo nombra,
 en este mundo de dolor ¿qué espera?
 ¿Qué espera aquella alma
 que dentro de él ansia
 vivir en lo infinito,
 cernirse en otra esfera
 de perdurable calma,
 y en dulce sueño del Señor bendito,
 tanta dicha gozar, tanta alegría,
 que su lengua jamás la explicaría?
 De aquella misteriosa
 divina luz, que vaga
 en su ser, y lo alegra ó lo entristece,
 cuando flores ó abrojos
 encuentra en su camino,
 ¿qué hacer, si es débil luz que un soplo apaga?
 ¿Si es materia asquerosa,
 que como el cuerpo vil desaparece?
 Misero esclavo de fatal destino,
 ¿por qué ha de levantar á Dios los ojos,
 si en el mundo no mas goza y padece?

Presa de atroz delirio
 de sus pasiones el volcan estalla,
 que es la vida sin Dios largo martirio,
 con el dolor cruelísima batalla.

Misterioso dolor, dolor interno,
 que allá en el alma siente,
 que sus entrañas roe,
 cual de acerada sierra
 el afilado diente....
 la cruz de su mision sobre la tierra,
 la cruz de sus pasiones siempre en guerra....
 Como el dolor eterno
 alivio no consiente,
 brama y ruge de cólera impotente.
 Sangre de sus hermanos
 es su última esperanza,
 y en ella tiñe las ansiosas manos,
 y crece su dolor con la matanza.
 Familia, propiedad, derechos, leyes,
 todo lo rompe, todo lo atropella,
 Pontífices y Reyes,
 materno amor, virtud de la doncella....
 luto y desolacion marcan su huella.
 El incendio es su luz; los huracanes
 música á sus oídos;
 pueblos ardiendo en hórridos volcanes
 deleitan sus sentidos;
 que en su triste maldad y su miseria,
 con lágrimas, con sangre y estallidos
 fundir quiere de nuevo la materia.

¡Amor y religion! ni en la espesura
 faltan del bosque un dia,
 que de horror y de tédio la natura
 lánguida espiraría.

Cuando el salvaje adora
 al primer ave que en la selva canta,
 al autor de la luz, luz de la aurora,
 por instinto su espíritu levanta.
 ¡Familia! ¡dulce amor! ¿quién desterrarte
 del pobre corazón bárbaro espera?
 cuando la presa con sus hijos parte
 ruge de gozo en su cubil la fiera.
 La palma del desierto solitaria,
 al silbar el simun en su corona,
 á su amante dirige su plegaria,
 que acaso crece en apartada zona;
 y el viento cariñoso
 la lleva entre sus pliegues,
 donde el amante en lúbrico desmayo
 retoños de su amor espera ansioso
 para el florido mayo.
 ¿Quién mas libre que el pájaro nacido
 entre brisas y flores
 y no consiente profanar su nido,
 ni consiente rival en sus amores?

No del vándalo fué, no del alano,
 la barbárie mayor cuando venia
 por impulso movido sobrehumano,
 á extirpar del romano
 la torpe idolatría.
 Honró el templo de Júpiter tonante
 de la cruz el simbólico madero;
 su cadena infamante

rompió el esclavo para ser pechero,
 y la dulce mujer, la frágil *cosa*,
 fué madre, hermana, esposa.
 De Muza y de Tarif los bereberes,
 á quien la hiena por modelo toma,
 odaliscas hacian las mujeres,
 y los templos mezquitas de Mahoma.
 Siempre benigno el cielo
 en el amargo cáliz
 de una barbarie nueva,
 derramó alguna gota de consuelo,
 para aliviar al triste que lo beba.
 El mas bárbaro Atila,
 que como rayo de las nubes cae,
 al mundo que aniquila
 algun progreso trae;
 que es del Señor azote,
 y El traza su camino,
 hasta que el hombre agote
 la redentora hiel de su destino.—
 ¡Oh siglo en que nací!.... yo te contemplo
 mudo de horror, tu perversion me arredra;
 nunca vió el hombre derribar el templo
 para adorar la piedra.
 Nuevos Atilas que engendró el averno,
 bárbaros del error y la mentira,
 ¡atrás! no sois azotes del Eterno;
 vuestra mision es cólera y es ira
 de una ciencia impotente que delira.

¿Qué progreso traéis? Sobre los ríos
de la infernal desolación ¿qué flota?
cuerpos sin almas, esqueletos fríos,
presa el hombre de nuevos desvarios,
más lleno el cáliz que jamás se agotó.
¡Al horno! ¡al horno la materia impura,
que salga del crisol regenerada!
¡profanación! ¡locura!
monos.... reptiles.... nunca la criatura,
nunca la creación.... ¡siempre la nada!
Las puertas de los templos se cerraron,
las puertas de las cárceles se abrieron,
que los vicios triunfaron,
y las virtudes al desierto huyeron.
¡Quemad! ¡romped! ¡aniquiladlo todo!
será vuestra victoria
de ese crisol del lodo
vicios nuevos sacar y nueva escoria.

Ciñéndose la palma
de destructor de Dios, dice el ateo:
—«La materia es la vida y es el alma.
»No hay más verdad que lo que toco y veo.»
Barco sobre el abismo
que sin piloto ni timón navega,
torpe Dios de sí mismo,
la materia á perpétuo cataclismo,
su alma á perpétua agitación entrega.
Sin familia, sin Dios, sin patria acaso,
hijos de todas y de todos hijos,
sin norte, sin ocaso,

sin cielo en que tener los ojos fijos;
taifas salvajes, borrascosas olas
de estériles arenas,
yerbos se tornáran á vuestro paso
las feraces campiñas españolas;
y del progreso que traéis emporio
será, espléndida corte,
de peñas el mas alto promontorio,
que algún volcán en erupción aborté.

¿Y tú consentirás, Dios verdadero,
que de tu amor profundo
la obra se tronche como seca rama?
¿Ni amor ni compasión te inspira el mundo?
¿No eres ya aquel Pastor, que á su cordero
con dulces voces sin descanso llama?
¿Estalla aterradora
tu cólera divina?
¿Ha sonado la hora?...
¿Acaso el Antecristo se avecina?
¡Ah! no, no, que la tierra
no engendra monstruos sólo,
ni te lanzan, mi Dios, gritos de guerra
en uno y otro polo.
Hasta la patria huérfana, infelice,
de Alfonso y Recaredo
viva guarda la luz del santuario,
que el filósofo sólo te maldice,
y sólo algún blasfemo temerario
huye tu altar.... de miedo.
Ni la ciencia gloriosa

por tus altos misterios consagrada
 ha perdido la huella esplendorosa
 de Teresa, de Cano y de Granada.
 Aún hay quien su cabeza
 aplaste á la serpiente,
 quien de tu fé mantenga la pureza,
 y ataje de los vicios la corriente.
 Liras que en el desierto
 cantan tu amor en célicas canciones,
 que alegran las riberas del Mar muerto,
 y resucitan muertos corazones.
 Ciencia que por tí vive,
 que sólo al cielo mira,
 como de tí su inspiracion recibe
 el dulce amigo que mi canto inspira.

Ven, misionero, ven. Tu voz acalle
 el infernal ahullido
 de ciudad en ciudad, de calle en calle,
 dó suene una blasfemia ó un gemido,
 donde una chispa estalle.
 Ven, antes que el tirano
 que ya fulmina la terrible espada
 en la sangrienta mano,
 que en tierra de impurezas abonada
 primero que la flor nace el gusano.
 Del incrédulo apóstol cuyo nombre
 en su preclaro sucesor adoras (*),

(*) Discípulo de la Universidad de Santo Tomás de Manila, el padre Gonzalez es entusiasta partidario de la filosofía tomista, y ha escrito sobre ella un libro monumental.

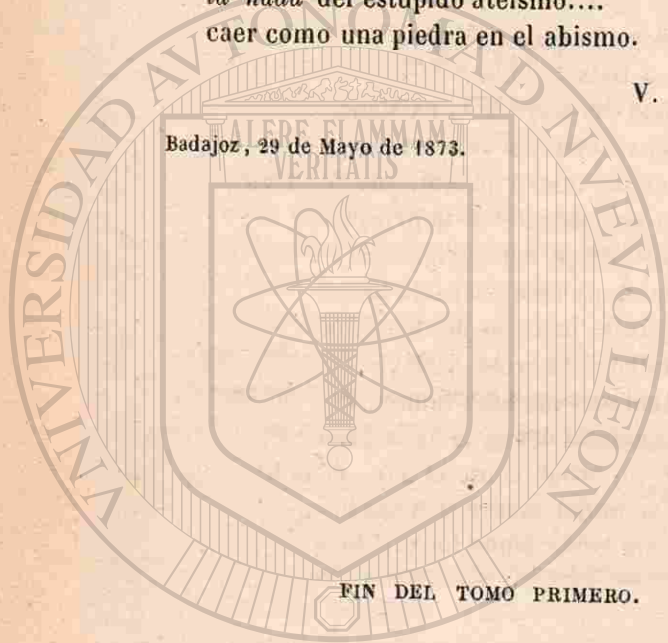
puedes llevar la convicción al hombre
 con aquellas palabras tronadoras:
 — ¡ Yo lo vi ! ¡ Yo lo vi ! ; Maldito fruto
 dá la maldita ciencia,
 que niega á Dios tributo,
 y emponzoña del hombre la existencia.
 « Por palma vil ofrece á su martirio
 » nuevo horror, nuevo insulto, nuevo ultraje,
 » aborto de ignorancia y de delirio,
 » la libertad salvaje del salvaje.
 » La conozco muy bien. El indio bravo
 » en los incultos mangles de Oceanía,
 » de esa ominosa libertad esclavo
 » amar y bendecir me hizo la mia.
 » Siembra su arroz donde le dá la gana;
 » cuelga de un árbol, como el ave, el nido;
 » le sirve de mujer madre ó hermana,
 » y muere sin saber cómo ha vivido. »

Ven, sacerdote santo,
 con tu amorosa voz y tu fecunda
 ciencia, á enjugar el llanto,
 que el dulce rostro de la patria inunda.
 Yo desde la otra vida
 bendeciré tu nombre,
 si á mis hijos la herida
 cierras que hoy pudre el corazón del hombre.
 ¡ Ah ! muera yo mañana
 como sabiendo muera,
 ¡ prendas del corazón ! que no os espera
 viciosa juventud, vejez temprana,

el tránsito de hielo
del que sólo vé el éter en el cielo....
la nada del estúpido ateismo....
caer como una piedra en el abismo.

V. BARRANTES.

Badajoz, 29 de Mayo de 1873.



ÍNDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO.	v
<i>La filosofía de la historia.</i>	4
<i>La inmortalidad del alma y sus destinos segun una teoría krauso-espiritista.</i>	185
<i>El positivismo materialista.</i>	251
<i>Apéndice.</i>	501
<i>Segundo apéndice.—Epistola religiosa y social.</i>	529

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

AC75

G65

v.1

46152

AUTOR

GONZALEZ Y DIAZ TUNON, Ceferino,
TITULO

Estudios religiosos, filosóficos,
científicos y sociales.



TEC